This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

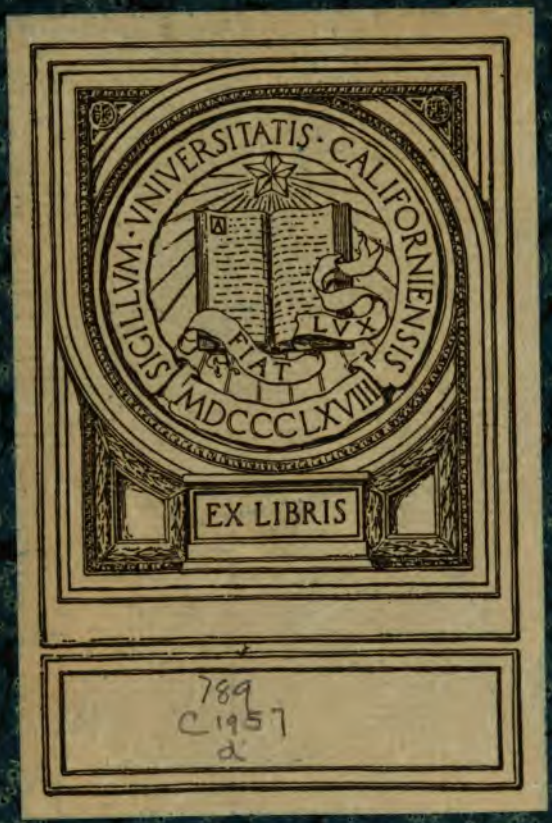
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

UC-NRLF
$B 65 825


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

789
C1957
d

UNA DOCENA DE CUENTOS.

UNA

DOCENA DE CUENTOS

POR

D. NARCISO CAMPILLO,

con un prólogo

DE

D. JUAN VALERA.

MADRID:
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXVIII.

Es propiedad.

MADRID, 1878.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de cámara de S. M.

PRÓLOGO.

Si una ó várias damas de las más bonitas y elegantes de Madrid favoreciesen á un amigo mio, visitándole y amándole mucho, nada probaria esto, á mi ver, en favor de dicho amigo. Las damas son muy caprichosas y á menudo poco razonables. Pero, cuando no son damas, sino musas las que aman y visitan, tómolo yo por indicio cierto de que es virtuoso y excelente varon el visitado y amado. Tal fe y tal confianza me infunden el buen gusto, el recto juicio y la delicadeza decorosa de las hijas de Júpiter. Me parece imposible que ningun sujeto indigno las cautive y enamore. De aquí, sin duda, que lo que dijo el preceptista latino-hispano acerca del orador, á saber, que habia de ser ante todo *vir bonus*, se deba decir con más razon, y se dijera desde muy antiguo por sabios de Grecia, al hablar del poeta verdadero y legítimo.

349545

Por lo expuesto se comprenderá cuán elevado concepto formo yo del legítimo y verdadero poeta, y con cuánta dificultad concedo tan sublime título.

Hay en Rusia una condecoracion que llaman de San Andres y que es la más estimada del Imperio. Hay ademas otra multitud de condecoraciones, como, por ejemplo, la de Santa Ana, la de San Alejandro, etc., etc. Pero cuando el Czar envia á un dichoso mortal el diploma y las insignias de San Andres, le envia tambien un enorme cajon lleno de todas las otras cruces, condecoraciones é insignias con que los rusos se adornan, autorizan y pavonean, suponiendo, y con razon, que quien es caballero de San Andres lo es todo.

De esta suerte, á estar en mi mano el conceder diplomas de poeta, me miraria yo mucho en concederlos; pero, una vez concedido uno de estos diplomas, habia yo de remitir con él al agraciado multitud de otros diplomas y títulos, que implícitamente en el principal se contienen.

Debe considerarse, sin embargo, que el referido diploma de poeta, en toda la extension de la palabra, apénas hay nadie en el mundo que tenga autoridad para concederle. Hasta en esto se ve cuán superior es á los otros. No hay emperador, ni rey de la crítica, ni pueblo soberano, que le conceda con la seguridad de que ha de ser vale-

dero, firme y respetado en los tiempos futuros. Lo único que nos es lícito hacer es mostrar cierta creencia de que tal vez alguna persona le merece.

No pasando yo aquí de los límites de lo lícito, me contentaré con declarar que mi amigo Campillo, á lo que presumo, si no me ciega la amistad, es poeta y merecedor del diploma. Basta con esta declaracion para que se calcule y pondere lo mucho que yo le estimo.

Como lírico, y entiéndase que, en mi sentir, nunca los hubo en España mejores que en nuestra edad, descuella Campillo, así por la elegancia y brío de la expresion, como por lo elevado del pensar y la energía de los afectos.

Ahora se decide Campillo á entrar por otro camino; aspira al lauro de buen narrador en prosa, y presenta en coleccion al público una docena de cuentos, cuyo prólogo me ha sido encomendado.

Meses há que prometí escribirle con gran contentamiento mio, y si no lo he escrito aún, ha sido porque la tarea me parece tan difícil como grata.

Es por demas aventurado juzgar este género de narraciones breves. ¿Quién adivina ó prevé lo que divertirá ó interesará al público? No hay nada más indefinible que el chiste. Lo que hace reir en un sitio, fastidia en otro; lo que pasa

aquí por gracioso y ligero, allí se tiene por pesado y frio ; lo que en tal momento se califica de discreto, se condena un momento despues por impertinente.

Así, pues, á fin de partir de alguna afirmacion sólida, empezaré á hablar de la forma de la nueva obra del Sr. Campillo ántes de hablar del fondo. Sus cuentos son un modelo de lenguaje castizo, natural y llano, y su estilo no puede ser más propio para la narracion. La malicia candorosa, la no rebuscada mezcla de inocencia y socarronería que hay en las reflexiones á que los cuentos dan lugar, no pueden ménos de prestarles cierto hechizo, y hace que la leccion moral, ó la regla de conducta, ó la doctrina literaria ó filosófica, que del cuento se induce, se acepte y reciba con docilidad y hasta con deleite.

Los cuentos del Sr. Campillo pertenecen al género más difícil de escribir entre todos los cuentos.

El más fácil es el género de cuentos que podemos llamar tradicionales. Estos llevan en sí un interes grandísimo de várias clases y para personas de diversa condicion. Son como fragmentos de antiguas epopeyas, tal vez no escritas nunca, y que perdieron mucha parte de su valer y alto significado, quedando algo solamente en la memoria y en la imaginacion del vulgo. Son como ruinas de mitologías, de religiones y de creencias

que ya pasaron. Son historias desfiguradas de héroes, semi-dioses, reyes, princesas y sabios de remotos siglos.

El erudito se complace hoy en seguir las huellas de estos cuentos, remontando hácia su orígen incógnito á traves de naciones, lenguas y tribus, por donde el cuento ha ido peregrinando. Tal vez el mismo cuento que, con leves variantes, se relata en San Petersburgo y en Sevilla, ha venido de la India por distintos caminos á una ciudad y á otra ciudad de Europa. Allí quizá le llevaron los tártaros por medio de la Persia y de la Siberia. Aquí le trajeron los árabes por el Africa.

Claro está que estos cuentos importan tanto al filólogo, al etnógrafo, al historiador y hasta al filósofo, como los idiomas mismos y como los cantos populares, ya meramente líricos, ya lírico-épicos, segun son nuestros romances. De aquí que, si bien algunos autores han bordado sobre el fondo tradicional de los cuentos, como Perrault, Musäns, Andersen, y las célebres señoras d'Aulnoys y Prince de Beaumont, otros han hecho gala de escrupulosos y fieles, no añadiendo ni quitando un solo tilde y limitándose á trascribir el cuento de la boca misma de la vieja ó del hombre del pueblo á quien se le oyeron referir. Así, por ejemplo, han procedido los hermanos Grimm en Alemania.

Campillo se ha privado de tan poderoso aliciente y no trae en su coleccion uno solo de estos cuentos que llamamos tradicionales.

De otro atractivo no ménos grande se ha privado tambien nuestro autor, en gracia de la moralidad y de la decencia. En sus cuentos nada hay que pueda ofender el pudor más delicado. Es sin duda un mérito digno de alabanza haber sabido resistir á la tentacion, al ejemplo dichoso y al éxito de otros autores.

La musa popular, calificada de *casta* por algun crítico amigo mio, no tuvo jamas nada de casta en parte alguna.

Las verduras de Boccaccio, de Chaucer, de Lafontaine, de Casti, y de otra multitud de autores de cuentos, no son de la propia cosecha de dichos autores, sino nacidas y criadas en el huerto vicioso y lozano de la fantasía popular.

Los prodigios, la mágia, los seres sobrenaturales, como hadas, genios, hechiceras, etc., no figuran tampoco en estas narraciones. Casi todas ellas pueden designarse con el título vulgar de *chascarrillos* ó *sucedidos*. Mayor triunfo para el autor, si con tan pocos elementos logra encantar al público, como yo me complazco en esperarlo y en augurarlo.

No es nueva tampoco esta especie de cuentos. Italia, sobre todo, posee en esta especie muchos

modelos que imitar, descollando entre ellos las trescientas novelillas del famoso Franco Sacchetti. Pero, tanto Sacchetti y otros italianos, como nuestros españoles D. Juan Manuel y Timoneda, vivieron en tiempos de ménos malicia, cuando la gente era ménos descontentadiza y exigente, cuando no habia periódicos donde no hay anécdota que no se refiera, y cuando el viajar, ver mundo, presenciar lances y sucesos y adquirir experiencia de los usos y costumbres, eran prendas más raras y más estimadas que en el dia. Todavía entónces el hombre, que habia vivido y peregrinado, podia, sin exagerado amor propio, jactarse, como Ulises, de saber mil cosas que no sabian sus conciudadanos, y podia aspirar á instruirlos y á deleitarlos refiriéndolas.

En el dia ofrece esto mayor dificultad. Todo el valer del chascarrillo ó del sucedido tiene ahora que cifrarse en el primor del estilo, en las amplificaciones, en la pausa cómica, en el reposo, en la gracia y en el tino con que se cuente, y en la agudeza y sutil inventiva para hallar el camino por donde se pasa del caso singular que se narra á la sentencia ó leccion con que se adoctrina é ilustra la mente de los lectores.

En todo esto me parece á mí que es extremado el Sr. Campillo.

Los discursitos morales, las consideraciones y

los documentos para bien vivir, á que sus cuentos dan lugar, están traidos muy á propósito y con la ironía, el humor regocijado y la naturalidad más convenientes.

El reposo y la pausa en la narracion son envidiables, sin rayar jamas en pesados. Antes prestan interes á lo que tal vez no le tendria contado con ménos arte, y proporcionan ocasion para pintar caractéres y pasiones con pasmosa profundidad y verdad, más propias de extensas novelas, y que hasta en las novelas extensas no se hallan con frecuencia, por ser lo sumo del arte el atinar con la viva pintura de caractéres y de pasiones.

Nace de aquí que en algunos de los cuentos el Sr. Campillo, no sólo entretenga, sino que excite curiosidad y apasione en favor ó en contra de sus personajes, y conmueva los ánimos, como si fuesen novelas de otras pretensiones y no cuentos los que escribe.

Citarémos al acaso, en comprobacion de esta verdad el cuento titulado *La Hucha del Ciego*, donde el carácter del ciego está pintado tan briosa y acertadamente, y los sucesos con tanta habilidad referidos, que el lector se apasiona en favor del robado organista y en contra del ladron, y lee con ansiedad todo lo que va pasando, hasta que aplaude y se aquieta cuando el ciego recobra su tesoro; así como siente cierto terror estético con

el duro castigo que da al ladron la Providencia, valiéndose de medios que nacen del fondo mismo del corazon humano, que no pueden ser por lo tanto más naturales, pero que adquieren y revisten, bajo el mágico poder del estilo, cierta apariencia y visos de fantásticos y hasta de milagrosos.

El desenlace, por último, de casi todos estos cuentos, en el cuál viene por lo comun y del modo más natural envuelta la moraleja, sorprende por lo inesperado, quedándose siempre dentro de la verosimilitud estética y áun de la verosimilitud de la vida real y ordinaria que todos vivimos.

De estos desenlaces en ninguno brillan más las referidas excelencias que en el del cuento titulado *La Constancia.*

No considero acertado, aunque mucho pudiera decir aún, detenerme más tiempo, pecar acaso de prolijo, y retardar el gusto que han de tener los lectores con la sabrosa lectura de los cuentos que me atrevo á recomendarles.

Ojalá que mi recomendacion sea eficaz, lo cuál espero del valer de lo recomendado y no de mi talento persuasivo.

Sea como sea, conviene que el público acoja esta corta coleccion con el aplauso de que, á mi ver, es digna, á fin de que el autor se anime y vaya recogiendo y redactando otros muchos cuentos. Nuestro país es riquísimo en ellos; pero miéntras

que en casi todos los demas países se recogen todos los cuentos con el más cuidadoso esmero y hasta con veneracion religiosa, aquí, por desidia, dejamos que se pierdan ó se olviden.

Apénas hay ya nacion ó casta de hombres de que no exista coleccion de cuentos vulgares, escritos é impresos. Los hay alemanes, bretones, árabes, turcos, persas, noruegos, dinamárqueses, ingleses y rusos, y hasta de pueblos salvajes de América y de Oceanía. Pero de cuentos vulgares españoles, recogidos de los labios del pueblo, no se puede afirmar que tengamos aún, no ya una coleccion rica, sino ni siquiera un mediano florilegio, que sirva de muestra y como de indicio de la abundantísima cosecha que se pudiera recoger y conservar para gusto del público y mayor gloria del ingenio español, ó, en general, de la espontánea inventiva del vulgo.

No sólo, por consiguiente, mi amistad al señor Campillo y mi deseo de encomiar su trabajo, que como todos los suyos no há menester de mi encomio, sino mi aficion á los cuentos y mi empeño de contribuir á que esta aficion se extienda á coleccionarlos, revistiéndolos de forma literaria y duradera, me han movido á escribir estos desaliñados renglones.

J. VALERA.

EL PUENTE.

EL PUENTE.

Necesitas caret lege, esto es, la necesidad tiene cara de hereje, segun con más gracia que propiedad suele traducirse el latinajo por los poco versados en el Valbuena y Calepino. Pero yo calculo que, como hembra y mala, debe de tener cara de mala hembra y ser malísima; aunque por la misericordia infinita de Dios ninguna cosa lo es tanto que no tenga algo bueno: y así la necesidad tiene la inapreciable ventaja de ser despertadora y espuela del ingenio, por donde se dijo que más discurre un necesitado que cien abogados. Tal creo firmemente, y es tan antigua y profunda esta mi creencia, que jamas pude olvidar la siguiente coplilla, y eso que la oí cuando niño y ya voy siendo veterano en los de la vida combates, como diria cierto académico. La coplilla es así:

Cuando para las cosas
Faltan los medios,
Para la ingeniatura
Sirve el ingenio.

Y tanto como sirve. Las historias antiguas y modernas lo comprueban hasta la saciedad, presentándonos una interminable serie de verdaderos prodigios verificados por el hombre, cuando se ha visto azotado por el látigo de la necesidad y ha tenido que sacar fuerzas de flaqueza y hacer de tripas corazon y de su inteligencia un ariete formidable y poderoso. Por la ingeniatura, como reza la copla, se escapa Antonio Perez de la prision y de las garras de Felipe II; por la ingeniatura huye de la Bastilla Latoude, Robinson crea una sociedad en desierto islote, y por ella tambien buscamos el pan mediante el trabajo, habiendo seres tan ingeniosos que resolvieron el árduo problema, no de vivir sin comer, sino de comer y vivir sin trabajar; cosa de mucho más mérito en mi humilde juicio.

Pero dando de lado á estas reflexiones ántes de que por largas se hagan enojosas, vamos derechitos al tema de mi cuento. En él se verá demostrado prácticamente cuánto la dura ley de la necesidad aguza el intelecto, poniéndolo más fino y sutil que puñal de Albacete ó punta de aguja.

La cosa ó el caso ocurrió en la gran capital de Francia, en París, cerebro de la humanidad, segun la especial anatomía de Víctor Hugo; aunque por mi parte declaro que no sé si es verdaderamente el cerebro, el estómago, la columna vertebral ó los hipocondrios, ni creo de suma importancia el investigarlo y definirlo. Averígüelo Vargas, que es grande averiguador, y pasemos adelante.

Es París, y en esto no me equivoco, la inmensa casa

de huéspedes del género humano. A ella concurren los ricos de todas las naciones en busca de placeres, los artistas y sabios para su aprendizaje y estudio, los industriales tras la ganancia, los periodistas y políticos para su medro y nombradía, las hermosas como las joyas á los bazares, y finalmente, los derrotados y perseguidos, porque nada esconde mejor que la innumerable muchedumbre. Nuestras discordias civiles ¡ay! ya desde largos años hace lanzan sobre la nacion francesa los vencidos de ayer, los vencedores de mañana, como el mar arroja deshecha en espuma contra nuestra playa la misma ola que viene de reflejar los bosques americanos y hácia ellos volverá nuevamente empujada por los vendavales. Este vaiven contínuo de nuestra política fluctuante provee á París de ese género especial llamado «emigrados españoles.» Pueden calcularse por cientos, á veces por miles: algunos, los ménos, son ricos: los más, sólo cuentan con el sol y la luna, los siete dias de la semana y sus desventuras y calamidades; por lo cuál suelen sufrir apuros mayúsculos, desnudeces prehistóricas y hambres calagurritanas. Muchos de éstos, como acosadas fieras, desenvuelven portentosa energía, trabajan y sudan olvidando su antigua pereza, y más felices que Jerónimo Paturot en busca de una posicion social, logran colocarse ventajosamente á fuerza de nadar contra la marea con voluntad y brío incontrastables.

Pero áun en tal caso y ántes de que á la tempestad siga la bonanza, ¡cuántos sufrimientos y qué amarguras! Porque ser pobre en tierra extraña es ser dos veces pobre, es un pleonasmo de pobreza capaz de agobiar con

su peso á un elefante. A la carencia de dinero se junta la carencia de hogar, la falta de relaciones, el desden insolente que produce un traje astroso en quien lo mira, la imposibilidad de vivir de fiado allí donde no nos conocen, y hasta el perenne martilleo de una lengua extranjera en los oidos nos produce el efecto de una orquesta discordante y bárbara ó de un conjuro en que nos detestan y maldicen.

Si en España no tiene capa el pobre, se envuelve en un rayo de sol que le calienta y abriga: si no tiene un ochavo, la caridad le ofrece un pedazo de pan: si no puede pagar vivienda, duerme en los pajares, en las cuadras, en los portales; y si es verano, le sirve de lecho todo el planeta, donde se alarga y ensancha cuanto quiere bajo el soberbio pabellon de los cielos bordado de mil estrellas y mundos. Pero vaya usted á vivir así en la capital de Francia, y pronto entregará el alma á Dios y el cuerpo á los gusanos.

Estas y otras equivalentes reflexiones bullian sin duda en la cabeza de un español que con lentos y distraidos pasos caminaba hácia el Sena, ignoro si para ahogarse en él ó para entretener el hambre contemplando el divertido ejercicio de los pescadores de caña que tanto abundan en sus orillas. Andaba, pues, ensimismado y tropezando á cada momento con unos y otros, que al sentirse pisados ó empujados le llamaban torpe ó bruto en frances, cosas que le hubieran parecido más ofensivas que en su propio idioma, si sus cavilaciones melancólicas no le hubiesen evitado el disgusto de oirlas. Pero una feroz palmada en el hombro, una voz hueca y re-

sonante y una interjeccion puramente española le sacaron del mundo de las visiones al de la realidad, y volviendo la cara, vióse á sí mismo en la figura de otro individuo, como si en el más hermoso espejo de Venecia se estuviera mirando.

Ambos españoles tenian la misma estatura y mediana edad: ambos eran morenos, con ojos sombríos y aborrascadas barbas más negras que su fortuna: los dos vestian con trajes raidos y lustrosos de puro viejos y cepillados, que á tiro de rifle van diciendo el pupilaje que se debe á la patrona, el empleo que no llega, el crédito ya perdido y áun próxima la esperanza á desaparecer y perderse. Esto era lo más triste, pues uno y otro parecian osados, inteligentes y robustos, aunque bastante averiados por sus ayunos involuntarios y azarosa vida. Para no andar con rodeos, digamos que el uno se llamaba Lopez y el otro Fernandez; que es como si algebráicamente les llamásemos R. ó Z. ¿Hay nada tan natural como el que dos españoles se llamen Fernandez y Lopez, anden emigrados y tengan hambre?

Y dijo Lopez:

—¿Qué tal, compañero?

—Trampeando; ¿y tú?

—¿Yo? Trampeando.

Y contemplaron mutuamente sus biliosos rostros donde la miseria del necesitado, el despecho del vencido, la pena del desterrado habian impreso hondas señales.

Tras breve pausa anudó Fernandez el diálogo:

—¿Qué tal, eh? Bien, muy bien, retebien, hinchado como un pavo y reventando de satisfaccion, júbilo y contento. ¡Por vida de...

Y crispando los puños, soltó el voto redondo. Debia de ser profunda su cólera, porque fulguraron sus ojos como puñales y rechinó dos hileras de dientes que, en honor á la verdad, más parecian de un caiman que de persona humana. Aquel emigrado, leal y digno siempre, víctima de sus ideas políticas, sentia hervir en su vacío estómago el fondo de veneno y ferocidad que una existencia fácil y cómoda aduerme y encubre en nosotros haciendo desaparecer la primitiva fiera bajo el barniz superficial del hombre civilizado.

—Cuando te vi venir desde léjos tan ensimismado y pensativo, compañero Fernandez, me pareciste un sabio, un filósofo. ¿Sabes lo que pareces ahora? Pues tienes cara de asesino. Estás en la pendiente. Criado en la abundancia, te faltan bríos para luchar con la miseria. Tropiezas en un pelo, te ahogas en un vaso de agua. Me dirás que no has comido hoy. Pues yo, ni hoy, ni ayer tampoco: anteayer á última hora tragué el último bocado, y no fué en casa de Vefour, ni en la gran fonda de Inglaterra, sino en un miserable bodegon donde venden chanfaina. Por tu propia hambre puedes imaginar la que yo tengo. Me hincaria de rodillas delante de un rábano. Las casas y los árboles me bailan al rededor, y los transeuntes me parecen jamones y chuletas; pero me sostiene la esperanza. ¿Qué digo la esperanza? La seguridad de comer hoy como un arzobispo; de hartarme,

saciarme y atracarme aunque reviente. Si muero, llevaré á la tumba la barriga llena. Tú comerás y triunfarás tambien. Ea, vénte conmigo.

Y tras esta perorata, enlazó su brazo al de su compatriota, procurando consolarlo y distraerle de sus negras melancolías. Nadie más á propósito para ello que Lopez. Curtido veterano de la desgracia, hombre de extraordinarios hígados, filósofo sin saberlo, miraba las alternativas de la existencia como quien ve una comedia en un teatro. Decia «hoy no he comido» con igual tono que si diera las buenas noches. Y cuando Fernandez admiraba tamaña impasibilidad, contestaba Lopez:

—Antes de medio siglo, el emperador Napoleon, el czar de Rusia y yo estaremos comidos por los gusanos.

Esto no es suponer que el buen Lopez fuera del todo insensible á su angustiosa situacion; pero sabía dominarse y oponer pecho duro á la corriente, que no es poco. Se me figura que estos héroes desconocidos merecen inscripciones y estátuas con mejor derecho que tantas medianías acariciadas por la fortuna. Con razon escribió uno de nuestros poetas épicos:

> No consisten las honras en tenerlas,
> Sino en haber sabido merecerlas.

Y, á la verdad, Lopez merecia cualquier cosa. Olvidando su propia desgracia ó utilizándola como ejemplo, se esforzaba este nuevo Pílades en dulcificar las penas de su amigo, pintándoselas como breves y transitorias y desplegando ante sus ojos las risueñas perspectivas de la esperanza.

—Mira, hijo mio, le decia miéntras iban caminando hácia el Sena; por algo hemos nacido hombres y no carneros. Si fuésemos carneros, entregariamos el cuello al primero que quisiera degollarnos; mas siendo hombres, el caso es muy distinto. Debemos defendernos y luchar hasta el fin; yo no me doy por vencido hasta dos horas despues de muerto. Si desesperado me arrojara desde el puente al rio, ó desde las torres de Nuestra Señora á las losas de la calle, sin duda que sería un gran salto; pero ya lo he dado mayor, pues he saltado desde el almuerzo de un lúnes á la comida de un viérnes. ¿Lo dudas? Pues es la pura verdad, y no me rompí hueso ninguno. Dios me conserva para grandes cosas. Todavía he de tener cama donde dormir, y una camisa limpia cada mañana, y una casa atroz con una despensa como la de un convento, repleta de trufas de Perigord, chorizos de Montanchez, macarrones italianos, conservas alemanas, manteca de Flándes, dátiles de Berbería, quesos de Holanda, con tantos manjares y vinos de diversas naciones, que para digerirlos sea menester un intérprete. Ademas, tendré coche, y tambien docena y media de lacayos colosales sólo para que vayan detras de mí cada uno con un paraguas por si llueve. Aunque ahora caigo en que si voy dentro del coche, para nada necesito los paraguas y los lacayos. Bueno; pues los emplearé constantemente en limpiar el oro antiguo y los diamantes viejos, de que tendré llenos los anchos sótanos de mi palacio, y luégo... ¡Ay!

—¿Qué es eso, hombre? le preguntó Fernandez, que iba medio mareado, viendo pasar por su mente aquella

procesion de camisas limpias, trufas, coches, lacayos y diamantes. ¿De qué te quejas? ¿Qué te pasa?

—Nada, hijo; que como una de mis botas ha perdido ya la suela, á lo mejor se me clavan en la planta del pié los guijarros, y éste me ha hecho ver todas las estrellas del firmamento. Pues iba diciendo que mis palacios... ¡Ah! y á tí te aguarda una suerte mucho mejor; tú has seguido una carrera; eres boticario. Sé que dentro de poco habrá para los emigrados una completa amnistía; te plantas en España...

—Pero ¿y ese banquete suculento que me ofrecias? interrumpió Fernandez harto ya de futuras grandezas y castillos en el aire.

—No seas tan súbito, querido amigo, que no llevo en los bolsillos ninguna fonda, y es necesario buscar las cosas donde están y donde las hay. Por tu parte, ¿sabes cómo garbearemos? ¿Tienes recursos para matar el hambre del dia presente?

—Ninguno.

—Pues entónces, hombre, déjame el timon y fíate de mi talentazo y de mi experiencia.

Aunque las distancias en París son muy largas, hablando de estas y de otras cosas, filosofando sobre ó contra el hambre y guardando á ratos profundo silencio, llegaron por fin al Sena, término de su viaje.

Maravilloso espectáculo presentaba el opulento rio. Surcábanlo en todas direcciones barcas lujosamente empavesadas y llenas de curiosos; en algunas iban músicos llenando los aires de armonías. A lo largo de ambas riberas se agolpaba la muchedumbre, perpétuamente abo-

nada á las diversiones gratuitas. Agitábanse los pañuelos, armaban las voces y los cantos confusa y agradable baraunda. Un dia templado, un sol esplendoroso parecian asociarse al comun regocijo. Motivábalo la feliz terminacion de un puente que unia dos barrios populosos y ricos, dando facilidades á la circulacion y al comercio, embellecimiento al paraje y honra y provecho al arquitecto que supo trazarlo y concluirlo allí donde el cáuce es movedizo y profundo y rapidísima la corriente. Era, en verdad, una construccion digna de alabanza; un puente sólido, airoso y monumental. Su autor debia sentir la satisfaccion más legítima y más noble, sobre todo en aquel dia que era el de su triunfo, pues se solemnizaba con un banquete la apertura de la obra.

Sobre el puente habian levantado una larga y vistosísima tienda de campaña, en cuya cúspide flotaba la bandera de Francia con la N de Napoleon el chico. Llenaban el ámbito de la tienda una mesa larguísima en el centro espléndidamente dispuesta para el próximo festin; alrededor, sillones todavía desocupados, y cerca de ellos y formando numerosos grupos y departiendo en amenas pláticas, las primeras autoridades en el órden civil, militar y eclesiástico, representantes de academias científicas, literatos, periodistas y una lucidísima muestra del sexo femenino, brillante de hermosura y galas y muy capaz de sacar de sus casillas al más extenuado anacoreta. Por ambas entradas del puente la guardia municipal cerraba el paso á la curiosa muchedumbre.

De ella saliendo á fuerza de codazos y pisotones, aparecieron nuestros dos amigos. La caminata que habian

hecho, su hambre atrasada y los esfuerzos para hender y atravesar la espesa multitud, daban una expresion y brillo singular á sus semblantes y á sus ojos. Lopez se dirigió al oficial de guardia, y en correcto frances le dijo estas palabras:—Hacedme la merced de mandar aviso á Mr..., manifestándole que dos arquitectos extranjeros desean visitar el puente.

Aunque los extranjeros más bien tenian facha de facinerosos que de arquitectos, el aviso fué puntualmente comunicado. A poco se presentó el arquitecto verdadero, que no pudo reprimir cierto gesto de sorpresa y mal humor al ver aquellos colegas tan raidos de traje como barbados de rostro, en cuyas trágicas figuras se leia claramente la larga Odisea de sus peregrinaciones, calamidades y trabajos.

Al vuelo comprendió el astuto Lopez la instintiva repulsion que él y su compañero habian producido en el frances; por lo que, tratando de atenuarla, dijo:

—Nuestro entusiasmo por la noble arte que tambien profesamos, aunque sumamente inferiores á vos en ciencia y merecimientos, nos ha movido á suplicaros que nos permitais comprobar de cerca nuestras observaciones examinando ciertas particularidades y excelencias de vuestra magnífica obra, que nos han llamado la atencion. Dadnos licencia para tomar algunas apuntaciones, y dispensadnos la molestia.

—Yo os acompañaré, señores, contestó el frances con suma urbanidad, aunque algo contrariado por la visita.

—De ningun modo: sería en nosotros falta imperdonable ocupar vuestro tiempo el dia de hoy, en que te-

neis que atender á tantas cosas y recibir la merecida enhorabuena de las personas más inteligentes de Francia. Dad licencia solamente para examinar tan soberbia obra á dos emigrados españoles, compañeros vuestros de profesion, por más que se creyeran muy honrados llamándose vuestros discípulos.

Si el agradable canto de las antiguas sirenas producia tal efecto en los navegantes que los atraia embelesados hasta los mismos escollos, es que así quisieron simbolizar los poetas la fuerza casi siempre irresistible de la lisonja. Ella suaviza las asperezas, dulcifica y ablanda caracteres ágrios y duros como el hierro, y suele conseguir los imposibles. Con los elogios del taimado Lopez una sonrisa benévola alegró la cara del frances, quien se retiró á su tienda, no furioso cual otro Aquíles, sino satisfecho y ufano como hombre que ve reconocido y confesado su propio mérito. Quedáronse, pues, nuestros emigrados dueños del campo; quiero decir, del puente, poniéndose en seguida á examinarlo con muestras de viva curiosidad y atencion profunda. Entre tanto, preguntaba á Lopez su compañero :

—Oye, ¿tú entiendes algo de puentes? ¿Posees algunos conocimientos de arquitectura, lo bastante para aplicar con propiedad varios términos facultativos? Dígolo porque es muy probable que vuelva el frances y quiera conocer la opinion que formamos de su obra; en cuyo caso nos veremos muy apurados para sostener una conversacion científica con ese monsieur, que tiene cara de listo y debe saber más letra menuda que Lepe, Lepete, Lepijo y su hijo.

—Cuando te dije ántes que tú tropiezas en un pelo, bien dicho estuvo. ¿Que el frances sabe más que Lepe? Pues yo con los ojos cerrados y dormido, sé más que Lepe y el frances vigilantes y despiertos. Si conocieses á fondo mi historia, verias en ella milagros tales, que este puente y todos los monumentos romanos te parecerian juegos de niños. Yo he sido casado, y mi mujer, mi suegra y mis tres cuñadas me adoraban; yo fuí rico, y no soberbio; soy pobre, y nunca me apuro. ¿Sacó Moises agua de una roca? Pues yo he sacado los cuartos á un cura gallego. ¿No he comido ayer? Pues comeré hoy para ocho dias. ¿No dispongo de un céntimo? Pues dispondré de millones para dar y para que me queden. Con que figúrate tú si tendré yo retórica y maquinaria para hacer frente á cuantos franceses hay en el mundo.

Al terminar Lopez su impetuosa réplica, parecia un gigante. Diríase que habia crecido, como leon que estira sus garras y sus músculos. Le brillaban los ojos como dos lámparas. Su amigo le miró con asombro. Era Cristóbal Colon pensando en su remota India; Gonzalo de Córdoba la víspera del Garellano; Juan de Toledo imaginando la suntuosa fábrica del Escorial; era, en fin, el atleta lleno de vigor que cuenta por suyo el triunfo. Esta raza de hombres tenaces no escasea, loado sea Dios, en España. Miéntras viven, luchan; para vencerlos hay que matarlos. Con un movimiento rápido sacó de su astroso gaban papel y lápiz, y alargándoselos á Fernandez, díjole imperativamente:

—Escribe.

—¿Qué voy á escribir, hombre? ¿El proceso de nues-

tras hambres y desdichas? Demasiado presente lo tengo en la memoria. Puedes creer que no se me olvidará, aunque...

—Escribe cualquiera cosa: palabras, números, garabatos... el caso es mover el lápiz sobre el papel. ¿No calculas que nos estarán mirando? Conviene hacer que hacemos; importan las apariencias.

Y con la mano extendida sobre las cejas como quien resguarda la vista contra los rayos del sol, quedóse inmóvil contemplando uno de los estribos del puente. De vez en cuando se volvia cual si dictara una nueva observacion al compañero, diciéndole por lo bajo:

—No dejes de hacer números.

Despues midió con pasos regulares la abertura de los arcos, quedando al parecer absorto en sublimes consideraciones y repitiendo á intervalos:

—Sigue pintando números, que hay moros en la costa.

Y no se engañaba. Dos pares de ojos atentos no habian perdido de vista un segundo los pasos, actitudes y gesticulaciones de nuestros héroes. Los tales Argos eran dos empleados de la obra, á quienes al paso habia encargado el arquitecto vigilar á los españoles. Él, muy bien vestido, condecorado y orondo, se resistia instintivamente á tener por compañeros de profesion á unos hombres tan maltratados y raidos. Pero cuando entró en la tienda uno de los vigilantes á referirle lo que habia visto hacer á los extranjeros, sintió excitada su curiosidad y quiso volver á hablarles.

Acercóse, pues, á ellos, y tras de algunas frases corteses les demandó su parecer, preguntándoles al mismo

tiempo indirectamente sus nombres con una intencionada reticencia. Cuando tartamudeaba el *monsieur de,.. monsieur de...* como en busca del apellido, interrumpióle nuestro héroe :

—De Lopez Pantaleon Siete-Castillos y Cabeza de Vaca; aunque hallándome ahora en la emigracion y privado de mis rentas, sólo me llamo Lopez; que tantos y tan ilustres apellidos en mi situacion presente, ménos me parecen una honra que un sarcasmo y recuerdo vivo de tiempos felices. Y este mi compañero es D. Fernandez de Covadonga y Pendon Real, de cuyos méritos y desventuras diria muchísimo, si no temiera ofender su singular modestia.

El arquitecto hizo una cortesía respetuosa á tan nobles personajes. Lopez continuó :

—Ahora tenemos ambos un nombre más sencillo y más breve; nos llamamos emigrados, perseguidos. La elevada posicion de ayer fué como un sueño; la verdad es el polvo de hoy. Dispensad, señor mio, si hay amargura en mis palabras, porque todavía las cicatrices están recientes y brotan sangre. Os digo esto por haber tenido que recordar nuestros nombres.

Y pasándose la mano por la frente como para disipar angustiosas memorias, añadió :

—¿Mas... para qué hemos venido aquí? ¡Ah! sí, para satisfacer una curiosidad científica. Mi compañero y yo conociamos la justa celebridad de que gozais y deseábamos examinar vuestra obra. Es una construccion sólida, elegante y útil; creemos que os honra sobremanera y añade un nuevo título á los muchos que ya teneis á la

estimacion pública. Alzado el puente sobre terreno gredoso y en el punto donde es más violento el curso de las aguas, habeis vencido obstáculos graves para dar firmeza á bases y estribos: la proporcion y luces de los arcos están entendidas maravillosamente; la entibacion de las claves nada deja que desear, y reina el mejor gusto en el adorno y decorado. Otra observacion pudiéramos hacer; pero es delicadísima y estamos fatigados. Ademas os aguardan para el banquete; si nos dais vuestra licencia, nos retiraremos agradeciendo la distincion y finura con que nos habeis recibido.

—No tendria ciertamente yo esa finura y cortesía de que hablais, contestó el frances, si no os ofreciera hoy, como buen compañero, un puesto en la mesa, que dentro de pocos minutos se verá servida. Comeremos juntos, y despues del café me dispensareis el favor de manifestarme por completo vuestro juicio. No valen excusas. Con que vamos, monsieur Lopez: vamos, monsieur Pendon... ¿Pendon... de qué?

—Pendon Real, contestó el interpelado.

—Pendon Royal... ¡hermoso nombre! Y los tres penetraron juntos en la vistosa tienda de campaña.

Deslumbrador espectáculo presentaba por dentro. Bien se podia ir de campaña, aunque fuese contra las legiones infernales, con tal de vivir y comer en tiendas parecidas. Cuanto pueden acumular el arte y la riqueza en colgaduras y bordados pabellones, en ingeniosos trofeos simbólicos de la industria, la ciencia y el trabajo, en anchos espejos y caprichosas guirnaldas y magníficos jarrones de flores, todo estaba allí con tan exquisito

gusto colocado y dispuesto, como si manos de ángeles lo hubiesen arreglado y distribuido. En el centro se extendia la mesa, cubierta de blancos manteles y sembrada á trechos iguales de vistosos ramilletes, grupos de botellas y fuentes de porcelana, donde se levantaban en pirámides frutas y dulces procedentes de cuantos climas ciñe el mar y el sol alumbra. Al rededor de la mesa dos larguísimas filas de mullidos asientos parecian esperar con impaciencia á los dichosos comensales. Cualquiera simple mortal, ó mortal simple, aunque tuviese repleto el estómago, sentiria júbilo y complacencia ante aquellos preparativos dignos de Lúculo. Figúrense mis lectores si los famélicos emigrados se hallarian contentos. A uno y otro les bailaba en la boca toda la caja de dientes, ansiando tomar parte en la funcion. Pirro, vigoroso, colérico, armado de todas armas y extendiendo sus robustos brazos en són de amenaza, como serpiente que al calor del nuevo verano hincha y desenrosca sus ponzoñosos anillos, segun lo pinta Homero, no aguardaba con mayor ánsia la señal para entrar á degüello en la ciudad troyana, que los recien convidados el momento de sentarse y dar principio á sus gastronómicas proezas.

Entre tanto estaba Fernandez como embelesado: sus ojos tenian una expresion beatífica, y en voz baja murmuraba junto á su compañero:

—Esto es la gloria.

Por fin, llegó el feliz momento. Limpios y elegantes mozos de comedor, que ahora llaman camareros, empezaron á servir los primeros platos y los primeros vinos. Si me dejara llevar de los recuerdos clásicos, encajaria

aquí, con relacion á mis compatriotas, los versos en que el menor de los Moratines pinta á un voraz filosofastro:

No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el dón que le presento opimo.
Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedia,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua,
Y empieza á devorar, etc...

Dejémoslos que devoren cuanto puedan. Demasiado ayunaron y hora es de tomar el desquite. Es de singular naturaleza el estómago de los pobres: en esto pertenecen á la familia de los camellos, que de una hartada comen y beben para muchos dias. El cuerpo del pobre es elástico tambien como si estuviera hecho de goma. ¿Se regalan unos zapatos? Pues aunque sean de una duquesa de *enano* pié, segun dicen ridículamente ciertos poetas, embebe y achica el suyo hasta que se los encaja. ¿Le dan una levita de algun señor grueso y corpulento? Pues se infla y ensancha y engrandece hasta que le viene que ni pintada. Esto lo he reparado várias veces. No era justo que todos fueran inconvenientes: algunas ventajas habia de tener el necesitado. Al sibarita que se tiende sobre plumas suele molestarle un pliegue de la sábana; pero el robusto gañan que echa la siesta á la sombra de un olivo y sobre terrones, tiene el cuerpo más duro que los terrones mismos y duerme como un bienaventurado.

Mas volviendo á mi historia y dando de mano á estas

filosofías, que tal vez hayan sido inventadas para consuelo de los pobretes, diré que los improvisados arquitectos no levantaron cabeza ni pararon quijadas hasta que engullidos los platos primeros como por ensalmo y acallados los vehementes clamores del estómago, empezaron á mirar á su al rededor como quien estudia el terreno. Su anfitrion, el héroe del convite, se hallaba casi al otro extremo de la mesa, y aunque muy entretenido en platicar con sus vecinos de silla, no quitaba ojo á nuestros amigos. Otras personas tambien los habian notado por sus raidos trajes.

La verdad es que Fernandez se hallaba algo inquieto, y ya satisfecha su necesidad, hubiera querido estar un poco léjos de allí. En cuanto al magnánimo Lopez, comia como un tiburon y bebia como una esponja: la tranquilidad y el júbilo brillaban en su rostro, y cuando empinaba el codo para desatascar el garguero con exquisitos vinos, solia dar en la gracia de disparar miradas flamígeras á unas señoras que próximas á él estaban. Y por contera, como si el español fuese un idioma de *ultra tumba* incomprensible á todos, decia en alta voz á su compañero:

—Nunca creí que los franceses guisáran tan perfectamente. Adivinan mi estómago, lo entienden y lo traducen á las mil maravillas. Cuando yo sea millonario y tenga palacios en España, me voy á llevar de aquí un batallon de cocineros. Los vinos son los que me parecen flojillos. ¡Oh Montilla! ¡Oh Jerez! ¡Oh Sanlúcar de Barrameda!

— Pero, hombre, cállate: ¿no reparas que nos miran?

— Con eso verán dos pares de patillas y cuatro ojazos

negros que no los gastaba mejores ni el propio Holofernes. ¿Qué te importa que miren? ¿Somos acaso algunos fenómenos?

—Es que... la verdad... mas ¿cómo vamos á salir del aprieto? ¿Qué entendemos tú ni yo de arquitectura?

—Hombre, no seas lila: aquí no hay aprieto ninguno: tengo yo muchísimo caletre: ¿entiendes? y una arquitectura natural que mete miedo. Ya verás cuando hablemos luego del asunto: voy á darle al frances una leccion, que lo deje pegado á la pared.

—Más bien creo que vas á hacer una barbaridad. En fin, juntos hemos venido, y juntos la haremos. Yo estoy resuelto á todo.

—Tú no tienes más que cerrar el pico, y chiton.

Y no hubo más plática entre ellos. Siguió el festin su majestuoso curso, llegaron los bríndis, sirviéronse los postres y el café, y cuando los hombres salian al aire libre á fumar aromosos habanos, y Fernandez pensaba aprovechar la ocasion para escabullirse entre el movimiento general, aparecióse á nuestros amigos la sombra del Comendador; es decir, el arquitecto frances, colorado como un pavo de la buena mesa y frecuentes libaciones. ¡Cuál sería el asombro de nuestros españoles al oir que les saludaba en español, si no correcto, por lo menos muy comprensible! Lopez no pudo reprimir su entusiasmo, y exclamó:

—¡Viva el garbo y la arquitectura! Maneja usted nuestro idioma de tal modo, que me parece estar oyendo á Cervantes. Ya me figuraba yo que era usted un barbian de Persia.

—¿Qué cosa ser barbian de Persia?

—Un señor muy apreciable y de muchas campanillas.

—Yo tener muchas campanitas: yo darle muchas gracias. Yo querer conocer su opinion profesional sobre esta obra mia.

—Pues no hay cosa más fácil. Como iba diciendo, ya la arquitectura era conocida en tiempo de los egipcios: basta con acordarse de aquellas pirámides y de aquellos templos y palacios que labraban. Todos los materiales los traian en carros tirados por elefantes atroces, que gastaban unas trompas disparatadas y cualquiera de ellos tenía la fuerza de un regimiento de granaderos. Y lo que más me incomoda es que algunos ignorantes profanos dicen que los tales egipcios construian sus obras encajando piedra sobre piedra, sin soldarlas con argamasa; pero yo refuto victoriosamente semejante opinion en un tratado sobre las várias mezclas usadas en tiempo de los Faraones, que tendrá unos diez y nueve tomos. ¿Usted los ha leido?

—No, señor.

—Eso no me extraña mucho, porque yo tampoco los he escrito; pero los tengo pensados, que viene á ser igual. Eran unos sabios aquellos egipcios. Pues ¿y los griegos, y los romanos? ¡Qué templos, qué fortalezas, qué murallas, qué palacios, qué puentes! Y ahora que digo puentes, ¿quiere V. que le manifieste del todo mi opinion sobre el suyo?

—Yo estar eso esperando.

—Pues el puente es muy bueno, y lo mejor que tie-

ne... ¿quiere V. saber su principal mérito? No consiste en la firmeza de los cimientos, ni en la proporcion, solidez y gallardía de los arcos, ni... nada de eso. La idea grande, que parece mentira que se le haya ocurrido á usted, la inspiracion feliz que usted tuvo fué la de hacer el puente derechito, derechito desde una orilla á la contraria; que si se empeña usted en hacerlo por medio y á lo largo del rio, se muere usted de puro viejo antes de acabarlo.

El frances quedó estupefacto. Con la boca y los ojos muy abiertos parecia la imágen del asombro. No esperaba aquella salida. Cuando quiso responder, ya los españoles habian desaparecido. Por desahogarse con álguien refirió el suceso á vários convidados, y pocos minutos despues todos lo sabian y comentaban, celebrando con alegres risas la agudeza de aquellos traspillados caballeros.

Entre tanto, los héroes de la fiesta se alejaban modestamente del teatro de su triunfo y Lopez decia á Fernandez:

—¿Lo estás viendo, hombre? No hay nada en el mundo como la ciencia natural: á ese arquitecto, que se cree tan sabihondo, le he dado una leccion de arquitectura que no se le olvidará lo menos en tres meses. La copla tiene mucha razon al asegurar que

Cuando para las cosas
Faltan los medios,
Para la ingeniatura
Sirve el ingénio.

Madrid: Noviembre: 1877.

POR AMOR DE DIOS Y POR AMOR DEL DINERO.

POR AMOR DE DIOS Y POR AMOR DEL DINERO.

Era una mañanita de Diciembre próxima á Noche-Buena: soplaban céfiros de Guadarrama finos y punzantes como puñales de Albacete: no pululaban por las calles de la coronada villa esos transeuntes ociosos que en muda contemplacion se extasían horas enteras ante los escaparates de quincalla y modas; sino que todos aceleraban el paso procurando guarecerse de las pulmonías entre paredes y bajo techo, y los más felices junto á la encendida chimenea. Porque hacía frio, y en grande: un frio de esos que hielan los vocablos en la lengua, convierten los piés en sorbetes y atacan hasta los adoquines que, bañados de rocío, parece que lloran.

Pues con temperatura tal, y como burlándose de ella, si burlas caben con el frio, iba soplándose los dedos un pobrete envuelto en cuatro harapos; los ojos húmedos y lacrimosos y la nariz lo mismo que un tomate. Por su aspecto abatido y escuálido, por la dificultad con que, falto de fuerzas, andaba, y por la erizada barba que en

un mes no habria tocado navaja alguna, este mi pobre parecia recien salido de uno de esos caritativos matade-ros apellidados hospitales. Dirigia miradas investigado-ras á izquierda y derecha como quien algo busca, y por último, ante una puerta de cristales se quedó parado. Tenía esta puerta á entrambos lados relucientes bacías de metal colgadas de sendas palomillas, y como si tan clara señal no bastase, ostentaba el establecimiento en grandes letras blancas sobre fondo negro este rótulo:

BARBERÍA. SE AFEITA Y CORTA.

Antes de que se me olvide, y para mayor puntualidad de este relato, diré que entre las dos mencionadas ba-cías, y colgado como ellas, estaba un frasco de vídrio con sobre docena y media de sanguijuelas escogidas, poco menores que africanas serpientes, y pegado más abajo un papel que en letra manuscrita anunciaba como con admiracion y asombro:

¡SE APLICAN!

No sabía leer mi hombre, y así no hizo caso de tan amenazadores letreros; mas por las bacías de muestra, ó por la muestra de las bacías, comprendió ser aquella la ofi-cina y laboratorio de un rapista, aunque en ella no vibra-se entonces monótono són de vihuela. Pero ¡qué oficina tan bien acondicionada! Tersos y grandes espejos dora-dos, limpias mesas de piedra para los avíos de tocador, ámplios y mullidos sillones dignos de recibir entre sus brazos al más robusto canónigo, blancos paños acá y allá pendientes de clavos romanos junto á los simétricos

navajeros, un ambiente aromático y templado; templado sobre todo, pues el rapista, que se hallaba en el pleno ejercicio de su arte rasuratorio, vestia muy á la ligera sin temor al frio, como si reinase la estacion de los céfiros y flores... todas estas cosas y algunas otras daban á la barbería tal aspecto de comodidad, que parecia estar gritando á los parroquianos: « adelante, señores.»

Pero mi pobre, con la timidez propia de quien no tiene un cuarto, no se atrevió de pronto á penetrar en la tienda: contúvose junto á la vidriera desde donde contemplaba al maestro, que con el aire más servicial del mundo afeitaba á un señor gordo, le daba conversacion, sonrisas, jabonaduras, aceite de olor en el canoso cabello, y por último, los más reverentes saludos cuando ya listo y restaurado se colocaba el sombrero ante el espejo con aire complacido y áun conquistador y desenvuelto. El rico gordo pagó y salió; momentos despues entraba el pobre flaco y flaco pobre, pasando no poco gustoso del frio de la calle á la templada atmósfera de la barbería.

El entrante contempló al barbero, y el barbero al que entraba. La mirada del uno era suplicante; la del otro indefinible. Sólo pudiera compararse á la del que está esperando á la mujer amada y ve llegar á un acreedor, á un toro bravo, ó cosa por el estilo. Y dijo el pobre: «He pasado enfermo un mes en el hospital; no tengo dinero ni á quien pedirlo; por amor de Dios le ruego que me afeite esta barba, pues con ella tengo facha más bien de facineroso que de hombre que busca un jornal en donde quieran darle trabajo.»

Era el barbero un pez de Cádiz, nacido en la Miran-

dilla, criado en la Viña y cursado y curtido en las muy ventiladas y no menos famosas universidades del Muelle, el Campo del Sur y la Caleta, de donde tantos gloriosos varones han salido para las academias y liceos de Céuta y Melilla. Despues de servir al rey en el ejército y de pasar por más lances y aventuras que el mismísimo Gil Blas de Santillana, vino á la capital de las Españas, contemporáneo valle de Josafat donde se encuentra cuanto se pierde en otras partes, dió fondo en ella, y tratando de hacerse hombre de bien, con asombro de Santa Rita, abogada de los imposibles, convirtió ciertos ranchos de la compañía donde fué sargento en una oficina de rapista, verdadera metamórfosis digna de Ovidio. Este peine (Ovidio no, sino el barbero) escuchó la súplica del pobre, y despejando de nubes su entrecejo, contestó con agrado: «¡Vaya si le afeitaré! ¡Como que yo me muero por hacer obras de caridad! Lo voy á poner que no lo conozca ni su madre. Pase usted, buen hombre»: y le hizo entrar en una especie de patinillo interior, que en lo oscuro, húmedo y frio semejaba el fondo de un pozo. Acomodóle allí en una silla coja, y entrando en la cocina, volvió con un paño sucio, un barreño de lo más basto, medio lleno de agua de la menos clara, y para decirlo de una vez, agua nutritiva donde largas horas habian estado remojándose, partidas en trozos, así como dos libras de bacalao.

Puesto el pañizuelo sobre el hombro y el barreño bajo la barba, con lo que subian los perfumes derechamente á la nariz, eran de ver los gestos del paciente; ni á respirar se atrevia siquiera, temiendo ser acometido de la

fiebre amarilla, del tífus ó el cólera morbo; que para todo esto y algo más daban motivo aquellas aguas lustrales donde áun nadaban pellejos del bacalao que remojaron. El jabon era del propio Winsord de fregar cazuelas, y las jabonaduras, tumultuosas como olas de mar embravecido, ya penetraban por la boca y nariz del paciente, ya le escaldaban los ojos, halagando á un tiempo olfato, gusto y tacto, que mal haya para Síbaris y sus regalones habitantes. Verdugo y víctima guardaban silencio durante la operacion preparatoria, gozándose el uno en hacer su oficio y resignándose la otra á sufrir el castigo de su pobreza. Entre tanto los miraba con ojos luminosos un gato enorme; gato antropófago y muy capaz de cualquier gatada.

De pronto el barbero se aparta hácia atras dos pasos, y dándose un golpe en el laboratorio de sus malos pensamientos, pregunta á su gratuito parroquiano:

—Hombre, ¿ha oido usté hablar del gran Carlomagno, emperador de los moros?

—Sí, que he oido leer su historia, con la de los Doce Pares de Francia y el famoso Bernardo del Carpio, hijo, ó sobrino, ó cuñado, ó qué sé yo de un tal Roncesvalles. ¿Pero se puede saber á qué viene la pregunta?

—¿A qué viene? Pues nada; casi nada: á que es usté el hombre de más suerte que hay debajo de la capa del cielo: de seguro nació usté de pié derecho y con vara y media de ombligo. Ya puede usté irme haciendo catorce ó quince cortesías y dándome las gracias; como que voy á limpiarle esa cara con la propia navaja conque afeitaban al mismísimo Carlomagno.

Y diciendo y haciendo, desenvaina una especie de alfanje mellado y mohoso desde luengos años, y comienza su operacion rasuratoria tirando tajos y reveses sobre aquel asombrado rostro, estafermo de la miseria. Ni pirámide egipcia, ni sepulcro de Ménfis, ni el misterioso templo de Júpiter Ammon ostentaron nunca tan variados y caprichosos jeroglíficos como las mejillas del paciente. Pero no fué tanta su paciencia que pudiese evitar algunos profundos ayes y convulsivos movimientos y dos lagrimones como castañas, capaces de infundir lástima y compasion á las duras piedras. Viendo su dolor y llanto, dícele el impío barbero:

—¿Qué es eso? ¿Le estoy haciendo quizá algun daño? ¿Por qué llora usté, buen amigo?

—¡Ay! no lloro por mí, respondió el acuchillado, sino figurándome lo que sufriria el pobrecito de Carlomagno cuando lo afeitaban con ese sable.

—¡Hombre! ¿Tiene usté valor de llamarle sable á esta sin igual navaja de verduguillo, que no la gasta mejor ni el rey de Persia? ¡Y yo que habia pensado obsequiarle á usté afeitándole con la herramienta misma de todo un emperador! Mas ya que no agradece usté esa honra, lo dejaremos y concluiré con otra navaja cualquiera.

Y tomó en seguida una navaja cualquiera; esto es, una de las peores que tenía; pero comparada con la de Carlomagno, era un terciopelo comparado con abrojos.

En un dos por tres la cara del pobre quedó monda, y el gato sin esperanza de hartar sus antropófagos instintos con piltrafas humanas. Enjuagado y enjugado el ros-

tro, merced al pestífero caldo y á un harapo mugriento que algun dia fué toalla, levantábase ya el rasurado mirando con anhelantes ojos á la puerta y deseoso de verse en mitad de la calle.

—Espere, espere, hermano, díjole el barbero, que no es justo que usté vaya desacreditándome por ahí con esa cara hecha un mapa-mundi. Y encaramándose sobre una silla comenzó á coger telarañas, no escasas por cierto en aquel patinillo ó trastienda, con cuyo prodigioso específico le cubrió los arañazos y le restañó la sangre que hilo á hilo le corria por el escuálido rostro. Despues añadió: —y si sabe usté de alguien que necesite sanguijuelas, pagándolas por supuesto, aquí las hay tamañas como culebrones.

Miró el pobre con terror aquellos bichos que se retorcian dentro de la vasija, saludó y salió meditabundo. Pensaba en aquel señor gordo, á quien vió rasurar con tanta comodidad y esmero: pensaba en sí propio, en la diferencia enorme entre la tienda y la trastienda; entre una finísima lengua de acero y un mellado chafarote; entre aguas de ámbares y agua hedionda de bacalao; y finalmente y como total resúmen de sus cavilaciones, en el abismo que separa la faltriquera vacía del repleto bolsillo. Como la peonza en manos del chicuelo, cien vueltas daban tales consideraciones en su turbada cabeza, figurándose contemplar cercados de una aureola brillante como los santos y colocados en medio de un paraiso á los poseedores del vil metal, y en el fondo de un infierno, entre lagunas pestíferas y truculentos alfanjes, á la numerosa prole para quien fué madrastra la fortuna. De

tan desconsoladoras meditaciones vino á distraerle un furioso estrépito: era un corrillo de gentes hablando y gesticulando á la par delante de una puerta, por donde salian los aullidos más lastimeros del mundo, voces de hombre y fragor de muebles derribados, todo al són y compás de garrotazos tremendos, capaces de deslomar á un gigante.

—¿Estará rabiando ese perro? preguntaban con inquietud algunos.

—No será extraño que rabie, porque lo estan desollando vivo, añadian otros.

—Buena paliza le arriman, decian todos.

—Pues yo aseguro á ustedes que no son palos, ni menos que desuellen al perro, interrumpió mi pobre dirigiéndose al grupo: es que lo estan afeitando por amor de Dios y con la navaja de Carlomagno.

Madrid.

LA CONSTANCIA.

LA CONSTANCIA.

.....Ella sola es el escudo
Donde su filo agudo
La adversidad embota: ella convierte
En deleite el dolor, la ruina en gloria:
Ella fija el dudoso torbellino
De la fortuna, y manda la victoria, etc.
(*Quintana.*)

I.

Digo que sobrada razon tenía este excelentísimo poeta al asegurar que la constancia allana y vence los mayores obstáculos, quita el *im* á los imposibles, convirtiéndolos en cosas posibles y hacederas, y tan lejos lleva á cuantos la poséen y emplean con acierto, que la muchedumbre queda atónita y asombrada al contemplarlos salvar abismos, escalar alturas y realizar prodigios como si alguna varita mágica poseyeran. Así los antiguos griegos Cleofante, Butarco, Anaximandro, Anaxímenes, Pitágoras y Herophilo, inventan la pintura monócroma y polícroma, los mapas geográficos, el reloj solar, la tabla de multiplicacion y el devolver la perdida vista á mil y

mil hombres extirpando la catarata; así tambien el godo Isidoro, de tardo y rudo entendimiento, se empeña en ser sabio y santo, y lo consigue; y consigue Teresa de Cepeda ser santa y escritora y fundadora; y Colon descubrir las tierras del Occidente, y Franklin detener y desarmar el rayo.... y si relatara cuantos milagros la constancia hizo y recuerdan las historias, ya podia ir preparando algunas tinajas de tinta, el papel correspondiente y luengos años de vida, que siempre serian breves y pocos, áun cuando á los del propio Matusalen aventajasen.

Todavía hoy quedan hombres de teson, héroes de la perseverancia que pasan veinte y más años solicitando un empleillo de cinco mil reales; que gastan su vida entera, nuevos judíos errantes, persiguiendo el premio gordo de la lotería, ó que levantados en armas como partidarios de tal ó cual bandera política y por las armas vencidos, lejos de resignarse con su suerte y deponer el fusil ó el clásico trabuco, se echan á la vida airada de los caminos y vericuetos; habiendo empezado por proclamar un ideal y acabando por desbalijar galeras y diligencias. Esto es pura imaginacion mia, pues jamás ha sucedido en España, y si se ve algunas veces y en algunas partes, debe de ser allá en las bárbaras regiones del Turkestan y la Cochinchina; pero no en esta tierra nobilísima donde todos somos caballeros, hidalgos, católico-apostólico-romanos. Bueno es hacer esta salvedad, porque no escasea la gente maliciosa. Y dicho esto, principio mi historia.

¿Era en Toledo? Sí, en Toledo fué, á no engañarme

las crónicas que tal materia tratan : crónicas cuyos abultados in-folios y legajos he registrado en polvorosos archivos, sin que el Gobierno, como leve recompensa de mi trabajo y servicios piramidales, se haya dignado de señalarme siquiera veinticinco duros diarios de renta vitalicia, lo cual me parece soberanamente injusto, hoy que se dan cintajos, cruces y áun pensiones á don Fulano ó don Zutano, por los méritos insignes que *pudo haber contraido* en tal batalla, inundacion ó epidemia donde no estuvo, sin duda por cáusas ajenas á su voluntad, segun con mucho salero suelen decir los periódicos, ó más exactamente los periodistas que los escriben.

Pues en la imperial Toledo habia un cura singular. Como grano de arena en ancha playa, se confundia entre la espesa falange de sus compañeros trabajadores en la viña del Señor. ¡Qué viña y qué trabajadores! exclamará algun impío volteriano. Con su pan se lo coma y siga adelante la narracion. Este mi cura valía por media docena. No murmuraba, no conspiraba, era incapaz de molestar á una mosca y ni siquiera tenía ama. Servíale un chicuelo, huérfano, sobrino suyo, á quien enseñaba los gerundios y supinos despues de haber ejercitado largamente la paciencia para hacerle franquear las barreras del *musa musæ* y del *quis vel qui*. Como de la crisálida sale la mariposa, de aquel chiquillo, aunque atarugado y rústico, saldria con los años y el pulimento un levita, un sacerdote que fuera lustre del altar y apoyo de su familia, asaz necesitada y numerosa.

Llamábase el cura don Facundo: no digo el nombre de su sobrino, porque ninguna falta hace en esta breve

narracion saber si en la pila bautismal le habian puesto José, Antonio ó Policarpo. El tal sobrino representaba el lado penoso en la vida de su respetable tio, quien para enseñarle las oraciones intransitivas y verbos deponentes sudaba la gota gorda desbastando aquel rústico tronco, aunque á veces acompañaba sus doctas explicaciones al són de unas disciplinas, capaces de levantar ampolla en la misma piel de un mulo. La letra con sangre entra: esto decian nuestros abuelos y procuraban concertar con la práctica tan bella teoría. Hágolo notar así para que nadie atribuya á crueldad lo que era entonces cosa corriente en toda tierra de cristianos. Lejos de ser cruel don Facundo, era hombre benignísimo, incapaz de hacer daño á una mosca, segun queda manifestado, y muy dispuesto á favorecer al prójimo en la medida de sus fuerzas. Lo único que le sulfuraba era la torpeza del sobrino: la leccion de latinidad solia ser un mal rato para maestro y discípulo.

En compensacion de tales rabietas, mi señor don Facundo tenía un loro. ¡Qué loro, señores! Con su manto verde y amarillo, su pico encorvado, sus redondos ojos y ganchudas patas, y sobre todo, por la gravedad de su porte, parecia un sujeto de importancia. Su mirada era la de una persona: habia intencion y malicia truhanesca en aquellas doradas pupilas. Rezaba de coro muchas oraciones sin equivocar sílaba ni letra, sabía el responsorio de San Antonio de Pádua, el *tantum ergo* y hacía de celebrante y de acólito al recitar en latin largas tiradas de la misa. En suma, el animalito era un portento y por todo el oro de América no lo hubiera vendido don

Facundo. Con la baba caida de puro gozo escuchaba y aplaudia sus relaciones, le llamaba su niño, le limpiaba la jáula con sus propias manos y le daba el agüita, los garbanzos, los terroncitos de azúcar y cuanto necesitaba para estar bien atendido, regalado y contento. No tenía don Facundo otra distraccion que hablar con el loro, rezar el rosario en su compañía y deleitarse con sus gracias y monadas. Alguna vez sintió su conciencia escrúpulos de tamaña familiaridad con una bestia; pero mil ejemplos de santos que platicaron y áun fraternalmente vivieron con perros, cuervos, leones, ciervas y hasta con peces, le tranquilizaban. Despues de todo, un lorito no es inferior en manera alguna á un cuervo, á una fiera, y mucho menos á un sollo ó á un lenguado.

Verdad que el afecto del buen eclesiástico á su loro pasaba de los comunes límites y casi, casi tocaba en los de la pasion; pero cada cuál tiene su modo y su vehemencia propia en el querer, por lo que me parece absurda toda nivelacion en este punto, así como la manía de regular lo que no admite regla por su naturaleza misma. Los criticastros y maldicientes aseguraban que el parlante animalejo tenía sorbido el seso al cura, que este no pensaba más que en su lorito, de lo que habian resultado numerosos y grotescos lances. Entre otros citaban á cada paso, con gran regodeo, una distraccion que no me atrevo á creer: y es, que hallándose don Facundo auxiliando á un agonizante en sus postrimerías, pensó decir la acostumbrada jaculatoria: «En vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu.» Mas trocando los frenos, exclamó con voz melíflua y atipla-

da: «Lorito, ¿quieres chocolatito?» Figúrense ustedes la cara que pondria el moribundo y el asombro de los presentes con esta salida de pavana. Por mi parte, repito que no creo tamaña distraccion, y me fundo en que en todas épocas y lugares abundan los chuscos y son gente muy capaz de levantar un caramillo á cualquiera, solo por el gustazo de reirse y tener un rato de broma.

Como sol sin nubes brillaba diez años hacía ya la no interrumpida felicidad de mi señor don Facundo. ¡Diez años de ventura sin pecado, sin agitaciones ni remordimientos! ¡Oh loro incomparable! ¡Oh afortunado dueño!... Mas un dia, el parlanchin de verde plumaje, metido en su jáula y puesto al bálcon, recitaba devotamente aquello de

Si buscas milagros, mira
Muerte y error desterrados,
Miseria y demonio huidos,
Leprosos y enfermos sanos.
Gloria al Padre,
Gloria al Hijo,
Gloria al Espíritu Santo:

mientras en la calle, y junto á la pared de enfrente, un hombre alto, rubio y vestido muy á lo caballero, escuchaba al animalito con visible satisfaccion y un geme de boca abierta. No era de extrañar semejante admiracion: muchas veces los transeuntes se detenian para recrearse con la parla del locuaz avechucho; mas el caballero permaneció allí horas enteras como clavado en el suelo. Durante toda una semana hizo guardia frente á la casa de don Facundo, quien no pudo menos de reparar en

tan señalada asiduidad, simpatizando desde luego con el admirador de su lorito y calificándolo en sus adentros de hombre discreto y observador y de entendido naturalista. Pero dice el adagio que quien mucho ama, mucho recela: y el buen eclesiástico llegó á sospechar si aquel desconocido tendria intenciones de escalar el balcon, cargar con la jáula y largarse con su presa adonde no lo viesen ojos humanos. Dardo fué que taladró su corazon semejante sospecha: y como vale más un *por si acaso* que doscientos *quién pensara*, y no estorba lo cortés á lo valiente, y quien quita la ocasion quita el peligro, mi precavido cura agarró el loro y lo llevó á lo último y más hondo de la casa, depositándolo en otro balcon que daba á un jardinillo rodeado de inaccesibles tapias.

Y un dia tras otro, firme que firme en su centinela el caballero rubio, lo mismo que antes. Don Facundo dijo entre sí:

—¡Buen chasco me he llevado! Imaginaba que ese caballero hacía de planton por el loro, y ahora salimos que será por alguna jovenzuela de esta calle. ¡Y yo que le reputaba sabio observador y naturalista distinguido! ¡Bah!

Mas el caballero, siempre tan estirado, serio y elegante, llamó un dia á la puerta de don Facundo y solicitó de este una entrevista. Despues de cambiadas las primeras palabras de ceremonia, el caballero dijo:

—Vengo para un asunto grave.

—Será algun caso de conciencia, pensó el clérigo. Y luego añadió en tono persuasivo: le agradezco su confianza: puede usted hablar sin recelo: estamos solos:

con toda libertad desahogue usted su corazon. Nada perjudica tanto al hombre como una conciencia intranquila.

—No vengo á confesar mis pecados, respondió el caballero apaciblemente. Vengo á llevarme el loro.

—A llevarse el... ¿qué? ¿El loro? ¿Mi loro? ¡La... ladrones! ¡La...

Y saltando con agilidad increible á sus años, quiso lanzarse á pedir socorro. Su interlocutor le retuvo por un brazo, y sin alterarse la menor cosa, le dijo:

—Mi señor don Facundo, no sea usted niño. ¿Tengo yo facha de ladron? Vaya, que para su edad se alborota usted demasiado pronto. Si vengo á llevarme el loro, es pagando antes por él la cantidad que usted mismo señale: soy rico: poco me importa el dinero: le daré á usted para que compre veinte loros; pero ese...

—Pero este, señor mio, este no quiero, no quiero venderlo. Porque soy pobre y usted rico, ¿piensa usted que no hay más que decir «vengo por el loro», entregar unas cuantas monedas y llevárselo? Pues no hay tales carneros. Con que, busque usted otro, que ya los encontrará mayores y más bonitos; pero no imagine que este será suyo, porque, en verdad le aseguro, que es imaginar lo imposible.

Ante la enérgica y rotunda negativa del cura, quedó como aplanado el caballero. Cubrió su rostro una nube de tristeza, y levantándose de la silla, dijo:

—Puesto que de ningun modo y por ningun dinero quiere usted venderme el lorito, permítame siquiera que venga á oirlo; y si mi presencia en su casa le molesta, hágame el obsequio de ponerlo al balcon lo mismo que

antes; yo seguiré viniendo á oirlo desde la calle; no puede usted figurarse cuánto me gusta y me divierte ese animalito.

¿Qué habia de contestar el buen don Facundo? Profunda simpatía le inspiraron la aficion y las palabras del caballero, á quien ofreció cortés y cordialmente su amistad y su casa. ¡Infeliz! No supo lo que hizo. Al otro dia por la mañana temprano ya estaba instalado el lorófilo en la sala del cura, y no se retiró hasta bien entrada la tarde; lo mismo sucedió toda aquella semana, y otra y otra luego, y ya iban para tres meses, y las visitas no tenian fin, y ya don Facundo no sabía qué hacer con el pertinaz importuno que se pasaba siete ú ocho horas diarias pegado á la jáula, regalando golosinas al animalejo y escuchando sus retahilas con no menor atencion que los antiguos atenienses al oráculo de Delfos. ¿Le echaria de su casa, ó le cerraria la puerta para que en ella no entrase? Grosero proceder sería este despues de tan amistosos ofrecimientos, máxime cuando el asíduo visitante se portaba con la mayor urbanidad, le dispensaba mil pequeños obsequios y atenciones, y áun solia entregarle anchos y lucientes pesos duros columnarios para que dijera misas en sufragio de las benditas ánimas del purgatorio. ¿Le venderia, por fin, el codiciado animalejo? Bastante necesitado andaba el presbítero, y ya podia sacar una decente suma; pero repugnábale tal venta en lo más profundo de su corazon. Cierto sentimiento de instintiva delicadeza se sublevaba en él solo con pensarlo. ¡Cómo! Por un puñado de monedas habia él, don Facundo, de entregar y vender á su loro, á su

compañero, á su niño, como cariñosamente le apellidaba? Y ¿qué hacer? El caballero rubio le abrumaba con sus diarias y largas visitas; y áun no satisfecho con esto, solia verle en la iglesia, en la calle, en la alameda donde paseaba algunos ratos, y siempre habia de preguntarle por el lorito, y solo del lorito le hablaba, y aquello era ya una tenaz persecucion, una insoportable pesadilla.

Cierta noche reposaba don Facundo entre sábanas. Al abrigo de dos mantas espesas, bajo techo protector y en su bien cerrada alcoba, oia silbar desenfrenadamente el aquilon por los tortuosos callejones de Toledo, caer la espesa lluvia y retumbar el trueno, como si los ángeles buenos y malos riñesen allá entre las nubes descomunal batalla en colosales carros, al són de enormes tambores y gigantesca artillería. En situaciones tales, descansando en buena cama al arrullo de la tempestad, solemos pensar en los que no tienen techo ni abrigo, en los caminantes perdidos por los bosques y en los marineros que van atravesando el mar proceloso, donde á cada paso pueden hallar su tumba. Mas don Facundo pensaba en su amigo, en la dificultad de zafarse de él, y poco á poco le veia tomar forma en la oscuridad á los piés de la cama, claro, distinto, con su rubio pelo y rubias patillas, con su alta estatura y mostrando los blancos dientes al sonreirse de una manera tal, que le helaba la sangre en las venas, produciéndole frio hasta en los mismos huesos.

Como fascinado por los ojos azules y mirada fija de aquella fantasma, quedóse aletargado el pobre cura y soñó que el rubio caballero se habia convertido en un

loro enorme tamaño como un pavo, y su sobrino en un lorito pequeño, y el arzobispo y los canónigos y beneficiados y adjuntos y sacristanes y pertigueros de la catedral en otros tantos loros de distintos calibres y plumajes, y, finalmente, cada vecino de la ciudad habia sufrido igual trasformacion, y cada casa era una jáula, y toda la capital una inmensa pajarera, y él, don Facundo, tenía que cuidar y alimentar aquellos millares y millares de loros, y enseñarles devotas letanías, jaculatorias y responsos; y cuando no lo hacía ó se descuidaba un punto, aquel pintarracado y chillon ejército le acometia furioso y le perseguia de tropel aturdiéndole con sus gritos discordantes y sacándole tajadas de carne á puros picotazos. Horrible fué el sueño de don Facundo. Quizá no lo tuvo peor el mala sangre de Herodes, áun despues de haber mandado la degollina de los inocentes.

Apenas clareaba el dia ya estaba de pié y vestido. Parecia más viejo. Tentábase la cabeza y murmuraba entre dientes: «¿estaré loco? ¿empezaré á estarlo? ¿Al cabo de mis años, iré á parar al Nuncio? (1). ¿Qué haré, Dios mio?» Lo que hizo por lo pronto fué, segun costumbre, ir á celebrar la primera misa en la cercana iglesia. Despues almorzó silencioso y grave; en su rostro se leia una incontrastable y penosa resolucion. Esperó al caballero rubio, que fué puntual aquel dia como los demás. Entre ambos se trabó este diálogo:

—Aguardaba por momentos á que usted viniera.

(1) Famosa casa de orates fundada en Toledo el año de 1483, y que todavía dura.

—¿Sí? ¿Se le ofrece algo en que pueda servirle, mi señor don Facundo? Pero ¡qué pálido le encuentro! ¿Está usted malo?

—Malo precisamente, no; estoy regular. Aunque avanzadillo en años, conservo alguna salud. Solo tengo endeble la cabeza, y necesito reposo y mucho silencio. El más leve sonido me marea y me atormenta. ¿No queria usted comprarme el loro? Pues lléveselo, que yo se lo regalo. Nadie lo cuidará mejor que usted. Yo no estoy ya para loros, ni para cotorras, ni para nada que arme ruido. ¿Qué espera usted? El loro es suyo; mi sobrino le llevará la jáula.

—¡Oh, señor don Facundo! ¡Oh, amigo mio! No se lo agradeceria tanto si me regalara un tesoro. Permítame que lo recoja ahora mismo; es menester aprovechar la feliz inspiracion que ha tenido usted. Luego volveré á darle las gracias.

—De ninguna manera, exclamó impetuosamente el cura. Ni quiero el loro ni nada que me lo recuerde. Lléveselo usted.

Y sin aguardar á que se lo repitiera, cogió el agraciado la jáula, y haciendo una profunda cortesía, desapareció por la escalera, mientras el lorito iba cantando:

Si buscas milagros, mira
. . . . . .
Gloria al Padre,
Gloria al Hijo,
Gloria al Espíritu Santo.

Don Facundo quedó solo y triste. Dos lagrimones como ciruelas surcaban su arrugado semblante. Parecia

que con el loro le arrancaban el corazon. En muchos dias ni dió leccion de latin á su sobrino, ni le atizó con las disciplinas, ni habló palabra con nadie. Despues fué recobrando lentamente la tranquilidad. Quedó resignado. Algunas veces, en la iglesia ó en la calle, veia al de los pelos rubios; se saludaban cortesmente, pero nada más.

Pasó un año y otro. En muchos meses don Facundo no habia visto al pertinaz caballero; «se habrá ido, quizá se haya muerto», pensaba. Y su imaginacion se lanzaba tras el loro. Habia podido desprenderse de él; mas no era dueño de olvidarlo.

II.

Para distraerse de estas melancolías, en lo posible, se dedicó más asiduamente á la enseñanza de su sobrino. Ya no estudiaba este gramática latina, sino filosofía moral; habia sustituido el Guevara al Nebrija y Calepino, y las cuestiones del orígen de las ideas, falibilidad de la conciencia humana y libre albedrío á las oraciones de estando y habiendo, y los análisis de Cornelio Nepote y Quinto Curcio. Las disciplinas seguian funcionando, como despertadoras de la pereza y espuelas del ingénio.

El tiempo que no le ocupaba su sobrino, empleábalo don Facundo en la lectura de los místicos, en paseos solitarios y, más que todo, en sus deberes de sacerdote.

Hallábase dispuesto siempre á volar á la cabecera del moribundo, á exhortar desde el púlpito á los fieles con la palabra, no tan persuasiva y convincente como su propio virtuosísimo ejemplo. Solia decir la misa de alba y pasaba despues largas horas en el confesonario. Como confesor era muy buscado por su prudencia y dulzura, y porque lejos de abrumar al penitente con preguntas inquisitoriales é indiscretas, le oia con atencion y con suma cordura le aconsejaba.

Aunque ocupado en vida tan ejemplar y laboriosa, y quizá por esto mismo, solia con frecuencia echar de menos lo que durante largos años fué su inocente y única distraccion: el loro. Arrepentíase de haberlo regalado, correspondiendo de tan ruin manera al afecto que el animalito le tenía; y esta consideracion le hacía mirarse á sí propio con cierto menosprecio. Solamente hallábase algun tanto disculpado al recordar la perseverancia del rubio caballero; y hubo quien estando cerca de don Facundo, le oyó murmurar entre encías, pues ya los dientes habian desertado:—«¡Pero ese hombre es un ariete! ¡Sería muy capaz de horadar las duras peñas!»

Una vez, llevado de sus pensamientos, fué paso á paso hasta cierta calle muy retirada, próxima á San Juan de los Reyes, donde vivia el caballero de las rubias guedejas y rubias patillas, esperando ver al loro puesto en algun balcon en su hermosa y grande jáula dorada, que él mismo le habia comprado en otros dias ¡ay! ya pasados y más felices. Pero halló la casa cerrada, como suele decirse, á piedra y lodo: puerta, postigo, ventanas altas y bajas, balcones principales y segundos, todo está-

ba diciendo á voces que allí no vivia nadie, excepto las arañas que tejian finos encajes en las junturas de las maderas. No habia duda; el caballero y el loro se habian ido con la música á otra parte. Mas ¿á dónde? Pareció á don Facundo cosa inoportuna y no muy discreta el meterse en averiguaciones por la vecindad, y con pié lento y faz melancólica volvió á su tranquila morada.

Otras veces desechaba su pesar y áun alegrábase de haber tenido valor para regalar el animalejo, considerando cuán cerca habia estado de perder la chabeta y concluir al cabo de sus años en loco de remate; sobre todo, la noche que en sueños vió al venerable Arzobispo, al Cabildo y á todos los vecinos de Toledo convertidos en un enjambre de loros, que furiosamente le atolondraban con sus gritos y se lo comian á puros picotazos. Este saludable recuerdo le daba tranquilidad, y entonces no tachaba de villano su proceder al regalar aquel sér viviente y parlante que tanto le queria.

Pesaroso ó resignado, iba pasando el tiempo; y sabido es que el tiempo suele llevar consigo una lima con que desgasta lentamente nuestros recuerdos, despojándolos de sus asperezas y relieves hasta borrarlos del todo, ó por lo menos atenuarlos en grado sumo. ¿Lo diré? Pues llegó un dia en que don Facundo solo se acordaba de su loro como de su abuela, que habia muerto la pobrecita haria poco más de cincuenta años.

Aunque ya flaqueaba su salud, no flaqueaba su voluntad siempre jóven y briosa. Al contrario, segun se hacía más viejo, hacíase tambien más escrupuloso y asíduo en el cumplimiento de sus deberes, como queriendo aprove-

char para el bien el breve resto de su vida. Nunca faltó á su misa matinal, y si ya por la debilidad de sus fuerzas no predicaba, concedia más horas á la fatigosa tarea del confesonario. Digo fatigosa, y áun me quedo corto al calificarla, pues pudiera decir abrumadora en grado máximo. Se necesita una paciencia heróica para estar oyendo majaderías y cosas feas durante horas enteras. Esto de ser el depositario de las inmundicias espirituales del prójimo, es lo más cargante que imaginarse puede. Quizá tal juicio sea pura aprension mia y nada tenga de exacto; pero yo lo creo una gran verdad, por lo que si algun dia se pone en boga nombrar confesores legos y de mí se acuerdan, desde ahora presento la dimision de semejante cargo ó carga, que no debe de ser floja.

Iba diciendo que mi don Facundo, sin duda por ejercitar su paciencia y ganar el cielo, se dedicaba mucho al confesonario. Cierta mañana habia escuchado ya las culpas y los escrúpulos de un enjambre de beatas, cuyas divagaciones, comentarios y palabrería le habian puesto de bastante mal humor. Ya se levantaba para retirarse, cuando llegó una jóven de gallardo andar y airoso vestido negro. Del rostro no hay que hablar, pues lo cubria un velo muy tupido; y aunque así no fuese, tenía ya don Facundo poca vista y menos curiosidad para entretenerse en mirar semblantes bonitos ó feos.

Arrodillóse la penitenta y el padre espiritual se preparó á escucharla. Al principio, si un oido indiscreto aprovechando la soledad de la iglesia, en cuyo silencio resonaba el más leve murmullo, hubiese percibido las palabras de la jóven, habria en verdad admirado la no-

table limpidez de su conciencia. Era, ciertamente, aquella jóven un candoroso angelito; pero al llegar al mandamiento número seis, que suele ser el más escabroso, llena de timidez y vergüenza se acusó de haberlo quebrantado. No es tan encendido el color de las rosas en el mes de Mayo como la viva púrpura que tiñó entonces las mejillas de la pecadora.

—¡Jesus! exclamó el Padre. ¡Jesus y María! ¿Esto hace una soltera que ha recibido educacion cristiana?

La jóven guardó profundo silencio, y prosiguió el Padre con alguna dulzura.

—Hija mia, tu pecado es grave, pero créeme: será mucho peor si no lo borra un saludable arrepentimiento. La pasion nos hace caer, mas podemos levantarnos: ahora, si el pecado se convierte en vicio.....

—Padre, interrumpió la jóven, haciendo un esfuerzo. No trato de disculpar mi falta: la he confesado; me arrepiento de ella; cumpliré la penitencia que usted me imponga; pero.....

—¿Pero qué? ¿Hay algo que añadir?

—Que no fué por pasion, ni menos todavía por vicio.

—Entonces..... hija, eso sí que es particular. Ahora digo que..... pues, digo, que no lo entiendo.

—Nuestras relaciones fueron legítimas y honestas durante más de seis meses: yo le profesaba cierto cariño, pero no pasion..... ¡Ay Padre, si usted le conociera! ¿Sabe usted lo que es una gota de agua cayendo siempre, siempre y sin cesar sobre una roca? Encontraba sus billetes en mi mesa de tocador, bajo la misma almohada: la doncella, sobornada sin duda, solo me hablaba de él; y él,

además de visitar mi casa todos los dias sin faltar uno, me veia en la iglesia, en la calle, en el paseo, en el teatro, en la tertulia, me siguió fuera de la provincia en un viaje: no podia mirar á ninguna parte sin encontrarlo allí: era mi sombra..... la sombra cosida á mi cuerpo..... y sus palabras pegadas á mis oidos, zumbaban en ellos contínuamente: despues de acostarme y apagada la luz, veia en la oscuridad sus ojos azules, sus rubias patillas.....

—¡Santo Dios de Israel! ¿Ojos azules y patillas rubias?

—Sí, Padre: mas creo que para el caso..... que fuera rubio ó moreno.....

—Dime, no me lo ocultes. ¿Ese caballero tenía un lorito?

—Sí, Padre, respondió la muchacha con extrañeza: un loro que habla mucho; pero ¿qué tiene que ver?....

—¡Ay, pobre hija mia! ¡Todo lo comprendo! ¿Y pudiste resistir más de seis meses? Tú eres una santa. Yo te admiro. ¡Qué hombre! ¡Qué posma! ¡Qué martillo! ¡Qué barrena!

Y el buen don Facundo, preocupado con la memoria del caballero, murmuró hablando consigo mismo:

—¡Ya lo creo! ¡Virtuosa niña! ¡Resistir esa cataplasma seis meses! Vamos..... yo no he aguantado ni la mitad!!!

Madrid: Noviembre: 1877.

LOS DOS MÉDICOS.

LOS DOS MÉDICOS.

«¿Quieres que sufra más la turba ingrata
»de tanto nécio, imbécil, presumido,
»que vende plomo vil por rica plata?»

(El P. Isla.)

Aunque indigno pecador, no he nacido de las hierbas; hijo soy de un hombre, y este á su vez lo fué de otro. Conste, pues, que he tenido abuelo. No lo digo para fundar en ello nobiliarias pretensiones, si bien es cierto que en menor motivo suelen cimentar otros las suyas; sino por ser pura verdad, y porque este abuelo no era un abuelo cualquiera de los de pacotilla y sainete; antes al contrario, era tal y tan admirablemente chapado, que gusto daba el verle y alegría el oirle. Muchas cosas tenía extremadas y notables; y por no decirlas todas, citaré solo su buen humor, su gran nariz y los encajes de su chorrera. El uno sufrió incólume la prueba de suegra avinagrada, muchos hijos y escasos bienes de fortuna; de la otra, aunque partia de la cara, nadie pudo averiguar

el término, y en cuanto á los encajes, fueron más punteados que vihuela, al sacudir abuelito el rapé que por onzas tomaba. Pero al sorber y sacudir no dejaba la lengua quieta, y solia narrar candorosamente algunos cuentecillos, de los que va el siguiente para muestra.

En cierta poblacion, no tan grande que mereciese el nombre de ciudad, ni tan pequeña que pudiera llamarse aldea, vivian dos médicos; gordo, rico y afamado el uno; flaco, pobre y ásperamente tratado por la fortuna el otro; llamábase don Bodoque el primero, don Salomon el segundo. Aun cuando suelen verse Blancos mulatos, Delgados obesos y Caballeros sin... caballo (que no siempre está de acuerdo el apellido con quien lo lleva), esta vez habia tal concordancia entre los nombres y los sujetos, que el pedirla mayor fuera gollería. Don Bodoque, pues, era tan corto de entendimiento, como largo de fortuna; comenzó su carrera de aprendiz en una barbería, alternando entre la escoba, las sanguijuelas y la guitarra; tuvo padrino, pasó á mayores vuelos y llegó un dia, feliz para él y desgraciado para la humanidad, en que se encontró con título y salvo-conducto para matar á todo bicho viviente, sin temer persecucion de tribunales; quiero decir, que vió trocados los barberiles aparejos en baston de caña con borlas, sortijon en el pulgar, como era usanza en el gremio, y por fin, en todos los atavíos de médico, siendo médico él mismo, á despecho de Hipócrates, Avicenas y Boheraves.

De estos señores ni áun los nombres conocia; mucho menos sus aforismos y observaciones; pues con tres récipes de *oleum serpentorum*, sangrías á diestro y sinies-

tro y seis docenas de sanguijuelas tamañas como culebrones de vallado, amén del ungüento y la cataplasma de cualquier cosa y puestos en cualquier parte, era don Bodoque muy capaz de curar ó matar cada dia un regimiento. De anatomía estaba tan ayuno, que solia confundir el carpo con el tarso; las primeras nociones químicas eran para él misterios de ultra tumba; y en eso de patología, no entendia la «logia», y el «pathos» le daba tres patadas en la boca del estómago. A pesar de todo, bogaba con próspero viento; cada Navidad lo encontraba más gordo y rico, y celebraba cada Pascua con más cara de idem.

Era su colega don Salomon el reverso de la medalla; comenzó su carrera medianamente rico, y habia llegado á las puertas de la pobreza; tenía pocas carnes y poca fortuna, vasto y bien poblado entendimiento, leia bastante y meditaba más; hubiera brillado en una academia científica y vegetaba oscuramente relegado á un poblachon de provincia. Cada invierno lo encontraba más flaco, más sabio, más pobre y más olvidado de todos.

Sucedió que un dia el sabio macilento y el asno de oro se reunieron en una consulta: habló el primero, rebuznó el segundo, y el rebuzno prevaleció sobre la palabra. Don Salomon fué despedido por la familia del doliente, y quedó instituido médico de cabecera el triunfal don Bodoque. A poco tiempo compraba este una finca y vendia el otro sus cubiertos de plata. Dos meses despues quedaba en el pueblo un solo médico; don Salomon ya no ejercia su facultad; ó mejor dicho, le habian obligado á no ejercerla de puro no llamarle alma viviente.

Trataba de emigrar, y para hacerlo hubiera querido ir á los antípodas, ó poco más allá; pero ¡ay! no poseia las alas del águila, ni áun las de la golondrina, viajeros gratis para los cuales no existen aduanas, diligencias, barcos ni ferro-carriles; y hallándose exháusto de ese vil metal, así llamado por los que no lo tienen, su propósito quedaba reducido á pensamiento vano y fantástica quimera. Veíase, pues, sin posibilidad de salir del pueblo, cual si con clavos timoneros allí estuviese clavado y fijo; pasaba largos dias meditando en su desgracia, y cada vez miraba más oscuro y cerrado su horizonte. Pero como no hay mal que cien años dure, ni enfermo que lo resista, llegó ocasion en que por inesperados medios logró los de cumplir su propósito, dando un eterno adios á aquel pueblo donde tan poco estimadas y tan escasamente premiadas habian sido su honradez y su ciencia.

Ya tenemos á nuestro don Salomon preparando cofres y maletas para emprender su viaje, ya encajona sus libros, únicos amigos que le restan, y ya por fin, envuelto y rebozado en un ancho leviton de camino, espera que luzca el siguiente dia, que será el de su marcha. Entre la multitud de pensamientos que batallaban entonces en su cerebro, fijósele uno de tal suerte, que absorbió á los demás, y dominando su voluntad por completo le llevó... ¿á que no aciertan ustedes dónde? Ni más ni menos que á casa de su cofrade el venturoso cuanto afamado galeno don Bodoque.

Entró, sentóse, y venciendo su natural circunspeccion y modestia, con el desparpajo del hombre que sacude su capa y piensa irse para no volver jamás, dijo á su afor-

tunado colega: — Que su merced no ha estudiado medicina como debiera, cosa es averiguada; que no la sabe ahora, es cierto y evidente; que no la sabrá jamás, es posible y áun probable. Le he visto siendo guitarrista y pela-barbas, convertirse en doctor afamado; me he visto á mí propio de hacendado médico transformado en triste pelagatos; y en verdad, en verdad, que tales metamórfosis ni áun las soñó el mismo Ovidio. Estudié yo y medité mientras su merced holgaba; perdí pelo y su merced mejoró el suyo; enflaquecí viéndole engordar por libras, y empobrecí mirándole enriquecerse. Puesto que le cedo el campo y no imagino volver, ni he de hacerle competencia, suplícole por cuanto más ame que me descifre el enigma y me desate este para mí nudo gordiano, diciéndome cómo, por qué y con qué medios ha logrado tan numerosa clientela y fama tanta, mientras yo apenas tengo quien de mí, triste, se acuerde. »

Tamaña descarga á quema-ropa no produjo efecto; verdades de tanto peso hubieran agoviado á un gigante; pero don Bodoque no se inmutó lo más mínimo, y áun escuchó todas y cada una de estas palabras con sereno ademan y risueño semblante: se levantó, abrió una puerta de cristales y asomóse al balcon que sobre la plaza mayor del pueblo daba y frente del Ayuntamiento. Despues, con voz tranquila, dijo — Venga vuestra merced aquí conmigo, señor don Salomon, que voy á darle las explicaciones que pide. Vuestra merced ve esta plaza y la multitud de los que por ella van y vienen. ¿ Cuántos calcula su merced que pasaran al cabo del dia?—No sé, respondió don Salomon, extrañando aquella salida: lo

menos diez mil.—Bueno: y de esos diez mil ¿cuántos cree vuestra merced que tienen instruccion, imparcialidad y recto criterio?—Hombre, esas cualidades son muy raras: quizá de entre los diez mil apénas habra seis ó siete que las tengan.—Perfectamente; pues esos seis ó siete son los parroquianos de vuestra merced, y los demás son los mios.»

De lo que pasó despues nada contaba mi abuelo: al llegar aquí tomaba un polvito, se sacudia los vuelos de la chorrera y decia á sus oyentes, á guisa de moraleja: «Para graduar y aquilatar el mérito en la ciencia ó el »arte, ciencia y arte se necesita, y no multitud de jue»ces; que en casos tales no deben considerarse los vo»tos como groseros terrones que se cuentan por aranza»das, sino como oro finísimo que por adarmes se pesa, »valiendo más ó menos, segun su *mejoría* y no segun «su *mayoría*.

Traslado á los críticos sin ciencia y á los admiradores de reata.

Cádiz.

LA PLEGARIA.

LA PLEGARIA.

Érase un pueblo que yo me sé, no tan pequeño como para llamarse aldea, ni tan grande como para aspirar á capital de provincia: contaba un regular número de vecinos, los bastantes para que hubiese bandos y facciones que se aborrecian fraternalmente, de lo que eran claros indicios algun trabucazo disparado entre las sombras nocturnas, ó alguna puñalada á la luz del sol, en mitad del dia y de la Plaza Mayor, sobre todo los domingos, sin duda para santificar las fiestas. Desconocidos eran en tal lugaron los monumentos artísticos, las obras notables de utilidad ó recreo, la industria, el arte, la cultura y cuanto no fuera sembrar y coger por el rancio método de los patriarcas bíblicos; pero sí se conocia la usura, ¡pues no se habia de conocer! y las murmuraciones difamatorias y los odios de familia, con otras cosas, hijas de la general ignorancia, allí tan querida y arraigada, que el ilustrado Ayuntamiento tenía suprimidas *por innecesarias* las dos únicas escuelas que hubo,

cuyos maestros, Dios los haya perdonado, áun despues de muertos los pobrecitos hubieran abierto los ojos y más la boca al oler un torrezno.

Mas no todo era en este lugaron malo y abominable. En el muro zaguero de la iglesia principal, metido en una alta y honda hornacina y bajo de un tejadillo protector contra soles y lluvias, habia un San Cristóbal con su niño Jesus al hombro y empuñando con la diestra una disforme viga, que vendida por leña valdria mil reales y me quedo corto. Al rededor de la hornacina ó nicho y colocados en confusion pintoresca, se veian brazos, manos, piernas, piés, cabezas y caras, todo moldeado en cera y con sus lazos de cinta ya descoloridos, y entre tal pepitoria ciertos cuadritos en tabla, como jamás contemplaron por fortuna suya Zurbaran ni Velazquez, pues se hubieran desmayado cuatro ó cinco veces seguidas ante aquellos estrapalucios. Eran figuras y cuadros votivos en muestra de gratitud por milagrosas curaciones; pero como siempre en las mayores y más peregrinas historias suele haber puntos inaveriguados y oscuros, aquí nadie sabía si era el niño Jesus el autor de los milagros, ó lo era el corpulento San Cristóbal, ó entrambos á dos en comandita; que para hacer el bien escasa importancia tiene el cómo. Esto no es decir que sea yo partidario de aquel refran tan impío como viejo, que dice: «Hágase el milagro, y hágalo el diablo», sino que el beneficio siempre es beneficio; y que á un *toma* solo corresponde un *venga;* y que cuando te regalaren la vaquilla, acude presto con la soguilla.

Como el Niño era diminuto y gigantesco el Santo, no

es por manera alguna extraño ni inverosímil que la atencion se fijara en este y fuera mucho mayor la falange de sus devotos y apasionados. Medio pueblo llevaba por nombre de pila Cristóbal, y segun antigua y natural costumbre de modificar los nombres acomodándolos á las personas, habia Tobalos, Tobalillos, Cristobalitos, Cristobalones, Cristobaluchos y áun Cristobalagarras, como el escribano y el alguacil, tocayos por el sacramento del bautismo y parientes y similares por lo que de agarrantes y ganchudos ambos tenian. La devocion al Santo no se mostraba solo con este patronazgo, con los ex-votos y la lamparilla ardiendo perenne ante la venerada imágen; sino que hasta en los momentos y casos menos piadosos era recordado el gran Santo como punto de comparacion y extremo de toda hipérbole: «Miente más que San Cristóbal», decian de un embustero: «Le dió un navajazo, que ni San Cristóbal», como si el siervo de Dios hubiera pasado su vida esgrimiendo la navaja: «Bebe más que San Cristóbal», y áun oí decir de un jayan que con el hombro levantó un carro atascado: «Es más bruto y con más fuerzas que San Cristóbal.» Y esto es lo menos fuerte y lo que por escrito puede consignarse; que otras cosas por la muestra el lector adivina y yo callo, aunque no dejaré en silencio ahora cierta frase que en veinte años no he podido olvidar por el asombro que entonces me produjo. Una noche de estío tomábamos el fresco sentados á la puerta del boticario: tratábase de un jornalero cuyo fecunda esposa en menos de cuatro primaveras le habia regalado cuatro parejas de robustos mellizos, y con la mayor naturali-

dad exclamó uno de los tertulianos: «¡Esa mujer pare más que San Cristóbal!»

Con tal devocion y tan permanente recuerdo, aunque á veces inoportuno en demasía, claro está que todos y cada uno habian de acudir al Patrono en sus apuros y calamidades. Entre los postulantes del lugar, que eran muchos y más pegajosos que moscas en verano, llegó á distinguirse por su asiduidad y constancia un hombre moreno, malcarado y haraposo, más parecido á un ladron en despoblado que á un católico ferviente y devoto. Era el tio Cerote, holgazan y borracho zapatero que solo manejaba el tirapié y la lezna para empinar el codo; y solo cuando no tenía cuartos para empinar el codo, se resignaba al tirapié y la lezna.

Este tal zapatero Cerote, no conocido antes por su piedad y devocion, sino por su mala conducta y peor lengua, apenas ahora oscurecia ya estaba hincado de rodillas y en cruz delante de San Cristóbal y el Niño, rogando entre dientes y alzando otras veces la voz cuando no atravesaba nadie por la desierta plaza. Charlaba, gesticulaba, dábase en el pecho fuertes golpes, hacía ademan como de contar dinero, y luego exhalando un suspiro se iba paso á paso para volver sin falta á repetir la escena la siguiente noche.

A los perspicaces ojos del cura de la iglesia no se ocultó la súbita devocion del zapatero y su periódica plegaria: y habiéndolo atisbado más de una vez y entrando en curiosidad y recelo, tuvo con el sacristan este diálogo:

—¿Has reparado, Simon, qué devoto se ha vuelto el tio Cerote, el remendon de la Costanilla?

—¡Vaya si lo he reparado! ¡Buena máula es ese remendon! Por cierto que he tenido intenciones de agarrar el trabuco de cuando andábamos con Zumalacárregui... quiero decir, no el mesmo trabuco, sino el que ahora tengo que parece hermano suyo, y soltarle un aguacero al tio Cerote; ó cuando menos salir con la cachiporra y darle un meneo para quitarle las ganas de venir todas las noches á pedir gollerías y perfiles y cotufas en el golfo.

—Pues, oye, ¿qué pide ese borracho?

—Casi nada, Padre: se empeña en que San Cristóbal le ha de dar el jornal de dos ó tres hombres para quitarse del trabajo y andar siempre con la barriga hecha una cantimplora de aguardiente. Como que si San Cristóbal repartiera dinero se lo iba á dar á él mejor que á mí, que me arriesgo á partirme el alma desde lo alto de la escalera por lavarle la cara con la esponja y quitarle el polvo, y colgarle los milagros, y encenderle el farol, y tenerlo hecho un Bernardo del Carpio, que da gusto y *saitifasion* al que lo mira, *manque* sea desde una legua. Pero esta noche aguardo al zapatero y de seguro que se le acaban para siempre las rogativas.

—Oye, Simon, piensa lo que haces, porque tú eres todavía más ganso que San Cristóbal... ¡Jesus, qué disparate! El bendito Santo me perdone. Quiero decir que tú eres muy atroz y capaz de cualquiera barbaridad, y que no hay motivo para maltratar á palos, ni aún de palabra, á ese pobre del tio Cerote. ¿Pide dinero? Que lo pida. El Santo dice que nones, y váyase lo uno por lo otro. Y como no tenga más pesetas que las que por ahí

le vengan, ya puede ahorrarse de bolsillos. Conque déjalo en paz, y que siga pidiendo hasta el dia del Juicio por la tarde.

Fuése el cura y quedó el ex-guerrillero sacristan meditando algo contra el tio Cerote, muy ajeno de lo que le aguardaba. Dicen que el corazon con cierto latido profético suele avisarnos de los peligros y males futuros; pero yo creo que esta regla tendrá su excepcion, pues á veces nos sorprenden como el rayo, áun en el seno de las mayores alegrías: y si el asiático rey Baltasar vió de improviso con espanto aquella famosa mano que, turbando la algazara del festin, escribia sobre el muro su terrible sentencia, ¿quién extrañará que un zapatero remendon pueda vivir tranquilo y áun esperanzado, sin presentir la tormenta que le aguarda? Me parece que la cosa no tiene réplica.

Pero dejémonos ahora de monarcas babilónicos y remendones españoles. Volvamos al ganso del sacristan. Está en su casa, contigua á la iglesia, preparando el gatuperio. En su estúpido rostro se dibuja una sonrisa de satisfaccion: está sentado sobre una vieja silla de montar tirada en un rincon, y entre sus rodillas tiene un trabuco monumental, que en calibre, solidez y peso compite con el mejor de Aragon, Cataluña ó Andalucía. Lo ha cargado con pólvora y postas, lo ha cebado cuidadosamente, ni más ni menos que cuando andaba por los vericuetos del Norte defendiendo la religion y matando para mayor gloria de Dios cuantos liberales podia, en descargo de sus culpas y pecados y para conquistar su parte de Paraíso. Mas, en honor de la ver-

dad, no trata ahora de escabechar al tio Cerote, ni de herirle siquiera; sino de darle un aviso fraternal, una *broma* amistosa, pues tales barbaridades áun se llaman bromas en muchos pueblos. Cierto es que si al disparo tiembla el pulso, si una de las postas se desvia y tropieza carne, puede un hombre ir derecho al otro mundo, aunque siempre con la seguridad de que el percance fué pura broma; lo cuál no deja de ser un consuelo para el difunto.

De rato en rato levantábase el sacristan para asomarse á un ventanuco ruin, que no lejos del milagroso retablo estaba. Ya la tarde habia concluido, las campanas habian tocado la oracion y por aquella parte del lugar no transitaba alma viviente. Segun pasaba el tiempo, nublábase la frente del acechador y áun llegó á murmurar con desconfianza: — ¿Si no vendrá? ¿Si el tio Cerote habrá olido el queso?

Por fin, ya cerca de las ánimas apareció el suplicante. Llegaba el buen hombre acompañado, no de ningun sereno, que jamás allí los hubo, ni áun los hay ahora; sino de una razonable cantidad de aguardiente ó vino, (que en tal punto no están acordes los sabios de la Academia), sin duda para dar mayor eficacia y fervor á sus oraciones. Atravesaba con paso vacilante un claro alumbrado gratis por la luna, detúvose algunos momentos á echar un párrafo con un marmolillo, y avanzando luego hácia la iglesia, arrodillóse devotamente al pié del retablo. Y el sacristan asomó el trabuco por el ventanillo.

La plaza estaba desierta: hácia el fondo de ella se veia el campo llano y blanquecino: á un lado, entre la

sombra, yacian agrupadas é inmóviles várias carretas al pié de un enorme monton de paja: las casas bajitas y humildes formaban oscuro cerco de donde solo salia el reflejo de alguna luz ó el ladrido de algun perro: silbaba la lechuza en los mechinales de la torre, y desde el milagroso retablo el corpulento San Cristóbal y el divino Jesus parecian mirar complacidos tanta quietud y tal silencio.

No estaba el tio Çerote para observar estas cosas: algo turbado con las libaciones, mas fijo siempre en su idea, no quitaba los ojos del gran Patrono, que al reflejo vacilante de la lamparilla aparecia y se borraba temblando y tornaba á mostrarse como en teatro infantil sombra chinesca. Rezadas algunas oraciones por lo bajo, levantó los brazos y la voz el zapatero, clamando con fervor:

—Precioso Niño, buen San Cristóbal, ¡catorce reales diarios y no trabajar! ¡Señores, catorce reales diarios!

Y quedó sumido en hondas cavilaciones, pensando tal vez lo que haria con aquella renta. Luego prosiguió en igual tono:

—Pero, señores, ¡qué son catorce reales! ¡Para ustedes un puñado de paja y para mí la felicidad más grande! ¡Catorce reales diarios y no trabajar! ¿Me escucharéis?... ¡Catorce reales!...

No faltó quien le escuchara, ni quien le respondiera. En el silencio de la noche, como cañon que truena ó mina que estalla, retumbó un espantoso trabucazo cuyas postas pasaron chillando como banda de aviones sobre la cabeza del aterrado zapatero, que se puso en pié

de un brinco y con la agilidad de una liebre cruzó la plaza, la calle frontera y desembocó fugitivo en el campo. Sudoroso y jadeante de la desenfrenada carrera, tentándose el cuerpo á ver si alguna almendra le habia tocado, algo más tranquilo ya, pero todavía con entrecortado aliento, exclamó:

—¡Vaya una... caridad... con los pobres! ¡Vaya un... humor que gasta... esa gente! ¡Soltarme un cañonazo... de metralla... por catorce reales! ¡Pues si me alargo... á pedirles un duro... me dejan en el sitio!...

Madrid: 3 *de Julio de* 1877.

UNA EXCURSION VERANIEGA.

UNA EXCURSION VERANIEGA.

Me abraso de ardores igneos.
¡Jesus, esposo, y qué vómitos!
Si á los puertos no me llevas,
Voy á parir un fenómeno.

Cancion antisocial.

Cuando más baja el carbon de encina y sube más el termómetro de Reamur, cuando se eclipsan totalmente los sabañones y las capas, señal es infalible de que el rubio Apolo está haciendo de las suyas con el infeliz género humano, á quien caldea, enciende, achicharra, etc., etcétera. Mas no vaya á creer alguno, atendida la naturaleza artística del dios crinado, que si inflama á los mortales en esta época, es en el fuego de la inspiracion para que produzcan obras vencedoras del tiempo y del olvido. Nada de eso: los periódicos de literatura se encargan de probarnos lo contrario, asestándonos cada composicion ó descomposicion capaz de hacer rechinar los dientes á un potro cerril, y en las demás artes no vamos mucho más adelantados. Si bien de esta regla general es necesario exceptuar con la debida alabanza y el

más campaneado elogio al sapientísimo vate don José Gonzalez Estrada, introductor y propagador en nuestra España de la poesía *pentacróstica*, *laberíntica-paralelepípeda*, el cuál merece por ende una corona tal y tan bien puesta, que á tres tirones no se le caiga. Hecha esta salvedad en obsequio al génio, digo que el calor de que ahora disfrutamos no es calor intelectûal ni imaginativo, sino corporal y físico, por lo cuál sudamos como bueyes que acaban de soltar la reja de labranza. Y para no liquidarnos completamente, para no carbonizarnos vivos como los inmóviles *yoguis* de la India, justo y racional es que tratemos de buscar el fresco y la agradable temperatura que nos falta. ¿Dónde? Claro está: en los baños. Pues venga la sábana y marchemos al rio. Precisamente hay donde escoger; ahí estan abiertos al público, muy curiosos y bien dispuestos, los cajones de las puertas de San Juan, de Triana y de Jerez, y áun hay otros en la opuesta orilla del rio. ¡Pero el rio! ¡qué cosa tan vulgar y anti-aristocrática, y tan, tan... Vamos, bañarse en el rio, es como no bañarse en ninguna parte; es manifestar escasez pecuniaria; es cosa de gente de poco pelo, y en suma, un crímen de lesa elegancia. ¿Qué importa que pueda aplicarse al Guadalquivir aquello de Garcilaso cuando dijo:

> Corrientes aguas, puras, cristalinas,
> Arboles que os estais mirando en ellas, etc.?

Al fin Garcilaso vivió hace trescientos años, y el rio no deja de ser el rio. Mas los baños de los puertos... ¡Oh!

los puertos... ¡qué cosa tan deliciosa deben de ser los puertos!

Así habla la reina moda. Su voz es mandato, y su mandato no tiene réplica.

Y ¿cómo ha de tenerla, cuando hoy solo se juzga por exterioridades y se dispensa á cualquiera de tener decoro, con tal de que se presente de una manera *decorosa*, esto es, con levita y sombrero de copa? Por tanto, la reina moda impera con dominio ilimitado. Una de sus más obedientes súbditas, la señora doña Mencía Hilvanes, se hallaba inquieta, antojadiza, nerviosa, no pudiendo acostumbrarse á la atroz idea de pasar el verano en Sevilla, sin tener el gusto de zarandear su no muy gentil persona, de Cádiz al Puerto y del Puerto á Sanlúcar, y desde esta á Chipiona; como si dijéramos, de Zeca en Meca, y de Herodes á Pilatos. Su marido (no el marido de Pilatos, sino el de la señora doña Mencía) es un hombrecito, si diminutivo en persona, aumentativo en cualidades; pues á más de ser simplon y bonachon, alcanza no pocos puntos de comodon, á lo cuál le inclinan, no precisamente sus años, que no llegan á cincuenta, sino cierta protuberancia abdominal, vulgo *barriga*, cosa indispensable para hacer á un hombre persona grave y de peso.

Está visto: la respetabilidad reside en el vientre. Este tal marido de esta cuál doña Mencía Hilvanes, que se hallaba en lo que han dado en llamar «estado interesante», no pudo ver con indiferencia á su consorte tan alicaida y ojimústia; y procurando sacarla de su abatimiento, la ofreció ¡infeliz! llevarla á los baños de mar. Es cierto

que su ofrecimiento fué provocado en gran parte por las fúnebres historias en que su esposa le relataba casos de mujeres en cinta que habian dado á luz espantosos fenómenos por no haber satisfecho algun deseo, indicándole de camino el suyo; y el cándido esposo, que no pensaba ganar dinero por las ferias enseñando su prole, cayó en la red y dió su promesa, que fué aceptada rápida y solemnemente. Ya tenemos á doña Mencía regocijada y llena de actividad; ya abre baules, ya cierra cómodas, ya prepara y dobla vestidos, ya los empaqueta, ya reune á su madre, sus tres hijos, sus dos hermanas solteronas, sin olvidar al habanero perrito Melamas, propiedad comun de estas; ya deja encargada la casa á una persona de su confianza, y ya, por último, sale triunfalmente del brazo de su esposo D. Crisóstomo; todo con tal rapidez, como expresó cierto romancero antiguo al decir:

Ya se abalanzan los moros,
En la Guardia dan rebato,
Ya se salen de Jaen
Cuatrocientos fijosdalgo.

Don Crisóstomo y su familia se encaminan á Cádiz: ¿irán en vapor ó en ferro-carril? El uno marea, el otro aturde y muele los huesos; por una parte la posibilidad del naufragio, por otra la de un choque violento que los mande tal vez á distinto planeta... ¿qué hacer? Por fin, elígen vehículo; no importa cuál, y sanos y salvos pisan gozosos la gaditana playa. No encontrando un primer piso, procuran buscar un segundo; y no dando con él tampoco, se acomodan en un tercero; ó mejor dicho, en

parte de un tercero, pues la arrendadora, como no tenía intenciones de vivir en medio de la calle, quedóse con un par de habitaciones para su uso.

Don Crisóstomo, doña Mencía, su madre, sus tres angelitos y sus dos hermanas solteronas, amén del habanero Melamas y de una criada, estrecháronse, embebiéronse y apelotonáronse en su reducido departamento, empezando á gustar las inefables delicias de una expedicion veraniega.

Principiaron por querer quitarse el traje de camino, para ponerse otro más fresco y casero. ¡Fatalidad! ¿Cómo habian de poder abrir los baules, si no habian traido el manojo de las llaves, dejándolo olvidado en Sevilla? Mesóse don Crisóstomo las barbas, tomó una sofocacion la señora Hilvanes, y otra su mamá, gritaban las hermanas, lloraban los niños, la criada gruñia, y todos se culpaban mutuamente de un olvido, hijo de la precipitacion de todos ellos. Parte telegráfico, y que venga el criado á traer las deseadas llaves. Entre tanto, á descansar; pues aunque el viaje ha sido corto, no deja de producir fatiga en personas acostumbradas á la inmovilidad de una vida sedentaria. ¡Descansar! El pensarlo es cosa fácil; pero en la ejecucion está el cuento. Apenas se han aligerado de ropa y entornado sus respectivas ventanas, cuando empieza á descender majestuosamente sobre todos ellos, no el dios Morfeo, coronado de adormideras y húmedas las alas con licor suave, sino un ejército de chinches tamañas como garbanzos, las cuales con un silencio admirable atacan á los intrusos huéspedes. El primero que protestó contra las demasías de aquel ga-

nado sin pastor, fué nuestro don Crisóstomo, quien abriendo la ventana y contemplando el movible cordon que iba y venía desde el techo á la cama, y desde la cama al techo, tiró de la campanilla; y por si no se oia bien, con grandes voces llamaba á su patrona. Presentóse esta á medio vestir ante su huésped, que estaba á medio desnudar, y entablaron *plus minusve* el diálogo siguiente:

—¿En qué casa he venido á parar? ¿Qué demonios de bichos son esos?

—Ha venido usted á parar á mi casa, y esos bichos son chinches: ¿pensaba usted que eran *sirpientes?*

—Lo que pienso es que no es posible descansar con semejantes insectos.

—¡Qué ha de haber ciento! Pues si apenas veo cuatro ó cinco docenas. Ponderaciones: bien se conoce que es usted sevillano.

—Soy castellano viejo; pero ahora quisiera ser un huracan para tirar patas arriba esta casa.

—Pues todas son lo mismo; y si no le acomoda esta, vaya usted á otra, que puede ser que *haiga* hasta leones.

Dicho esto, le vuelve la espalda, dejándolo solo para que pueda entretenerse en contar aquel ganado y ver si llega al número ciento, como ella habia entendido, ó si efectivamente no son más que cuatro ó cinco docenas. ¡Encantadora situacion, placeres veraniegos!

Gracias á la combinada velocidad del telégrafo que llevó la noticia, y del ferro-carril que trajo al criado, presentóse este á la siguiente mañana ante su amo; pero en vez de entregarle el manojo de llaves pedido, sacó de la blusa una gran llave parecida á un fusil, que el des-

venturado don Crisóstomo reconoció al punto, por ser la de la puerta de su casa. Indeciso estuvo entre romperle ó no con ella la cabeza al torpe sirviente, que con tanta bocaza abierta semejaba la estátua de la estupidez, contemplando en silencio las quejas y reniegos de su señor, á quien prestaba en aquel momento tan flaco servicio. ¡Oh engañoso telégrafo, que con su concision da márgen á tales gatuperios! El parte decia: «Tráete las llaves, que es lo principal»; y el fámulo, pensando cuál sería la principal de las llaves, cargó con la de la puerta, que era á su galleguno entender la más importante, como la mayor de todas. Don Crisóstomo llama á un cerrajero, y echando á perder baules, maletas y mundos, zanja la dificultad cortando por lo sano.

Don Crisóstomo sale á buscar nueva morada: trabaja y suda toda una semana, y no la encuentra. En cambio, y para consuelo, disfruta cada dia nuevos placeres en la suya. Tan pronto los vecinos de arriba arman una marimorena que el techo parece hundirse, como empieza un derribo en la acera de enfrente que lo asfixia entre nubes de polvo; ya un filarmónico de la casa inmediata lo aturde tres ó cuatro horas seguidas tocando el trombon, ya se le marcha la criada, ya recibe quejas por diabluras de sus angelitos, ya su suegra, esposa y cuñadas, mal avenidas con tanta estrechez, se enredan de palabra y casi andan á la greña.

Don Crisóstomo es atento y recibe visitas de sus amigos, de los amigos de su mujer y su suegra, y de los amigos de sus cuñadas. Todos le dicen muy formalmente que ha venido á divertirse y descansar una tempora-

da; pero por más que se lo aseguran, no puede creerlo.

Don Crisóstomo, que es algo observador, repara al cabo de algun tiempo que han enflaquecido su cuerpo y su bolsa. En cambio, han engordado la dueña de la casa y el perrito habanero.

Don Crisóstomo va perdiendo la paciencia: su esposa está peor desde que se baña en las cerúleas ondas; pero el médico dice que son los nervios la cáusa, y ante razon tan sublime hay que humillarse.

Por último, don Crisóstomo experimentó tantas calamidades, que se volvió hombre; es decir, tomó una resolucion firme. Apareció una tarde en sus habitaciones con una lucida guardia de costaleros, cogió todos los chismes, inclusos los de su mujer, suegra y cuñadas, echó los niños por delante, pilló el tren y se largó haciendo cruces. Por el camino pensaba si le habrian salido alas á la torre de la catedral y á los veinticinco barrios de Sevilla, y se habrian marchado al polo antártico. ¡Tanto era su deseo de verse en ella, que temia que la ciudad hubiese huido por los aires! ¿Cómo había cometido la necedad de abandonar su casa tan cómoda, tan ámplia, con su gran patio fresco y enlosado, dónde se puede dormir á la sombra del toldo y al arrullo de la fuente, por un tercer piso incómodo y feo, carísimo de precio y lleno de... de... peor es meneallo? ¡Oh tirana reina moda! De ella bien pudiera decirse, parodiando á Espronceda:

> ¡Oh Moda, oh Moda! ¡lisonjero engaño,
> Que á tanta gente honrada precipitas!

Don Crisóstomo y familia regresaron por fin: la per-

sona de confianza encargada de la casa habia hecho en la despensa un horroroso estrago; los muebles yacian bajo espesas capas de polvo; el antes limpio pavimento estaba cubierto de pellejos y huesos de fruta; muchos cristales habian sido rotos, sin duda para dejar pasar el fresco, y todo presentaba el aspecto de una casa sin dueño, que es cuanto cabe ponderarse.

Pasados ocho dias y apenas se habian puesto las cosas en órden, y empezaban á olvidar las recientes incomodidades, don Crisóstomo recibió una carta. No era carta-blanca, ni carta-órden, ni carta-poder, ni carta de pago, ni áun siquiera carta de la baraja, sino una misiva de su patrona, suplicándole estuviese á la vista de un pleito que tenía en esta Audiencia; es decir, comprometiéndolo á lanzarse en el revuelto mar de la curia, y á perder á la par tiempo y tranquilidad con negocios ajenos. Pero felizmente don Crisóstomo, que habia estudiado latinidad y traducido á Horacio, recordaba muy bien aquello de

Beatus ille, qui procul negotiis,
. . . . . .
Forumque vitat, etc.

Por lo cuál no contestó palabra á tal encargo, no queriendo nada que le recordase su expedicion. Solo cuando se incomodaba con alguno, en vez de decirle ojalá te viera en la punta de un cuerno, acostumbraba á exclamar con doblada intencion: « ¡Ojalá te viese veraneando! »

Sevilla.

EL BERGANTIN CARITÁ.

EL BERGANTIN CARITÁ [1].

(18. *Enero.* 1867.)

Hombres hay que por su carrera y particulares circunstancias tienen más ocasion que otros para ver las miserias y desgracias de la humanidad; tales son el médidico y el sacerdote. De la misma suerte existen ciudades que por su posicion topográfica y otras cáusas diversas parecen designadas por la naturaleza para ser testigos de grandes tribulaciones, de dolorosos acontecimientos. A este número pertenecen las poblaciones marítimas, y entre ellas Cádiz. Centinela avanzada de Europa en los mares del mediodia, centro en otro tiempo de la contratacion y riquezas del antiguo y nuevo mundo, duerme hoy envuelta en los restos de su dorado manto, como si quisiera olvidar las memorias de su pasada grandeza para no tener la pena de compararla con su de-

(1) Cuento en que nada se inventa,
pues pasó como se cuenta.

cadencia presente. Retrátala en su desnuda espalda el mar, antes cubierto de naves, y con arrullos monótonos parece que intenta conservar su sueño.

Pero sucede á veces que ese mismo océano engruesa sus olas y ruge con voz potente, combate sus muros con la fuerza de un ariete y la salpica con la espuma de su rabia. Estalla el trueno, y los desencadenados vientos amontonan siniestras nubes en un cielo amenazador y pavoroso. No es extraño entonces que los habitantes de Cádiz alcancen á distinguir desde los baluartes, ó desde sus altas azoteas, algun buque zozobrante, vagando con rumbo incierto entre la bruma y pidiendo auxilio con la quejumbrosa voz de sus cañones. A veces ¡doloroso espectáculo! arrebatado por los enfurecidos elementos, salva la avanzada de enormes rocas que cual un segundo cinturon de piedra rodea la ciudad, para venir á estrellarse contra la muralla, coronada de infinito número de personas, llenas de compasion hácia los náufragos, pero impotentes para prestarles ningun socorro. Allí el viento furioso, el mar lleno de abismos, el bajel que cruje y se abre, la inevitable muerte que llega en el vigor de la salud, tal vez en la primavera de la existencia... aquí, á pocas brazas, la tierra firme, la salvacion y la vida. La vida, que tanto resplandece á nuestros ojos cuando ya se vá y no podemos detenerla; esa vida tan dulce para la esposa, tan necesaria para los hijos! Y con todo, la nave se estrella; su costado se abre; la muerte entra á grandes oleadas; pálidos rostros de erizados cabellos se vuelven hácia todos los puntos del horizonte; cien brazos se levantan suplicando ó amenazando á un cielo in-

flexible; hay un grito último y espantoso, y despues..... nada. Ese ronco murmullo es de la ola que canta su triunfo. Al dia siguiente se ven tablones, cuerdas y trozos de mástiles en la playa; tambien algunos cadáveres, traidos y llevados por la marea, ruedan sobre la arena. ¿Quiénes son? De algunos se ignora; el océano ha desfigurado sus semblantes; ha robado á sus víctimas la vida y el nombre.

Duros temporales dieron principio en Cádiz al año de 1867: dias hubo de no poder salir ni entrar buque alguno en el puerto; á veces con espantosa volubilidad recorria el viento en pocas horas todos los puntos del cuadrante; á veces se precipitaba con furia ó calmaba de repente; pero siempre manifestaba el cielo un aspecto sombrío y turbulento, y el oleaje era grueso y profundo. Una inquietud afanosa agitaba al comerciante que esperaba sus mercaderías; muchas madres y esposas de marinos lloraban y rezaban; no habia azotea sin anteojo; desde todas partes se registraba el horizonte como para arrancar á la tempestad su terrible secreto. ¡Loado sea Dios!

Esta vez los elementos lucharon con el hombre; pero el hombre no fué vencido.

El 17 de Enero llegó á vista del puerto un bergantin goleta. Era austriaco: habia tocado en Cardiff quince dias antes, y llegaba á consignar aquí su cargamento. No parecia maltratado; su gallarda arboladura, inclinada hácia la popa, traia recogido casi todo el velámen, y sin embargo, se deslizaba con grande rapidez. Llamábase *Caritá*, y lo tripulaban once hombres. Su capitan, conociendo el inminente peligro, dudaba entre tomar la em-

bocadura del puerto, ó lanzarse á correr el temporal en alta mar para librarse de los escollos vecinos que, golpeados con horrible estruendo é inmóviles ante el frenesí de la naturaleza, ofrecian un aspecto amenazante. Ya no era tiempo de deliberar; levantóse un viento huracanado; la retirada se hizo imposible: ó entrar en el canal y ganar el puerto, ó perecer estrellado contra las rocas. Así, aunque aquel dia no habia podido salir práctico alguno, el *Caritá* hizo rumbo hácia la bahía. Tal vez hubiera conseguido anclar en ella, si un irresistible golpe de mar no le hubiese roto el timon y arrojado hácia la costa del Sur, haciéndole penetrar en los peñascosos arrecifes que por aquella parte se extienden á larga distancia, unas veces ocultos bajo la ola, otras presentando sus pardas frentes coronadas de espuma, y siempre aguardando en celada perpétua al navegante para devorarlo. Escapar de aquella posicion era imposible, áun con próspero tiempo; continuar en ella era imposible tambien; se hubiera despedazado el buque. Esperar socorro en tales circunstancias parecia un delirio áun á los mismos tripulantes; por más que la consoladora esperanza sea la última luz que ven los ojos del hombre; esa esperanza misma se presentaba entonces como un sueño vago y lejano; como una quimera irrealizable, puesta frente á frente de la horrible verdad, y la verdad era un cielo tempestuoso y un océano turbulento. ¿Qué barco podria socorrerlos? Siendo de mediano porte no lograria penetrar en aquel laberinto de rocas; para conseguirlo sería necesario un bote de vela triangular, una de esas pequeñas barcas pescadoras donde ciertos hombres intrépi-

dos juegan diariamente su vida por un puñado de cobre. Pero en este dia espantoso ninguno sería tan temerario que abandonase el abrigo del puerto; muchos valientes, encanecidos en largas navegaciones, juzgaban que el hacerlo era suicidarse para nada; la tempestad tenía ya su presa, y el intentar disputársela, sería tanto como proporcionarla nuevas víctimas. La poblacion de Cádiz, aglomerada en las azoteas y murallas, esperaba y temia por momentos el naufragio y la muerte de aquellos desgraciados.

Entre tanto, no pudiendo el bergantin *Caritá* salir de las rocas que lo cercaban, habia recogido sus velas, así como un pájaro herido pliega tristemente sus alas; y para no ser destrozado en aquel arrecife, se aferró en sus anclas, que no podrian por largo espacio sostener el tremendo impulso del oleaje. Los tripulantes desfallecidos, sintiendo correr por sus cuerpos el sudor y la lluvia, se recostaron acá y allá sobre cubierta; algunos imploraban al cielo; otros se lamentaban de su desdicha; uno de ellos, agarrado al gobernalle del timon ya roto, fumaba en silencio y miraba huir el humo. Yo lo veia todo puesto junto á la muralla, envuelto en mi capote y calado por la lluvia y el oleaje que llegaba hasta mis piés, y á veces pasaba sobre mi cabeza, inmóvil y tomando parte con mi corazon en todos los accidentes de aquel drama. Al observar que el bergantin calaba sus dos anclas; al pensar que eran ellas como los brazos con que un moribundo aprieta convulsivamente un resto de vida, y que esos brazos no podrian resistir largo tiempo, el recuerdo de una espantosa lectura de Victor Hugo vino de golpe

á mi imaginacion, hiriéndola como siniestro relámpago. ¿Os acordais de haber palpitado, teniendo en las manos ese grandioso libro titulado *Nuestra Señora de París*, con la pintura de los sufrimientos de aquel sacerdote, de aquel Cláudio Frollo, lanzado fuera de una de las torres de la catedral, agarrado de un saliente del muro y suspendido á doscientos piés sobre el abismo? Sus brazos, cansados de sostener su cuerpo, temblaban con estremecimientos nerviosos; de su calva frente brotaba un sudor de sangre y le zumbaban los oidos, porque en ellos chocaban los mil rumores de la vida con la fria palabra de la muerte; hasta que desesperado, jadeante, sombrío, se desprendió como un fruto maduro y bajó á deshacerse el cráneo contra las losas del pavimento. Un minuto antes una cuerda hubiera podido salvarlo; un instante despues, ni todos los hombres juntos. Aparecia el bergantin á mis ojos como una reproduccion de tan angustiosa imágen; era más aún; era la imágen misma, engrandecida con la terrible magnitud que el océano presta á cuanto le pertenece; no estaba aquí un solo hombre pendiente sobre el abismo, sino muchos; no los sostenian dos débiles brazos de carne y dos manos crispadas por el espanto de la agonía, sino dos firmes cadenas de hierro, cuyas anclas se hincaban tenazmente en un fondo de roca; pero la tempestad podia deshacerlas como una frágil caña al impulso de un gigante. Pronto se realizaron esos temores; una de las cadenas estalló y principió el buque á girar en torno de su única amarra; y esto era al oscurecer de una tarde de invierno, cuando ya las sombras iban espesándose, el temporal no cedia y

comenzaba una eterna noche. Con los mejores anteojos solo se divisaba ya un punto negro; poco despues y en el mismo sitio una luz rojiza temblaba entre las tinieblas como diciendo que aún habia allí criaturas humanas que vivieran, si es que puede llamarse vida la lucha en la sombra junto á un sepulcro abierto á donde os arrastra un poder irresistible.

Si no me hubiera limitado á trazar en breves rasgos un cuadro puramente histórico del suceso, abriria capítulo aparte para contaros los padecimientos de aquella noche sin esperanza y sin sueño, bajo aquel cielo sin estrellas y sobre aquel abismo sin piedad. Porque morir á la luz del sol y en el colmo de los dias, es caer como las hojas del otoño en brazos de la naturaleza; es llegar al término de la jornada y dormirse como un viajero que descansa; pero fallecer entre tinieblas, en la fuerza de la virilidad, no porque se ha gastado la existencia, sino porque nos la roba como un bandolero una cáusa más poderosa que nosotros; sentir y conocer que hemos luchado brazo á brazo con esfuerzo de gigante para servir de juguete y despojo á nuestro enemigo; que hemos triunfado de mil y mil olas para ser envueltos y sepultados por la última ya junto á la playa, cosa es tan amarga y triste, que agitando violentamente el ánimo, hace espirar al hombre con la inútil desesperacion de un réprobo, ó con la sublime tranquilidad de un héroe. No sé cuál de ambas cosas predominaba en la tripulacion del bergantin austriaco; la noche era muy negra y la tempestad muy resonante; solo Dios pudo ver la palidez y las lágrimas y escuchar las imprecaciones ó las súplicas; para

los demás, el buque era solo una luz que á intervalos brillaba, y unos hombres que tal vez al amanecer ya no existirian.

Frente al mar del Sur hay una larga hilera de humildes casas que se extiende desde el ángulo inmediato al presidio hasta más allá de los muros zagueros de la catedral; por los balcones, ventanas y azoteas de todas estas viviendas se divisa el océano sin límites, y á una distancia tan corta, que siempre parece hablarlas con rumor perpétuo, y á veces las salpica con la espuma de su rabia. Habitan este barrio en su mayor parte familias de pescadores y marineros, que conservan cariñosamente en el hogar el sitio vacío del padre, del esposo, del hermano, lanzados por distintos climas á las caprichosas agitaciones de la ola; familias que temen la nube y la tempestad como una amenaza; que sonrien al viento favorable y tiemblan con los huracanes á la llegada del invierno; y siempre al cruzar por delante de la ventana, al asomarse al balcon, al subir á la azotea, echan una mirada indagadora al movible horizonte de las aguas por si alcanzan á divisar alguna blanca vela ó la columna ondulante de humo de algun vapor, y suspiran contemplando la inmensidad desierta del océano, ó palpitan de esperanza al ver dirigirse al puerto algun buque, porque en él puede venir quien ocupe un lugar querido en la casa, un vacío en el corazon. Estas familias son religiosas; generalmente suele serlo el que teme, ó el que espera; porque es Dios escudo contra el temor y manantial de la esperanza. Ninguna de ellas pudo tranquilamente dormir en esta larga noche; encendieron lámparas de acei-

te bendito ante las imágenes de Jesus y María y de los santos patronos de los navegantes, hicieron piadosas promesas y rezaron largas horas de rodillas. ¿Por quién eran los rezos y las ofrendas? Por unos extranjeros desconocidos, hijos de una tierra muy distante, á quienes nunca habian visto; pero que eran hombres y padecian, y esto bastaba. El sufrimiento y la religion son vínculos sagrados que enlazan los corazones y no preguntan pátria, edad, ni estado para inspirar la piedad y áun el heroismo del sacrificio. Dios padeció por todos y por todos vertió su sangre, sin distinguir entre amigos y enemigos, entre discípulos y sayones, ni comarcanos y extranjeros. Muchas plegárias subieron al cielo aquella noche, muchas mejillas se humedecieron con llanto. Las mústias luces que brillaban tras los vidrios de aquellas habitaciones parecian otros tantos ojos contemplando con pena el bergantin á traves de las tinieblas; cada rugido del viento, cada grito de la ola, estremecian á los que velaban y rezaban, creyendo escuchar las voces lastimeras de los náufragos y el crujido de la madera al romperse contra las peñas; mientras que los tripulantes juzgaban tal vez estos ruidos como la amenaza final del abismo, ó ecos de la eternidad flotando entre la bruma, ó esos extraños gemidos y lamentos que dicen solo se escuchan en la última hora, cual si fueran el rumor que hace con sus alas el ángel de la muerte.

Amaneció por fin; una pálida cinta luminosa fué extendiéndose por el horizonte; las nieblas flotaron en grandes masas arrolladas hácia el Poniente; un solo rayo descolorido del sol tembló un momento sobre las aguas;

volvió á esparcirse la bruma y el dia quedó como envuelto en un sudario blanquecino y frio. No habia cedido el temporal; pero el bergantin aún estaba allí, girando alrededor de su única ancla, medio destrozado ya por tan prolongada lucha, con sus mástiles tronchados y próximo á sumergirse. Poco despues aclaró el dia; no quedaba tiempo que perder: ¿ perecerian aquellos hombres sin que siquiera hubiese el consuelo de haber intentado salvarlos ? Dos prácticos aparejaron sus botes y emprendieron la peligrosa travesía; millares de personas los miraban con anhelante solicitud adelantarse pausadamente cruzando la bahía; pero al doblar la aguda punta de San Felipe, los vieron de repente azotados, arrollados y envueltos por violentas ráfagas y montañas de olas, apareciendo y desapareciendo á largos intervalos, sin querer volver atrás, sin poder avanzar una sola línea, prolongando la lucha hasta que ya sin fuerzas, rechazados y vencidos por un poder superior, volvieron al puerto, ataron en silencio sus botes al muelle y pusieron en Dios únicamente su esperanza. Dos vapores pescadores que con el mismo objeto habian levado anclas, volvieron tambien de igual modo, y la completa pérdida del bergantin y de su gente fué considerada como inevitable.

Pero entre tanto, un hombre de ánimo intrépido y dotado de esa caridad activa que no se contenta con deplorar las desgracias, sino que aspira á remediarlas por todos los medios imaginables, pensaba socorrer á los náufragos y determinaba en su interior perder la vida, ó traerlos á tierra libres y salvos á despecho de los ele-

mentos. Era patron de la barca pescadora llamada *San Genaro;* su nombre, Cayetano Ricar, y por diminutivo familiar el *Tano;* aspecto rudo y corazon bondadoso; pronto en resolver y ejecutar, y el más á propósito para afrontar y concluir tan aventurada empresa. Habló con don Manuel Quintana, dueño de la barca, pidiéndole su permiso para el heróico arrojo que intentaba, y obtuvo esta contestacion:—« Si tú arriesgas tu vida por salvar la »de esos hombres, ¿no he de arriesgar yo un poco de »oro? Anda, vé, y que Dios te ayude. » Un momento despues Ricar pedia licencia para salir al capitan del puerto; se la concede, y en seguida convoca á sus compañeros, los junta en el muelle, y con los ojos radiantes de valor y el acento de una resolucion incontrastable les dice:—« Amigos, se trata de salvar á esa gente, ó de »ahogarse; yo no volveré á pisar esta tierra sino trayén»dolos á todos. El que quiera, que me siga; el que tenga »miedo, que se vaya. » Ninguno se fué ni vaciló siquiera; todos le siguieron. Apenas pasó á bordo el último de sus hombres, un marinero desconocido saltó tambien á la barca. Ricar le dijo:—«¿Tú, quién eres? ¿A qué vienes aquí?—«Soy un marinero de la guerra del »Pacífico, tengo licencia ahora y voy con ustedes por «gusto. » Mientras esto se decia y se preparaban las velas y revisaban las jarcias y remos, un muchacho que formaba parte de la tripulacion como cocinero y grumete, porfiaba por entrar en el *San Genaro*, respondiendo á los compañeros que por su tierna edad se lo impedian: —«Soy de la barca, y voy á donde vaya, y no me creo me«nos que los demás.» Y pasando á bordo con la ligereza

de una ardilla, se agarró á una cuerda, y ni súplicas, ni reflexiones pudieron conmover la grande alma de aquel niño, ni hacerla vacilar un punto en su intrépida resolucion.

Las once de la mañana serian cuando el *San Genaro*, apartándose del muelle, desplegó la vela al viento, y con la velocidad de un pájaro marino comenzó á cruzar la bahía. Cayetano, con la diestra en el timon, la vista en el horizonte y la serenidad en su frente, dirigia el rumbo de la nave. Hízola adelantar hácia la frontera playa del Puerto de Santa María; mandó tomar rizos para precaver las fuertes ráfagas, y virando á babor, dobló osadamente la punta de San Felipe, encontrándose en plena tempestad. Hubo entonces momentos de angustiosa duda entre el inmenso número de expectadores; ¿podria tan frágil buque resistir los terribles embates del viento y de las olas? Y caso de que los resistiese, ¿cómo penetraria en el peñascoso arrecife donde se estaba destrozando el *Caritá?* ¿No era esta una empresa temeraria é imposible, una especie de suicidio á que marchaban aquellos hombres, alentados por su grande ánimo y su compasivo corazon? ¿No habian vuelto atrás la proa cuantos intentaron salvar á los náufragos? ¿Dos vapores no habian retrocedido? Y cuenta, que el barco de vapor lleva en sí una especie de vida propia, una fuerza poderosa para combatir y vencer la fuerza de los elementos; que sin desplegar velámen avanza como el rayo; vá y viene á su voluntad; palpita como un mónstruo vivo, y deja como huellas de su paso independiente y majestuoso un surco blanco en las aguas y un surco negro en el cielo.

Tales reflexiones sugerian la atrevida resolucion de Ricar y la marcha del *San Genaro*, conmoviendo profundamente á cuantos lo acompañaban con los ojos desde los muros y azoteas; pero aquella frágil barca, ya balanceándose en la alta punta de las olas, ya desapareciendo en los espumosos valles de las aguas y volviendo á aparecer como una mojada gaviota, seguia tenazmente su rumbo, con el viento de proa, con la mar gruesa y alborotada, ayudándose unas veces del remo, otras de la vela, mas avanzando siempre hácia el bergantin austriaco y siempre llevando consigo la admiracion y bendiciones de los gaditanos. De pronto sobrevino una gruesa lluvia; la barca pescadora donde Ricar llevaba á los náufragos la salvacion y la vida se ocultó por completo en la cerrazon del horizonte, y la más angustiosa incertidumbre se apoderó de todos los ánimos. La multitud de los espectadores sufria inmóvil el copioso aguacero; los anteojos continuaban tenazmente registrando la alborotada extension de las aguas, y el que distinguia ó se figuraba distinguir algun pormenor de aquel verdadero drama, comunicaba en alta voz sus observaciones: ya decia uno:

—Veo el *San Genaro* como un punto negro al Oeste... no avanza una línea... ha perdido la vela...

Ya exclamaba otro, despues de una breve páusa: —¡Esto es tirar la vida... sin provecho de nadie... ya lo veo... no puede... se vuelve... ¡Ah, Tano, valiente! no se vuelve; mas... sí... ¿quién demonios resiste á un temporal como este?

—Pues yo le digo á usté, señorito, respondió un

hombre canoso y de tez bronceada, que alcanzo más con mis ojos que usté con su lente de á vara, y que no se vuelve aunque se ahogue veinte y cinco veces; porque yo le conozco, y en diciendo una cosa, es más firme que una muralla. ¡Ah! por vida de... ¡mal rayo!... vamos... quizá sean mis ojos... pero ya no veo...

Como lo sublime suele ir mezclado con lo burlesco, en las situaciones más solemnes y trágicas no falta quien tenga el triste privilegio de promover la risa con sus extravagancias. Hé aquí á un individuo de larga melena, largo cuello y zancas largas, que como una bala llega á la carrera desalentado y jadeante, y poniendo en movimiento sus descarnadas rodillas y afilados codos, derriba á unos, pása sobre otros, á todos molesta, se abre camino hasta la muralla, y allí, con voz ronca y débil, que no alcanzaba á treinta pasos, comienza á gritar en tono de mando las más disparatadas maniobras que pudo sugerirle su ignorancia:—¡Ah del *San Genaro!* ¡Atencion! ¡Garrea y trinca! ¡Orza á babor! ¡Vira en redondo y riza el pitifoque! ¡Alija y atraca!

—No tiene usté mal atraque, respondian algunos.—¡Que lo lleven á la casa de locos!... Se conoce que su mercé entiende la navegacion... ¿Ha sido usté almirante, mi amo? ¡Valiente pescuezo! ¡Si parece una soga! —¿Qué dices tú, Manolillo?—Que si lo alarga puede su mercé estar en Cádiz y comer en la Isla! —¡Hombre, más valia que se ahogara usté que no esa gente! ¡Fuera! ¡Fuera!... Y los gritos crecian.

De pronto cesó la lluvia y pudo verse de nuevo el *San Genaro;* todas las miradas volvieron á fijarse en él, y

quedó terminada esta escena ridícula, episodio de un drama terrible. Miré el reloj y era la una de la tarde. Llevaban Ricar y su tripulacion dos horas de porfiada lucha desde que abandonaron la bahía; dos horas, ó más bien dos eternidades para los náufragos que, asidos á la obra muerta de estribor, contemplaban con asombro la furia de los elementos y la impávida energía de sus salvadores, temiendo por instantes verlos sucumbir en su heróica empresa, ó que, asustados de su misma temeridad, buscasen el abrigo del puerto. Cada vez que el timon hacía virar la barca pescadora, torciendo su rumbo para esquivar la fuerza de las ráfagas, creian llegado el momento de la retirada, y al juzgarse abandonados á los furores del abismo, sentian correr á lo largo de sus miembros los frios estremecimientos de la muerte. Y no porque fuesen cobardes, que eran hombres curtidos por las borrascas y bronceados por los soles de distintas zonas: seguros de su próximo fin, hubieran sabido aguardarlo con la impasibilidad estóica del marino; pero esa alternativa incesante de esperanza y desaliento, ese vaiven penoso de júbilo y terrores, esa vida que huye y vuelve y torna á huir en seguida, tal vez para siempre, son como un ariete formidable, capaz de quebrantar la firmeza del más animoso pecho. Los mismos espectadores sentian cruelmente las angustias de tamaña incertidumbre; muchos rostros ya se coloraban, ya palidecian; muchos ojos de compasivas mujeres derramaban lágrimas, tan pronto nacidas de la pena como del entusiasmo. Porque nadie fué insensible aquel dia grande; si acaso hubo al-

guno indiferente al heroismo y á la desgracia, debió de llorarse por él como si hubiera muerto.

Una vez se creyó perdido todo. El *San Genaro* viró á estribor, alejándose á un tiempo del puerto y de los náufragos, y haciendo rumbo mar adentro. Ya no habia duda: se creyó que conociendo Ricar la imposibilidad de su socorro y el peligro de volver á guarecerse en la bahía, determinaba correr el temporal durante algunas horas, esperando una ocasion propicia para salvarse, ya que no podia salvar á aquellos desconocidos extranjeros por quienes afrontaba tan inminentes peligros. Se vió al falucho avanzar, hundiéndose entre la niebla que todavía flotaba acá y allá en masas grandes y sueltas; un relámpago fulguró en el horizonte, y el prolongado trueno, que retumbó en seguida, pareció gritar desde lo alto con voz terrible: ya se acabó toda esperanza. Mas no fué así; ántes bien, como suele el águila encumbrar su vuelo á una pasmosa elevacion para caer en seguida sobre su presa con el ímpetu del rayo, el ligero buque de Ricar se alejó para tomar espacio y viento, y enderezando otra vez su rumbo hácia el arrecife donde el *Caritá* se despedazaba, voló á él como una flecha con la hinchada vela casi tendida sobre las aguas que hervian y se alzaban rugiendo ante la inflexible proa. Semejante rasgo de audacia asombró á todos; el drama volvió á reanudarse; cada espectador permaneció inmóvil; el silencio era profundo, y solamente lo interrumpia el oleaje al chocar contra la muralla, esparciendo por los aires blancas sábanas de espuma.

Entre tanto, el *San Genaro* avanzaba rápidamente y en línea recta; á cada instante se divisaba mejor, y á poco se notó con sorpresa que conservaba intactas sus jarcias y velas á pesar de tan prolongada lucha; sus hombres vigilaban cada cuál en su puesto, y Ricar empuñaba con mano firme la caña del timon; ya se acercan, se acercan y casi tocan las peñas del arrecife. Mas ¿cómo penetrar en su seno? ¿Cómo salvar aquel muro de rocas verdi-negras, ya ocultas bajo las aguas, ya asomando sus frentes por donde chorrea la espuma y en que la mirada se fija con asombro? De repente, una gruesa ola se levanta á lo lejos, avanza rodando como un monte que desquiciara el huracan y amenaza destrozar cuanto se oponga á su carrera. Ricar la vé, la aguarda y se abandona intrépidamente á ella; un instante despues ya está en el arrecife. Vése á los tripulantes del *Caritá* correr de un lado á otro sobre cubierta; seguros del socorro, y confiando ya en su salvacion, recogen lo más precioso que pueden llevar consigo; algunos lloran al echar una rápida ojeada al retrato de la madre, de los pequeños hijos ó de la ausente esposa y ocultarlos en su pecho; otros dan voces de júbilo, y todos se preparan á huir de aquellas frágiles tablas que crujen sobre el abismo, y pronto, acá y allá dispersas, flotaran como tristes cadáveres. El trasbordo se verifica precipitadamente; no hay tiempo que gastar; abandonarlo todo, perderlo todo con tal de salvar la vida, porque un solo minuto de tardanza puede ser funesto. Unos se deslizan ágiles por cuerdas; otros, más temerosos é impacientes, se arrojan

de golpe por el portalon de estribor á riesgo de caer en las olas ó de romperse un miembro; los intrépidos salvadores los recogen, y una ráfaga violenta separa del bergantin medio deshecho al *San Genaro*, lanzándole fuera de los escollos. ¿Qué falta ya para coronar tan heróica empresa? Unicamente entrar en el puerto, lo cuál no es difícil, pues por fortuna acaba de cambiar el viento; es más favorable para volver, y antes de una hora podran los náufragos besar la hospitalaria tierra y aferrarse de nuevo á la vida, que ya se les escapaba. ¡La vida! Si tal encanto ofrece al criminal á quien alejan del verdugo para sepultarle en perpétuo encierro, ¿cuáles no tendrá para el hombre que recobra la plenitud de su existencia, el aire y el sol, el tiempo y el espacio? Pero ¡ay! no todos los náufragos vuelven ya en la barca salvadora; falta uno, el capitan Bonavich que, detenido en recoger documentos y papeles, se ha quedado á bordo de su destrozado buque, y se oyen sus roncas voces clamando auxilio, y se le distingue corriendo sobre cubierta y agitando sus brazos con desesperacion. ¿Será tal vez la única víctima, ó de nuevo jugaran sus vidas muchos hombres por librar la de uno solo? Temerario parece semejante propósito, sobre todo á los mismos austriacos, y algunos de ellos opinan por huir este último peligro, abandonando al capitan á su desgraciada suerte. Mas Ricar ha dicho á sus animosos compañeros, antes de alejarse del muelle, que volverian todos, ó ninguno; y fiel á su palabra, tuerce el timon, hace virar al *San Genaro*; vence el peligro; recoge al capitan; añade

un nuevo timbre á su caridad y valor, y desplegando todas las velas, rápido como el pensamiento, entra en la canal vieja y se encamina á la abrigada bahía.

¡Qué triunfo tan puro y tan sublime! ¡Qué exclamacion de unánime apláuso atronó entonces los aires, brotando de todos los corazones! No quedó espectador que no corriera precipitadamente al muelle para saludar, para estrechar la honrada mano y colmar de bendiciones á aquellos modestos héroes; el espacio que media entre la Puerta del Mar y el extremo avanzado del desembarcadero se cubrió instantáneamente de una muchedumbre alegre y conmovida, así como aquella parte de muralla y los fronteros balcones y azoteas. No siempre el pueblo ha de acudir solícito á las sombrías fiestas del patíbulo; dia llegará en que solo acuda con gusto á las bienhechoras fiestas de la humanidad. Aquel gran dia, los que hoy viven y piensan, nosotros, pálidos espectros de lo pasado, nos alegraremos en nuestras tumbas, porque penetrará en ellas el sol de la edad de oro, que no está en la niñez, sino en la virilidad del mundo.

Cuando la aguda vela del *San Genaro* asomó por la punta de San Felipe, un general apláuso y atronadores vivas saludaron de nuevo al valeroso Ricar y á su gente; un sin número de blancos pañuelos ondearon por el aire, y en medio de tan sinceras y entusiastas manifestaciones salvadores y náufragos llegaron al muelle y fijaron el pié en la segura tierra, dejando tras sí la tempestad y la muerte, vencidas en desigual combate. Aún resonaba la una con la voz del viento y del oleaje; aún invisible la otra, agitaba los grandes brazos en el vacío,

buscando tenazmente á sus víctimas. Ya no las encontrará, porque

> Así el amor lo ordena;
> Amor, más poderoso que la muerte:

y la caridad es el amor en toda su magnitud y pureza.

Ricar fué paseado en hombros por la multitud; para él y su animosa gente regaló la casa del Sr. Lopez y Compañía 220 duros; el Sr. Quintana, dueño de la barca, les dió un banquete, y toda la poblacion las mayores muestras de aprecio. Algunas personas influyentes solicitaron para el valeroso patron algun premio del Gobierno, y este le concedió la cruz de Beneficencia de segunda clase. Un curioso, amigo de mezclarse en todo, exclamó entonces:—¡Cruz de segunda clase! ¿Para cuándo se guardaran las de primera?...

Nota.—*El Noticiero de Cádiz* decia á sus lectores: «Hemos procurado averiguar los nombres del patron y marineros que salvaron la tripulacion del bergantin, y son los siguientes; *Patron*, Cayetano Ricar, conocido por el *Tano*. *Marineros*, Francisco Martinez, Antonio Carmona, Manuel Ponce, José Quintero, José Socorro, José María Sanchez, Nicolás Martin, Manuel Carmona, Juan Llorca, Juan García Bocanegra y Manuel Rodriguez.»

LA HUCHA DEL CIEGO.

LA HUCHA DEL CIEGO.

En un pueblo de Aragon vivia un hombre que por curarse una inflamacion del ojo derecho, perdió este y el izquierdo tambien, con lo que fué peor el remedio que la enfermedad. De estas cosas suelen verse muchas por el mundo. Convertido ya en ciego, recordó que tocaba medianamente la guitarra y cantaba con buena voz; y como entonces era jóven y para la música no hacen falta ojos, sino oidos, y estos los tenía finísimos, dió en cantar y rasguear la vihuela; hízose muy amigo del organista y fué su mejor discípulo, y al cabo le sucedió en el empleo, como Felipe II á su padre el emperador Cárlos, ó Alejandro Magno al rey Filipo de Macedonia.

Establecido ya de organista en la iglesia parroquial, dueño de una casita y de un buen pedazo de excelente tierra que tenía puesto en arrendamiento, bien quisto de sus convecinos por su habilidad de músico y alegre humor, era tan feliz mi ciego, que no se hubiera cambiado por ningun otro mortal aunque tuviese más ojos que el puente de Alcolea ó el acueducto de Segovia. Las com-

pasivas exclamaciones de *¡pobre ciego, desventurado ciego!* con que solemos apiadarnos de los privados de la vista, así le cuadraban á él como á un Santo Cristo dos pistolas. En suma, él se consideraba feliz, y en esta materia nadie es mejor voto que el mismo interesado.

Gusto daba de verle en el verano, sobre todo en los dias festivos al caer la tarde, sentado á la puerta de su casa, á la sombra de una parra tan verde como antigua, rasgueando la vihuela con gracia sin igual, mientras la gente moza, empavesada con sus trajes del domingo, bailaba allí cerca en la explanada de enfrente llena de júbilo y alborozo. No eran aquellos bailes por el estilo de las muelles danzas con que en ahumados salones y á deshoras de la noche entretiene sus ocios la medio tísica juventud madrileña, apretada dentro del frac ó luciendo en la mejilla falsos colores; eran el natural esparcimiento de una vida vigorosa, la fuerza y la salud enamorándose, el legítimo descanso tras seis dias de rudas faenas. Sin temor de equivocarse, pudiera haber asegurado un poeta ó un filósofo, si poetas ó filósofos hubiese por allí cerca, que entre aquellos lozanos grupos de campesinos y labradoras vagaba invisible la Vénus honesta y prolífica encendiendo amorosas llamas y preparando espesas muchedumbres de futuros ciudadanos.

Y á todo esto la guitarrilla del ciego, dale que dale. De su hueco vientre salia la jota, salian zorcicos y fandangos capaces de alegrar á un muerto. El boticario, el maestro de escuela, el herrador y el barbero, que formaban la parte reposada y grave de la tertulia, no se cansaban de escuchar aquella música divina. Acabado el

toque, baile y zarandeo, retirábase la mayor parte de los jóvenes, y otros, los más granados, se incorporaban al corro, ensanchando aquella tertulia al aire libre y tomando cartas en las conversaciones, hasta que, trasegadas de los jarros á los estómagos várias azumbres de vino fuerte y negro, contados algunos chascarrillos con su sal y pimienta, y despellejado en ocasiones más de un prójimo ausente, desbaratábase tan amena tertulia yendo cada uno de sus indivíduos á roncar con el sueño del justo.

No era el ciego de los que más pronto se entregaban á Morfeo. Antes de meterse entre sábanas, un entretenimiento más dulce que el de la tertulia le ocupaba agradablemente lo menos hora y media dos noches por semana. Alto ahí, lector amigo mio: pára tu imaginacion y no vayas á figurarte que el señor Ambrosio, pues así se llamaba este mi ciego, no vayas á figurarte que el señor Ambrosio era algun Adan, concertado para ofender á Dios y á la moral cristiana con alguna pecadora Eva de medias azules y zagalejo encarnado ó amarillo. Nada de eso. Aunque bien cumplidos ya los cincuenta, estaba mi señor Ambrosio lozano y robusto como una encina y se proponia vivir por lo menos otro medio siglo, no solo para dejar en su pueblo un ejemplo de longevidad insigne, sino porque le iba bien en este valle de lágrimas y no queria pasar por él á la manera de viajero de ferrocarril, prefiriendo hacer su jornada con el sosiego y lentitud de un carromato. Y como, con su gramática parda, sabía perfectamente que la mujer para hombre de edad madura es anuncio de sepultura, de aquí que viviese en

ejemplar continencia. Para ayudar á mantener tal virtud en todo su punto, no influia poco la reflexion de que cualquiera hembra, por poco lista que se la suponga, es capaz de pegársela al mismo Argos, el de los cien ojos, cuanto y más á un ciego, y este de ningun modo queria mantener con sus pesetas los regodeos del prójimo.

La más grata ocupacion, el entretenimiento más agradable de mi ciego era... Supongamos que es de noche: los tertulianos se han ido; la puerta se aseguró por dentro con cerrojo y tranca; el sobrino y su mujer cenaron y se fueron á dormir; ya duermen de fijo, pues hace rato que se retiraron, y llevan cinco años de matrimonio; no se oye volar una mosca. Algun ladrido lejano y el rumor del viento es lo único á veces que interrumpe el silencio de la noche. Mi ciego tenía un oido finísimo, como todos los ciegos; aplicándolo, hubiera sentido crecer la hierba. Pues lo aplica ahora, y se está largo rato inmóvil, atento, olfateando el aire como perro de caza. Cuando todo yace en silencio y se siente rodeado de tinieblas y soledad profunda, sale de su habitacion á paso de zorro, atraviesa la casa entera sin tropezar con nada, abre una y otra puerta sin rumor alguno, entra en un corralillo, y tras nuevo rato de observacion y espera, llega al pié de un árbol, desentierra un gran talego, y se vuelve á su cuarto con iguales precauciones.

Segun lo encorvado que marcha mi señor Ambrosio, segun afirma los piés y procura contener el fatigoso aliento, de fijo el talegon no está lleno de paja. ¡Sí, buena paja nos dé Dios! De esta, y no de otra, quisiera yo un almiar lleno. Ya ha vuelto á su habitacion, ya cierra

la puerta por dentro, ya con mano trémula de gozo vá sacando al talegon las tripas. ¡Qué tripas, Cristo Santo! Onzas peluconas, medias onzas y doblillas de oro, soberbios pesos duros mejicanos con sus dos mundos y el famoso *plus ultra*, y la mar de pesetas columnarias. Cobre no hay, que es moneda sucia y de luto, y mi señor Ambrosio es limpio como los chorros del agua y más alegre que unas castañuelas. Además, el cobre abulta mucho y vale poco; guardado, solo hace mediano papel en algun cepillo de las ánimas benditas.

Sobre la mesa, que es ancha, espaciosa y cubierta de un tapetillo de bayeta, vá el ciego alineando en hileras y pelotones su blanco y dorado ejército. Estas onzas peluconas son los generales y caudillos; las medias onzas son los edecanes, el estado mayor que los rodea; las hileras de doblillas son tropas de preferencia; las pesetas figuran la muchedumbre de soldados rasos, y las pilas de pesos duros los bastiones, fuertes y reductos, los espaldones y trincheras opuestos al enemigo. Pero al cabo de un rato el enemigo avanza bajo la forma de los cinco dedos del señor Ambrosio, que empieza apoderándose de los generales y llevándolos prisioneros al fondo de la talega, con el estado mayor, los cuerpos facultativos, capitanes, sargentos y tropa de línea. Tambien los reductos, muros, barbacanas y trincheras van al saco, todo con admirable prontitud y silencio, sin que relinchen potros, resuenen clarines y trompetas, ni lancen una queja los vencidos y prisioneros. Vuelta á cruzar la casa con las mismas precauciones, y vuelta á palpar el árbol y á enterrar á su sombra el tesoro. Despues el ciego dormia

soñando que sus onzas estaban preñadas, y cada una de ellas paría cinco ó seis oncitas que por instantes iban creciendo hasta igualar á sus madres; con lo que su caudal portentosamente se multiplicaba, mediante aquella nueva edicion del milagro de pan y peces. ¡Oh sueños beatíficos y esplendorosos!

Pero el diablo no duerme, y quien tiene malas intenciones duerme muy poco, por traerle dispierto y despabilado sus torcidos pensamientos. Álguien hubo de oler la hucha del ciego, ó la alcancía, que decimos los andaluces, tomando la palabra de nuestros abuelitos moros. Y no extraño que la olfateáran; pues hombres hay para quienes la moneda tiene olor como las flores, y además rayos como el sol y música mejor que los violines de los ángeles.

Dije que álguien olió la alcancía y su contenido, y dije poco; pues este álguien, que debia de ser un truhan de siete suelas, sorprendió al ciego en el acto del enterramiento, lo vió todo desde la tapia donde estaba encaramado; y cuando el dueño del tesoro se retiró á soñar aumentos y futuras grandezas, le desenvolvió el escondite, le arrebató el gato y se fué tan satisfecho con su presa.

Si yo fuese pintor ó siquiera dibujante, esta era la ocasion de lucirme. Representaria el corralillo visto de noche, pequeño, con sus tapias terrosas y desiguales, sus gallinas durmiendo sobre las varas de un carro, su pozo de gastado brocal y cruz de hierro, sus tres ó cuatro desmedrados arbolillos, y al pié de uno de ellos el señor Ambrosio junto á un agujero vacío, con la pena en el corazon y el asombro en el semblante. Sobre él movia el

vientecito nocturno las ramas á uno y otro lado, como diciendo *que no*, y sobre corralillo, ciego y árboles se asomaba entre nubes la luna con aspecto curioso y burlon que parecia decir al señor Ambrosio: *Hijo, te robaron.*

Robado, sí, robado el sudor de largos años, robadas las esperanzas de su no remota vejez, defraudados la economía y el órden y prevision con que vivió siempre, reducido en un momento y por ajena mano de la seguridad á la incertidumbre, de la abundancia á la estrechez, casi á la indigencia. ¿Volverá á comenzar sus ahorros? Ya es tarde para eso. ¿Dará parte de lo sucedido á la justicia? Le costaran dinero las diligencias, y al cabo y postre nada se averiguará, segun costumbre. ¿Se ahorcará con la misma soga del pozo? ¡Qué barbaridad! Si fuese ahorcar al ladron, con mucho gusto. ¡Pobre señor Ambrosio! De pié, inmóvil, que parecia pintado, estuvo allí de planton más de una hora. Finalmente, cubrió el agujero como estaba antes, y se retiró despacio y tambaleándose. Cualquiera le hubiese creido algo borracho. Se acostó y no durmió; pero caviló más aquella noche que una academia de sabios en diez meses. Al otro dia estaba sereno; nada dijo á nadie; alguna vez llegó á sonreirse.

Por la tarde y primeras horas de la noche asistió á la tertulia; tuvo hasta el heroismo de tocar la guitarra, cantar algunas coplillas y decir cuatro bromas muy chuscas. Si los tertulianos hubiesen visto su interior, habrian salido huyendo espantados, como quien vá á coger una flor y de pronto repara en una víbora. Pero el ciego era impenetrable; solo Dios y él sabian sus pensamientos; para los demas era un sér inofensivo, alegre y cándido; cán-

dido, sobre todo, pues decia cosas que no las hubiera dicho un niño de la escuela. Se engañaban: en el mundo hay sabios tontos, y bobos aparentes que cortan un pelo en el aire. Estos son temibles: nadie recela de ellos, y ellos lo consiguen todo sin obstáculo de nadie.

Pasaron algunos dias: el señor Ambrosio cambió sus medias azules por otras negras; su calzon pardo, por otro negro; su faja morada, por otra faja negra: en fin, se puso de negro todo como si se hubiera bañado en un tintero. Sus tertulianos le molian á preguntas sobre este cambio de traje; al pronto no dió explicacion á los curiosos, aumentando con esto su curiosidad; pero interrogado por el señor cura, respondió delante de todos que un pariente suyo habia muerto en Zaragoza, viudo y sin hijos, dejándole á él por heredero; y así, aunque pariente lejano, queria honrar al difunto que tal beneficio le dispensaba, vistiendo luto por su memoria y encomendándolo á Dios en sus cortas oraciones. Dicho lo cuál, desenvainó dos duros y los entregó al señor cura para misas. A la media hora lo sabía todo el pueblo.

Con el luto del señor Ambrosio coincidió la salida de su sobrino para Zaragoza, jinete sobre un poderoso mulo y llevando al lado un trabuco tal, que parecia un cañon de á veinte y cuatro. Era este sobrino un moceton cuadrado y robusto, de grandes y probados bríos, muy capaz de hacer frente á media docena solo con una gruesa tranca ó con el abanico de muelles, en cuya afilada hoja, á modo de fatídica profecía, campeaba el siguiente rótulo:

Si esta víbora te pica,
No hay remedio en la botica.

¿Adónde iba, pues, aquel jayan temible, aquel Bernardo del Carpio plebeyo, tan bien montado y armado? A Zaragoza; ya se ha dicho, y nadie en el pueblo lo ignoraba. Pero ¿con qué objeto? ¿Con cuál habia de ser sino recoger la herencia de su tio y traerse los patacones? De lo contrario, ¿á qué llevaba el descomunal trabuco? Esto era clarísimo, y aunque no lo fuera, el mismo señor Ambrosio no ponia el menor empeño en ocultarlo; de suerte que era artículo de fé la cobranza y traida del dinero desde la capital de la provincia.

El cura, hombre prudente, aunque menos astuto que el endiablado ciego, le habló una tarde en este sentido:

—¿No le parece á usted, Ambrosio, que ese dinero estaria más seguro quedando depositado en Zaragoza en algun comercio de responsabilidad y confianza? Porque aunque este pueblo, gracias á Dios que bendice mis tareas, no es de los más desmoralizados, el dinero siempre es dinero, y como tal, tiene muchos golosos, y un mal pensamiento en cualquier cabeza cabe, y usted carece de la vista, y su valiente y honrado sobrino está por lo regular en el campo, y pudiera suceder que le robáran á usted, y áun quizá, no lo quiera Dios, que le quitáran la vida.

—¡Ay, señor cura! Su merced es un santo, y yo le doy mil gracias por su consejo, que es bueno y prudente, y nace de la fina amistad que le debo. Mas ya mi sobrino lleva encargo y documentos para recibir y traer la herencia, que estará aquí muy pronto: quiere decir, que si su merced sabe de una casa respetable donde depositarla, allá la enviaremos. Entre tanto, yo la tendré

guardada con otros ahorros mios dónde no la pueda encontrar ni el mismo diablo. ¡Pues bueno soy yo para que ningun nacido me dé gato por liebre!

Aunque esta conversacion fué en voz baja, hubo oidos que no perdieron una sílaba. El señor Ambrosio entró en su casa por breves momentos, y el buen cura quedó hablando con algunos tertulianos sobre la manía de guardar y soterrar caudales, de que tantas riquezas habia perdidas por morir á veces los dueños sin tener tiempo de revelar á nadie el sitio del escondite.

Pasaron dos semanas, y cierta noche regresó de Zaragoza el sobrino y representante del señor Ambrosio. No faltó quien le viera, y ¡oh asombro! aquel fornido moceton de pelo en pecho y trabuco en charpa no habia confiado en sus propios varoniles bríos, sino que traia compaña y resguardo en una pareja de guardias civiles, aprovechando el auxilio de esta institucion de seguridad recien fundada entonces por el Gobierno. ¡Qué barbaridad! Pues cuando un hombre de tales ánimos gastaba tantas precauciones, no era una herencia de tres al cuarto, sino un tesoro lo que traia. Este pensamiento, en sumo grado verosímil, fué repetido y comentado cien y cien veces al siguiente dia por todos los vecinos del lugar, como si todos ellos fueran parientes y herederos del afortunado señor Ambrosio, á quien abrumaban á fuerza de felicitaciones y enhorabuenas.

Obsequió aquella tarde á sus tertulianos con chocolate y bollos y anchas copas del rancio Cariñena; y á la hora en que de costumbre se terminaba la tertulia, manifestó hallarse un tanto mareado y con grandísimas

ganas de dormir; se despidió de los amigos y entró en su casa, atrancando, como de costumbre, sólidamente la puerta. ¡Pero qué habia de dormir! En seguida fué al corralillo, se tendió en un extremo de él, bajo el carro y entre un monton de aperos de lábranza, y allí quieto, inmóvil, con el oido pegado á la tierra, permaneció largo espacio, con la afanosa incertidumbre del jugador que pone á la última carta su último puñado de oro. ¿Habria el raton olido el queso? El infame que le habia robado, ¿sería más astuto que él? Un lazo tan hábilmente preparado, ¿no cogeria presa? ¿Resultaria inútil la farsa del luto, del pariente muerto, de la herencia, del viaje del sobrino, con todos sus accesorios? Unas veces lo juzgaba perdido todo; otras, esperaba y saltábale el corazon con alegres latidos. Así pasaron lentas, muy lentas las horas.

La de media noche sería cuando su oido inquieto percibió vago rumor de pasos, como si alguna persona anduviera cautelosamente del otro lado de la tapia. ¿Quién podria ser? La tapia daba á un callejon desierto y sin salida, que no era camino para ninguna parte. De pronto cesó todo ruido. Mas á los pocos minutos volvieron á sonar las pisadas, no ya fuera de la cerca, sino dentro del mismo corralillo. Indudablemente un extraño habia escalado la tapia. El corazon del ciego palpitaba tan fuerte como si fuera á estallar: sus ojos sin pupila se abrian blancos y desmesurados; habia llegado el instante supremo. El intruso detúvose junto al árbol á cuya sombra habia estado el tesoro; escarbó la tierra con el silencio posible, y luego se le oyó apisonarla con los

piés; despues echó á andar, hubo una pequeña páusa, y, por último, el señor Ambrosio le sintió perderse á lo lejos por el callejon solitario.

Como la culebra que lentamente desenrosca sus anillos y alza la aguda cabeza para reconocer el campo, así el señor Ambrosio se desenvolvió de la parda manta que le cubria y salió del escondite en que estaba agazapado. Con admirable tino, sin tropezar en las piedras ni en los montones de estiércol esparcidos acá y allá, se adelantó poco á poco y llegó al pié del árbol, navaja en mano, como quien vá á cometer un crímen.

A pesar de toda su energía, tembló un momento con penosa incertidumbre y sintió que se le aflojaban las piernas. Mas repuesto en seguida, tanteó la recien movida tierra y empezó á escarbarla con la navaja.

¡Santo Dios! Allí estaba el robado talego, y á juzgar por su peso y corpulencia estaba intacto, tan barrigon y tan hermoso como antes de que manos codiciosas se hubiesen atrevido á profanarlo. El ciego se lo llevó á su habitacion en brazos, besándolo como á un hijo querido, y loco de alegría pudo extender y palpar sobre su cama las cumplidas peluconas, las medias onzas, doblones y doblillas, los pesos columnarios y todo aquel ejército, segun le llamaba, desde los generales valiosos y magníficos hasta la muchedumbre de los soldados rasos.

¡El ladron habia caido en el garlito, el burlador era ya el burlado! Habia devuelto el tesoro al escondite de donde lo robó, para que el ciego no advirtiese la falta y enterrase allí tambien el dinero de la herencia, y de esta manera poder luego arrebatárselo todo de un golpe. ¡Buen

chasco se habia llevado! Y en realidad, chasco merecido. ¡Burlarse de un ciego, cuando dice el refran que los ciegos estudian con el mismo demonio! Dejar lo seguro por lo dudoso, cuando hasta los niños saben que vale más pájaro en mano que ciento volando! Tamaña torpeza merecia un presidio, y otro, además, el robo; total, dos presidios.

Mientras el ciego contaba y recontaba su recobrado tesoro, el burlador burlado forjaba castillos en el aire. Adelantándose al tiempo, imaginaba ya trascurridos algunos dias, y que llegaba el feliz momento de ir á paso de lobo hácia el corral del señor Ambrosio, y que saltaba la tapia y escarbaba la sepultura de los cuartos y pasaba la noche entera en la agradabilísima tarea de desenterrar talegones repletos y llevárselos á su casa. Imaginábase convertido de pegujalero en archipropietario y sujeto de importancia, empuñando á perpetuidad la vara de alcalde; que tales y tamañas fantasías y ambiciones suelen caber en los más menguados entendimientos. Ya no sería el *tio* Fulano, sino el *señor* Fulano, y quizá el *señor don* Fulano, pues la herencia que pensaba apiolar debia de ser gran bocado, segun las diligentes y exquisitas precauciones con que al pueblo vino. Pero el hombre propone y Dios dispone, y nunca tuvo este refran aplicacion más exacta ni oportuna.

No sosegaba, no vivia el futuro señor don Fulano con el ánsia de agarrar y hacer suyo el duplicado tesoro. Indudablemente el ciego no habia notado la falta de sus queridos ahorros, y la cuantiosa herencia iria á sepultarse en el mismo escondite. Entre tanto, el buen señor

Ambrosio seguia tan contento y divertido, siendo el alma y alegría de la tertulia sus chistes, su guitarra y sus canciones. Los tertulianos juzgaban muy fundado su excelente humor á pesar del luto, pues no es costumbre llorar y gemir teniendo la boca llena.

Pasaron dias, y llegó el del hurto. Mas para mayor exactitud conviene advertir que no fué dia, sino oscurísima noche la elegida para llevar á cabo tal hazaña. La atmósfera semejaba el fondo de un tintero, la luna y las estrellas no se sabe dónde andaban; á tres pasos no se veia un buey. En cuanto al alumbrado público, ni lo habia entonces en el lugar, ni todavía lo hay, sin duda por estar aguardando el Ayuntamiento á que en este ramo del comun servicio se invente el último y más perfecto sistema. La fábula del que pasó la vida entera desnudo, por no querer vestirse hasta que saliera la moda invariable y definitiva, puede aplicarse á muchas corporaciones, y no es alusion á ninguna. Pero vamos al caso, ó al caco, lo cuál es más propio.

Atenta la vista y el oido, alargando la siniestra mano para tantear su camino, con la diestra en la faja y la callada alpargata en el cauteloso pié, fué adelantándose el aficionado á lo ajeno hasta entrar en el negro callejon y tocar la tapia allí donde los gastados ladrillos daban fácil subida á cualquiera, mucho más á mi hombre, que al olor del dinero se las hubiese apostado con una lagartija á escalar un muro de mármol. En un punto se halló montado sobre la tapia, y en otro plantó ambos piés en el corralillo; todo con admirable agilidad y silencio. Orientóse y llegó al árbol, que bien pudiera llamarse del

fruto prohibido: escarbó la tierra, y... ¡maldito ciego! el gran tesoro habia volado; y para mayor y más irrisoria burla, solo habia en su lugar un cordel, fuerte, largo y flexible, con su lazo á la punta, que parecia decir al burlado ladron: ¡AHÓRCATE!

Sí, esto parecia decir el cordel en su endiablada lengua, y esto entendió el ladron, que á su vez se creyó robado; y en el silencio de la noche pensó escuchar una risita irónica que le ponia los pelos de punta, y que le miraban dos ojos sin vista, muy blancos y tamaños como huevos. Se le espantó el corazon y sintió frio sudor de angustia con el cordel en la mano; y tambaleándose como un beodo, pudo llegar á la tapia y salvarla y huir..... ¡Huir! ¿Adónde? Los dos ojos blancos, grandes é inmóviles, siempre estaban frente á los suyos fascinándole; aquella burlona risita le sonaba en los oidos, dentro de la cabeza; y andando, y tropezando, y cayendo, y levantándose pudo apenas, en dos horas, alejarse mil varas del pueblo.

¿Qué pasó en aquella alma oscura debatiéndose consigo misma en aquella sombría noche? ¿Por qué trágicas espirales desciende el espíritu humano á los infiernos del suicidio? No lo sé, ni lo sabe nadie tampoco; pero al otro dia, tan claro y luminoso como la noche fué oscura, supieron todos en el lugar, grandes y pequeños, viejos y niños, que á dos tiros de escopeta de las últimas casas y en uno de los primeros árboles del bosque, colgaba un hombre de un cordel con un palmo de lengua fuera. Y aquel hombre no era un desconocido: llamábase el *tio* Fulano, y era algo pariente del *señor* cura.

El organista ciego supo la noticia como los demás; pero á nadie puso en antecedentes hasta que pasaron luengos años y no hubo compromiso en contar la sutil estratagema con que recobró su perdido tesoro. Por entónces se limitó á callar; y cuando el párroco hablaba del suicidio, achacándolo á la perversa filosofía del siglo, aunque el ahorcado jamás supo leer, y á los impíos protestantes y á sus perniciosos errores, el organista sacó cien reales y le dijo con más intencion que una serpiente de cascabel.

—Tiene su merced mucha razon, señor cura: ¡los errores, los errores! Probablemente el pobre tio Fulano habrá sido víctima de algun error. Tome su merced esos cinco duros para misas por su alma... por su alma. ¿Quién no se equivoca alguna vez en este mundo?

Madrid: Diciembre: 1877.

LA ÚLTIMA NOCHE DE DICIEMBRE DE 1491.

LA ÚLTIMA NOCHE DE DICIEMBRE DE 1491 [1].

Nos admiramos de la magnitud de nuestro globo, de ese océano mugidor que por todas partes lo cerca y baña, de sus islas innumerables, sus volcanes y su infatigable movimiento desde el primer dia de la creacion, mientras acostumbramos mirar ligeramente y de pasada otros mundos mayores y más portentosos, el corazon y la inteligencia del hombre. Desde los primitivos pastores caldeos hasta los árabes de Sennaar, y desde estos sabios árabes hasta los modernos astrónomos europeos, la cosmografía en su incesante desarrollo ha calculado la forma y posicion de nuestro planeta en el espacio, sus movimientos, los seres tan diversos que lo pueblan, y no vá quedando lugar alguno sobre los hielos del polo ó bajo los fuegos del ecuador, donde los exploradores no fijen su mirada, su barómetro y su compás. Se encuentra nuevo camino para la India; América muestra su seno hen-

(1) Cuento hasta cierto punto.

chido de tesoros; Rusia extiende su imperio por las dilatadas llanuras hiperbóreas; todo un mundo oceánico brota de las aguas ante las proas españolas, inglesas y holandesas... Entre tanto, la Filosofía pása siglos y siglos meditando sobre el hombre, que es su eterno problema, su estudio, su desesperacion y su gloria.

La chispa celestial, el soplo divino que nos alienta ha sufrido el escalpelo de cien y cien sistemas; las ojeadas investigadoras de millones de filósofos, místicos y moralistas; con la mitad de este trabajo colosal se hubiera escudriñado desde la Vía Láctea hasta las entrañas de la tierra; el alma humana permanece, sin embargo, intacta casi, casi desconocida, y presentando á todos como la antigua esfinge su pavoroso ploblema. Y á medida que la sociedad se aleja de su sencillez primera, vá tambien el alma humana haciéndose más vária, rica y complexa, como una lira á que sucesivamente fuesen añadiéndose nuevas cuerdas y nuevas armonías; así su estudio y conocimiento son cada vez más largos y difíciles. ¡Oh espíritu divino, llama siempre ardiente, alma inmortal! ¿Qué naturaleza es la tuya, tan robusta y atrevida, que en un hombre mismo y en una misma hora puedes sin morir arrastrarle por el polvo y volar y subirle á lo más alto de los cielos? ¿Hay nada tan fecundo como el monólogo de una alma pensadora, ni que tenga alas tan rápidas como la meditacion? . . . . . .

. . . . . .

Terminaba el Diciembre de 1491, y era ya por filo media noche. En una celda de Santa María de la Rábida velaba un hombre inmóvil y silencioso; aunque tenía

blanca su cabeza, y habitaba en un monasterio, no era monje, ni anciano todavía. Su vestido revelaba pobreza y su frente la soberanía del génio. A no ser por la vaga expresion de sus ojos azules, se hubiera creido que dormia en su ancho sillon de baqueta; nunca habia estado más despierto; cerró el libro que hacía largo rato miraba sin leer; fijó ambos codos sobre la mesa y la frente entre las manos, y volvió á quedarse inmóvil. A su lado ardia una lámpara, y de la pared frontera colgaba un Cristo grande, que parecia mirarle tristemente. Fuera sonaba á intervalos el murmullo piadoso de los monjes que rezaban en el coro y la palpitacion solemne del mar sobre las playas vecinas.

El que velaba tenía por apellido Columbus, y entre la multitud pasaba por loco. Hoy le llamamos Colon, y le respetamos al par de los mayores génios. El tiempo nunca pása en vano; pero entonces no habia llegado la hora del triunfo, sino la de la prueba, y esta prueba era terrible. Colon se hallaba inclinado como bajo el peso de su gigantesca idea, con la mirada vuelta al interior, escuchando con recogimiento el extraordinario rumor de várias voces que sentia resonar en las profundidades de su conciencia, cual si dentro de su mismo seno habitáran diferentes y contrarios espíritus. Uno de ellos habló más alto; por lo menos Colon creyó escucharlo, y el sudor se deslizó por su pálida frente como gotas de sangre sobre la fria hoja de una espada. El espíritu decia:

—«¡Un año! ¡Es Diciembre y es la noche última! »Oye: acaba de sonar la campana; un año más ha pa»sado y ya no eres jóven; tus dias se van; tú mismo te

»vas y tus esperanzas contigo. ¡Insensato! Acaban los »cielos de dar un giro entero sobre tu cabeza; has vis»to la sublimidad de otro invierno, la gracia de otra pri»mavera, el fuego de otro estío, la melancolía de otro »otoño... ¿qué has hecho de tantos dias? ¿Nada te ense»ñaron? ¿Prosigues tú, pobre génio extraviado, destro»zando tus alas en perseguir quimeras?

»¡Descubrir un mundo, ensanchar este planeta! Óye»me, desgraciado: yo soy tu razon, tu razon que grita y »procura salvarte. Mira, los dos reyes más grandes de »Europa, los reyes de España, hacen un llamamiento »á todo su poder: ¡cuántos capitanes, caballeros y sol»dados! ¡Qué torrentes de oro! ¡Cuánto saber y pruden»cia en el consejo, cuánta osadía en la ejecucion! ¡Cuán»to trabajo, tiempo y sangre! Pues todo, bien lo sabes, »se dirige á conquistar un púñado de tierra. Y tú sue»ñas, sueñas un mundo! Y aunque estos delirios fuesen »verdad, ¿con qué podrias realizarla tú, que debes á la »caridad la celda que habitas, el pan que comes y hasta »el vestido que llevas?

»Créeme, Colon, y abre las ojos. Nó eres tú solo. Mu»chos peregrinos eternos vagan por el campo sin fin de »las esperanzas imposibles. Piensan convertir los meta»les en oro, curar toda enfermedad, surcar el viento como »las aves... La sociedad se mofa de estos delirantes so»ñadores. Te mofarias tú tambien á no ser uno de ellos. »Al atravesar las calles ¿nunca has observado que has»ta los niños te señalan con el dedo? Es que tu juicio se »extravia y hasta los niños lo conocen. ¡Y qué! ¿Tú solo »verás claro y todos los hombres estaran ciegos? Si al-

»gunos fingen darte crédito, es únicamente por compa-»sion, por esa lástima desdeñosa que inspira la locura. »No pudiendo desengañarte, aparentan creer tus deli-»rios. ¿Será tu existencia un sueño contínuo hasta que »te venga á despertar la muerte?

»Y ese despertar será horrible. Óyeme. La muerte »suele traer consigo el pálido resplandor de lo infinito. »Cuando se acerca á tocarnos con su dedo, las sombras »huyen y se vé claro. La misma locura retrocede espan-»tada. Nuestros dias ya pasados se vuelven de frente y »nos miran; pero nunca podemos detenerlos. ¡Qué re-»mordimiento será el tuyo en esa hora, infeliz profana-»dor de una grandiosa inteligencia! El Señor dijo al pri-»mer fratricida: «Caín, ¿qué has hecho de tu herma-«no?» Y Caín sintió hielo y temblor en lo más profun-«do de sus entrañas y en la médula de sus huesos. Pues »mayor espanto sentirás tú cuando ese mismo Dios te »diga: —«Te he formado con amor y predileccion entre »los demás hombres; te he dado por compañero un es-»píritu sublime, ¿qué has hecho de ese celestial herma-»no?» Y tú responderás: —« Señor, lo he cultivado con »el estudio, lo he extraviado y lo he asesinado.» ¡Na-»cer para admirar á los hombres, dejándoles perpétua »memoria, y servirles de mofa y pasar entre el polvo »como una hoja seca! Está bien: ¡desprecia tu razon y »sigue con tu sueño!

»Mira. La Providencia te llama y tú no la oyes. Tu »esposa, la tierna hija de Palestrello, ha muerto. Aque-»lla señora de Córdoba, tan bella y tan amante, ha »muerto tambien. Tus lazos se desatan. Sé religioso. No

»tienes que buscar un cláustro; estás en él; tu amigo »Marchena acogerá tus votos con los brazos abiertos. Eres »sabio y puedes ser santo. Solo depende de tu voluntad.

»Olvida tus delirios. Descubre un lugar para tí en el »cielo; es mejor que descubrir islas ó continentes. Cono»ces la vida de estos monjes; es un rio sosegado y cris»talino; corre entre verdes orillas y vá á perderse en un »océano de felicidad. Tus hijos se educaran en este mo»nasterio; seran hombres respetados y no mendigos. Vis»te la cogulla del fraile; muchos fuertes, sabios y gran»des la vistieron tambien. ¡Sálvate, Colon, y salva á tus »hijos! Piensa que todo es vanidad.»

Así le habló una voz interna y quedó como anonadado. Cerró los ojos. Sentia vértigos y un extraño aleteo de visiones confusas. Maquinalmente deslizó una mano sobre su rostro y cabellos, y estaban empapados de un sudor frio. Pasó un largo rato. Luego otra voz, como respondiendo á la primera, se dejó oir distinta y penetrante, y dijo:

—«No son quimeras tus aspiraciones; son verdades no realizadas todavía. Tu génio no te engaña; ni tus amigos Marchena, Velasco y Pablo Toscanelli procuran con sus consejos extraviarte en vano por un océano sin límites. Esos españoles y este florentino pertenecen, como tú, á la raza de hombres escogidos que sumergen su larga mirada en lo futuro. Las prodigiosas regiones de Marco Polo no son aéreas hijas de la fantasía; Cipango y Cathay existen. ¿ Quiénes lo niegan? Los que no saben el camino. Con igual razon hubieran podido negar los primeros hombres cuantas comarcas hay, excepto las del

Eúfrates. ¡Oh, cuántas maravillas verian los hombres de siglos pasados si resucitáran conservando la memoria!

»Tal como lo conocemos, nuestro planeta está desnivelado. Tú mismo, al dibujar tus mapas y globos lo percibes mejor que nadie. ¿Para qué regiones se levanta el sol cuando cáe y se oculta á nuestros ojos? ¿En ninguna frente humana refleja sus rayos de oro hasta que vuelve de nuevo á elevarse sobre nuestro horizonte? ¿De dónde venian flotando sobre las olas esos maderos labrados tan extrañamente, que encontraste en largas navegaciones? ¿A qué raza desconocida pertenecen los cadáveres que de igual manera has visto? ¿Quién ha inspirado á Séneca su vaticinio y á los Sagrados Libros esas alusiones confusas en que se respira el ambiente de ignotos climas? ¿Quién te ha inspirado á tí mismo; sino las voces de la verdad y la ciencia, que eligen á los hombres grandes para sus confidentes y sus víctimas? Colon, tú no eres delirante ni obcecado; la razon y la claridad están en tí y en los pocos que créen tu palabra; los demás son los preocupados y los ciegos.

»Posées la verdad; guárdala siempre. Tu premio debe ser la melancólica satisfaccion de haberla conocido. La verdad es una arma de dos filos: defiende á la humanidad y hiere á quien la empuña. Díme, ¿qué premios alcanzaron todos los proclamadores de grandes verdades? Persecuciones, cárceles, destierros y odios. ¿Qué recompensa será la tuya? Si llegas á pedirla, ¡cuántas cosas podrás decir sobre la gratitud de los hombres! Hasta el tributo de su admiracion querran negarte, y lo que hoy miran como imposible, lo juzgaran muy fácil maña-

ña cuando tú lo hayas hecho. Verificada tu colosal empresa, realizado el pensamiento de tu vida entera, ese pensamiento que ha surcado tu frente y encanecido tus cabellos, el último y más oscuro de tus envidiosos detractores se proclamará muy capaz de haber hecho lo que tú hiciste. ¡Cuántas amarguras vendrán á coronar tu obra!

»Pero esa obra es punto menos que imposible. Eres valiente, Colon; desde niño te has criado con el peligro; el peligro es tu hermano; le conoces muy bien y no le temes. Has crecido en el mar; has sufrido impávido sus huracanes y borrascas; has desplegado con orgullo la bandera de tu república, lanzando el grito de combate; luchaste con los elementos y las espadas, y luchas todavía con la miseria y la indiferencia; muy valiente eres, Colon; ¿dónde encontrarás hombres que lo sean más que tú? Y esos hombres se necesitan para terminar tu gigantesca obra. No puedes concluirla solo. Es preciso que tengas gente que te siga, naves que te lleven. ¿Quién se embarcará en ellas? Porque á tí te sostendrán tu conviccion, tu ciencia, la esperanza de hacer la tierra más grande y tu nombre inmortal; pero tus compañeros iran solamente apoyados en el valor de su ánimo y en la fé de tu palabra. Mucho ánimo y mucha fé se necesitan. Dícese que á ciertas latitudes, cuando durante algunos soles se ha ido dejando atrás la ribera, se encuentra un mar de gruesas aguas como plomo fundido, un calor insoportable abrasa los pulmones de los hombres y hace estallar los costados de los buques, mientras gigantescos mónstruos nadan bajo aquellas horribles aguas y vuelan sobre aquellos aires de fuego, esperando el festin de

los náufragos. Otras veces, pasada la línea equinoccial, se deslizan las naves sobre el rápido declive de las olas hasta parar en abismos desconocidos, cuyo solo pensamiento hace helarse la sangre y erizarse los cabellos. Tú no crees en estas medrosas tradiciones, pues no juzgas que Dios se proponga separar las razas, sino reunirlas para cumplir sus providenciales fines; pero ¿quién arrancará tan antiguas preocupaciones del vulgo de los navegantes? Y no solo el vulgo las tiene; ya oiste en várias conferencias las opiniones de los sabios. Cuando se anuncia una idea nueva, la idea antigua está siempre alerta y preparada para el combate. Una multitud de intereses ya creados, de abusos no contradichos, y de medianías soberbias la apoyan y defienden. Al presentir su muerte más ó menos próxima, luchan obstinadamente con la palabra, con la intriga, con el hierro y el fuego. Guárdate de su furor; ya lo conoces y sabes que es temible.

»Mas estando seguro de la verdad de tu obra, ¿tienes igual confianza en su bondad?... Ya miro animarse tus ojos y resplandecer tu frente con la perspectiva del triunfo; tu pronóstico se acredita; los reyes te dan buques y navegantes intrépidos; la muchedumbre te cerca y aplaude en la ribera; levas el ancla; das las velas al viento; atraviesas los desiertos del mar, y por último, contemplas salir de entre las ondas una region inmensa, fértil, risueña y dorada bajo los rayos de un sol cariñoso, tal como el Paraíso en los primeros dias de la creacion. Y ¿qué habrás hecho entonces? Es verdad que habrás dilatado los pasos del hombre sobre nuestro planeta, des-

cubriendo islas ó continentes en beneficio del saber; mas ¿qué provecho logrará tu conciencia de abrir un vasto teatro á la codicia, á la guerra, á la conquista y exterminio, al crímen y á la esclavitud? No alegues ignorancia; conoces la historia; siempre que un pueblo más adelantado y fuerte penetra en los dominios de otro, se abre camino con la espada y funda su imperio sobre cadáveres. ¿Pretendes que sea tu empresa la única excepcion de la ley universal? No lo imagines, Colon, ni para acallar tu conciencia pienses en la propagacion de la fé cristiana. Ella rechaza toda violencia; la lanza y el cañon nunca fueron las armas de los apóstoles.

»Yo soy espíritu y vuelo por todas partes. No quiero desorientar tus cálculos. Las tierras que adivinas, existen: lo repito: yo las veo. Son más extensas de lo que nunca has imaginado; están pobladas y ricas. Sus habitantes viven con una sencillez dichosa. La naturaleza los colma de frutos; van y vienen tranquilos; duermen en el seno de la abundancia, y en medio de un presente apacible, no tienen lágrimas para lo pasado, ni temores para lo futuro. ¡Infelices! No saben que piensas en ellos para sacrificarlos á tu gloria. No pueden saber que en el silencio de tus vigilias, á la sombra del santuario, aquí en esta pobre celda se prepara su ruina y se enciende el rayo que ha de exterminarlos! ¡Oh, si lo supieran, cómo se esconderian en sus bosques impenetrables, y cuánto maldecirian tu nombre! En tu pecho tan compasivo ¿no levantan un grito de piedad y horror esos millares de víctimas destinadas por tí al sacrificio? Posées la verdad; guárdala siempre. Tu premio debe ser la melancó-

lica satisfaccion de haberla conocido. La verdad es una antorcha que alumbra á la humanidad y quema la mano que la empuña.»

Esto dijo el espíritu: las demás palabras fueron confusas é ininteligibles como el rumor vago de conversaciones que se alejan. Colon abrió la ventana de su celda y permaneció junto á ella de pié; oyó más cercano el solemne murmullo de los olas en la playa. El cielo estaba sembrado de estrellas frias y centelleantes; le pareció que nunca habian resplandecido como aquella noche. Por la parte de tierra los árboles, movidos con el viento, parecian fantasmas que se quejaban. A lo lejos sonaban ladridos; el frio era penetrante. Largo rato permaneció inmóvil, meditando vagamente en cosas infinitas. ¿Qué eran aquella multitud de estrellas? ¿Puntos luminosos, lámparas nocturnas, mansiones habitadas por otros seres más ó menos perfectos, tal vez por hombres que fueron ya sobre la tierra, tal vez por espíritus que aguardan la hora de cumplir futuros destinos? ¿Es tan solo el universo una máquina grandiosa, ó es un sér con vida propia?...

Sintió Colon que se extraviaba su pensamiento. Audaz amante de lo desconocido, gustaba de volar como un ángel por lo inexplorado y maravilloso, hasta que la fatiga le recordaba amargamente su naturaleza de hombre. Cerró la ventana y volvió á ocupar su ancho sitial antiguo. Su idea constante despertó de nuevo en él y recordó las voces que en su interior habian hablado; ya se inclinaba á la una, ya á la otra, ya le parecian ambas delirios incoherentes y sueños confusos.

Alzó los ojos y contempló el crucifijo pendiente del

testero de su celda, sobre su pobre cama, lívido y grande, cubierto de heridas, con expresion doliente y lastimera. La solemnidad de la hora y el reflejo indeciso de la lámpara le daban un aspecto imponente y extraño; parecía que estaba vivo. Era Colon profundamente religioso, y desde su juventud se creia predestinado por Dios para grandes empresas. Así, en sus horas de desaliento encontraba en la Divinidad su baluarte y refugio. Tendió los brazos hácia el crucifijo, y como siguiendo una oracion empezada mentalmente, exclamó:

«Señor, Señor, porque me lo has ofrecido, yo lo espero.

»¿Habrás encendido en mí una sed inmensa para levantar un muro entre mis pasos y el manantial?

»Y los dias huyen, y la vejez se acerca abriendo camino á la muerte, y como la madre vé espirar al hijo de sus entrañas, así yo veo mis esperanzas desvanecerse.

»¡Señor! El conato de propagar tu nombre y tu doctrina ¿será una insensatez ó un crímen?

»Me salvaste la vida en el combate, en el naufragio, en la enfermedad y en la miseria. ¿No es verdad, Señor, que me guardabas para algo?

»Soy la hierba marchita y el polvo del camino; mas es propio de tu bondad el obrar grandes cosas con débiles instrumentos. ¿No escogiste un patíbulo para redimir al mundo?

»Señor, yo estoy triste, y tú eres la alegría.

»Me abismo en tinieblas, y tú eres la única luz sin ocaso.

»Me muero, y tú eres la existencia. ¡Señor, Señor!

¡Mira que te llamo, y yo soy tu hijo, y tú eres mi padre, y te llamo! »

Su voz cesó; pero sus labios seguian moviéndose como continuando la plegária. El Cristo inmóvil, con la cabeza inclinada, parecia mirarle. La lámpara que iluminaba tan larga vigilia, falta ya de aceite, empezaba á chisporrotear y apagarse. Sus vacilantes reflejos dibujaban contornos fantásticos en las paredes de la celda. De pronto, en medio del silencio de la noche, oyó Colon fuertes golpes en la puerta del convento; á poco rechinaron los cerrojos pesadamente, y un instante despues entraba con una carta en la mano un venerable religioso en la celda del navegante. La carta era de la reina Isabel, y el religioso era Fr. Juan Perez de Marchena.

Al salir el sol marchaba Colon hácia la córte para conferenciar con los monarcas; algunos meses despues clavaba la bandera de Castilla en un nuevo mundo, y su hazaña inmortal resonaba por todas partes. Pero en medio de sus triunfos, alegrías, pesares y luchas, jamás olvidó á su buen amigo Marchena, ni el convento de Santa María de la Rábida.

La duda se disipó; el proyecto aventurado y oscuro quedó convertido en realidad espléndida; la humanidad se posesionó más y más de su planeta, y para siempre enmudeció la voz que gritaba al sublime descubridor la última noche de cada Diciembre :

—« ¡Un año más, Colon ; tus dias se van y tus esperanzas contigo! »

Cádiz: 31 *de Diciembre de* 1868.

EL RIGOR DE LAS DESDICHAS

EL RIGOR DE LAS DESDICHAS.

I.

No hay que dudarlo un solo momento; el señor don Ventura fué un hombre predestinado. Si desde la cuna al sepulcro seguimos paso á paso los de su azarosa vida, hallaremos de esta predestinacion claras señales y numerosas pruebas. Y comenzando por el principio, como es natural, digo que nació en miércoles de ceniza y que entre los innumerables nombres de santos del almanaque y martirologio, no encontraron sus padres otro mejor que el de Ventura para designar al rencien-nacido, uniendo así un perpétuo sarcasmo á sus calamidades y desgracias.

Muy poco lo han pensado cuantos se figuran que el nombre es cosa indiferente, y tanto monta uno como otro; hay nombres que tienen fisonomía: Purificacion trasciende á monja boba, y cuando oimos decir don Pancracio, don Pantaleon ó don Tiburcio, en ninguna ma-

nera nos imaginamos un héroe, un trovador ó un hombre extraordinario y famoso, sino un viejo preceptor de latinidad, un prestamista ó un tendero de comestibles. Para amorosas empresas es no pequeño obstáculo llevar un nombre prosáico y mal sonante: ¡vaya usted á conseguir que una jóven ideal, bella y romántica se enamore de un don Trifon, ó de un don Anacleto! Y no quiero hablar de los apellidos: ¡bonito es ser negro como un hotentote y llamarse Blanco; llevar una joroba como un melon, y sufrir que nos digan á cada momento Gallardo ó Garrido! Aunque lo digan sin malicia, ya lo percibimos con cierto retintin; pues á quien está escamado, los mismos dedos se le antojan huéspedes. En casos tales viene como nacida aquella exclamacion de Espronceda:

¿Quién dudará que el nombre es un tormento?

Pues á pesar de ser un sarcasmo, hubo sus dificultades para ponerle Ventura ó Buenaventura; porque nació tan feísimo, que más parecia demonio escapado de los infiernos que persona humana, y así, conturbado el párroco, por temor de una profanacion, rehusaba administrarle el sacramento del bautismo, aunque luego á fuerza de súplicas se avino á bautizarle *sub conditione;* esto es, bajo condicion de que si ladraba antes de tercero dia, toda aquella ceremonia se tuviese por nula y de ningun efecto. Contra lo que temian todos, no ladró Venturita; mas no por eso perdió un solo átomo de su prístina fealdad; antes bien, diríase que esta aumentaba, si capaz de aumento fuera lo infinito y extremado. Era su rostro

el mapa-mundi de la ignominia y la sátira más acerba del gusto artístico de sus padres; por lo que abochornados estos, no osaban mostrar su engendro á la luz del dia y presencia de sus parientes, amigos ó conocidos. ¿Veis esos monigotes que sin la menor inteligencia del dibujo suelen pintar los chiquillos? Pues algo parecido era mi Venturita, aunque aventajado en quinto y tercio; mas, pasando los meses y los años, comenzó á descubrir un talento bastante claro, suma docilidad y los mejores sentimientos del mundo. Lo malo del caso es que estas dotes intelectuales y morales no estaban tan someras y visibles como su estrambótica figura; por lo que al mirarle nadie exclamaba ¡qué bueno! ¡qué inteligente! sino ¡Jesus, María y José, qué bicho tan horroroso! Y áun hubo quien creyese y dijese, tal vez no sin razon, que sería una obra de caridad el descargarle un puñetazo en el cogote y enviarle así por la posta al otro barrio; que suele la caridad revestirse de ingeniosas formas y maneras, cual vemos en las corridas de toros y los bailes, sean ó no de máscaras, celebrados en obsequio de huérfanos y menesterosos.

Pero el fatal puñetazo no se descargó, y las viruelas, el sarampion, la escarlatina y demás enfermedades con que la pródiga naturaleza suele amenizar nuestra infancia, aunque le dejaron perennes señales, respetaron la suya, y no hubo niño muerto, ni entierro de ángel con vestidito blanco y florecitas azules. ¡Cuánto mejor hubiera sido lo contrario! «Aquel á quien aman los dioses, muere jóven», decia un lírico griego con sentido profundo; pero, por lo visto, mi Venturita no era amado de

nadie, excepto de sus padres, y esto con un cariño compasivo y vergonzante, como temeroso de la luz del dia. Todos los halagos, todas las galas, todos los cariñitos eran para sus dos hermanos: un niño como un serafin y una niña preciosa, luceros eclipsados en los albores de su oriente. Y el feo, tieso que tieso, y firme que firme; tanto, que á los veinte años habia enterrado y heredado á sus progenitores, encontrándose con un caudal bastante pingüe y con la cédula de quinto en su cartera, pues su suerte le llamaba á servir á la pátria con las armas en la mano segun reza la Constitucion española.

Pero el mismo cuidado le daba esto que la famosa carabina de Ambrosio; de algo habia de valerle su desfigurada figura; en cuestion de soldadesca, la ley decia que sí, mas la naturaleza contestaba que nó, y para afirmar y corroborar su negativa habíale formado medio desvencijado y contrahecho, y con tan airosa estatura que parecia un perro de aguas sentado sobre sus patas traseras. Contaba sin la huéspeda y muy de antemano se las prometia felices. Por lo pronto, en el sorteo le tocó un número áun más bajo que su estatura, y fué citado á comparecer en el Ayuntamiento para la operacion de la talla. No hablo de cirujía; quiero decir que le citaron para ser medido en la marca legal ante el público de rigor en tales casos.

—¡Qué tontería! pensó mi héroe: lo menos me faltan cuatro dedos para alcanzar la marca! Hasta ahora todo me ha salido mal; pero de esta vez no lograran echarme encima la mochila y el fusil, aunque por el motivo lo siento. Esto de ser un renacuajo y tener que hablar con

todos los hombres mirando hácia arriba como quien apara brevas, es cosa cargante, muy cargante. Bien pudieran mis amados papás haber sido algo menos económicos al formar mi personilla; que no parece sino que soy de oro y perlas, segun escasearon los materiales.

¡Infeliz! Al otro dia se presentó en la sala municipal, donde habia regidores y diputados provinciales, médicos civiles y castrenses para los reconocimientos de quintos, un sargento medidor cuyo avinagrado rostro parecia nube tempestuosa, y finalmente, un numeroso público, formado de conscriptos, á quienes acompañaban madres ó padres, tios, hermanos y paniaguados y amigos. Despues de mucho esperar entre apretones, calor y malos olores, le llegó su turno. Adelantó hácia el aparato métrico, y descalzándose, colocóse bajo la fatal tablilla. No llegaba á ella; pero el sargento medidor, que no era cojo ni manco, le puso una mano bajo la barba, y prensándole el estómago con la rodilla, que parecia de hierro, y apretándole el gaznate, le hizo de pronto estirar un geme, y áun no habia recobrado el aliento de que el apreton le habia privado, cuando resonó como un trueno en sus oidos esta palabra: *útil.*

No tuvo más sino aflojar los cuartos y poner un sustituto. Para contera y remate de la broma, cuando lo refirió á sus amigos no lo querian creer, y le contestaban con risas y alegres pullas. Era el consuelo tras la desgracia, el bálsamo sobre la herida. Desde entonces cada vez que veia un soldado, y más si era sargento, se ponia de un humor de todos los diablos. Lo cuál equivale á decir que siempre andaba de mal humor, pues los hi-

jos de Marte son tantos, que es de temer llegar á encontrárselos hasta en la sopa. Una de las cosas más cargantes para mi Venturita fué que sus amigos le apodaron *el Granadero*, cuyo mote le recordaba á la par la pequeñez de su personilla y el lance de la talla. Pero ¿qué habia de hacer? ¿Mostrarse resentido por el sarcasmo? Era lo muy bastante para que le confirmáran *usque ad mortem* con dicho apodo. ¿Suplicarles cortésmente que lo olvidasen? Nada hubiera conseguido. Resignóse, pues, como otras tantas veces, y buscó en el amor alivio y compensacion de sus desdichas.

Pero siendo jóven honesto y morigerado, ni por un momento pensó en esas relaciones ilícitas, más ó menos culpables, que los hombres tan fácilmente contraen con solteras, casadas ó viudas, llevando una mano por el cielo y otra por el suelo y la boca abierta para que nada se les escape. Al contrario, en vez de andar á salto de mata por trochas y vericuetos, determinó seguir en toda su amplitud y derechura el camino real; esto es, determinó casarse en haz y faz de la santa madre Iglesia. Y no fué lo peor que resolviese hacerlo, sino que lo hizo, eligiendo para compañera de por vida y carne de su carne á una muchacha bastante linda y alegre como unas castañuelas, sin que su proverbial fealdad y ruin persona lo estorbase; que tienen los ochavos tan maravillosa virtud, y tal gana de casarse las muchachas, que son capaces las más de dar el *sí quiero* y alargar la mano al mismísimo Belcebú á cambio de lograr marido y trapos y joyas con que engalanarse. Dispénsenme las señoras mujeres, pues aunque la uso, no es mia esta sentencia;

se la oí á un filósofo andariego que iba de feria en feria sacando muelas y raigones y vendiendo opiatas y remedios contra los callos; el cuál filósofo era hombre que lo entendia.

Casóse, pues, nuestro Ventura, y aunque su costilla era algo descontentadiza y dominante, amiga de galas y todavía más amiga de lucirlas en paseos y reuniones, cosas no muy conducentes á la paz y felicidad del matrimonio, todo lo sufria el nuevo marido con la esperanza de que dada la primer carrera y experimentado el primer vuelo, reflexionaria la jóven esposa en las obligaciones y deberes de su estado, reduciéndose á una vida hacendosa, regulada y casera. Mas la Eva de este mi Adan, cuyas calamidades refiero, no daba la menor muestra de semejante provechoso cambio en su conducta; antes parecia tomar cada vez mayores vuelos, segun iba tentando el pulso á la paciencia del calzonazos de su marido. ¡Infeliz! No sabía que para casarse, embarcarse y montar á caballo son de todo punto necesarias ciertas preciosas cualidades, y el que no las tiene, sufre las penas del purgatorio y paga sus pecados propios y los ajenos en vida, si vida puede llamarse tan conturbada y miserable existencia. Bonita cosa debe de ser estar casado y que la mujer no entienda y obedezca con solo mirarla, y que el hogar doméstico se convierta en una especie de córtes deliberantes donde cada cuál tiene opinion y voto, y anden la paz y el sosiego por las nubes, y las sillas por el aire, y arda sin cesar la peor de las guerras civiles, todo porque el Juan Lanas del esposo no entiende el gobernalle al timon de aquel buque, ni sabe coger

á tiempo una vara y hacer con ella más prodigios que el gitano Moisés con la suya.

Todo lo esperaba del tiempo y de su paciencia.

Pero el tiempo iba pasando, pasando, y de camino se llevaba sus esperanzas y su dinero tambien, pues la niña era tan gastosa, que hubiese arruinado al más opulento banquero judío, si no la pusiese coto y valla en su insaciable afan de trajes y moños, fiestas y espectáculos. Este juicioso límite no era capaz de fijarlo don Venturita, aunque veia rápidamente mermar su hacienda en los siete ú ocho meses que llevaba de ahorcado, quise decir de casado. Pasábase las noches en vela lleno de congoja y melancolía junto á su esposa, que roncaba como un sochantre de catedral; por donde se vé que no siempre el delincuente se halla desvelado é inquieto, ni siempre duerme el justo á pierna tendida. Con los insomnios y disgustos íbase quedando el pobre esposo hecho una fláuta; los calzones se le caian á manera de grillos si olvidaba sujetarlos con el cinturon ó faja, y el pescuezo le bailaba de tal suerte dentro de la tirilla, que parecia que iba á salirse por la idem. Cierto dia tuvo la ocurrencia de pesarse, y vió que solo pesaba algunos adarmes y tres arrobas en bruto; esto es, con sombrero, gaban, paraguas y demás aditamentos. Gracias á que para su consuelo tenía un amigo, hombre optimista en sumo grado, que se admiraba á sí mismo y á los otros, elogiaba cuanto veia, sosteniendo siempre que todo era bello, útil, bueno y perfectísimo en la máquina moral y física del universo mundo. No carecia de ingénio ni de facundia, y cuando empezaba alguna de sus disertacio-

nes panegíricas, era cosa imposible zafarse de él y no escucharle hasta el fin, pues era corpulento y recio como un toro, y echando una manaza al hombro ó al brazo de su oyente, obligábale á permanecer quedo mientras duraba la plática, cual si con una gruesa maroma le tuviese amarrado. Otro de los primores de don Cristóbal, que así se llamaba este paquidermo, era derrengar á sus amigos y conocidos dándoles alguna palmada ó apreton de manos, que él creia señal de aprecio, por más que en realidad fuese temible golpazo ó bárbaro estrujamiento. Pero excusaba tales muestras de cariño cuando hablaba con don Ventura, á quien hubiesen costado muy caros tan rudos manoseos. Profesaba don Cristóbal á mi héroe una amistad como la que puede sentir un mastin hácia un falderillo, le miraba y mimaba como á una criatura, y por defenderlo hubiese aplastado á cualquiera bajo sus puños formidables. Solia reirse con voz de bajo profundo, celebrando él mismo sus buenas ocurrencias, y tan de corazon y gana se reia, que á veces de puro gozo por sus morenas y tostadas mejillas bajaban lagrimones tamaños como uvas. Habia sido íntimo del padre de mi héroe, á quien doblaba la edad y trataba siempre con paternal afecto.

Pues este colosal optimista de don Cristóbal entró un dia en casa de don Venturita, (a) el *Granadero*, y despues de enjugarse el sudor con un pañuelo de á vara y media en cuadro que parecia una colcha, hizo crujir un sofá bajo su peso; lanzó por via de prefacio una estruendosa carcajada y emprendió con su jóven amigo este curioso diálogo.

—Muchacho, tienes una suerte atroz. Parece que naciste de pié, ó que eres hijo de fraile franciscano. ¡Qué demonio de Venturilla! Hallarse de la noche á la mañana... es decir, de la mañana á la noche... ó mejor dicho, de un momento á otro... ¡qué fortuna! Pero, ¡qué fortuna! Já, já, já...

—Si no hace usted más que echar exclamaciones y reirse, de seguro nunca sabré de qué fortuna me habla, ni qué fáusto suceso motiva su regocijo. De todas maneras, si me congratula, será por mi bien, y en el alma se lo agradezco. Pero ¿qué me ha sucedido? ¿Qué premio gordo me ha tocado?

—¡Una pequeñez! ¿No fué tu mujer á los baños de mar con su tia Dolores? Pues se ha largado... se ha largado á correr mundo con el teniente.

—¡Cómo! ¿Quién? ¿La tia Dolores? ¿Con qué teniente?

—Hombre, no: la tia Dolores tiene más años que el palmar del Puerto, y no está para semejantes viajes ni escapatorias de novela. Quien se ha fugado es tu mujer, tu Elisa, y el teniente que la acompaña es su amante desde hace cuatro ó cinco meses. ¿No lo sabías? Es natural; siempre el último en saber estas cosas...

—¡Elisa! ¡Infame! Y sintiendo que los muebles, las paredes y el techo daban vueltas ante sus turbados ojos, tuvo, para no caer, que apoyarse en el mismo don Cristóbal. Al cabo de un minuto de abatimiento, recobró súbita y desesperada énergía; se puso en pié de un brinco, y aprovechándose de que por el calor estaba el balcon abierto, quiso concluir su vida y sus penas lanzándose á

la calle. Lo hubiera pasado mal, porque vivia en tercer piso y con entresuelo, si una mano como tenaza no lo hubiera sujetado, impidiéndole el suicidio. La mano era de don Cristóbal, quien habló de este modo.

—¡Hombre, vaya una barbaridad! Tú volando por los aires, y luego con los sesos aplastados contra los adoquines, y despues condenado al infierno por haber fallecido en pecado mortal, y yo preso y amarrado y puesto en la cárcel, pues la justicia me tendria por autor del milagro... ¡Bien! Y todo porque á una loca se le haya antojado fugarse con... Y pensándolo bien, te juro que te ha hecho un beneficio... No tires, que no te suelto. Si quien se arrojara por el balcon fuese el teniente, lo comprenderia, porque... Te digo que no te suelto. Porque buena pluma se lleva; aviado vá el mozo... ya las pagó todas juntas. Pero tú... en pasando cuatro dias te alegrarás; déjalos que se larguen; á enemigo que huye, puente de plata; ellos mismos te vengaran. Sosiégate; no faltaran mujeres que te engañen, etc., etc.

Y sobre tal tema encajó don Cristóbal cuanto se le vino á la cabeza, teniendo muy sujeto á don Ventura y casi puesto sobre sus rodillas como cuando era niño. El pobre burlado cayó en un sombrío silencio: despues tuvo fiebre y durante algunos dias le cuidó y sirvió y veló su extraño amigo con la solicitud de una madre.

II.

El tiempo, que todo lo gasta y consume, fué amortiguando lentamente el dolor del engañado. Primero le pareció la fuga de su mujer cosa de tan inaudita y profunda maldad, que no habia en el mundo expiacion suficiente, ni castigo bastante duro para ella. Imaginaba reducir su caudal á metálico, y con bolsillo bien provisto y actividad infatigable no dejar en el mundo entero rincon que no registrase hasta dar con los fugitivos y castigarlos con ejemplar venganza. Cuando estos ímpetus de Otelo movian su ánimo, don Ventura no era el mismo: se transfiguraba: algun espíritu diabólico dilataba y engrandecia su ruin personilla, haciéndole crecer medio palmo: sus ojuelos fulguraban de cólera y cambiábase en tigre el pobre corderillo. Pero su cólera no era la del griego Aquíles ni mucho menos, sino fuego de paja, tan pronto apagado como encendido. Su mujer le conocia bien; contaba con la impunidad por parte del ultrajado, y no fué esta cuenta uno de los menores motivos que la decidieron á ultrajarle. Con efecto, don Ventura sintió desvanecerse su furor, recordó las palabras de su amigo don Cristóbal, y meditándolas halló que no eran tan desatinadas como al pronto le parecieron. Lazos formados por el delito no pueden ser dichosos: en sí mismos llevan su pena y su torcedor y amargura. ¿Qué idea tendrá el seductor de la que pisoteó sus

más sagrados deberes? ¿Así como engañó al marido, no le engañará á él cuando menos lo imagine? ¿Acaso puede haber amor durable que no se funde en la estimacion? Pronto al arrebato sucederia el hastío, el menosprecio, el abandono, y la adúltera verteria lágrimas de sangre. Se arrepentiria de su infamia, pero con tardío arrepentimento. Tambien se arrepentiria él, si no lo estaba ya, de su locura: desertor de su regimiento, perdida su carrera y grado de oficial, obligado á trabajar penosamente para sostenerse y sostener.... ¿á quién? A la mujer que le habia perdido y hacía vivir en la oscuridad y la ignominia, obligado como un vil ladron á ocultar su nombre. Don Cristóbal tenía mucha razon: ¿para qué perseguirlos? Harto perseguido está quien huye y se esconde. ¿Para qué prevenir castigos? ¿Hay otro más terrible que la miseria, el deshonor y la vergüenza? Por otra parte, sin la deslealtad y fuga de su mujer, ¿á dónde hubiera él ido á parar, no teniendo energía para contenerla en sus gastos, ni caudal bastante para pagarlos? Probablemente á un asilo de beneficencia, ó á otro sitio peor todavía. Don Cristóbal, pues, tenía mucha razon; sí, muchísima razon.

Tales reflexiones fueron un calmante por extremo poderoso: con fundamento se dice y repite como axioma que quien no se consuela es porque no quiere. Consolóse don Ventura, y aunque no volvió á hablar del caso con nadie, ni áun con su amigote y consejero, ni á consentir que le hablasen, lo cierto es que se halló mejor que antes, libre ya de aquella harpía por quien tantos disgustos habia tenido. Respiraba en libertad como el

pajarillo que vive en jáula y puede luego revolotear y cantar por el inmenso espacio, ir y venir sin traba alguna y escoger su nido entre las ramas del bosque.

Ya he dicho que don Ventura no era tonto, ni menos ignorante. Lejos de tal cosa, habia estudiado y con fruto, sobre todo algunas de las ciencias naturales, como la botánica, en que era muy perito, y hallaba singular placer en la lectura de cualquiera clase de obras, con tal de que fuesen buenas. Pues manoseando antiguos libros españoles cierto dia, le saltó á los ojos el título de una obreja de Gutierre de Cetina, que era así:

Discurso en que se trata de que no solamente no es cosa mala ni vergonzosa ser un hombre cornudo, mas que los cuernos son buenos, honrosos y provechosos.

Al pronto, con la sorpresa de quien advierte que vá á pisar una víbora, tiró el libro pareciéndole el tal discurso una sátira personal dirigida exclusivamente contra él; pero reflexionando que el sevillano Gutierre de Cetina hacía unos trescientos años que estaba difunto y sepultado, vió que, aunque andaluz el muerto y amigo de chanzas, no era posible se hubiese propuesto embromarle á él y darle zumba; por lo que volvió á tomar el libro, admirándose al leerlo de cuán numerosa era la cofradía de sus compañeros de infortunio. Aquella sentencia del autor asegurando que «desde que hubo cielo hay cuernos»; lo de ser el mismo sabio Salomon «hecho de los cuernos de Urías»; las numerosas aplicaciones del cuerno á la industria, á las artes, á la medicina

y á la guerra; la ufanía y orgullo con que muchas familias ilustres lo llevaron por apellido, como los Cornettos, Cornarinos, Cornificios y Cornelios, y las consideraciones cornudas y tropel de datos que aglomera Cetina en apoyo de su tésis, hicieron que mi héroe pasase un rato, si no regocijado y contento, por lo menos resignado y tranquilo. Tan extensa y noble cornamentacion era para consolar al más afligido, reduciéndole al gremio de San Márcos como á su propio redil oveja extraviada.

Siguió pasando tiempo, y don Ventura que era de verdes años y se veia ni soltero, ni casado, ni viudo, y en la imposibilidad de contraer segundas nupcias ni dirigir sus afectos á mujer honrada, hubo de buscar á las que no lo eran; y como en casos tales la penitencia suele ir adjunta al pecado, los suyos le pusieron de tal suerte, que de haberle conocido Job no le tuviera la menor envidia. Siquiera al fin y al cabo se vió libre Job de sus males y salió del muladar y tiró la teja con que solia rascarse, y pudo recobrar su salud y robustez antigua; pero mi héroe, tras de sufrir dolores terribles, cruentas operaciones quirúrgicas y más plagas que Faraon, sobre gastar muchos miles, sacó el pescuezo lleno de cicatrices y costurones, como entorchados y señales de sus amorosas campañas. Antes de que se me olvide; tambien perdió un ojo, quedándole el otro tan lacrimoso y húmedo, como era conveniente para acrecer con nuevo realce su natural hermosura.

Excusado es decir que durante su enfermedad no le faltó un solo punto la asistencia y paternal amistad del susodicho don Cristóbal, amistad implacable que le per-

seguia como la sombra al cuerpo en todos los trances penosos de su vida. El tal don Cristóbal le hacía tragar, quieras ó no quieras, las pócimas y brevajes que recetaba el médico; en las operaciones quirúrgicas le estrujaba entre sus hercúleos brazos para que no se moviera; cuando en la cama sudaba los bofes y se moria de calor, le tapaba y retapaba para que no se enfriase; cuando convaleciente, le impidió salir á la calle hasta que lo permitió el facultativo; en suma, fué su acompañante y amigo y enfermero y carcelero y verdugo todos los meses de la enfermedad, que no bajaron de seis ó siete. Claro es que no habiendo hecho profesion de cartujo ninguno de ambos, solian entablar largas pláticas; y como ni uno ni otro eran romos de ingénio ó faltos de lectura, semejantes pláticas no carecian de interes y amenidad. Versaban generalmente sobre la vária condicion y fortuna de los hombres, lamentándose el enfermo de la suya y procurando don Cristóbal hacerle creer que era el mortal más dichoso del universo mundo. Si estos diálogos se escribiesen y publicasen con letras de molde, quizá, quizá lograrian no menor fama que los de Platon, el *De Natura Deorum*, ó los del magnífico caballero Pedro Mexía; pero habiendo quedado en la oscuridad por la exquisita modestia de los interlocutores, solo puedo asegurar que eran sabrosos y buenos.

Por casualidad supe que un dia, no pudiendo el convaleciente don Ventura salir á paseo, pues la lluvia era espesa y el viento fuerte, se hallaba cómodamente sentado con su amigo en una abrigada habitacion, oyendo caer el agua y silbar el cierzo al amor de la lumbre, y

saboreando ricos habanos de esos que llevan el belicoso nombre de *trabucos*. Mi convaleciente se lamentaba de lo mucho que en su enfermedad habia sufrido y gastado, de la desproporcion que existe entre perder la salud en una hora y tardar meses y años en recobrarla, ó no recobrarla nunca; y sobre todo, de la irreparable desgracia de haber perdido un ojo.

—¿A qué llamas desgracia, hombre? ¿Pues hay cosa mejor que ser tuerto? Yo en tu lugar me alegraria, y humildemente por tamaño beneficio daria gracias á.....

Miróle don Ventura de tal manera que le cortó la palabra. Si hubiera podido confundirle con el rayo de aquel ojo único, lo hubiera hecho, aunque le queria casi como á un padre, pues creyó despiadado sarcasmo lo que solo era acérrimo optimismo y generoso afan de consolarle. Así es que con áspero tono y descompuesto semblante, le dijo:

—Ya vá de muchas, señor don Cristóbal, y el estar usted sano y alegre mientras yo me hallo enfermo y triste, no es razon ni motivo para que trate de chulearse á mi costa. No lo consiento: y aunque fué usted amigo y compañero de mi padre, y me ha visto nacer y le profeso verdadero cariño, si se empeña en tal conducta, tendré el disgusto de renunciar á su amistad.

—Y yo tendré el gusto de no renunciar á la tuya. ¿Piensas que á mí se me despide como á un criado? Pues te equivocas. ¿Piensas que me propongo convertir la enfermedad tuya en diversion mia? Pues te equivocas tambien, y de medio á medio. Lo que te iba á decir está basado en observaciones originales mias; pero ya que te pones hecho una fiera y no quieres oirlo, doblemos la

hoja y hagamos punto final. En resúmen, un grillo vale dos cuartos y se le oye; y tú niegas oido al único amigo verdadero que tienes.

Y callando, contra su costumbre, se entretuvo largo rato en mirar con grande atencion las chispas que brotaban de la encendida chimenea, como si tratase de contarlas. Mientras tanto reflexionaba don Ventura que habia estado muy quisquilloso y áspero con un hombre á quien debia pruebas ciertas de amistad y singulares beneficios. Además ese hombre no era un desalmado burlon, sino un extravagante de á fólio: para él todo era bueno, todo perfecto y conveniente, como hecho por mano divina y dirigido por soberana inteligencia. Por otra parte, aunque don Cristóbal soltase un cúmulo de majaderías, ¿qué daño le resultaba de escucharle? Así es que, dulcificando el tono, díjole:

— Vaya, don Cristóbal, que no hay motivo para enfadarse. Yo soy algo súbito y pensé que se burlaba de mí. Reconozco mi engaño y ligereza. Pero por más que discurro, no encuentro razones para congratularme de haber perdido un ojo y quedado tuerto.

— Pues sigue discurriendo y las encontrarás: y encontrarás tambien otras muchas para no repetir jamás las necedades que me has dicho.

— Está bien: ahora salimos con que no yo, sino usted es el quisquilloso. Lo que me parece es que no teniendo nada que decir, quiere suspender y cortar la plática; pues no hay caletre tan agudo y despejado que pueda defender, siquiera con visos de fundamento, lo que es á todas luces insostenible.

—No es insostenible, nó, y si no me hubieses atajado la palabra antes, ya hubieras oido muy buenas razones y ejemplos que te sacarian de tu error. Con todo, si me prometes no interrumpirme, iré desembuchando várias cosas, entre las que habrá algunas buenas; pero en interrumpiéndome, se acabó el discurso.

—Hable usted, don Cristóbal, y diga cuanto se le ofrezca y guste, que no he de cortarle yo la palabra, ni llamarle al órden tocando ninguna campanilla. Precisamente en dias tan frios y lluviosos como este de hoy, la mejor ocupacion posible es platicar al amparo de la chimenea con un buen amigo; y usted lo es para mí en tal grado, que le respeto y quiero como si fuese mi padre.

Desarrugó el ceño don Cristóbal, y acomodándose bien en su sillon y encandilando el veguero, dijo con el tono de seguridad propio de quien ha estudiado muy bien la materia que trata.

—En primer lugar, hijo mio, has de saber que la mayor parte de los que pásan por discretos, no lo son; antes al contrario, suelen dar una en el clavo y ciento en la herradura. Viviendo en este mundo tan ordenado y armonioso, como regido por inteligencia divina, andan buscando faltas en todo, quejándose de todo y manifestando en todo y á cada hora su poco seso y mucha petulancia. Quieren forzosamente encontrar tinieblas en el sol, curvas y jorobas en la línea recta y defectos sin término donde no los hay. Se parecen á una hormiga que, paseándose por la máquina y luego por la cubierta de un buque de vapor anclado, dijera entre sí: —«¡Qué disparate! Estos cilindros y ruedas, unas grandes y otras

chicas, todas sucias y llenas de aceite, con esos dientes y esas muescas; estos canutos de vários tamaños; esos palos que llegan á las nubes, rodeados de un sin fin de cordeles como la araña de su urdimbre; esos lienzos arrollados á las vergas y cruceros; estas cadenas tan gordas que parecen forjadas para levantar el mundo, ¿de qué sirven? ¿Qué objeto tienen? ¿No son tontos los hombres al emplear tanto trabajo y dinero en cosas inútiles? Pero los hornos se encienden; el vapor comprimido silba al salir por los estrechos tubos; los volantes y ruedas giran engranándose y moviendo la hélice; las cadenas rechinando levantan las áncoras que mordian el lecho del océano; el cordaje se extiende y atiranta como los músculos del atleta al entrar en combate; despliéganse las velas y se encorvan recibiendo el viento, y el buque majestuoso vence y atraviesa las olas para trasladar un pueblo entero de un continente á otro, llevando consigo la industria y la idea, la actividad y la vida. Tambien la hormiga vá dentro; mas como no sabe adonde vá, ni por qué motivo, pensará entre sí:—¿A qué viene esto? ¿Para qué tanto ruido? Pues respecto de la grandiosa máquina del mundo las hormigas somos nosotros, y bastante digo.

Y entrando en materia, que esta reflexion ha sido solo un preludio como las sinfonías que se ponen al principio de las óperas, ó el exordio delante del discurso, te digo que muchas veces he oido calificar de desgràciado á cualquiera que carece de un ojo, y aplicarle los epítetos de infeliz, pobre, imperfecto, etc. Esto, hijo mio, me revuelve la bílis y me atacaria los nervios, si tuvie-

se yo tales pejigueras: lo considero un disparaton de á fólio, y á pesar de mi corto ingénio, demostraré como tres y dos son cinco, que el ser tuerto es una ganga, una mina, una delicia, una perfeccion, un privilegio, y en suma, una cosa muy buena. Y ríete cuanto gustes; que por eso no dejaré de combatir un error vulgarísimo, poniendo la verdad á salvo y en su lugar correspondiente.

Supongamos que viene un hombre al mundo, y que la naturaleza, como hembra, tiene su descuido (y no aludo á tu mujer): tiene su descuido, olvidándose de encender uno de los candiles visuales del recien-nacido infante. Sus desconsolados padres lloran *esta desgracia*. Pero, hablando con verdad, ¿hay tal desgracia?—Nó, y mil veces nó: el niño crece, y aunque sea más bruto que un alcornoque y más basto que el revés de una estera, se distingue de sus compañeros no solo en el áula, sino en la calle; y nadie ignora cuánto vale ser persona de distincion hoy que todos aspiran al título de *notabilidades*. El tuerto lo es desde su infancia, solo por ser tuerto: *quia nominor leo*.

Pues, señor, pásan los años y llega nuestro héroe á la edad de entrar en quinta. La ley dice: «Todo español está obligado á servir á la patria con las armas, et cétera.» Pero el tuerto, aunque español castizo, ni carga con la mochila, ni suelta la pecunia para redimirse de esta obligacion. Siendo tuerto, está por cima de las leyes, como pudiera estarlo el más despótico monarca. Si tú hubieras tenido la oportunidad de perder ese ojo antes de caer soldado, te hubieses ahorrado de aflojar la

mosca. El tuerto es declarado libre; ¿hay en el mundo un bien comparable á la libertad? En cambio, ¡pobres reclutas! ¿Por qué los fuerzan á abandonar á sus padres, á dejar la aldea natal, á llevar palos y más palos aprendiendo el ejercicio, á sufrir el calor, el frio, la fatiga, á esponerse á las balas de los enemigos, á ser fusilados por quítame allá esas pajas, y á pedir limosna si el servicio los deja inútiles? Porque tienen la desgracia de no ser tuertos.

Libre ya de las quintas, sigue ejercitando su profesion ú oficio. ¿Cuál es? Cualquiera; no importa; para él todos son buenos. En todos tiene ilustres predecesores á quienes seguir, altos ejemplos que imitar. Pero hay algunos en que la ventaja es inmensa. Si es herrero..... ¿hay cosa más propia que un herrero tuerto? En tal caso, no es un artesano vulgar y comun, es la imágen de Vulcano, dios de sus compañeros, rey del martillo y soberano señor del yunque. Su fragua parece lo interior del Etna, donde los cíclopes trabajan, y su humilde taller adquiere un tinte clásico y mitológico á que no alcanza ningun otro establecimiento. Si en vez de ceñirse el mandil y agarrar el martillo, prefiere vestir sedas bordadas y se dedica al toreo, ya puede contar por padrino á Manuel Dominguez, uno de los jefes de la moderna tauromáquia. Si no tuvo la dicha de nacer tuerto, y siendo ya militar pierde un ojo... entonces no pierde, sino gana. Gana en categoría, en representacion social, y hasta su mismo aspecto se hace más formidable. Ha dado un gran paso en la milicia, y ya se halla puesto en camino de imitar las proezas de Filipo de Macedonia, del osado Aní-

bal, terror de los romanos, y del insigne Caupolican, defensor de Aráuco; entre los tres solo tenian tres ojos (en la cara) y fueron valerosísimos capitanes.

Mas si nació con vena, si la inspiracion inflama su mente, si es poeta, ¡cielo santo! Bien puede prometerse que llegará al pináculo de la poesía; porque el ser tuerto es casi tener un billete para entrar y sentarse en el Parnaso. Que lo diga Camoens, el épico lusitano; que lo diga Breton de los Herreros, ilustre dramático español; que lo digan... y ahora se me ofrece una pregunta: ¿por qué, á pesar de su talento, no han llegado estos á la sublime altura del fantástico Milton y del fabuloso Homero! Porque Homero y Milton eran tuertos de los dos ojos; de cuya consideracion fácilmente se deduce su ventaja. Tambien eran tuertos, por partida doble, la célebre señorita Paradis, primera actriz del teatro de Viena; el ingenioso mecánico romano Anastassi, cuyas obras admiran en los museos; el sabio de Puzeaux, el famoso Estéban, el geógrafo Weissembourg, los eruditos David Blondel y Matías Guillermo, ambos de portentosa memoria: el matemático Saunderson... y otros muchos de que ahora no me acuerdo, por lo cuál hago alto, y voy á parar el golpe de una objecion que ya se me figura estar oyendo.

Me dirán: «No todos los tuertos son varones; tuertas hay tambien, y siendo la hermosura el dón más estimado en las mujeres, claro es que la falta de un ojo las afeará mucho y será en ellas una desgracia.» Lo niego: una tuerta enamora; lo confirman infinitos ejemplos, y la que atrae con solo un ojo, ¿no tiene más mérito que la

que con los dos hace lo mismo? Pues los acérrimos partidarios de la belleza vean el retrato que de una tuerta hace Arolas :

Un párpado levantado
mostraba negra pupila,
que con su fuego aniquila
cuanto una vez ha mirado.
Y el otro cubre caido
como venda bienhechora,
la pupila matadora
que cerrada se ha dormido.

¿En dónde hay descritos un par de ojos que valgan por este solo? Y más adelante añade el mismo poeta hablando de la misma dama :

Cuando en su asiento dorado
suelta sus largos cabellos,
y el peine se pierde entre ellos
como en un mar desatado ;
con tiento van sus doncellas,
pues con profusion que asombra,
besa el cabello la alfombra
do temen estampar huellas.
Su tez, á la nieve igual,
vá despidiendo de dia
la luz y melancolía
que dá el astro nocturnal.
Y saltan tantos placeres
de un latido de su seno,
que quien de amor vivió ajeno
suspira por las mujeres.

La dama tan gallardamente retratada por el poeta es la célebre princesa de Éboli, una de las más hermosas señoras de Castilla. Con decirte, mi querido Ventura,

que deslumbró, enamoró y mareó como á un cadete al sesudo y grave Felipe II, dichos estan los puntos que la tal tuerta calzaria. De otra nos habló Cervantes, y aunque la pinta fea, rechoncha, ordinaria, del un ojo tuerta, y del compañero no muy sana, añade en seguida que tenía excelente corazon y mucha exactitud en cumplir sus palabras; por donde se vé que no hay tuerto ni tuerta que que no tenga alguna cosa buena y recomendable.

Áun podria enumerarte otras muchas ventajas y excelencias del gremio; mas por ser infinitas solo te citaré las que me ocurren ahora de golpe y casi, casi se pelean entre mis labios por salir unas antes que otras. Mira: un tuerto no puede ser bizco: si se vé precisado á comprar gafas, separa un cristal, lo guarda, y cuando el otro se rompe, se ahorra de gastar en reponerlo. Algunos, creyendo hacerle ofensa, dicen de él que «está señalado por la mano de Dios», y esto, en vez de insulto, es piropo y lisonja; pues Dios señala á sus predilectos hijos, como profetas, apóstoles, santos, etc. Y ¿quién se juzgará agraviado perteneciendo á este número?

Por otra parte, la fortuna es ciega, y á no ser otro ciego, nadie se le parece más que un tuerto; es verdad reconocida que los que mucho se parecen, en mucho simpatizan, y siendo la fortuna quien dispone de todos los bienes y los reparte á su arbítrio, ¿ha de olvidarse de los tuertos á quienes debe profesar invencible cariño? Y ¿qué te diré de la omnímoda libertad que gozais para obrar como se os antoje desde que murió el valeroso caballero andante don Quijote, que os enderezaba á lanzadas? ¿Ni cómo callar que llegará dia en que la justicia reine y es-

tablezca su imperio en todo el universo mundo? Entonces el tuerto solo pagará media entrada en los teatros y demás funciones públicas, y si es nombrado por el gobierno *vista* de aduana ó vigía de alguna torre, disfrutará doble sueldo, pues con solo un ojo tiene que examinar y observar tanto como otro con los dos; y á doble trabajo, doble paga.

Últimamente se ha probado que los tuertos poseeis eficaz virtud anti-venenosa, conforme al caso referido en el siguiente epígrama:

Una víbora picó
á Manuel Breton, el tuerto.
¿Murió Breton? No por cierto;
la víbora reventó.

Aparte y sobre estas ventajas, seguramente no pequeñas, quien solo tiene un ojo se acerca á la unidad más que nadie, y sábese que la unidad es condicion integrante de la verdad, de la armonía y de la belleza. Y pues la belleza nombro, acuérdate de que la línea curva, torcida ó tuerta, es llamada por los artistas la *línea bella;* y respecto del egrégio númen y del ingénio clarísimo, hasta el giro y la expresion vulgar vienen de consuno en apoyo y alabanza de vosotros los tuertos; pues para ponderar la intuicion y sagacidad de cualquiera suele decirse: «¡qué buen ojo tiene Fulano!» y no «qué buenos ojos tiene Fulano!» lo cuál indica que esa perspicacia es en vosotros intrínseca y natural y por todos reconocida. ¡Dios os la conserve, oh tuertos, así como vuestro único farol para que navegueis con buen rumbo por los mares

de esta vida terrena y alcanceis en la otra salud y gloria perdurable!

—Amén, respondió don Ventura al ver que su amigo terminaba á modo de sermon su extraño discurso. ¿Dónde ha aprendido usted, señor don Cristóbal, tanta letra menuda y cómo ha podido ensartar de golpe y á la carrera tanta chilindrina? Siempre le tuve á usted por hombre original y agudo y de singulares opiniones; mas le confieso que su discurso de hoy me ha dejado estupefacto. Una sola observacion me ocurre; si tantas ventajas segun su juicio, hay en ser tuerto, ¿por qué no se saca usted un ojo para disfrutarlas? Me parece que la cosa no tiene réplica.

—Sí la tiene, hombre, sí la tiene. Mira: yo creo en tales ventajas cuando el tuerto lo es por obra y gracia de la naturaleza, y nó de propósito; como creo y hallo buenas y olorosas las flores nacidas de su propia rama, y nó las forjadas artificialmente de cera ó de pedacillos de trapo. Además, tú has oido que desde sus púlpitos los predicadores alaban y encumbran á los mismos cielos la conducta de los santos anacoretas que habitaban en ásperos desiertos, usaban cilicios, se aplicaban fuertes disciplinas, comian la hierba del campo y dormian sobre duras piedras. Y sin embargo, apenas terminada su plática, el predicador no se vá al desierto, sino á su casa; donde te aseguro que si tiene jamon, no come hierba, y si tiene excelente y mullida cama, no duerme en un mal jergon, ni menos sobre los ladrillos para coger un dolor de huesos que se quede baldado. ¿Dejará de ser bueno todo lo que predicó, por más que no lo practique el

mismo que lo encarece y apláude? Tal vez en este, y áun en otros puntos, pueda aplicárseme lo que de sí afirmaba un clásico latino : *video meliora, proboque; deteriora sequor.*

Aquí don Cristóbal desenvainó del chaleco un enorme reloj parecido á una cazuela, miró la hora, se encasquetó el sombrero, y sin decir *adios*, pues una de sus mañas era no despedirse nunca, se plantó en la calle.

III.

Tenemos á nuestro Ventura cornudo, convaleciente y tuerto, aunque no consolado de la pérdida de su ojo, pese á las muchas y buenas razones de su amigo don Cristóbal. Otra cosa le desazonaba tambien y le traia inquieto, y era la rápida disminucion de su caudal, que apenas llegaba á la mitad de lo que habia sido en tiempos anteriores. Las galas y despilfarros de su mujer, los devaneos amorosos que habia sostenido y pagado, y las costosas dolencias que semejantes devaneos le produjéron, eran las cáusas eficientes de este atraso. Para corregirlo y salir avante vendió algunas fincas que tenía, y ya reducidas á numerario, devanábase los sesos cavilando en qué lo emplearia con menos esposicion y más provecho. Su pensamiento, como mariposa que vuela de flor en flor, saltaba de un proyecto á otro sin fijarse en ninguno, pues todos ellos al principio le parecian admi-

rables, y á poco iban descubriendo el flaco, segun los reflexionaba. Entre tanto, y á más de la incertidumbre, sufria mi don Ventura no pequeños sustos y congojas. Temia que le robáran la pecunia; un dia compraba un cerrojo como para la puerta de una iglesia; otro una cerradura colosal ó una caja de hierro, ó un par de pistolas inglesas, ó un perrazo mastin capaz de hacer frente á toda una cuadrilla de bandidos, y áun hubiera comprado un trabuco naranjero que vió en el Rastro, á no detenerle la prudente reflexion de que semejante obús le haria pedazos al dispararse, ó cuando menos le dejaria sordo para el resto de su vida. Ya de suyo era feo y señalado de viruelas y costurones, y tuerto y mal configurado; por lo que, si además quedaba sordo, sería un cúmulo tal de imperfecciones y desdichas como para tomar vuelo y estrellarse por el tajo de Ronda, y si no queria molestarse en el viaje, desde cualquiera torre de la coronada villa de Madrid. Así, pues, venció la tentacion de comprar el trabuco. Acompañado del mastin, y con pistola en mano, registraba escrupulosamente la casa antes de acostarse, lo cuál no impedia que á veces sobresaltado y congojoso despertase á media noche, soñando hallarse en la amable compañía de Jaime el Barbudo, Diego Corrientes, los siete Niños de Écija y demás facinerosos de cuyos nombres y milagros tenía conocimiento. Entonces, con el perro y la pistola, registraba de nuevo la casa, y aún no lograba reconciliar el sueño hasta ya entrado el dia, que disipaba sus terrores.

Claro está que semejante vida no era para llegar á viejo, y así don Ventura se fué quedando más y más ex-

tenuado y consunto, que parecia un ochavo de hilo liado en un papel, y casi casi podia pasearse por dentro del cañon de una escopeta. Este inverosímil encogimiento, en quien ya de suyo era tan ruin persona, llamaba la atencion y excitaba el asombro de cuantos le conocian, creyéndole espiritado, ó por lo menos en el décimo quinto período de la tísis. Tambien lo extrañó mucho don Cristóbal, y conocida la cáusa de tamaña demacracion y encanijamiento, aconsejó á su amigo que gastase alegremente sus fondos en nutrirse y darse buena vida, ó los emplease en una finca de cal y canto que no pudiera llevarse ningun ladron del universo mundo. Tan prudentes amonestaciones fueron desestimadas; que tal por lo comun es la suerte de todo bueno y sabio consejo.

Otro habia de ser el paradero de las onzas, doblones y pesetas del venturoso don Ventura. Como su enfermedad pasada y presentes cavilaciones le habian dejado endeble de salud, melancólico de humor y mermado de bolsillo, claro es que ninguna propension sentia ciertamente, á entretenerse en viciosos recreos; pues el vicio requiere un caudal de salud, tiempo y dinero para gastarlo y consumirlo, que no de otro cebo se alimenta y vive. Muchos que no tienen una peseta, ni calor en la sangre, ni fuerzas para sostenerse los calzones, se juzgan virtuosos porque no cometen excesos, y llaman templanza lo que es en realidad impotencia. Algo de esto habia en don Ventura, y como las iglesias suelen ser abrigadas en invierno y frescas por el verano, y no hay que pagar billete de entrada, y tiene el culto católico

ceremonias de brillante aparato, dió en frecuentar la iglesia que á pocos pasos de su casa estaba. En tan santo lugar trabó conocimiento y luego amistad con un santo varon, que por singular y providencial coincidencia llamábase, ó se hacía llamar, don Santos San Juan de Santa María.

Con toda su santidad mi señor don Santos era tan feo como don Ventura, que es cuanto en ponderacion cabe: y nó porque fuese tuerto ó jorobado ó cojo, ni menos manco, sino por su rostro de mascaron de proa, su acostalado cuerpo y sus enormes piés llenos de tolondrones que parecian dos sacos de patatas. Este piadoso varon vestia de negro, miraba al polvo, se daba disciplinas, hablaba de lo espiritual y eterno y llevaba en su interior un nido de víboras. Era cofrade y hermano de todas las archicofradías y hermandades, usaba rosario de cuentas gordas y tenía en su vida pecadora dos recuerdos horribles de que humildemente se confesaba para su mortificacion y penitencia: habia comido carne un viérnes de Cuaresma, y en cierto dia lluvioso miró con lascivos ojos las medias de una mujer que atravesaba la calle: y ¡ay! aquellas medias tan blancas iban ceñidas con ligas verdes. ¿Puede imaginarse nada más satánico y pecaminoso? Al confesar don Santos abominaciones tamañas, se ponia colorado como una doncella y casi casi daban ganas de colocarle sobre un altar ó pegarle un tiro.

Creo yo que la comun asistencia al templo, y más todavía la nó comun y espantable fealdad de los nuevos amigos, les hizo mútuamente reparar uno en otro, apro-

ximarse luego, hablarse despues y simpatizar por último en grado tal, que apenas pasaba dia sin buscarse y platicar juntos largas horas. Aunque semejantes pláticas eran de carácter místico y devoto, sobre todo en presencia del robusto don Cristóbal, por instintiva repugnancia no podia tragar este al mirífico don Santos. En nada fundaba su aversion, pero era el mastin que huele á la zorra. Así pasaron meses: don Cristóbal por sus negocios salió fuera de Madrid, estuvo un invierno en Andalucía, y ya de vuelta no dilató su afecto el visitar á don Ventura. ¡Con qué asombro escuchó de boca de la portera que su amigo se hallaba poco menos que pereciendo, que habia vendido sus muebles, libros y alhajas en almoneda pública, que los disgustos le habian consumido y achicado áun más de lo que antes ya estaba y que vivia pobremente en un cuarto piso allá en un barrio extraviado, caso de que todavía no le hubiesen llevado al cementerio! Con toda su energía y optimismo apenas pudo contener sus lágrimas el buen don Cristóbal, y tomadas las señas de la morada de su amigo, alquiló un simon y se plantó en ella.

No tuvo que llamar: empujó la puerta y entró: ¿para qué son llaves y cerrojos en casa del pobre? Al pronto no vió á nadie: la butaca en que estaba inmóvil don Ventura tapaba con el espaldar su escasa personilla, pero un triste suspiro guió á don Cristóbal. Le abrazó, le estrujó, le llamó su hijo querido, su hermoso granadero, y sin tomar aliento le disparó un diluvio de preguntas.

—¿Cómo es esto? ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no

me has escrito? ¿En qué has tirado el dinero? Estás más encogido que antes. Como sigas así, vá á ser cosa de llevarte en el bolsillo. ¿Qué tienes? ¿Por qué no hablas? Habla, hombre, que todo se puede remediar y lo último es morirse. Habla.

Don Ventura no habló, pero extendió lentamente su delgado brazo hácia una mesilla, sobre la que habia un papel más bien arrugado que doblado. Cogiólo don Cristóbal, y desplegándolo sobre la tabla, pasó por cima de él su ancha mano para poder leerlo. Era una carta y decia lo que sigue:

†

«Sr. Dn. Ventura:

»Mi amigo y dueño y hermano en Jesu-Cristo: la codicia es mala consejera y al hombre más avisado lo inclina á cometer disparates, como el que Vd. hizo entregándome su dinero por acciones de una mina que no existe. Digo mal, porque la mina la encontré yo en los bolsillos de Vd.; y no ligado con despreciables escorias el metal, sino reluciente y acuñado ya en hermosas onzas y doblones y doblillas, con cuya limosna pienso irme á los antípodas ó dos leguas más allá y dedicarme á convertir infieles y propagar la semilla de la verdadera fé católica, apostólica, romana.

»Sospecho que al pronto se incomodará Vd. conmigo

por esta ficcion piadosa; aunque muy luego lo dará todo por bien empleado con la seguridad de mis evangélicos propósitos y de que no le olvidaré en mis tibias oraciones.

»Si tal vez, por una rebeldía incalificable, no se conforma Vd. con mi conducta y trata de perseguirme judicialmente, será en vano; pues tengo, como buen sastre, tomadas todas las medidas para que los más finos hurones y sabuesos no den conmigo. Con que, abra usted el ojo y despabile la luz del entendimiento, y hasta otra.

»Su leal amigo y hermano en Cristo Ntro. Redemptor

SANTOS SAN JUAN DE SANTA MARÍA.

»*En el Mundo, dia de hoy del presente mes.*»

—¡Jesus, Jesus, Jesus! exclamó don Cristóbal: en mi vida he visto cosa igual. ¡Vaya con la santidad de don Santos! A mí me olia mal ese hombre y nunca le pude ver; pero, francamente, no le creia capaz... Y cuando escribe jactándose de su hazaña y firma con su nombre y apellido, es que se juzga en plena seguridad. ¡Que no le echara yo una mano al cuello! ¡Cómo habia de vomitar los doblones y las asaduras y tambien el espinazo! Mas esta carta no tiene sello ni timbre de correo. ¿Cuándo la recibiste? ¿Quién la trajo?

—A los quince dias de haberle entregado el dinero la hallé en el suelo: me la habian echado por debajo de

la puerta, respondió don Ventura con voz doliente y desfallecida.

Para coger y castigar al estafador trazaron ambos amigos cien proyectos: don Cristóbal puso en juego sus relaciones, su no escaso ingénio y la industria de la policía: todo fué inútil. El devoto desapareció como piedra caida en medio del mar. ¿Huyó á los Estados-Unidos, á Inglaterra, al África, á la India, á las repúblicas hispano-americanas, desfigurado en nombre y traje? Nadie lo supo jamás. Fué humo en el viento, pájaro que voló sin dejar huella.

Sin dejar huella de su paso en el aire, quiero decir; pues la dejó indeleble y desastrosa en el bolsillo y ánimo de don Ventura. Sumido en profunda tristeza pasaba dias y semanas casi inmóvil y sin pronunciar palabra: y áun hubiera enflaquecido más, á no ser esto cosa imposible. Don Cristóbal solia visitarle, cariñoso y áspero como siempre: le brindaba con sus modestos recursos, procuraba consolarle, y cierta vez le llevó á paseo y luego al teatro casi á viva fuerza; mas no logró disipar un solo momento su amarga melancolía. Temiendo que tan negra pasion de ánimo le acabara, una tarde le habló de esta suerte:

—Mira, Ventura, hijo mio: bien conozco yo que el lance no ha sido como para comprar unas castañuelas y ponerse á bailar de gusto; pero tampoco es razonable perder la vida porque se perdió el dinero. Antes de entregarlo á ese bribon disfrazado de santo, debiste desconfiar de sus patrañas y no hacer más caso de sus minas argentíferas ó auríferas que de las barbas del Gran

Turco. Debiste consultar conmigo, que me intereso por tu bien, y yo hubiese tomado informes y sondeado el asunto y evitado la estafa. Debiste no haber olvidado que «á la puerta del rezador no pongas tu trigo al sol», como dice el refran; pues estos devotos son muy capaces de tragarse hasta las notas de la Biblia. Así como las mujeres á quienes apesta el sudor ó aliento encubren semejante falta con perfumes, los mayores tunos suelen disfrazarse bajo capa de religion para asegurar mejor sus dañadas intenciones, haciendo sus golpes más inesperados y certeros.

Ello es que no tiene ya remedio ni compostura, á no ser por una grandísima casualidad, pues parece que á ese hombre se lo tragó la tierra, ó el mar, ó el demonio que se lo lleve, y nadie dá cuenta ni áun tiene indicios del paradero de su persona. Claro se advierte que su plan estaba trazado con todo espacio y madurez y buscada astutamente la salida. No será esta la primera zorra que ha desollado ese varon tan evangélico y piadoso. En medio de todo, y pensándolo bien, no te ha hecho tan grave mal como tú imaginas; porque la pobreza quita pereza y despabila el sentido y nos aparta de la vanidad, lascivia, gula y otros viciosos derrumbaderos por donde á la par y juntos alma y cuerpo suelen despeñarse al abismo, y nos evita grandísimos daños de que estan llenas ambas historias, sagrada y profana. Sin la riqueza y poder, fuentes de su soberbia, no hubiera Nabucodonosor andado á cuatro piés comiendo como bestia la hierba del campo, ni otros muchos olvidado á su Dios y desconocido á sus hermanos. Te aconsejo que leas los

moralistas, los místicos del siglo XVI y los Santos Padres: ya verás cómo alaban todos y ponen la pobreza sobre los mismos cuernos de la luna. Pues ¿y los poetas? ¿Cuántas invectivas no han hecho contra el vil metal, recordando el becerro de oro á que dieron culto idolátrico los israelitas apenas libres de su esclavitud en Egipto? No quieras tú ser israelita en el siglo XIX, ni muestres tan hondo pesar por la pérdida de bienes que pueden recobrarse con la economía y el trabajo. De cualquiera modo, segun la pendiente por donde rodaba tu caudal, hubieses tenido al cabo de algunos años que ingeniarte para vivir, cuando tal vez no pudieras hacerlo; pues ingéniate ahora, que talento y estudios tienes para ello, y no te dejes morir en un rincon abandonado y meditabundo como un filósofo tonto de los tiempos de Mari-Castaña.

Finalmente, naciste feo y te consolaste: las viruelas te acribillaron y te consolaste: murieron tus padres, se largó tu mujer, perdiste un ojo, llovieron sobre tí cien plagas, y úlceras, y tumores, y costurones, y el diluvio, y te consolaste tambien. ¿Será cosa de que ahora te falten á un tiempo el valor y el buen juicio de que has dado tantas pruebas? Si por lo pronto necesitas de algun dinero, yo no tengo hijos ni botijos, y mis cuatro ochavos son tuyos. Con que levanta la cabeza y mira de frente la adversidad, y combate y véncela; que lo demás es cosa de afeminados y cobardes.

Así habló el sublime don Cristóbal, y no fueron sus palabras pequeña parte para dulcificar el sentimiento de su amigo. El hercúleo viejo tenía razon: á tiempos ma-

los, pecho duro: con la pica se prueban los toros y con la desgracia los hombres. El dejarse morir solo aprovecha al enterrador y á los herederos, si algo les queda: lo digno y varonil es luchar hasta lo último. Con tan nobles pensamientos durmióse aquella noche don Ventura: meses hacía que no habia disfrutado igual reposo.

Poco despues, recobradas algun tanto la salud y fuerzas, quiso aprovechar sus conocimientos en botánica, y provisto de los útiles necesarios para herborizar y recoger semillas, se entró lleno de fé por los bosques y montes de Aragon y Navarra. Mas ardia entonces la guerra civil y le faltó muy poco para caer en uñas de carlistas, que le hubieran fusilado sin compasion creyéndole espía de los liberales. Gracias á que meneó las piernas como una liebre hasta llegar á verse en Tafalla, de donde con mil recelos y peligros volvió á Madrid, reconociendo prácticamente que de entre todas las plantas del universo mundo las mejores y más útiles al hombre son las plantas de los piés, sobre todo cuando reparten castañas y es preciso eclipsar la imágen.

A su regreso le aguardaba una calamidad nueva, una pérdida irreparable y dolorosa. El excelente amigo, el cariñoso padre, el único ser que verdaderamente le amaba, el gran don Cristóbal habia muerto. Para cortar el grueso cable de aquella robusta vida no emplearon las Parcas la clásica tijera: un choque de ferro-carril junto á Despeñaperros hizo una colosal tortilla de aquel hombre honrado, valeroso y bueno, de quien apenas pudo averiguarse el nombre. Si algunos ahorrillos tenía, se

extraviaron con su maleta: y solo quedaron á don Ventura los ojos... digo mal, el ojo izquierdo para llorarle.

Siempre á don Ventura le habian gustado los versos, y áun en diferentes ocasiones y solemnidades hizo algunos á los dias de su mamá, al fáusto acontecimiento del cumpleaños ó parto de S. M. la Reina, al perrito habanero de su vecina y á otros vários asuntos no menos bellos, interesantes y elevados. Recordaba que aquellas primicias de su juvenil ingénio fueron muy alabadas, especialmente por sus padres y por don Cristóbal, que era el perpétuo amigo y consejero áulico de la casa. ¿No podia tal vez aprovechar hoy la inspiracion de entonces, mejorada en tercio y quinto por la edad y estudios posteriores y llegar á ser uno de los dramaturgos más palmeados de Madrid? Aun cuando no alcanzase á tan excelsa altura, podria sacar muy bien para el indispensable garbanzo, y el indispensable casero, y los indispensables zapatos y demás hilos de que necesitamos todos para ir tejiendo la urdimbre de la vida. ¡Famoso pensamiento!

Apenas lo concibió, cuando puso manos á la insigne obra. Comenzó recordando cuantos lances peregrinos y estupendos habia leido y oido, desde los cuentos con que le asustaban de muchacho para que no chistase, hasta las espantables novelas de Ana Radcliffe y los dramas patibularios de la escuela romántica en su período álgido; pues queria don Ventura asombrar, conmover y electrizar á su auditorio. Con tan escogidos ingredientes, cuatro adulterios y once asesinatos y algu-

nas otras barbaridades y extravagancias de su propia cosecha, en poco más de dos meses formó un pisto sepulcral, fatídico y tenebroso que apellidó drama en seis actos y diez y nueve cuadros, cuyo piramidal engendro no encontró teatro donde manifestarse ni cómicos tan desalmados que á representarlo se atreviesen. Y eso que, en honor de la verdad, se representaban entonces y aplaudian cosas capaces de hacer llorar á la estátua de Pilatos. Mi don Ventura, con objeto de colocar su drama, frecuentó pasillos, guardarropías y bastidores: hízose amigo del apuntador, del traspunte y maquinista, prodigaba respetuosos saludos al galan y al barba, tímidas sonrisas á la dama jóven y á la característica, y áun hubiera sido capaz de hacer un himno apologético de los coros y cuerpo de baile, si por tal camino alcanzara ver puesta en las tablas su obra maestra. Pero, como indiqué más arriba, escrito estaba lo contrario, y aquel tejido ingenioso de horrores y crímenes, formulado en versos más criminales todavía, quedóse en cartera tal vez para regocijo de futuras generaciones.

Entre tanto iban pasando dias y meses, y como mi héroe no contaba otras rentas que el sol y la luna y los céfiros del Guadarrama, excusado es decir que no andaba muy sobrado de ropas ni ahito de comestibles; antes al contrario, su desnudez era cuasi paradisiaca y rival su hambre de la de aquel maestro de escuela que llegó al extremo de comerse las disciplinas y los dos últimos alumnos que le quedaban. Desde mucho tiempo atrás su patrona le habia retirado la bazofia y solo le daba un mísero jergon donde echar los huesos: el sombrero ha-

bia perdido su forma, la camisa estaba en la emigracion, carcomidos los pantalones y risueñas las botas.

En situacion tan aflictiva buscáronle para testaferro de ajenas faltas y estafermo de las iras ministeriales; quiero decir, que le ofrecieron un sueldo mezquino por ser editor responsable de un periódico batallador y maldiciente. Harto sabía el infeliz que aceptar semejante puesto era como tener un pié en la cárcel ó entrambos en un buque viejo para ir por cuenta del Estado á Fernando Póo, á las Marianas, ó cuando menos á Céuta ó Melilla. Pero la necesidad ni dá plazo, ni admite réplica, por lo que el pobrete de don Ventura aceptó como víctima propiciatoria la responsabilidad y expiacion de actos ajenos. Aunque con la cabeza bajo la espada de Damocles, mientras no se rompiese el hilo invisible comeria y tendria un par de camisas con que mudarse, y quizá, quizá podria sostener el lujo de llevar calcetines y unos zapatos por donde no se colase el agua. Este era entonces su bello ideal: ¡tanto suele abatir el infortunio á los hombres!

Poco le duró esta comodidad relativa: levantáronse vientos contrarios, estalló la borrasca y dió con el editor en el Saladero. Allí soportó lo insoportable: para demostrar que pagó sus culpas atrasadas y las que pudiera cometer en el resto de su vida, baste decir que no era un desalmado, ni hombre de andar á puñalada limpia, ni tenía dinero y se hallaba en una cárcel española, ó en un *colegio*, como con profundo sentido filosófico le llaman sus moradores. De aquel antro salió á los quince meses, arrugado, encorvado, envejecido y con la marca

degradante de la casa impresa en el rostro y tambien ¡ay! en el pensamiento. Su pecho rebosaba de hiel acerba contra los hombres y la suerte: á correr parejas con su deseo el valor y la fuerza, hubiese despedazado el mundo. Su ojo, su único ojo, se le habia encuevado allá en el fondo del cráneo y brillaba con siniestro fulgor: permanecia horas enteras con la vista en el suelo murmurando palabras ininteligibles. En una de estas ocasiones llegó un mendigo y le pidió limosna: él le dió tres cuartos que tenía y se echó á reir lúgubremente. Llevaba sin comer largas, muy largas horas y no sentia desfallecimiento ni hambre; la fiebre le alimentaba y al mismo tiempo le consumia. Sus condiscípulos y amigos de otro tiempo no le conocian ya; la miseria es una esponja que vá borrándolo todo, hasta la memoria. Quiso buscar ocupacion, trabajo; pero ¿en qué cosa? ¿en dónde? No tenía robustez física: su inteligencia hallábase á ratos febril, á ratos aletargada: su aspecto raquítico y enfermizo era repugnante.

Cierta mañana hermosa de primavera, mientras cantaban los pájaros la llegada del buen tiempo y se abrian las flores á los besos del sol, en el estanque chinesco del Retiro flotaba un cadáver hinchado sobre las aguas verdosas. Le vieron y nadie pudo averiguar su nombre. Tampoco los que luego abrian su cuerpo y revolvian sus entrañas sobre una mesa de piedra, pudieron averiguar las sombrías espirales por donde el hombre anónimo bajó á la muerte.

Pero un diario sesudo, amigo y defensor de la religion, la familia, el órden, la autoridad y otras muchas

cosas, decia poco despues á sus piadosos lectores en la seccion de gacetilla:

«Otro suicidio. Sentimos contristar el espíritu de nuestros abonados mencionando un nuevo crímen, fruto natural de las doctrinas modernas que han destruido la paz y felicidad de que disfrutaron nuestros abuelos en los venturosos tiempos de Cárlos IV y que amenazan desencadenar el mónstruo de la anarquía sobre la sociedad presente. Pero los periódicos de la mañana dieron la noticia del suceso, y ya el escándalo es público é inevitable.

»En la madrugada de ayer uno de los guardas del Retiro halló en el estanque llamado de la China el cadáver de un hombre ahogado. Como estaba muerto, no pudo declarar su nombre: tampoco se le encontró papel ni documento alguno por donde pudiera ser conocido. Pero si individualmente no se le conoce, el acto que ha ejecutado le coloca desde luego en el número de esos filósofos descreidos y materialistas para quienes nada significa el alma, y á la menor contrariedad buscan en la muerte, como verdaderos cobardes, el remedio de sus imaginarias desventuras. Con este son ya dos los suicidios perpetrados en poco más de un mes; cifra alarmante á cuya vista excitamos de nuevo al Gobierno para que persiga y castigue con mano fuerte á los propagadores y secuaces del racionalismo, liberalismo, panteismo, krausismo y espiritismo, cuyas disolventes doctrinas engendran tamaños males y nos amenazan con un castigo ejemplar del cielo como el que en otra época abrasó y destruyó las ciudades malditas.

»El cadáver del suicida fué llevado á la sala de anatomía y diseccion de la facultad médica, donde le hizo la autopsia el Dr. H,... en presencia de sus numerosos discípulos. ¡Qué ocasion aquella para inculcar en el ánimo de la juventud los santos principios católicos, apostólicos, romanos! Excusado es añadir que la autoridad eclesiástica negó la sepultura de aquellos miserables restos, cuyo paradero ignoramos. ¡Hé aquí los frutos de la ciencia y de la ponderada civilizacion del siglo XIX!»

Madrid: Junio: 1878.

EL HOMBRE INGERTO.

EL HOMBRE INGERTO.

Indudablemente acertó quien dijo que hay gustos que merecen palos, y áun se me figura que el censor anduvo sobrado benigno y nada severo. Que un hombre robusto, ágil y bien configurado se entusiasme con el arte hípico y vaya de contínuo desempedrando las calles sobre un fogoso potro andaluz, cosa es muy natural, pues á buen caballo, buen caballero; mas un jinete contrahecho y ruin, casi, casi no se concibe, sino publicando la bula, ó en una de esas funciones de mojiganga, donde las deformidades físicas de los actores sirven de pasatiempo y rechifla á burlones desalmados.

Esta, que es una verdad como un templo, no se ocurrió jamás al insigne don Simon Palomeque, (a) *Tolondron;* así llamado por uno que tenía sobre la paletilla izquierda y que le abultaba por debajo de la ropa cual si escondida en tal sitio llevase una calabaza roteña. Además de esta falta ó de esta sobra, tenía mi señor de Palomeque el cuerpo grande con piernecitas cortas y bar-

riga esférica, estructura la menos adecuada para distinguirse en el arte ecuestre. Así es que á pesar de su desenfrenada pasion por los ejercicios hípicos, de haber frecuentado los mejores picaderos y del contínuo variar de caballos, atalajes y monturas, jamás pudo llegar á ser un centáuro, ni siquiera un mediano jinete. Sus batacazos los contaba por docenas; su cuerpo andaba hecho siempre un cónclave de cardenales, y su aplastada nariz conservaba indeleble muestra del conocimiento que cierta vez hizo con los adoquines de la calle. Si la aficion y constancia así manifestadas las hubiese dedicado al cultivo de la filosofía, de su propio caudal ó de las virtudes cristianas, de seguro hubiera sido un Sócrates, un Creso ó un San Antonio de Pádua, incluso lo de curar milagrosamente ciegos, moribundos y endemoniados. Suele suceder que se desperdicien grandes talentos por llevarlos fuera de su direccion y cáuce natural, y no sería extraño se hallase en tal número el del señor Palomeque.

Todos cuantos tuvieron el disgusto de tratarle convienen sin discrepancia en que, atendidos su constante humor y la dulce amabilidad de su carácter, hubiera hecho un excelente perro de presa, pues siempre estaba enseñando los dientes y peleándose con todo el mundo. Su boca era inagotable manantial de furibundas imprecaciones; blasfemaba en todas las lenguas europeas y en algunas trasatlánticas, y cuando no tenía con quien pegar la furia, solia descargarse á sí mismo y en su propia cara sonoros bofetones. Además, llamábase bestia, cernícalo, canalla despreciable, todo con no pequeño rego-

cijo de sus criados, capaces de ceder gustosos la mitad de sus salarios á trueque de que escenas tales fuesen diarias.

Un dia el señor de Palomeque volvió á su casa con el júbilo en el semblante. Habia comprado en muy corto precio un caballo de hermosa estampa, en el vigor de la edad, y que en pelo, alzada y elegantes formas podia competir con cuantos Bucéfalos y Babiecas hubiesen tascado freno y lanzado relinchos en el universo mundo. Cierto es que el corredor de cuatropeas, á fuer de honrado, advirtió al señor de Palomeque al hacer el trato, que si daba el caballo en tan bajo precio, es porque estaba algo vicioso y maniático, y le habia cobrado algun temor su dueño, persona de madura edad y poco jinete. A mi héroe le importó un comino esta advertencia, que á cualquiera otro hubiese puesto en guardia; antes al contrario, holgóse mucho con tal ocasion de manifestar sus conocimientos ecuestres, y ya se figuraba ver al caballo, corregido de sus manías y resabios por él, dando envidia en la Fuente Castellana ó el Retiro á cuantos aficionados le mirasen.

Con efecto, en los primeros dias nadie hubiese dicho que el caballo tenía resabio alguno. Dócil y obediente á la brida, nada asombradizo ni voluntarioso, presto al arranque, ligero de paso, igual é infatigable en el galope, el tal cuadrúpedo parecia joya digna de un príncipe. El protagonista de mi cuento se encaballó; quiero decir, que no pensaba ni hablaba sino en el caballo y del caballo, citándolo como el mejor de Madrid en cuantos círculos y tertulias visitaba, que no eran pocos. Tamaña satisfaccion le duró dos meses. Llegó á figurarse ¡tanto

puede el amor propio! que el animal se arrepintió de sus antiguos vicios y resabios con firme propósito de enmienda solo de verle á él, como diciendo en lo interior de su alma caballuna: «nó, con este jinete no se juega.»

Pero como todas las cosas tienen su término, y más aún las ilusiones, túvolo tambien, y algo tragi-cómico la del señor Palomeque. Bueno es advertir antes y con tiempo, que este señor era todavía jóven, y que el tolondron de la paletilla en nada le estorbaba para tener novia; pues cuando las mujeres se aproximan á los treinta, son muy capaces de admitir por novio al mismísimo diablo, si el diablo puede sacarlas de solteras. De otro modo no se concibe que ninguna hembra aceptase los amorosos obsequios de mi héroe, quien en punto á feo lo era en tal grado y de calibre tal, que no quiero describirlo ahora por no asustar ni afligir con este espantajo á mis lectores.

Iba, pues, muy ufano un dia desempedrando las calles en su alazan el enamorado Palomeque hácia donde vivia su presente novia y futura consorte. Derecho, en lo posible, sobre la silla, con las riendas en la izquierda, el latiguillo en la diestra mano y las piernas tiesas como dos garrotes, parecia una estátua ecuestre hecha con poco arte por un aprendiz de escultor. Si la gente se le quedaba mirando, interpretábalo él como señal de aprobacion; de otro modo, hubiese armado una batalla campal con el lucero del alba, pues dicho quedó á su tiempo que tenía un génio como una víbora. Cruzando plazas y calles, entró por la de su gentil señora, y para mayor fortuna hallábase esta de pechos al balcon lozana y risueña;

con lo que mi excelente jinete quiso gallardearse en su Bucéfalo, espoleándole para que hiciese corvetas y briosos escarceos. Pero dice el refran que una cosa piensa el caballero y otra el caballo; lo cuál nunca fué más exacto que entonces, pues insensible el animal á látigo y espuela, se entretuvo muy pausadamente en comerse un monton de lechugas podridas que yacian en mitad del arroyo, y cuando enfurecido el jinete por las risas de su novia y de los transeuntes apretaba los espolazos, dió el cuadrúpedo un salto de carnero, súbito y violento, y salió Palomeque por cima de las orejas disparado como peñasco de romana catapulta. ¡Válgale el cielo divino!

El batacazo fué tremendo; el caido se quedó inmóvil, sin respirar siquiera, y todos le juzgaron desnucado y muerto. Acudiéronle solícitos, le incorporaron un poco y le echaron agua fria en los cerrados ojos y el pálido semblante. A fuerza de cuidados pudo volver en sí, lanzando un suspiro largo y doloroso, por cuya fé de vida los que le creyeron difunto cambiaron de opinion y buscaron camilla en que llevarle á su casa. Al levantarlo del suelo se vió que tenía rota una pierna, y como tardase la camilla, en coche de alquiler le metieron y trasportaron. Subiéronle en brazos hasta un segundo piso en que vivia; abrió la puerta del cuarto un criado gallego, que entendiendo la cosa al revés, clamó con triste acento en las barbas mismas del amo:

—¡Cun que rota é partida una pata! ¡Pobre animal!

—El animal eres tú, grandísimo bestia, dijo el dolorido rechinando los dientes de furor, si yo estuviera bueno... infame... canalla... ladron...

—¡Ah, señor! contestó el doméstico para enmendar su torpeza; eso es diferente, á mí dábame lástima porque pensé que era el caballo...

—¡Cállate, mal hombre; vete, asesino!

Y alguna otra barbaridad hubiera soltado el gallego aturdido y confuso si á empellones no le hubiesen echado á la calle en busca del médico.

¡Válgame Cristo, y qué noche pasó el señor de Palomeque! Preciso es haber tenido algun hueso roto para conocerlo. Antes de todo el cirujano le redujo la fractura con ayuda de dos ó tres hombres que tiraban de la encogida pierna, haciendo ver al paciente cuantas estrellas hay en el cielo, y despues le entablilló y ligó fuertemente desde la rótula al tobillo, le dió una bebida calmante y por contera las buenas noches. Quedó, pues, mi héroe tendido boca-arriba en su lecho, despierto contra su voluntad por atroces dolores y con largo tiempo para meditar á todo su sabor y espacio las peripecias del arte ecuestre, en vista de que el facultativo le habia recetado la dósis de cuarenta dias de cama en la misma postura supina de quien cuenta las vigas de la techumbre ó aguarda el maná como los israelitas del desierto.

Para el hombre activo y ocupado, cuarenta dias son un soplo; para el almanaque son cinco semanas y media; mas para quien se halla en la posicion citada, inmóvil y con un hueso roto, son cuarenta eternidades empalmadas una con otra: lo terrible y lo inconmensurable. Pero como el reloj marcha, y el sol sale y se pone lo mismo para el alegre que para el triste, para el sano que para el enfermo, sucedió que pasó una semana, y luego otra,

y luego la tercera, y entonces el cirujano levantó el apósito y vió que aún quedaba el rabo por desollar; esto es, que el hueso tenía esquirlas, que la curacion sería lenta y difícil, y que el estrellado jinete quedaria cojo hasta la reunion del valle de Josafat. Así fué: el desventurado Palomeque se quedó con una pierna algo más corta que su compañera; *item* más, con una úlcera en la espinilla, que le daba ratos crueles, agriando su carácter, áspero ya por naturaleza, y haciéndole jurar y blasfemar en todos los idiomas y dialectos del globo, para lo cuál tuvo siempre notable aptitud, segun antes dejo mencionado.

La úlcera ahondaba, y ya la cáries, que viene á ser para el hueso lo que para la carne la gangrena, comenzaba á presentarse. El doctor solo recetaba unturas y paliativos, con lo que mi héroe seguia padeciendo, sin alcanzar en meses y meses la curacion apetecida. Hasta experimentó graves tentaciones de suicidarse á sí propio él mismo personalmente, como dijo quien yo me sé, y largas horas pasó discurriendo si sería mejor levantarse la tapadera de los sesos de un pistoletazo ó reventar con un veneno, ó tirarse por el viaducto de la calle de Segovia, ó meterse á maestro de escuela y acabar por hambre y consuncion los tristes dias de su vida. Lo del pistoletazo antojábasele estrepitoso; lo del veneno, cursi; lo de tirarse por el viaducto, plebeyo, y en verdad, en verdad, que el martirio lento del maestro de instruccion primaria era la peor de todas las muertes imaginables. Desechó, pues, la idea del suicidio, y esto fué lo más acertado que pudo hacer; pero no desechó el deseo, la ardiente ánsia de curarse, aunque para ello hubiese de ir

al fin del mundo y gastar la última peseta. ¿De qué sirve el dinero sin la salud? preguntábase á menudo. Varió de médicos; no quedó celebridad alguna en el arte de curar que no examinara la pierna del enfermo, y como si todos los galenos se hubieran dado de ojo y puesto de acuerdo, todos hacian un mohin de disgusto y balbuceaban algunas frases, concluyendo con esta misma fatídica palabra: *amputacion.* Al oirla, erizábasele el cabello al señor de Palomeque, y mandaba llamar otro facultativo para escuchar otra vez igual formidable sentencia: amputacion. Sus sueños eran agitadísimos y penosos. Con los ojos cerrados veia flotar sobre su cama bisturíes, sierras, torniquetes, vendajes y una pierna toda ensangrentada, brincando por el aire como si bailara la gavota. Despertábase bañado en sudor; se aseguraba de la realidad, y luego volvia á incurrir en las mismas quimeras, siendo víctima y juguete de su propia conturbada fantasía. Y cuando á la oscura noche sucedian los rayos del sol, no era menos lastimoso el estado de mi héroe. Pasaba horas y horas tendido en un ámplio sillon, meditando tristemente en su desventura. ¿Le cortarian la pierna con aquellos afilados cuchillos y aquellas sierras aceradas que en sueños habia visto? ¿Habria en el mundo alguna untura, algun específico feliz capaz de sanarle? ¡Pues, qué! En cuarenta siglos de civilizacion ¿no habrian aprendido los médicos á curar una pierna? ¿Será la idea del progreso nada más que una palabra vacía de sentido?

Hostigado por tales pensamientos, y procurando alejarlos, tendió la diestra á una mesita próxima sobre la

que se hallaban revueltos vários periódicos. Tomó uno de ellos, y apenas hubo mirado la cuarta plana, cuando en su pálido semblante, como sol entre nubes, resplandeció satisfactoria sonrisa. Habia tropezado con un anuncio que decia textualmente :

Doctor Salido.

El que se muere, es porque quiere. Vengan á mí los desahuciados: yo los curo, y los médicos revientan de envidia. En vano intentan desacreditarme. Soy el primer farmacéutico del orbe y de otros países. Mis específicos lo curan todo; la humanidad debe levantarme una estátua por mis beneficios; pero el que no tenga dinero que no venga á mi casa; para los pobres estan los hospitales. Mi consulta médica es lo mejor de lo mejor. Tengo alquilada á domicilio una cuadrilla de sabios. He inventado la panacea. ¡Enfermos de todas las naciones! Venid á buscarme; siempre estoy en mi farmacia; pero traed buenos pesos duros, pues no quiero morir pobre como Cervantes, Hernan Cortés, Colon y otros génios menos importantes que yo. Estómagos, pulmones, hígados, traqui-arterias, laringes, tripas, brazos, piernas y cabezas... todo se cura y pone como nuevo con mis específicos. Desahuciados, no dejeis pasar la ocasion, pues cuando os metan en el cementerio, ya es tarde para que vengais á verme. He dicho.

Fué este anuncio para el señor de Palomeque íris de esperanza tras deshecha borrasca; leyólo y releyólo has-

ta catorce veces; todo le encantaba en él; la seguridad axiomática de las sentencias, la energía de la expresion, la noble franqueza con que el curandero ponderaba su propio valer, desacreditando el ajeno; la desinteresada abnegacion con que buscaba las pesetas, la advertencia del cementerio, y hasta el tono, lenguaje y singular estilo, todo le llamaba poderosamente la atencion, y ya su mente le presentaba al doctor Salido como un semi-dios, rodeado de enfermos, distribuyendo á diestro y siniestro la salud como quien reparte peras, y haciendo estallar de pura envidia y rabia á todos los médicos vivientes, y áun á los no nacidos todavía. Allá en el fondo de este cuadro se figuraba contemplar á Hipócrates y Galeno sacando la asombrada cabeza de sus tumbas, y por cima de todo la voladora fama tocando una trompeta de seis ó siete kilómetros, con que iba pregonando las altas glorias del doctor Salido por la extension del universo mundo.

Resolvió el señor de Palomeque ver al famoso curandero y á su cuadrilla de sabios, y como era súbito y sanguíneo, no bien lo resolvió, cuando lo puso en práctica; mandó á su criado buscar un carruaje, y no olvidando la advertencia del anunciador, se echó en el bolsillo algunas brillantes moneditas de á cien reales, que tienen la virtud de excitar generales simpatías. El señor de Palomeque fué recibido, examinado y sujeto á un plan curativo capaz de hacer innecesaria la temida amputacion, y áun estuvo á pique de dar un apretado abrazo y un beso al doctor Salido al oirle asegurar gravemente que el miembro enfermo quedaria como si tal cosa, y podria

montar de nuevo á caballo, y áun correr liebres á pié, si tal era su deseo.

Pagó trescientos reales por la consulta y otros ciento además por cierta manteca amarilla que dos veces al dia debia de untarse en la parte ulcerada. Tambien le propinaron una bebida especial, cuya botellita le costó tres duros; total, cuatrocientos sesenta reales de vellon. Pero áun cuando fuesen cuatrocientos sesenta millones, la verdad es que nada vale todo el oro del mundo si con la salud se compara, y más aprovecha un tarugo de pan masticado con treinta y dos valientes huesos, que pavos y gallinas y pollos mal amasados por despobladas encías. Y el consuelo, y la robusta fé que brotó en el corazon del enfermo, ¿nada suponen y nada significan? Los médicos más sabios de todos los países enseñan, y sin ser médico ni sabio puede asegurarse, que el estado moral del paciente influye sobre las dolencias tanto como los medicamentos. Quien espera curarse, ya está medio curado por su misma esperanza. Así, jamás hubo dinero mejor empleado que el de la consulta, ungüento y bebida: al volver á su casa ya tenía otro semblante el señor de Palomeque.

Y vean ustedes lo que son las cosas: los primeros dias de usar las unciones y el bebedizo, advirtió que le sentaban muy mal; pero á los siguientes le sentaron mucho peor: con lo que el amable génio de mi héroe se hizo tan áspero y violento, que por quítame allá esas pajas hubiera puesto fuego á Madrid y estrangulado al género humano, si el querer y el poder guardasen proporcion y consonancia. No hallaba doméstico alguno capaz de

aguantarle tres dias seguidos; desde su sillon asestaba libros, tintero y cuanto hallaba á mano contra la cabeza de sus criados y enfermeros, y se pasaba las horas muertas jurando y blasfemando.

—¡Ah, doctor Salido! exclamaba. ¡Ah, trapacero ladron, y cómo engañas á la gente, abusando de sus males! ¡Maldito sea el caballo y maldito el infame chalan que me lo vendió, y la hora en que lo compré, y el profeta Mahoma y todos sus secuaces y creyentes! ¡Ah, uf, qué barbaridad! ¡Si parece que la carne me arde y me barrenan el hueso! De fijo no hay Dios. Sí, puede que lo haya... algunas veces..... ¡Ay, Jesus mio, que me vuelvo loco!

En uno de estos monólogos le interrumpió cierto dia la ronca voz de un visitante. Llamábase Machuca y honraba su apellido; era la moza de Fraga vestida de gaban y disfrazada de hombre. Nunca barbas más aborrascadas sombrearon un semblante más duro, ni cejas más espesas el brillo de unos ojos; pero con tales apariencias tenía Machuca un corazon bondadoso y noble. Habia sido en las áulas camarada del enfermo, á quien profesaba amistad verdadera, y sabiendo su estado, vino á verle desde Talavera, donde habitualmente residia. Oyendo las mencionadas lamentaciones, entró en la habitacion del paciente y le dijo:

—Está bien, hombre, está bien: si es que de esa manero te desahogas y alivias, sigue dando voces hasta que te canses; y si quieres, yo gritaré tambien y formaremos un duo como en el teatro de la ópera. Mas lo que debes procurar no es el ruido, sino la curacion de tus males, y

nunca supe que ninguna enfermedad haya desaparecido á fuerza de voces y juramentos.

—¡Ay, mi querido Machuca, que no me quejo de vicio, ni he dejado de poner por obra cuantas medicinas me han recetado! Es que estoy harto de sufrir, y si callase, reventaba de seguro. ¡Maldito caballo! ¡Infame doctor Salido! ¡Ay, ay!

—Oye, ¿qué doctor Salido es ese?

—No le conoces? Pues nada hay más cacareado en el mundo. Es el que me cura; mejor dicho, el que me martiriza y asesina.

Y á renglon seguido narró la historia de sus padecimientos, sin omitir cosa de interés; la compra del caballo, su batacazo descomunal, la fractura de la pierna, el estado en que quedó despues de entablillada, la amputacion propuesta por los médicos, su natural horror á este martirio, su visita al famoso doctor de la panacea, y finalmente, la deplorable situacion en que se hallaba, pues hasta la esperanza ya le iba abandonando.

Con grande atencion lo escuchó todo el insigne Machuca, y tras breve páusa, dijo:

—Pues es menester que veamos á ese doctor Metido ó Salido, ó como se llame, y que tome con empeño tu curacion, pues de otro modo la cosa te podria costar muy cara, perdiendo hasta la vida por haberte negado á perder una pierna.

Y llamando á un criado, mandóle ir por un carruaje, y aunque el enfermo se excusaba con no poder bajar la escalera, Machuca ofreció llevarlo en brazos como á una criatura, y así lo hizo hasta ponerle en el coche. De la

visita al curandero farmacéutico resultó que era preciso operar, aunque no cortar el miembro enfermo, y al dia siguiente, dos médicos de la comitiva del doctor Salido, y enviados por este, hicieron cala y cata en la pierna del señor Palomèque, dilatando la úlcera, sacando las esquirlas y dejándole muy aliviado.

—¿ Lo estás viendo, hombre? le decia Machuca alegremente. Para esas cosas no hay nada como la cirugía. Si tú fueras persona de más ánimo, yo en el principio de tu enfermedad, con un sable bien afilado, y de un solo revés, te hubiese cortado la pierna sin sentir, y ya andarias por esas calles con tu zoquete de palo, enamorando viudas, casadas y doncellas por cientos y medios cientos, pues aunque siempre fuiste de un feo algo subido, supongo que seguirás emulando las glorias del sevillano don Juan Tenorio.

Y echóse á reir con un vocejon como el de un sochantre: la alcoba del enfermo retumbaba como una catedral cuando tocan el órgano. Palomeque estaba ya cargado con la broma y algazara de su amigo, y no pudo dejar de decirle:

—Hombre, en ley de verdad, tú siempre fuiste un poco ganso y atroz; pero desde que te marchaste á vivir al pueblo, has progresado en ambas cosas de un modo increible.

—No ha sido mi ánimo incomodarte, querido Palomeque; pero ¿cómo habia yo de figurarme que te ofendieses por llamarte feo, cuando tu fealdad es de las que dan el quién *vive* á los cuatrocientos pasos? Por ventura ¿te crees hermoso? Pues entonces ya puedes creer que

esta casa es un barco y que navegamos por la luna. Demonio, y ¡qué fantasmas se imagina esta gente de Madrid! Por lo demás, si yo soy ganso y atroz, buen provecho me haga: de todas maneras estoy á tus órdenes, te quiero mucho y soy tu fiel amigo.

¿Qué habia de responder el señor de Palomeque? Nada, y con toda la elocuencia del silencio se volvió del lado de la pared, quedándose profundamente dormido.

Su amigo le veló durante largas horas con la solicitud de una madre. Aquel sueño tranquilo y reparador indicaba que la operacion habia tenido felicísimo resultado. Si Machuca hubiera sido poeta, de seguro compone una oda en loor de la cirugía; mas no siéndolo, reservó su entusiasmo para darlo á conocer bajo forma de comunicado en la tercera ó cuarta plana de *La Correspondencia*. Esto era lo mejor: las odas tienen pocos lectores, mientras el diario callejero circula profusamente por toda España.

Despues de la operacion experimentó el enfermo rápido alivio. Por horas y por momentos le volvian el color, el apetito y las fuerzas: la herida se le cicatrizaba, y en pocos dias logró salir de la cama y pudo tenerse de pié y áun dar algunos pasos por la sala con ayuda de un baston y del brazo de su amigo y huésped, que ni un instante le abandonaba. Estos paseitos eran amenizados por sabrosas pláticas en que Machuca solia exponer consideraciones quirúrgicas, dignas de pasar á la posteridad. Comparaba al hombre con un árbol, que podado con oportunidad crece lozano y dura largo tiempo. ¿Qué hace el mozalvete para criar fuertes y espesas barbas? Afei-

tarse la pelusa cuando empieza á sombrearle el rostro. ¿Qué se hace con una muela ó diente podrido? Sacárselo y ponerse otro. ¿Y para la calva? Una buena peluca, rubia ó negra, á gusto del consumidor. ¿Y con una pierna ó brazo gangrenado? Cortárselo y sustituirlo por otro de madera. Lástima es, añadia, que áun no haya estómagos y pulmones postizos, tripas de goma y corazones mecánicos de carne de ballena. Pero dia llegará en que, más adelantada la ciencia humana, pueda el hombre armarse y desarmarse como un reloj, sustituyendo los órganos enfermos ó gastados con otros nuevos y flamantes.

Escuchaba Palomeque tales desatinos como quien oye disparatar á un anciano ó un loco, y por deferencia ó lástima no quiere contradecirle. Además, un nuevo recelo embargaba su atencion, y un nuevo temor invadia su ánimo. Desde que, en buen hora, le operaron la pierna, ó poco despues, comenzó á sentir cierta dificultad al expeler la orina; dificultad que iba aumentándose hasta el punto de que ya no lograba hacerlo sino con sumo esfuerzo y graves dolores. A medida que el mal acrecentaba, acrecentábanse tambien en el enfermo los accesos de mal humor, hasta rayar á veces en verdadera rabia, de suerte que su mismo amigo Machuca apenas podia sufrirle. Fluia la orina gota á gota en medio de intensos dolores; Palomeque se desmejoraba por horas, y renegaba Machuca de todos los doctores del mundo, llamáranse Salidos ó Metidos, ó cualquiera otra cosa. Determinaron ambos amigos, paciente y enfermero, ver de nuevo al boticario y á los médicos de su consulta para que remediasen el nuevo mal, que auguraba ser peor que el anti-

guo, y en caso contrario iba resuelto el formidable Machuca á dar un colosal escándalo y varios garrotazos no menos colosales con un pesado baston que al efecto llevaba.

Llegados á la farmacia, que bien pudiera apellidarse despacho de salud al por mayor y menor, y manifestada con todos sus síntomas la reciente dolencia, comenzó el doctor Salido á lanzar carcajadas tan estupendas, que ambos visitantes le tuvieron compasion, figurándose que de súbito se le habia trastornado la mollera y descompuesto el juicio. Pero el insigne doctor apenas tomaba aliento, volvia con nuevo ímpetu y explosion á sus alborotadoras risas, y ya nuestros amigos perdian la paciencia, cuando les dijo con entrecortadas frases.

—¡Bah! ¡Bah! ¿Y no es más que eso? ¡Qué memoria la mia! Tendré que apuntarlo todo. Al momento..... estará usted curado. ¿Cómo se me olvidó advertirlo? Eso no vale nada. Síganme ustedes.

Y pasando la trastienda de su farmacia, llegó á un pátio, que más bien por lo ahogado y oscuro semejaba el fondo de un abismo. En mitad de este pátio habia un pozo con su brocal de piedra, que ni siquiera es concebible una botica sin pozo, y volviéndose á entrambos amigos, dijo al señor de Palomeque.

—Apoye usted la mano izquierda sobre el brocal, levante un poco la pierna curada... así... eso es... y ahora dispóngase á verter aguas. Ya verá cómo no le cuesta el menor trabajo... ¿Lo vé usted?

—Con efecto, el señor de Palomeque orinó como si jamás hubiese estado enfermo. Él y Machuca se hallaban atónitos y maravillados.

Aunque experimentó grande alivio, no quedó del todo satisfecho el señor de Palomeque. Así es que dirigiéndose al curandero le preguntó con cierto acento agri-dulce.

—Oiga usted, señor doctor, y cada vez que se me ofrezca la misma necesidad, he de tener la obligacion de venir á agarrarme de este pozo? Porque la cosa me parece demasiado cargante. No podré salir nunca de Madrid, y hasta tendrá usted que darme habitacion en esta casa. De otra manera...

—Jesus, mi señor de Palomeque, no sea usted niño; ¿habia yo de cometer semejante disparate? Aquí no hay más falta que la de mi memoria. Se me olvidó advertirle á usted que á tal árbol, tal astilla, y que díme con quién andas y te diré quién eres; y que debemos bailar al són que nos tocan, y finalmente, que siempre que vaya á orinar levante algo la pierna curada, porque en lugar del hueso cortado en parte, le mandé poner y acomodar otro, como quien ingerta, y este otro hueso extraño era... pues... era de perro.

Madrid: Enero de 1878.

UN TIPO SINGULAR.

UN TIPO SINGULAR.

Entre las ciudades que de nuestra Península conozco, ninguna puede apostárselas con Sevilla y Cádiz en lo de producir caracteres raros y originalísimos. Atribúyese esto generalmente en Cádiz al levante, ó mejor dicho, á los levantes; pues cuando soplan tales vientos, la gente nerviosa, que en el pueblo de Hércules abunda mucho, suele sentir perturbaciones tan hondas en su organismo, que se vé como impulsada á cometer las mayores extravagancias y no pocos desmanes. El levante suele poner furiosos á los dementes y soliviantar á los que no lo son; mientras azota la bahía con sus ardientes alas, menudean los disgustos, riñas y escándalos, y se suicidan los tristes y descontentos de la existencia, y áun los alegres y robustos experimentan cierto malestar inexplicable. El extremado abuso del café no debe ser extraño á este fenómeno; yo creo que ayuda á producirlo y acrecentarlo, así como tambien el respirar de contínuo una atmósfera salitrosa y llena de las emanaciones del Océano.

Ciertamente que en Sevilla no aparecen tan claras y

de relieve las mismas cáusas ni otras análogas : su lecho, como el de Cádiz, no es un peñon desnudo y árido, sino tierra fertilísima, poblada de jardines; su atlántico es el Guadalquivir; sus vientos, por lo comun, templados y olorosos; y es tal su alegría y tales la comodidad y dulzura con que la vida se desliza en su seno, y sus monumentos tan numerosos y grandes, que desde muy antiguo se han hecho proverbiales, y así se dijo : *quien no vió á Sevilla, no vió maravilla; á quien Dios quiso bien, en Sevilla le dió de comer*, y tambien

La mejor ciudad de España,
aquella que el Bétis baña.
De las que Bétis rodea
la que la Giralda otea, etc.

Y si fuese á continuar citando refranes encomiásticos y laudatorios de la reina de Andalucía, ya me habia caido tarea para una semana. ¿De dónde, pues, nacen las singularidades y extravagancias que se notan en muchos de sus hijos? Compréndese bien que de puro aburrida se ahorque la gente en Inglaterra; que allí donde no se vé sol ni dia claro en meses enteros, se crie mucha bílis y anden los cerebros descompuestos y nebulosos; pero en Sevilla parece un absurdo siquiera el imaginarlo. Tal vez consista en que los sevillanos somos todavía medio latinos, medio godos y medio árabes; tal vez la ardiente imaginacion y sangre meridional sean la cáusa de ello; lo cierto es que Sevilla y Cádiz son gemelas en esto de producir tipos originales, y basta de introduccion ó preámbulo.

Sevillano de pura raza era don Juan de Clavijo. No se apellidaba de este modo; pero, querido lector, á tí te dá lo mismo llamarle Gonzalez que Gutierrez, y á mí se me facilita la narracion callando el santo y refiriendo los milagros, que no dejan de ser amenos ni repetidos; tanto que llegó por ellos entre sus contemporáneos á cobrar grandísima fama, todavía duradera en la generacion presente. Vivió el insigne don Juan de Clavijo desde mediados del siglo anterior hasta ya algo entrado el actual; era de ilustre familia, opulento como Creso, avaro en pocas ocasiones y pródigo en muchas, de talento agudo y cultivado, gallarda y varonil presencia, escaso de palabras y fecundo en hechos. Aunque viudo desde muy jóven y sin hijos de su matrimonio, no habia querido casarse de segundas nupcias; porque, segun palabras textuales, pensaba averiguar en su misma persona los años que puede vivir un hombre «sin odios y sin amores, sin penas ni acreedores», y haciendo en todo lo que le diese la real gana. Me parece que el problema es importante; el solo hecho de proponerse resolverlo demuestra que mi héroe no era ningun hombre vulgar, sino uno de los mayores filosofazos que imaginarse pueden.

¿Cuáles son, me preguntará álguien, los méritos y particularidades de ese talentudo filósofo clavijeño? Declaro francamente desde ahora que no sé toda la historia de su vida, pues una de sus mayores discreciones fué la de no escribirla, ni pagar biógrafos que la escribieran, ni prensas que la copiaran, ni críticos que la aplaudieran sublimándola hasta el sétimo cielo.

Mas si por la garra se conoce al leon, y con solo un

par de huesos adivina el naturalista la estructura y total anatomía de cualquier bicho antediluviano, fácil á todos será por sus notables hechos conocer qué clase de persona era don Juan de Clavijo y los muchos puntos que en muy diversas materias calzaba.

* * *

En el barrio de Santa Clara vivia ó vegetaba pobre y enferma una mujer anciana, viuda de un tejedor. Tenía dos hijas, solteras duras, como suele llamarse por allá á las que á cierta edad áun no se han casado. Verdad es que las tales doncellas ni siquiera tiempo y ocasion habian tenido para tratar de noviajos; pues desde la mañana á la noche pasaban los dias cosiendo y bordando para sostener y alimentar á su madre, sostenerse ellas mismas y pagar la mezquina vivienda que habitaban. Llenas de resignacion y delicadeza, no se lamentaban jamás, nunca pidieron socorro, á nadie le debian un cuarto. Los vecinos y cuantos venian á encargarles trabajos de costura, las querian y respetaban. Mas la madre se agravó; tuvo necesidad de médico y medicinas; juntóse á esto la escasez del jornal y falta de ahorros, y comenzaron los aprietos graves.

Clavijo lo supo, y desde entonces no pasó dia sin que alguna de las hermanas en el patio, en la salita baja, en el zaguan al abrir la puerta, y sobre todo, en una despensilla con ventanuco de un pié cuadrado que daba á la calle, sin más puerta que una cruz de hierro, no hallasen

un peso duro, columnario, de plata fina y más sonora que una campana; un duro, en fin, del siglo anterior, y basta para encarecer su mérito. ¿Quién era el duende, mejor dicho, el alma discreta y piadosa que tan generosamente las aliviaba en su necesidad, excusando presentarse para evitar hasta las más naturales palabras de agradecimiento? Por mucho que las maravilladas costureras se devanaban los sesos cavilando, no sacaban en limpio el nombre de su bienhechor. ¿Sería un ángel? ¿Sería tal vez algun cuervo de aquellos que en edades antiguas iban diariamente con su pan en el pico para alimentar á los cenobitas del desierto? ¡Ay! Las modestas jóvenes no se creian tan santas como para que los ángeles bajasen del empíreo á socorrerlas, y en cuanto á los cuervos proveedores grátis, ya hace largos siglos se acabó semejante casta de pájaros, sin que hayan dejado descendientes. ¿Sería... ¡qué horror!... sería el diablo mismo? En el siglo pasado, y en España, el diablo era todavía un personaje importante. Hoy yace arrinconado el infeliz, sin que nadie le haga caso. Además, el diablo no podia ser; que el árbol se conoce por sus frutos, y ellas habian remediado sus apuros, y su madre se encontraba ya de pié y mejor que antes, y aquellos pesos duros fueron y estaban siendo dinero de bendicion.

Pero ya dos meses eran pasados y la argentina lluvia continuaba. Las hijas y la madre estaban fuera de sí; la alegría, y más aún la curiosidad, una curiosidad invencible y ardentísima, las traia sobreexcitadas y calenturientas. ¿Quién será? ¿Quién podrá ser? Estas preguntas no se caian de sus labios. Pasaron de centinela varios

dias. Al fin llegó uno, funesto y aciago para ellas, en que agazapadas y ocultas madre é hijas vieron venir con paso cauteloso á un caballero embozado en lujosa capa de seda. El caballero, tanto por sus riquezas, como por lo ilustre de su nombre, y más que todo por sus genialidades, era famoso en la ciudad entera, y conocido de grandes y pequeños; ellas le conocian tambien, aunque solo de vista. ¿Seria el hombre generoso que las aliviaba en su escasez? Porque ellas, como mujeres, nunca dudaron de que fuese un hombre. El misterio se aclaró en seguida; el embozado se acercó al ventanillo de la despensa, miró á todos lados, y no viendo á nadie, arrojó el duro de costumbre dentro de la casa. Al mismo tiempo un terceto de voces femeninas clamó en diversos tonos.

—¡Buenos dias, señor de Clavijo!

—¡Que Dios se lo pague, señor de Clavijo!

—¡Es su mercé muy bueno, señor de Clavijo! ¡Ay, señor de Clavijo!

Y el señor de Clavijo, abochornado como estudiante sorprendido en una picardigüela, dobló la esquina y se eclipsó para siempre. El duro se eclipsó con él, como desaparecen los satélites al perderse fugitivo el planeta por la extension de los cielos.

*
* *

Como se vé por el suceso anterior, don Juan de Clavijo era persona de buenos sentimientos. Disgustábale muchísimo que álguien careciese de lo preciso, y al co-

nocer la necesidad, nada omitia para remediarla. Así es que todos los braceros sin trabajo acudian á él en busca de ocupacion y jornal, y él los colocaba en su casa, ó los llevaba al Ayuntamiento para colocarlos, ó cuando nó, los socorria de su bolsillo dándoles el mismo ó mayor jornal que tenian antes; pero imponiéndoles alguna obligacion para que no estuvieran ociosos. Estas obligaciones ó *tareas*, como las llamaba el señor de Clavijo, eran innumerables y por diverso estilo. A un carretero, de lengua procaz y blasfemadora, y más bebedor que Baco, le estuvo pagando medio duro á cambio de no emborracharse y de rezar el rosario durante seis horas seguidas en voz alta ante una imágen de la Vírgen que tenía en el portal de su casa-palacio. A los cuatro dias no volvió á parecer el carretero.

Habia lo de llenar un cubo y vaciarlo en el mismo pozo, y volverlo á llenar y vaciar durante muchas horas; lo de estar cantando desde la azotea de la casa las horas, las medias horas y los cuartos del reloj de torre de la vecina iglesia; lo de enviar á un hombre con una carta insignificante á pueblos que distaban diez ó quince leguas, exigiendo del corresponsal una contestacion cualquiera para justificar el viaje, etc., etc. Tenía el señor de Clavijo la idea, entonces rara, de que la limosna humilla, y procuraba dar su dinero á cambio de algun trabajo, aunque este trabajo le fuese enteramente inútil. Lo notable es que jamás encargaba á dos individuos igual faena, por donde se vé su maravillosa inventiva.

Cuéntase que en cierta ocasion vinieron á buscarle dos hombres: el uno era blanqueador y el otro albañil.

— Señor, que no hallo trabajo y tengo cuatro criaturas, dijo el primero.

— Señor, que no tengo trabajo y me piden pan siete criaturas, exclamó el segundo.

— Siete y cuatro once: ¡qué barbaridad de fecundidad! ¡Once hijos estos hombres flacuchos y alimentados con rábanos y verdolagas! ¡Y yo comiendo tajadas de á libra, y bebiendo Jerez, y capaz de hundir un muro de una patada, no he tenido ninguno! ¡Soy un sin vergüenza y merezco un presidio!

Sus ojos fulguraban; los jornaleros, sin atreverse á chistar, le miraban con asombro.

— Vamos, añadió el señor de Clavijo: contra ustedes no vá nada. Que esta misma tarde vea yo en este mismo patio á esos once... ¡qué atrocidad! ¿no eran once? Que vea yo á esos once príncipes de Astúrias, y á sus madres, y á ustedes tambien, y todos saldreis vestidos de nuevo y hartos de comer y beber y con algo en los bolsillos. A vosotros dos ya os encargaré tarea. ¿Qué me mirais embobados? ¿Hablo yo en latin? Marchen, y que luego no me falte ni uno solo.

¿Qué habian de faltar? En mitad del extenso patio y á la hora convenida estaba yá toda la chiquillería acompañada de sus respectivas madres y padres, más algunos parientes que al olor del socorro se habian agregado; con lo que aquella reunion presentaba el aspecto de un aduar de gitanos ó de una tribu salvaje de los bosques. Hubo reparticion de vestidos, comida y moneda, y se fueron todos muy ufanos y contentos, diciendo en su interior: «¡cuándo nos veremos en otra!»

Digo que se fueron todos, y digo mal; porque el albañil y el blanqueador, cabezas y patriarcas y fundadores de aquella tribu, quedaron como clavados en sus puestos á una señal de Clavijo, que les habló de este modo.

—Tú, blanqueador, ganabas antes seis reales diarios; desde mañana tendrás doce. Tú, albañil, ganabas siete; desde mañana tendrás catorce. El uno me blanqueará el salon bajo que sirvió de almacen, leñera y carbonera; el otro construirá un poyete de ladrillo á lo largo del zaguan, y ambos me avisareis cuando se concluyan estos trabajos para emprender otros.

Excusado es ponderar lo satisfechos que se fueron ambos jornaleros. A las siete de la mañana ya estaba cada cuál en su puesto trabajando con fervor, y á los dos ó tres dias habian terminado sus faenas y decian al señor de Clavijo.

—Señor, ya está blanqueado el salon que sirvió de almacen y leñera. Las paredes se hallaban casi negras y he tenido que darles hasta cuatro manos y bien espesas.

—¿Sí? pues dale otras cuatro, y avísame en concluyendo.

—Señor, ya está hecho en firme el poyete de ladrillo al lado izquierdo del zaguan.

—¿Sí? ¿Con que está en firme y al lado izquierdo? Pues mira, derríbalo y desbarátalo y pónlo en el lado derecho. En acabando, me avisas.

A poco, nuevos avisos y nuevas órdenes. El poyete fué cambiado otra vez á donde antes se hallaba, pasando de la derecha á la izquierda, y el salon recibió otras cuatro manos de enjalbegadura.

Estas consultas y estas órdenes se repitieron muchísimas veces; el salon, donde se habian consumido por cientos las arrobas de cal de Moron, deslumbraba la vista, más blanco que una paloma: y el poyete, como el Judío errante, no paraba de andar de un lado á otro, sin fijarse en parte alguna. Siempre aguardaban los operarios que el señor de Clavijo les encargase un trabajo nuevo, y siempre las mismas órdenes se repetian con el intervalo y regularidad que dá sus golpes la péndola de un reloj. Así pasaron dos años: ¡dos años haciendo y deshaciendo un poyete, y refregando la misma brocha por la misma pared! Esto era para desesperar y aburrir al santo más cachazudo y flemático, aunque fuera el mismo San Simeon Stilita, de quien cuentan que pasó cuarenta años subido sobre una columna; por lo que yo le califico del hombre más ventilado que hubo jamás en todo el globo terráqueo.

El blanqueador y el albañil estaban ya con la sangre quemada y frita. Cien veces hubieran mandado á paseo al señor de Clavijo; pero el buen jornal y el recuerdo de sus hijos les enfrenaba y contenia. La última vez que fueron á tomar sus órdenes, llevaban uno y otro caras tan alegres como el que siente retortijones de tripas ó un súbito pisoton en los callos.

— Señor, ya está blanqueado por milésima vez el salon que fué almacen y leñera.

—¿Sí? Pues dale otras cuantas manitas y avísame luego.

—Es que ya no cabe ponerlo más blanco de lo que está, señor de Clavijo.

—Ya lo sé, hombre; pero el caso es que deseo averiguar si vivirás tú lo bastante para conseguir á fuerza de blanqueos que se junten las cuatro paredes del salon.

— Pues no lo averiguará su mercé; porque yo me voy ahora, y no pienso trabajar más en lo mismo, aunque me muera de hambre.

Y dicho esto, le volvió la espalda. A su vez dijo el albañil.

—Señor, ya el poyete está labrado en firme al lado izquierdo del zaguan...

—¿Sí? Con que en firme, ¿eh? ¿Y al lado izquierdo? Pues la cosa es muy sencilla; lo desbaratas y lo vuelves á poner en el derecho.

— Lo desbaratará usía con los dientes, respondió el osado albañil, que yo no pienso tocarle.

El señor de Clavijo era robusto y colérico. Al escuchar la desvergüenza del albañil, le tiró tan furioso puntapié, que si no se aparta con tiempo, le deja en situacion de no poder hacer más poyetes en su vida, áun suponiendo que del golpe quedara vivo. El jornalero salió escapado como alma que lleva el demonio, y el señor de Clavijo, apaciguada ya su cólera, quedóse murmurando filosóficamente.

—¡Qué inconstantes y volubles somos los andaluces! ¡Cansarse, nada más que á los dos años de hacer y deshacer un poyete y de blanquear una pared! Y esos hombres, bien ó mal, comerán todos los dias! ¿A que de esto no se cansan?

* * *

Entre las modas del siglo pasado, habia en Sevilla, para la gente acomodada, la de usar ligerísima capa de seda en el verano, y de paños de vivos colores en el invierno. Generalmente estas eran de paño grana y costaban un sentido. Es una ridiculez y solo demuestra completo desconocimiento de la indumentaria el suponer, como algunos lo hacen, que el lujo se ha desarrollado hoy asombrosamente y que antes era ignorado, ó poco menos, y que nuestros abuelitos solo se vestian por honestidad y frio, es decir, para taparse las carnes y no andar á la intemperie. Al contrario, los trajes eran sobrado ricos y suntuosos, hasta el punto de que pudieran vestirse diez elegantes de los más estirados que hoy vemos por la Fuente Castellana con el importe de lo que llevaba encima un *lechuguino* de entonces, que así se les llamaba.

No era lechuguino el señor de Clavijo; pero su notoria hidalguía, sus relaciones sociales, y más aún su crecidísimo caudal, le llevaban á vestir y á portarse en todo con sumo esplendor y riqueza. Siempre eran sus caballos los mejores cartujanos y cordobeses; su coche, uno de los poquísimos que en la ciudad habia, era un coche de príncipe, aunque no lo usaba; su casa era inmensa y llena de joyas artísticas, y la maciza plata de su comedor y cámaras hubiera con su peso agobiado los lomos de un elefante. Paréceme, pues, que el señor de Clavijo estaba bien equipado y redondeado y no podia en manera alguna quejarse de la ciega diosa. No se quejaba, en verdad, como tantos otros ricachones que se lamentan de vicio, y áun suelen decir con mucha sorna que envidian

al sencillo jornalero de los campos ó al artesano industrioso; por lo cuál yo quisiera verlos esgrimiendo un azadon ó machacando un yunque de sol á sol y por un pedazo de pan, á ver si entonces estaban contentos. Pero dejemos la cuestion eterna de pobres y ricos, que es por extremo peliaguda, y vamos á mi historia.

Claro es que como vestia lujosamente el señor de Clavijo, y él mismo no se hacía las ropas, algun sastre habia de tener, y lo tenía, y era uno de los más encopetados de la ciudad. Pero los sastres de entonces, por muy encopetados que fuesen, no desdeñaban el ir en persona á casa de sus parroquianos para probarles los trajes; por lo cuál sucedió un dia que el señor de Clavijo recibió la visita del suyo. Traíale una capa de grana bordada en seda de colores por el cuello con sumo primor; la tal capa era una joya, y cualquiera, por escrupuloso que fuese, hubiera tenido satisfaccion en vestirla.

Mas al verla el señor de Clavijo contrajo los labios con cierta señal de disgusto, ya porque el corte no le pareciera bien, ya porque no le agradasen mucho los colores del bordado. Despues de examinarla en las manos, y extendida sobre una gran mesa, dijo al sastre.

—Se me figura, maestro, que esta capa me ha de estar sobrado larga. ¿Ha tomado usted bien las medidas?

—Ya lo creo, y con la mayor exactitud y cuidado. No habia de esponerme á echar á perder semejante prenda. Además, añadió con aduladora sonrisa, no todos los parroquianos son tan generosos y espléndidos como el señor de Clavijo, á quien deseo servir con el mayor gusto y eficacia.

El señor de Clavijo era poco accesible á la adulacion, y torció el gesto al escuchar la parla del sastre. Este quiso recuperar el terreno y dar una prueba de la exactitud de sus medidas, por lo que dijo.

—Mi estatura es poco menor que la de vuesencia, y con no ser yo tan alto, la capa de ningun modo me está larga, sino muy bien, que parece hecha de encargo para mí. Y porque no haya duda, puede verlo ahora mismo vuesencia.

A renglon seguido se encajó el sastre la capa y empezó muy ufano á dar paseos, yendo y viniendo por la habitacion. Ya se embozaba con gallardía y desenfado, ya terciaba la tela bajo el brazo izquierdo dejando fuera el derecho como chulo en plaza de toros ó clérigo saltatumbas en tiempo de calores, ya finalmente se paraba á mirarse complacido en un hermoso espejo que frontero pendia. Dejábale hacer el señor de Clavijo, sin quitar de él los ojos, hasta que terminadas las susodichas evoluciones, exclamó el maestro con satisfaccion.

—¿Vé ahora vuesencia cómo la capa está perfectamente que ni pintada?

—Veo que sigue pareciéndome un poco larga. Déme las tijeras.

—Pero, señor, balbuceó el sastre; pero, señor de...

—Vengan las tijeras, repitió imperiosamente el señor de Clavijo.

El sastre, desconcertado y aturdido, le alargó unas tijeras descomunales, que parecian dos sables atornillados por la mitad, y tomándolas mi héroe, añadió.

—Ahora estése quieto.

Y á la lujosa capa, que de los hombros del sastre pendia, le cortó por abajo en redondo como cosa de un palmo. El sastre exclamó.

—Pero, señor, eso es echarla á perder; eso...

—Aun se me figura que está larga, murmuró entre dientes el reformador; venga usted conmigo.

Y sin soltar las tijeras, llevó por un laberinto de galerías y pasillos al sastre, que recordando el humor y extravagancias de su parroquiano, encomendábase á todos los santos del cielo para salir bien de aquella aventura.

Llegaron al fin á una escalera interior, tan empinada y pendiente que parecia un precipicio.

—Baje usted un escalon, dijo el parroquiano al sastre.

El sastre obedeció, y la capa quedó tocando al suelo. Entonces mi héroe esgrimió las tijeras y cortó otro palmo en redondo.

—Baje usted otro escalon.

El sastre bajó y se repitió la misma faena, quedándosele la capa por la cintura, como chupa de majo.

—Pero, señor, prorumpió el maestro sin poderse ya contener, vuesencia no entiende de esto ni jota. ¿Quién ha dicho á vuesencia que á una capa, áun suponiendo que esté un poco larga, se le cortan tres palmos?

—Y ¿quién te ha dicho á tí, sastre de todos los diablos, que el señor de Clavijo se pone ropas que haya estrenado otro? Y conteniendo su cólera, añadió: vaya usted en paz; hágame otra capa; le pagaré las dos; pero no se la ponga antes, porque voto á...

Más ligero que el viento se largó el sastre á cumplir su encargo, no sin ir contando á todo el que quiso oirle

su aventura con el señor de Clavijo, que hizo reir á muchos, contribuyendo á extender y aumentar su estrambótica nombradía.

* * *

Sabido es que las distintas órdenes religiosas, tanto en España como en todo el orbe católico, se diferenciaban unas de otras por cierto carácter y tendencias con que áun hoy las conocemos y calificamos. Así, los trinitarios eran redentores de cautivos; los jesuitas, agitadores y pedagogos; los benedictinos, estudiosos y escritores; los jerónimos, opulentos y robustos, etc., etc. Los frailes franciscanos, numerosísimos, andariegos y mendicantes, no se distinguian en verdad, como teólogos, ni como escritores, ni maestros; eran la infantería del cláustro, el pueblo de las órdenes regulares y el gran depósito adonde se acogian los hombres de la clase llana que no tenian grandes aficiones para el escoplo, el martillo, la lanzadera ó el azadon. A la sombra de nuestro insigne padre San Francisco vivian y engordaban tranquilamente; pues aunque mantenidos de limosna, antes faltaria el sol que faltarles á ellos la cuotidiana, abundante y sólida pitanza. Y vaya esta prueba de sabiduría para cuantos los acusan de ignorantes. Dícese que la base de la verdadera ciencia es la gramática parda, y esta la poseian muy bien, y tan parda como su mismo hábito. Si no se devanaban los sesos con profundos estudios, no por eso dejaban de ser útiles en la cristiana república;

que no todos han de ser Agustinos, Isidoros, Buenaventuras y Crisóstomos.

Pero así como entre las mujeres, tímidas de suyo, si una sale y despunta por la valentía, suelen los más guapos temblar delante de ella, no de otra suerte si de entre la falange espesa de los franciscanos salia un teólogo, no era un teólogo vulgar, sino de los de tomo y lomo, remacha-martillo y tente-bonete. Tal sin duda lo fué el Padre Peana, así llamado, no sé si por apellido propio ó por lo disparatadamente enormes que tenía su merced los piés, que parecian dos libros de coro.

Este tal P. Peana, Dios lo bendiga y lo haya perdonado, era un sujeto buenísimo, servicial, incapaz de hacer daño á una mosca, ejemplar en su vida y costumbres, y entregado por completo á los estudios teológicos. Tenía la cabeza atestada de doctrinas de los Santos Padres, comentadores, escoliadores y expositores; detestaba á los casuistas, probabilistas y probabilioristas, y más que á nadie al jesuita Escobar, por haber falseado la moral de una manera tan profunda y lastimosa. Solia pasarse dias enteros, y áun semanas, pensando en las cuestiones de la gracia y procurando poner de acuerdo con nuevas y sólidas razones la presciencia divina y la libertad humana; tenía sus dudas sobre si fué creada ó increada la luz del Thabor, y sobre si Adan pecó más bien por ignorancia que por maldad, ó al contrario. De lo dicho se deduce que el buen P. Peana no vivia en el mundo real, sino en las abstrusas regiones de la especulacion teológica y de la mística fantasía. Por consiguiente, el buen señor andaba, comia, bebia y dormia sin dar-

se cuenta de sus propias acciones; tan embebido estaba siempre en sus problemas de tejas arriba.

A veces pasaba largo tiempo entre su celda y la biblioteca, sin salir á la calle para nada; hojeaba enormes in-folios en pergamino; meditaba horas y horas inmóvil como una estátua, y luego escribia con febril ardor; escribia, escribia de una manera infatigable. Mas cuando llevaba al parecer casi concluido su trabajo, pintábasele en el rostro el desaliento más profundo; agarraba los manuscritos, y nuevo Bruto, daba muerte á aquellos hijos de su pensamiento, y muerte de hoguera, entreteniéndose en verlos arder y retorcerse entre las llamas, como pintan los cuadros de retablo á las benditas ánimas del Purgatorio.

Pero así como al famoso don Quijote á fuerza de pasarse dias y noches con los malaventurados libros caballerescos se le secó la mollera y acabó por loco rematado, creyéndose universal desfacedor de agravios y entuertos hasta que dió, ó dieron con él en una jáula, de igual modo sucedió á mi buen P. Peana, quien de puro leer herejes para refutarlos, vino á ser uno de ellos y á defender el monoteismo sabeliano, negando al Hijo y al Espíritu Santo la pura esencia divina. Al principio indicó tímidamente su opinion á los frailes más allegados; pero espoleado por contrariedades y réplicas, se atrevió á exponerla abiertamente y sin rebozo, *urbe et orbi*.

No hay para qué calentarse la cabeza averiguando el resultado de semejante propaganda; tuvo el que en su tiempo debia tener; esto es, ser llevado en coche negro á los calabozos de la *Santa* Inquisicion (los antiguos lla-

maron Euménides, *graciosas*, á las Furias infernales), donde á sus solas pudiese reflexionar sobre su situacion y corregir sus perversas doctrinas. En este calabozo fué visitado el P. Peana por los teologazos más enormes y y sabihondos que entonces se conocian desde el Puerto de Camaroneros á los arrabales de la Macarena, y áun por algunos forasteros que se hallaban de paso en Sevilla, ó habian acudido ganosos de volver al redil de la Iglesia la oveja extraviada.

Pero todos se llevaron chasco, y al fin tuvieron que declarar inútiles sus esfuerzos, ineficaz su elocuencia y perdidos sus argumentos y exhortaciones. El P. Peana se mantenia en sus trece, más firme y entero que empinada roca en medio del mar, y no habia manera posible de hacerle tragar las tres personas de la Santísima Trinidad; pues al Concilio de Nicea contestaba con los sínodos de Bitinia y Antioquía, y á las enseñanzas de Atanasio, Basilio y Gregorio Nacianceno, con las de Eusebio de Nicomedia, Paulino de Tiro y Atanasio de Anazarbe. Cuando un hombre empeña su inteligencia y su amor propio en sostener una opinion, ya pueden irle con razonamientos, demostraciones y autoridades: negará que dos y dos son cuatro, negará la luz aunque le claven el sol en la punta de las narices y se negará á sí propio antes que dar su brazo á torcer y retractarse de la doctrina sustentada.

Usando de un argumento poderoso, aunque no incluido en los tratados de dialéctica, bajáronle á otra prision más lóbrega y estrecha, aumentaron el rigor con que le afligian y áun por vários dias le pusieron á pan y agua.

Ignoro si el pan y agua, como único alimento, encierran en sí alguna virtud eficaz y persuasiva que abra el entendimiento á la verdad y nos haga aborrecer los errores; pero si tal virtud tienen por lo general, no la tuvieron en el caso particular presente; que el P. Peana aguantó el ayuno como un árabe y no se blandeó siquiera en su obstinacion y herejía. Las cosas fueron de cada vez poniéndose más feas, porque ante las mismas barbas del Tribunal del Santo Oficio estuvo rebelde y contumaz, y arguyó y redarguyó hasta que á la fuerza le impusieron silencio.

Ya habian corrido por toda Sevilla la historia y doctrinas del P. Peana, y ya el menos lince le veia convertido en chicharron en el quemadero del campo de Tablada; que tal era el último é irrefutable argumento que solia emplearse en pró de la Iglesia católica-apostólica-romana y de sus enseñanzas y doctrinas. Pronto habia de celebrarse un auto de fé, y si el disidente no recobraba el buen sendero, figuraria en la procesion de sentenciados con sambenito, coroza y llamas, y sería tostado como San Lorenzo y aventadas sus cenizas despues, segun piadosa y antigua costumbre.

Tales rumores llegaron al señor de Clavijo, que no habia de ignorar él solamente lo que todos sabian. Era además conocido del fraile, desde que este en cierta visita, usando y abusando de su carácter, le censuró sus extravagancias: por lo que mi héroe lo mandó á paseo y no le volvió á dirigir la palabra, ni áun cuando de manos á boca le veia en la calle. El P. Peana creyó entonces que el señor de Clavijo estaba loco, y Clavijo tuvo

al P. Peana por un solemne tonto, relleno de teología y forrado de hábito franciscano. Lo más chusco del caso era que ninguno de los dos se equivocaba por completo en su juicio. Indudablemente en la máquina de ambos caletres no andaba muy bien la rueda catalina.

Pero que el señor de Clavijo reputase por tonto al padre Peana, no era razon para que tuviese gusto en verle quemado como leña vieja; antes al contrario, sintió mucho que aquel pobre hombre se hubiese metido en tales discusiones y honduras teológicas que podian costarle el pellejo. Decia en alta voz y sin reserva alguna, que si la Inquisicion quemaba al franciscano, haria una barbaridad, porque el P. Peana era un inocenton que se caia en pedazos de puro bueno, y que todo ese jaleo que habia armado con el dogma de la Trinidad era á fuerza de tonto y no por depravacion de ninguna clase. Y para dar más vigor á sus afirmaciones, solia preguntar con desaforados gritos y ademanes.

—¿Qué quieren ustedes que haga un hombre que tiene la cabeza como un melon y cada pié como un falucho? ¿Acaso los señores de la Inquisicion no han conocido todavía que el P. Peana es un simple? Pues yo sin haber aprendido esos cánones ó cañones, ni esas teologías, ni esos libros apolillados del tiempo del rey Herodes, lo conocí al vuelo desde que le hablé, porque para lo que está á la vista no se necesitan lentes. ¿Créen ustedes que lo quemarán? No lo quemarán, no lo quemarán á fé de Clavijo.

Y con efecto, el compasivo y extravagante prócer sevillano anduvo en un pié como grulla, sin dejar piedra

por mover, ni registro por tocar, hasta que se convenció ó lo convencieron de que no mediando una retractacion formal y explícita del P. Peana, era inevitable un fin trágico y doloroso; pues el escándalo habia cundido á toda la provincia y áun más allá, y no existia otra fórmula de atajarlo que la retractacion ó el quemadero purificador de heréticas pravedades. Entonces tuvo el señor de Clavijo una idea luminosa. Pidió y obtuvo licencia para comunicar con el preso, ofreciendo reducirle al gremio y redil de la Iglesia católica-apostólica-romana solo con la fuerza de sus observaciones y raciocinios. El prelado inquisidor que le dió su permiso para la conferencia, no pudo menos de sonreirse á tal propósito, recordando los muchos y graves y doctísimos Padres que ya lo habian intentado, sin adelantar un ápice ni doblegar en lo más mínimo la contumacia obstinadísima del padre Peana, que en verdad, en verdad, de seguro merecia llamarse el P. Peñasco, ó el P. Muralla, segun lo inquebrantable y firme que era.

Aquella misma tarde entró el señor de Clavijo en el calabozo del teólogo franciscano. Hallólo sentado sobre una piedra, con los enormes piés en la paja, los codos en las rodillas, y la calabaza, quiero decir la cabeza, entre las manos. Su actitud resignada y tranquila, más bien expresaba la calma del mártir que la furia y desesperacion del réprobo. Aunque sintió los pasos, ni siquiera levantó los ojos para ver quién lo visitaba: sin duda pensó que fuese alguno de los que diariamente venian á sobarle con sus argumentos, y exclamó lleno de tristeza.

—¡Otro más! ¡No me dejarán morir tranquilo! ¿No he manifestado ya cien veces que en todo y por todo me atengo al sínodo de Bitinia y á las doctrinas y enseñanzas de Eusebio de Nicomedia, Atanasio de Anazarbe y Patrophylo de Scythópolis? ¿Acaso un emperador, por más que se llame Teodosio y se apellide el Grande, tiene autoridad para decidir sobre lo que en materias de fé debe de creerse ó no creerse? Pues, ¡qué! El papa Dámaso, ni tampoco Pedro, obispo de Alejandría, ¿eran omniscientes é infalibles? Excuse de argumentos, déjese de textos que no me convencerán, y hágame el favor de retirarse, Padre.

—¡Qué Padre, ni qué Hijo, ni qué Espíritu Santo! ¡Si soy yo, señor de Peana, mi amigo y dueño! ¿Piensa usted que he andado cincuenta veces toda Sevilla buscando empeños y recomendaciones con que entrar aquí para venir ahora á freirle la sangre á puras chinchorrerías? Ni siquiera me ha pasado por la cabeza. ¿Cómo tengo yo de ponerme á disputar con una persona que es un almacen de sabiduría? Me haria usted creer que los bueyes vuelan y que ahora estamos muy tranquilos tomando chocolate. Vengo solo á ofrecerle mis servicios y á manifestarle lo mucho que admiro su colosal y sutilísimo talento, aunque se me figura que las sublimes doctrinas de usted para este vulgo de sotana y hábitos son margaritas entre puercos, porque no las entienden.

—Es mucha verdad, respondió suspirando el Padre Peana: no las entienden, no se hacen cargo de las razones que expongo, ni me presentan otras más poderosas; sino que procuran intimidarme á fuerza de amenazas y

malos tratamientos: hace semanas y áun meses que estoy privado de la libertad, y si ya no han concluido con mi triste vida, es por la esperanza de que me acobarde y haga una retractacion á su gusto; pero no han de verse en tal espejo, porque estoy dispuesto á todo antes que volver atrás un solo paso, ni desmentirme en una sola palabra.

—Soberamente pensado, querido P. Peana: veo que es usted de la antigua raza de aquellos espartanos que murieron como chinches en las Termópilas por no retroceder ante los persas. A mí me gustan los hombres enérgicos y sostenidos, pero no de modo que la energía degenere y caiga en atrocidad, ni la constancia en testarudez. Así, que en esta ocasion, si bien apláudo la entereza de su carácter, sentiré mucho verle morir asado como una chuleta, por cáusa que no lo merece.

—¡Que no lo merece! replicó vivamente el fraile: ¡que no lo merece, dice usted! Pues si esta es la reina de las cuestiones teológicas, *¡caput theologiæ!* Si esta cuestion ha revuelto y perturbado el mundo católico, enumerándose por miles y miles de cientos los santos, obispos, padres de la Iglesia, doctores y teólogos de toda laya que por ella y contra ella han disputado, predicado, combatido y escrito! Si tan solo desde Melecio y sus discípulos...

—P. Peana, dejemos á Melecio y sus discípulos en su casa ó donde esten, y vamos á lo que importa. Ya le manifesté que no me ha traido aquí el deseo de argumentar: no soy tan niño que me haga la ilusion de convencer á nadie, ni mucho menos á un hombre como usted,

que en cada rincon de la cabeza tiene una carga de libros. Vengo solamente á exponer á su buen juicio un caso, y es como sigue: supongamos que hay un fraile y que se llama..... cualquier cosa: el P. Clavijo, ó el P. Peana, por ejemplo. Este fraile, á fuerza de quemarse las cejas leyendo in-fólios, dá en la manía de negar lo que todos creen á puño cerrado ó fingen creer, promueve un escándalo, se opone á la corriente, y la corriente lo arrebata y lo sume en un calabozo. Persiste, y le argumentan: responde, y lo llevan á otro encierro más hondo y oscuro: se obstina aún, y lo sentencian y achicharran para esplendor de la Fé católica y diversion de la cruel pillería, que asiste al quemadero como á una fiesta de que es galan el verdugo y víctima el ajusticiado. El fraile no ha escrito ninguna obra donde conste la cáusa por que muere, donde resuene su voz y doctrina hasta entre las generaciones que no han nacido; tampoco deja tras de sí discípulos fervorosos, continuadores de sus ideas; sino que muere aislado como un delincuente vulgar, cuya memoria se pierde y borra al otro dia. Y para esta ruin conclusion, ¡tan grandes principios! Para esto un hombre lleno de sabiduría habrá leido, compulsado, deducido, meditado y estudiado por largos años en innumerables vigilias! Créame, usted, P. Peana: reconcilíese ahora con la Inquisicion: diga y confiese lo que le manden: salga de esta humedad y tinieblas, que luego con más despacio y mejor coyuntura puede escribir volúmenes, formar discípulos y ponerse en parte donde no le alcancen todas las garras de todos los inquisidores del universo mundo. Entre tanto, ¿qué le importa á us-

ted declarar que son tres Personas divinas las que forman la Santísima Trinidad? Que sean tres; ó que sean trescientas, ¿quién le obliga á usted á ponerles casa, mantenerlas ni vestirlas?

Así habló el gran Clavijo y volvió la espalda al conturbado fraile. Al salir entregó algunas monedas de oro al llavero para que á hurtadillas diese al preso alimento sano y abundante; que allí donde anda mal el estómago no rige bien la cabeza, por la gran conexion que hay entre ambas oficinas.

Y ¡cosa admirable! A los dos dias de la citada conferencia se hablaba en toda Sevilla, desde la choza al palacio *(pauperum tabernas, regumque turres)*, de la conversion y reconciliacion de un docto franciscano, á quien inútilmente argumentaron los padres más graves de várias órdenes monásticas, y solo pudo convencer el famoso, el extravagante señor de Clavijo.

Excusado es decir que viéndose al fin libre y tranquilo el P. Peana, que ya era viejo, quiso vivir en paz sus últimos años y no volvió á las andadas, dedicándose más al refectorio que á la biblioteca, en cuya conducta le sobraban ilustres ejemplos que imitar en su propio convento.

En cuanto á los inquisidores, solian decirse meditabundos: —¡Parece mentira! ¿Con qué textos y argumentaciones habrá podido vencer á un hombre como el P. Peana ese endiablado señor de Clavijo?

* * *

Quedó dicho en uno de los párrafos anteriores que el señor de Clavijo tenía un hermoso coche, aunque no lo usaba. Gustábale más pasearse á pié, ó á caballo, pues era diestro y entendido jinete, hasta el punto de que, siendo pobre, hubiese podido ganarse la vida como maestro de equitacion. Y no solo sabía el arte de montar y áun de domar caballos, sino que poseia una multitud de eficaces recetas para curarlos ó aliviarlos en sus enfermedades: la ciencia no ocupa lugar, y mientras más haya, tanto mejor, como dijo no recuerdo qué filósofo pagano. El crédito del señor de Clavijo en la veterinaria daba ocasion á que algunos trajineros conocidos suyos, por ahorrarse el pago del albeitar, le trajesen sus huesudos rocinantes, suplicándole que les recetase algo; aunque en casos tales y adivinada la hambre crónica y el excesivo trabajo de las caballerias como orígen de la enfermedad, solia recetar á los animalitos mucho sosiego y grandes cataplasmas de paja y cebada por dentro de la barriga. Los trajineros se reian, pero dando algun reposo y alimento á sus bestias, lograban reponerlas y quedábanse tan satisfechos.

Y volvamos al carruaje. Como no lo usaba mi héroe, yacia en un enorme cocheron bajo espesas capas de polvo que los gandules de los mozos de cuadra no se acordaban de limpiar, ni áun de vez en cuando por entretenerse: las bestias de tiro, bien mantenidas y viciosas, apenas se apartaban de los pesebres, y aquella parte del servicio doméstico se hallaba en la incuria más lamentable. En las cuadras, pues, parecia existir un mútuo acuerdo entre racionales é irracionales para

holgar y engordar á expensas del señor de Clavijo.

Mas hubo este de echar sus cuentas, y vió que aquello no era bueno. Mediaba el Diciembre y aguardó sin decir palabra á que se acabase. La primera mañana del mes y año siguiente mandó que el carruaje estuviese listo y enganchado para las dos de la madrugada. ¿Adónde pensaba ir á hora tan intempestiva? Cosa de visita no podia ser: teatro, tampoco: todas las funciones acababan entonces muy temprano: á las diez, y áun antes, se cerraban todas las puertas: á las once, Sevilla entera dormia profundo sueño arrullada solo por el viento y la lluvia, cuando venteaba ó llovia; pues aún no se habia inventado la ronda de serenos cantores, ni menos se les habia mandado por la autoridad á estos ruiseñores de farol y chuzo que pregonasen las horas, medias horas y cuartos con la antífona siguiente: *¡Ave María Purísima! ¡Las tantas y media y nublado y viva la Constitucion y la Reina Madre Gobernadora!* Con cuya retahila pasaban la noche los serenos el año de treinta y tantos con la boca abierta de contínuo como mascarones de fuente.

Y vuelta á lo del coche. Estuvo listo y enganchado á la hora designada: el cochero en su pescante y el lacayo agarrado á la trasera. Entró el señor de Clavijo en aquella especie de túmulo monumental que, atronando con su estrépito la desierta calle, partió... ¿Adónde? Al otro extremo de la ciudad y paró en la plaza de Santa María la Blanca frente á la iglesia del mismo nombre. Allí se bajó mi héroe, dejando al fresco *sub Jove frigido* á su coche y criados, mientras él, con paso gentil y sere-

no continente, se entró solo por la calle de Archeros, desapareció por aquel laberinto de callejuelas, antigua judería de Sevilla, y volvió poco despues de media hora á su coche, casa y lecho.

— Corta fué la visita, murmuraban entre sí los criados, suponiendo que el señor hubiera asistido á una cita amorosa.

Pero al dia siguiente se repitió la órden de enganchar y el paseo nocturno á igual hora, y el rato de espera, salvo que esta segunda noche llovió si Dios tenía que echar agua desde las nubes, y los tres regresaron empapados hasta los huesos.

A la tercera, cuarta, quinta noche y durante cuatro semanas se repitió idéntica funcion: siempre el señor de Clavijo se iba por la calle de Archeros y por la calle de Archeros volvia, tardando siempre tambien el mismo tiempo, cual si llevara contados los minutos.

La cosa era no poco extraña: el cochero y lacayo habian hablado con los demás criados de la casa, interpretando de vários modos aquellas nocturnas expediciones, y no tenía ya límites la ardiente curiosidad de la servidumbre clavijeña. Concertáronse, pues, en espiar al amo, cosa para la cuál siempre estan dispuestos desde los que cubiertos de colorines y venerables libreas sirven en dorados alcázares hasta las sucias Maritornes de los peores ventorrillos de las más desiertas encrucijadas. Concertáronse, digo, y repartidos sabiamente los papeles y llegada la hora fatal, cada bicho ocupó su puesto con la firme resolucion de averiguar qué hacía el amo todas las madrugadas en aquella media hora. Mas por la

recámara les salió el tiro, pues observando mi héroe que dos sombras le seguian obstinadamente por las oscuras callejuelas, se plantó en firme, armó una pistola de dos cañones y con voz imperativa mandó despejar el paso, haciendo retroceder á los espías avergonzados y confusos. ¡Qué rabia pasaron al dia siguiente! Reunidos en concilio, cochero, lacayo, cocinero, pinches, jardineros y fregonas, hablaron del asunto, primero todos á la par, y despues uno á uno y por órden como en juntas importantes y graves se debe de hacer para entenderse mejor y mayor mesura. Desde Santa María la Blanca á la plaza de Pilatos no quedó hermosa matrona ni gentil doncella cuyo nombre no babearan aquellas bocas, discutiendo cuál de entre todas sería la Dulcinea de las nocturnas citas, que tan malos ratos les daba. Y al verificar el escrutinio, no omitian sus afiladas lenguas el apellido ó título más respetable por virtud, estado ó jerarquía; sino que todos eran sacados á plaza como géneros de tienda ante comprador opulento y descontentadizo.

—¿Si será la cuñada del Conde, que vive en la gran casa del escudo de armas y zaguan empedrado?

—Más bien se me figura que ha de ser la mujer del oidor, que vino de Méjico.

—¡Hombre, no! Esa, aunque guapa, es cuerpo mayor, y al amo no deben gustarle gallinas, sino palomitas.

—Pues entonces será la sobrina del canónigo Ramirez.

—O la hija del relator de la Audiencia.

—O la hermana del Marquesito, el que jugó á una sota la hacienda de Álamo Blanco. O quizá la nieta...

— Que sea la mujer, hija, hermana, sobrina ó nieta del demonio, estamos lo mismo que antes, y nada averiguaremos echando la imaginacion á pasear: lo que importa es seguir al amo con precaucion y ver dónde entra. Sabida la madriguera, cazada la fiera.

— ¡Como si no hubiera más que seguirlo! Anoche me dió un susto regular. Pero, ¿dónde llevaria guardado aquel trabuco naranjero?

— ¡Qué trabuco, ni qué naranjas! Era una pistola no más; sino que con el miedo te pareció un cañon.

— Pues yo no vuelvo á seguirlo.

— Pues lo acecharemos nosotros, nosotros, clamó el jardinero. Yo tengo la llave de la puerta falsa: por ahí salimos antes de la hora: nos emboscamos bien: conozco el terreno á palmos: hay arquillos, postes, portalones, laberintos y huecos para esconderse un batallon. No es preciso ir detrás del amo, pisándole los zancajos; yo colocaré las centinelas: con que, salud y hasta la noche.

— Hasta la noche, le contestaron en coro.

A la hora señalada ya estaban fijados los puestos, emboscados los vigías y todo listo para la averiguacion que tanto se deseaba.

El carruaje llegó á la plaza de Santa María la Blanca puntual como siempre: bajó el señor de Clavijo y se internó por las angostas callejuelas. Pero esta vez habia de trecho en trecho y á la sombra ojos vigilantes que no perdieron ninguno de sus pasos, sin que él lo apercibiera. ¿Adónde iba? ¿En qué casa entraria? ¿Cuál sería la dama de las entrevistas nocturnas? Pocos minutos faltaban para saberlo.

— Mas ¡qué chasco llevaron los curiosos al ver que en la plaza de San Bartolomé se detenia su amo ante un retablo de ánimas alumbrado por una mezquina lamparilla, y allí permanecia la media hora de costumbre rezando ó papando moscas, y luego echaba una limosna en el cepillo, y sin más ni menos regresaba á su casa! Esto era una cosa atroz: era defraudar la curiosidad pública y engañar á la gente honrada, que no debia sufrir tamaña burla. Si el señor de Clavijo hiciera tales excursiones para seducir á una soltera, casada ó viuda y perturbar el reposo y buen nombre de alguna familia, ¡anda con Dios! al fin y al cabo los hombres son frágiles y las mujeres tambien, y todos tenemos nuestros pecados; pero levantar á la gente en lo mejor del sueño, hacerla enganchar el carruaje, atravesar la ciudad con frio, lluvias ó vientos y luego tenerla de planton al aire libre, todo para ir á rezar varios padre-nuestros á las benditas Ánimas del Purgatorio y echar una limosna en el cepillo... esto era tan inconcebible y absurdo, que de comun acuerdo al dia siguiente, cochero y lacayo se despidieron indignados y se fueron echando sapos y culebras. Entonces el señor de Clavijo vendió el coche con el ganado de tiro, y al embolsarse los cuartos exclamó con encantadora sencillez.

— Por mí no hubiera nunca vendido el coche ni despedido á esos criados, aunque no me servian para nada; pero ya que me los quitan de encima las benditas Ánimas del Purgatorio, iré á darles las gracias de dia y con sol y cuando pueda; que muerto el perro, se acabó la rabia.

*
* *

Tenía el señor de Clavijo otras mil rarezas y singularidades, cuya memoria se ha conservado por tradicion entre muchas antiguas familias sevillanas. Comia las sopas en vaso, se bañaba de pié en un grandísimo tonel y gastaba no pequeñas sumas en comprar pájaros de todas castas y colores y echarlos á volar en seguida, deleitándose en verlos ir por el aire cantando de júbilo. No usaba cofre, arcon, ni gaveta para el dinero, sino que lo guardaba en una sala de macizos muros y ferrada puerta: en un rincon estaba amontonado el oro sobre el suelo, como si fuera trigo; en otro la plata, y en otro la calderilla. En el cuarto rincon tenía una ancha mesa de escritorio con estante de roble encima, donde conservaba los títulos de propiedad de sus numerosas casas y haciendas de campo, las escrituras de contratos y demás papeles importantes. Cuando iba á salir de paseo, entraba en esta sala del tesoro, cogia un puñado de cada monton, lo metia en un bolsillo diferente, y al volver tiraba á cada rincon lo que le habia sobrado de sus gastos y limosnas. Por él se dijo sin duda para ponderar las riquezas de un hombre: «Trata las onzas á puntapiés.» Aborrecia los relojes, porque siempre estan avisando del tiempo que se vá y jamás tuvo ninguno: amaba los bichos, y su casa era una nueva arca de Noé con tantos perros, gatos, carneros, galápagos, monos, caballos, mulas, etc.; solia ir alguna vez á la feria tradicional del *juéves*, montado en un brioso potro para hacerlo galopar con estrépito por cima de los platos, vasos y botellas, cazuelas y ollas que ponen los vendedores sobre mantas en el suelo, pagando despues generosamente las ro-

turas, y como los cacharreros sabian su humor y su largueza, en vez de espantar al caballo y apedrear al caballero, prorumpian en desaforados gritos clamando: — *¡Por aquí, señor de Clavijo! ¡Por aquí, que no he vendido nada! ¡Venga ese jaco, señor de Clavijo!* — Y á todo lo largo de la calle Ancha de la Feria se armaba un jaleo de quince mil demonios, con las desaforadas carreras sobre loza y cristales, voces de los vendedores y apláusos de los transeuntes.

El señor de Clavijo, aunque hombre llano y hasta brusco en ocasiones, no era nada ignorante; al contrario, alcanzaba más que muchos doctores en ambos derechos y que muchos padres graves cursados y curtidos en la teología dogmática y moral. Su inteligencia estaba al tanto de lo que se pensaba y escribia en los más adelantados pueblos de Europa, y como los libros de allende los Pirineos eran en España contrabando abominable, venian entonces á Sevilla por los barcos del rio, con la particularidad de que los destinados á mi héroe salian ya encuadernados de Marsella y con rótulos arbitrarios en el dorso por este órden: *Obras de Santa Teresa de Jesus: Sermones del V. P. Fr. Luis de Granada: Meditaciones Piadosas: Vida del Patriarca San José;* etc.; y abiertos luego resultaban tratados filosóficos y políticos de autores nefandos, entre los que no faltaban Diderot, Voltaire y Rousseau. Pero solamente los abria y estudiaba su dueño; que si algun amigo, leyendo los títulos á través de las alambreras del estante, pedia prestadas las obras de Santa Teresa ó de otro cualquier santo ó varon piadoso, el señor de Clavijo contestaba impasible.

—«Vaya usted á la librería de frente á la Catedral, tome ese libro y que me lo pongan en cuenta, que yo se lo regalo; pero de mis estantes no sale ninguno.»—Con lo cuál alejaba á los moscones y se ahorraba de serios disgustos.

Innumerables serian los rasgos y originalísimos hechos que del señor de Clavijo podrian citarse; mas para muestra bastan los ya narrados, que ni pienso escribir su biografía, ni es justo llenar el presente volúmen con un solo personaje, pues sería quitar su sitio á los demás. Pero lo que no puedo ni debo dejar en olvido para postre y conclusion es la ocurrencia final de mi héroe, celebrada por las cien trompas de la Fama y atribuida á protagonistas diversos por ignorancia ó mala memoria de los narradores.

Cumpliendo en sí mismo su propósito de averiguar lo que duraba la vida de un ciudadano «sin ódios y sin amores, sin penas ni acreedores», llegó el insigne señor de Clavijo á la avanzada edad de ochenta años. Era un viejo fuerte y derecho como un roble, de nevada cabeza y tan buen semblante, que cualquiera le hubiese pronosticado siglo y medio de vida. Mas Dios lo tenía dispuesto de otro modo; y un dia se sintió tal, que, vislumbrando próxima su muerte, hizo testamento dejando la mitad de sus bienes á dos sobrinos, y la otra mitad, por iguales partes, para las viudas pobres, los niños de la Inclusa y los maestros de escuela, que entonces tenian tanta hambre como ahora y áun más, si cabe aumento en lo infinito. Postrado en el lecho y cada vez más grave, envió de nuevo á un criado con toda urgencia para que le

trajese no un escribano, sino dos; y esto á escape, sin pérdida de minuto, pues no queria morir sin manifestar su última y postrimera voluntad.

¿Qué voluntad sería esta? ¿Acaso no habia hecho ya testamento? ¿Querria modificarlo ó anularlo con disposiciones posteriores? Y en caso tal, ¿quiénes serian los agraciados? Además, ¿no era una cosa extraña llamar dos depositarios de la fé pública, siendo suficiente uno solo para autorizar tales documentos? Estas reflexiones ocupaban á todos los criados de la casa, y áun á los escribanos mismos, mientras á toda prisa acudian al llamamiento, que no tan diligentes buscan los cuervos la carroña, como estos señores el lecho del rico moribundo.

Llegaron presurosos á la alcoba seguidos de muchos criados curiosos, y solícitos preguntaron qué se ofrecia al señor de Clavijo, quien luchando con las postreras ánsias, les hizo señas de que se colocaran á un lado y otro de la cama, y luego les dijo en frases entrecortadas y voz fatigosa.

— Os he mandado llamar... porque deseo morir... como Cristo mi Redentor... entre dos ladrones.

Y echando atrás la cabeza, espiró.

¡Que Dios lo tenga por siempre en su santo Paraiso!

Madrid: Enero de 1878.

EL CENTINELA.

EL CENTINELA.

I.

Cosa muy comun es, tratando de la milicia, presentarla solo bajo el aspecto romancesco y brillante, sin detenerse en ciertas consideraciones prosáicas, llamadas desdeñosamente menudencias; pero en realidad estas menudencias son tales y tantas, que oscurecen lo principal, y en muchas ocasiones abruman al hijo de Marte, poniéndolo de humor de todos los diablos, y áun maduro como un una breva cuando valen á tres ochavos libra. La jovenzuela que puesta de cien alfileres y de pechos al balcon vé pasear la calle al gallardo oficialito, se lo imagina á caballo sobre un magnífico alazan, blandiendo la toledana despues de haber atropellado y roto enemigos escuadrones como otro apóstol Santiago, con los ojos radiantes de valor y ceñidas las sienes por los laureles de la victoria; pero nunca se lo figura pálido cual un difunto al entrar en fuego y temblándole las pantorrillas y deseando estar á mil leguas del campo de bata-

lla, á pesar de ser esto más comun y frecuente que lo otro; ni tampoco se lo finge probando el rancho, ni instruyendo reclutas más torpes que alcornoques, ni en otras faenas humildes y muy poco dignas de la trompa épica. Pues no digamos nada del que designado por la suerte para cargar con la mochila y el fusil, deja el taller ó los campos donde pasó su infancia y emprende contra su voluntad la vida soldadesca y oye leer una ordenanza previniéndole á cada momento que por la falta más leve será fusilado, ó cuando menos echado á presidio, y tiene que aprender el ejercicio y barrer las cuadras del cuartel, ó aguantar las impertinencias de la señora y limpiarle el moco á los niños, si algun oficial de graduacion lo nombra asistente suyo y consigo se lo lleva.

Tal sucedió á cierto soldado gallego apenas entrado en el cuartel y aprendidos de mala muerte los rudimentos primeros de la milicia. Pero el buen Domingo, que así se llamaba aquel pedazo de carne bautizada, en ningun modo realizaba el tipo tradicional del asistente listo, perspicaz y mañoso; porque era más bruto que buscado al intento, y destrozaba la ropa al cepillarla y no sabía guisar y equivocaba todos los encargos, cometiendo los mayores desatinos. La levita de su amo perdia el pelo y los botones; cuantas veces puso mano en la cocina hubo que comer de fonda, y á un coronel le encajó el recado siguiente: — « Díceme mi amo que le diga á V. S., que alegróse bastante de su enfermedad y que siente mucho el alivio.» Cuando en el ejercicio de instruccion le mandaban armas al hombro, solia calar bayoneta ó emprender el paso redoblado; y en cierta ocasion que hubo sal-

vas fúnebres en el entierro de un jefe superior, cargó el fusil con dos balas y por poco despacha con el muerto al teniente de su compañía.

Con tales circunstancias y tan singular aptitud, excusado es ponderar los palos que llevó y los dias de arresto que sufrió y las burlas que le hicieron sus camaradas. Solo la paciencia y robustez de un gallego hubiesen podido resistirlo todo; con las varas quebradas sobre sus costillas hubiera podido guisarse el rancho de una semana; y aunque no era bebedor, ni quimerista, ni holgazan, ni vicioso en manera alguna, pasaba la mitad de su tiempo en el calabozo ó en las mecánicas de arreglo y limpieza de cuartel á que por su torpeza le condenaban. Claro es que su amo, por no tener que romperle el alma le despidió de su casa y lo mandó al cuartel, pues la mansedumbre del mismo Job no bastaba para sufrir las barbaridades de tamaño cernícalo.

Incorporado á su compañía el insigne Domingo, que era dócil de suyo y honrado, procuraba cumplir fielmente sus deberes; y tan visible era este su buen deseo, que á veces en gracia de él le perdonaban algunas faltas, y poco á poco iba instruyéndose y cepillándose de tal modo, que á los cincuenta ó sesenta años, ó antes quizá, hubiera llegado á ser excelente soldado. Respecto de sus costumbres era irreprensible; no juraba, ni era jugador, ni pendenciero, ni borracho, ni fumaba siquiera; su mayor placer consistia en reunirse los dias de fiesta en las horas libres de servicio con vários amigotes y paisanos suyos mozos de cuerda, criados y aguadores y bailar al son de la quejumbrosa gaita gallega, soltando unas pa-

tadas que hacía retemblar el suelo. Pisando uvas se habria hecho rico y juntado pronto para comprar el campo y la casita y las vaquiñas, querido ideal de todo castizo gallego. Pero como solo pisaba la dura tierra, sus descomunales patadas no le producian más que romper los zapatos.

Por este tiempo se hallaba en Cádiz, y para su desdicha vino á Cádiz tambien un anciano y mal humorado general, á quien por su carácter intratable y áspero habian puesto el sobrenombre de Vinagrazo. Este viejo era el terror de cuantos le rodeaban; por quítame allá esas pajas recetaba á cualquier soldado ocho dias de calabozo, reprendia desabridamente el menor descuido á los oficiales, y siempre andaba gruñendo por lo bajo palabras ininteligibles, pero que sonaban como amenazas ó maldiciones. Este amable señor padecia dolores reumáticos, y cuando el tiempo mudaba, ó iba á mudar, ó habia humedad en el aire, su irascible génio se irritaba de tal manera que parecia un energúmeno en lo furioso y descompuesto. Entonces echaba sapos y culebras por aquella boca, jurando y blasfemando como carretero borracho; costumbre fea y áun en personas de calidad harto frecuente. ¡Desgraciado del que en circunstancias tales cometia la menor falta y caia debajo de su jurisdiccion, que era lo mismo ó peor que caer bajo la férula y dominio de Poncio Pilatos! Los castigos se multiplicaban y crecian como pulgas vascongadas, y si mi señor don Vinagrazo hubiera sido déspota de Oriente ó rey del Congo, quizá, quizá habria hecho tortillas de personas, pirámides de humanos cráneos ó alguna otra barbaridad semejante. Así es que le temblaban.

Pues cierto dia se hallaba Domingo de centinela en uno de los polvorines inmediatos á la muralla y no lejos de la Caleta. Puede asegurarse que aunque allí se le veia, no estaba allí sino física y corporalmente; pues su pensamiento y alma y voluntad viajaban de comun acuerdo por los verdes montes y frescos valles de la provincia de Pontevedra, lugar de su nacimiento. Imaginábase á orillas del Miño, á la sombra de altos árboles, viendo pastar sus vaquiñas, descansado, libre y contento. Si hubiese tenido alguna nocion de literatura, ciertamente habria recordado aquellos versos del Mtro. Leon que dicen:

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruido
que del oro y del cetro pone olvido.

Pero aunque nada literato el buen Domingo, que á duras penas sabía leer, y eso en letra de molde, su aficion á los prados, valles y riberas donde pasó su infancia, podia competir con la del más entusiasta poeta bucólico, sin exceptuar al propio Anacreonte de Teos. Por esto mismo, ya que no podia gozar en realidad de los natales campos, gozábalos con la imaginacion, embebecida entonces en dulces recuerdos y más dulces esperanzas. Así es que aunque vió acercarse un bulto hácia donde él estaba, no reparó que este bulto era el de un viejo acartonado de adusto semblante y blanco bigote; el cuál viejo vestia traje negro de paisano, pero dejando ver por debajo del chaleco una faja encarnada; en suma, no reparó

que quien llegaba era el mismísimo general Vinagrazo. Admirado este de la impasibilidad de aquel centinela que no daba la voz al jefe de puesto para tributarle los honores de ordenanza, contuvo algo el paso, tosió fuerte, y como al descuido descubrió más el fajin, insignia de su alto grado en el ejército. En vano: aunque hubiese desplegado una capa de torear tampoco habria llamado la atencion del distraido centinela, que ni siquiera le saludó á su paso.

Esto era mucho más de lo que podia sufrir el irascible génio del anciano. Con estentórea voz llamó al cabo de guardia, que acudió temblando: hizo relevar al centinela, lo puso como nuevo de palabra y le aplicó de obra cuatro ó cinco bastonazos muy regulares, concluyendo por recetarle quince dias de calabozo á pan y agua. Inútilmente el pobre soldado se excusaba con no haber visto al general; este le impuso silencio, y á cada palo que sobre las costillas le descargaba, le repetia sin variante la misma sentencia.

—Ojo alerta y respeto á los superiores.

II.

A cualquiera hombre, aunque sea soldado y gallego, le sabe muy mal recibir una lluvia de improperios y otra de palos, que son dos lluvias endemoniadas, y verse metido en un calabozo para contera y remate, y todo ello

por una leve distraccion, sin ofensa de Dios ni del prójimo, que no es ni pecado venial siquiera. Jayan robusto él, habia sido zurrado por un vejete que parecia una momia ambulante; hombre honrado, veíase preso como un criminal; en vez de los olores campestres y las hermosas perspectivas de su país, respiraba ahora el aire fétido de un calabozo y contemplaba cuatro sucias paredes y una bóveda sombría, y cuando á fuerza de aburrido lograba dormirse, una voz cascada y áspera le gritaba interrumpiendo su sueño.

— Ojo alerta y respeto á los superiores.

Hasta despierto figurábase oir estas palabras, y tal impresion hicieron en su ánimo y tan grabadas quedaron en su mente, que cuando cierto dia le preguntaba el calabocero ¿qué tal vamos? respondió muy serio.

— Ojo alerta y respeto á los superiores.

Entre dormir, desesperarse y recordar su amada Galicia, tierra de promision para todo gallego ausente, fueron pasando las horas y los dias hasta cumplirse los quince de la condena; que no hay plazo que no se cumpla, ni camino tan largo que no se acabe, suponiendo que el tiempo y las piernas no dejen de moverse. Vióse, pues, mi novel soldado libre ya de su prision, incorporado á su compañía y como siempre dispuesto por obra y gracia de su naturaleza á cualquiera barbaridad y desatino. Tocóle á poco ir por segunda vez de centinela, y como de los escarmentados nacen los avisados, propúsose muy de veras que no ya un general, sino una mosca no pudiera acercársele á doscientos pasos sin que él la viese venir; que para eso tenía ojos de lince y muy pocas

ganas de ser nuevamente reprendido, apaleado y arrestado. Como síntesis y resúmen de su buen propósito repetia entre dientes la máxima que con acompañamiento de solfa le habia enseñado el furibundo Vinagrazo; esto es; ojo alerta y respeto á los superiores.

Era cosa de ver al insigne Domingo en su segunda centinela. Tieso y firme como un roble, empuñado el fusil y alta la cabeza, más que por natural gallardía por el duro y ancho corbatin de cuero que le ceñia el cuello y le sostenia la barba, no paraba de revolver en todas direcciones cada ojo como un plato, dispuesto á dar el «quién vive» al lucero del alba y á cumplir con su deber de vigilante en todo, por todo y contra todos. Ya podia embestirle el mismo Napoleon al frente de sus ejércitos; él, impasible y animoso ante el ataque, haria fuego, daria la voz de alarma y dejaria que lo hiciesen dos mil añicos más bien que retroceder una línea. En esto no tenía duda, y tal como lo pensaba lo hubiese ejecutado punto por punto con la serenidad de una máquina. Mas no era su destino sucumbir gloriosamente en desigual combate; otra aventura muy distinta le estaba reservada, sin efusion de sangre ni más disparos que las pullas y alegres risas de sus compañeros de armas.

Una hora ó poco más llevaria en su puesto de centinela; nada habia ocurrido, y el hijo de Marte aguardaba su relevo, pensando que nada ocurriria tampoco; mas ¡cuál no fué su sorpresa al ver un personaje que doblaba la distante esquina y con grave paso y magnífica apostura hácia él se encaminaba! Era un guerrero gigantesco; junto á los demás hombres sería un Sanson en-

tre la turba filistea, un pino entre las matas del campo. Como para realzar más y más su estatura dominadora, llevaba encasquetado sobre la adusta frente un alto morrion de pelo, cuyo plumero vistosísimo llegaba á los balcones de las casas; ceñia gran sable corvo con empuñadura de marfil, ostentaba pendiente de un hombro una hermosa y anchísima banda bordada de castillos y leones y orlada de flecos de oro, empuñaba un colosal baston con porra de plata, semejante á la clava de Hércules, y era tal la muchedumbre de sus bordados, placas, broches, galones y cruces, que relumbraba al sol como un descomunal diamante. Ni el sumo emperador Carlos Magno, ni Salomon en los tiempos de su mayor gloria, se presentaron nunca tan pomposos y relumbrantes.

¿Quién era aquel sér extraordinario? Un monarca de la gran China, un héroe de inmortal estirpe, un Archipámpano de Oriente, ó un Bajá de trescientas ó cuatrocientas colas? Era... nada más que el tambor mayor de artillería. El novel soldado no le habia visto ni en sueños, y se quedó atónito y embobado ante tan piramidal magnificencia. Todas sus ideas se embrollaron por el pasmo y la admiracion ante aquel personaje sublime; y así con descompuestos ademanes y desaforadas voces comenzó á gritar.

—¡Cabo de... cabo de guaar...dia! ¡Cabo de guardia! ¡Que vie... que viene! ¡Cabo de guaar...dia que viene!!!

El cabo de guardia, que trampeaba las fatigas del servicio durmiendo la siesta con toda la tranquilidad de un canónigo, saltó azorado de su camastro y acudió á ver lo que sucedia.

—¿ Qué es eso? ¿ Qué es eso? ¿ Quién viene? preguntó al conturbado centinela.

Y este, señalando al espléndido tambor mayor, que ya estaba muy próximo, exclamó con veneracion profunda.

—¡El mismo Dios!

Y soltó el fusil y cayó de rodillas.

Trillo: Julio: 1878.

VINO Y FRAILES.

VINO Y FRAILES.

I.

¿En dónde pása la accion de esta verídica historia? En cualquier sitio delicioso de cualquiera provincia de España. En todas ellas hubo docenas de docenas de conventos, cuyos piadosos moradores atravesaban este valle de lágrimas sostenidos por su fé y por los copiosos tragos y valientes tajadas con que procuraban conservarse robustos para entrar con pié firme en la mansion de los bienaventurados. Así es que en los solemnes dias de procesiones y oficios religiosos, cuando los frailes salian juntos en comunidad y cruzaban grave y lentamente plazas y calles precedidos de estandartes, cantores y músicas, admirábase la gente devota de verlos tan lucios, gordos y colorados, á pesar de los ayunos, maceraciones y cilicios que debian de sufrir, atribuyendo sus esféricas panzas, bermejos rostros y anchos cogotes á la influencia y accion de la divina gracia, tranquilidad de conciencia y justo galardon de evangélicas virtudes.

No seré yo, pecador, quien lo niegue; aunque sospecho que la regalona vida y suculenta mesa tendrian en ello no pequeña parte; que el jamon y el vino crian carne y sangre con más eficacia que todas las antífonas, jubileos y responsorios. A lo menos, tal es la comun opinion de fisiólogos y médicos; pero no entraré yo á sustentarla para que no me roan los huesos tachándome de incrédulo y materialista y tal vez de otras cosas peores. Hé reparado que segun disminuye la fé, aumenta el número de los que dicen que la tienen; y ya no hay podrido que no finja escrúpulos de doncella, ni deje de establecer cátedra de religion y moral, censurándolo todo y admirándose de todo como si hubiese caido de las celestes regiones y temiera manchar la túnica de su inocencia al contacto de este mundo pecador y terrestre. De semejante cuadrilla conozco muchos cómicos. Dios los aplaste y luego los perdone, y vamos á mi cuento.

Era cosa extraña que hallándose el monasterio de Nuestra Señora del Valle en uno de los lugares más sanos, ventilados y hermosos de toda España, siempre hubiese en él un crecido número de enfermos. Singularmente al llegar la primavera menudeaban las dolencias de carácter inflamatorio, y cada apoplegía que estallaba era un súbito escopetazo que se llevaba un fraile al sepulcro, sin darle cinco minutos para rezar un Padre Nuestro. El médico, persona entendida y de conciencia, y que hubiese poco ó mucho trabajo cobraba por años á cuota fija, calentábase la mollera discurriendo sobre la cáusa de tales enfermedades. ¿Estaba en la atmósfera? Nada tan puro como los aires de aquel convento, situa-

do en el campo á legua y media del más cercano pueblo, en un cerro ventilado y alegre y en medio de frondosas arboledas. ¿Consistiria en las aguas? ¡Pero si las aguas bajaban de la próxima sierra, delgadas, copiosas y tan cristalinas que ni con la imaginacion podian suponerse mejores! ¿Los alimentos? Algun abuso habria en la cantidad; mas en la calidad eran dignos de servirse en mesas de reyes. ¿La estrechez de la regla, las penitencias, los ásperos cilicios? El médico sabía muy bien que no habia tales carneros; y aunque los hubiera, semejantes austeridades enflaquecen y momifican el cuerpo, siendo más propias para dejarlo cacoquímio y exangüe, que para sobrecargarlo de carnazas y acres y gruesos humores. Ningun cenobita de los antiguos tiempos tuvo jamás barriga prominente ni mofletes rubicundos, aunque al retirarse de la sociedad para vivir angélicamente en el desierto, estuviese reventando de puro gordo. Los rábanos, berengenas, lechugas y otros manjares por el mismo órden con que se alimentaban los penitentes solitarios, eran poco adecuados para criar mantecas; y aunque algunos tenian un cuervo ú otro caritativo pajarraco que diariamente les llevaba un pan, tampoco medraban mucho, pues el pan seco, más que otra cosa, es mortificacion y abstinencia.

Pero los frailes del Valle bebian vino, y añejo, y puro, y potencioso, y capaz de resucitar á un difunto con solo arrimarle á la nariz una copita. ¡Ah! ¡el vino, el vino! Ahí estaba la cola del lagarto y el punto de la dificultad. El galeno dábase palmadas en la ancha frente, indignado contra sí mismo por su torpeza. ¿Cómo no lo

habia conocido antes? ¿De qué otra cosa podia provenir aquella tendencia inflamatoria y pletórica tan comun entre los monjes? No le quedaba duda: del vino. Además de ser generoso y añejo, lo bebian á todo pasto, en anchos y profundos tazones, á gaznate abierto y codo levantado, sin regla ni medida. Padre habia en la comunidad que no recordaba ya el sabor del agua; pero que sabía en cambio de memoria las vigas del refectorio con todas sus cabeceras, entalles y labores, y que exhalaba al respirar tan fuerte olor de bodega y sustancioso vaho, que se hubieran podido mojar bizcochos en su aliento.

El médico, hombre de conciencia y amigo de la verdad, creyó cumplir un deber dando cuenta de sus observaciones al Prior del convento, que tal vez y sin tal vez era en la casa el menos devoto de Baco, hasta el punto de que solia bautizar su vino, con grave escándalo de la comunidad, partidaria del vino moro y aborrecedora de las mezclas. El Superior no dijo palabra á nadie, limitándose á poner en su vino más agua todavía para ver si lograba conseguir algun fruto con la muda elocuencia del ejemplo. Pero aunque se hubiese bebido el estanque de la casa, que no era flojo, como destinado á criar hermosas truchas, no por eso habria fundado escuela ni áun sacado el menor discípulo. El vino seguia bajando á raudales por aquellas gargantas, y la enfermería cobrando su acostumbrado tributo.

Entre tanto acercábase la fiesta de nuestro señor San Juan, en cuyo dia la comunidad acostumbraba celebrar capítulo donde los padres graves discutian todo lo rela-

tivo al órden y acertado gobierno del convento, así en la esfera espiritual como en la temporal y económica. Ciertamente no eran tales asambleas en muchas ocasiones lo pacíficas que es de suponer entre clérigos regulares, y las crónicas de los institutos religiosos y la tradicion de personas ancianas conservan la memoria de algunas de estas reuniones que terminaron trágicamente como el famoso Rosario de la Aurora. Los frailes son hombres, y es muy cándido el creer que al encajarse los hábitos y entrar en la clausura dejan á la puerta su carácter, instintos y pasiones, transformándose de repente en ángeles ó cosa parecida. Así, pues, y por el fundado temor de armar un tiberio, moderábanse los más vehementes, exponiendo con templanza sus opiniones; y áun los rectores, abades, priores ó provinciales se tentaban la ropa y lo meditaban despacio antes de proponer cualquiera reforma, por leve que fuera, ó de soltar alguna especie capaz de ser interpretada en mal sentido por los hermanos; y hacian bien, que no siempre está la Magdalena para tafetanes.

No es de extrañar, por tanto, que llegado el dia del capítulo fuese manifestando el P. Prior todos los puntos que habian de tratarse, dejando deliberadamente para lo último la reforma vinífera que pensaba plantear *pro salutem etiamque mores*, quiero decir, en beneficio de la salud y áun de la moral de los asociados. Pero como las cosas llegan alguna vez por mucho que se retarden, llegó tambien el momento de manifestarla, y no le faltó, ciertamente, la destreza más exquisita al hacerlo.

Despues de una introduccion ó exordio elogiando el

tino y la prudencia con que habia resuelto el capítulo cuestiones delicadas, celebró que todos los ánimos estuviesen unidos para cuanto fuese provechoso espiritual ó temporalmente á la órden, comparándola á una gran madre cuyo mejor adorno y corona son los buenos y virtuosos hijos. Añadió con humildad que se creia inferior en doctrina y merecimientos á otros muchos insignes varones allí presentes, y que por su parte procuraba suplir la falta de otras excelencias y altas dotes á fuerza de entusiasmo y celo por la comunidad que, aunque indigno, tenía la honra de dirigir, etc., etc.

Mientras iba ensartando estas cosas con voz insinuante y melíflua, le oia el capítulo como quien oye llover desde lugar cubierto; unos parecian mirar con grande atencion las pinturas de los muros y bóveda, medio dormidos otros cabeceaban haciendo reverencias, y muchos con las manazas cruzadas sobre la barriga y hartos ya de plática, decian para su sayo: «¿cuándo se acabará esto y tocarán á refectorio?» Pero el discurso no llevaba trazas de concluirse tan pronto; antes al contrario, de unas reflexiones nacian otras; como las aguas vivas de manantial abundante, las palabras con rapidez asombrosa brotaban de los labios del orador, que siempre habia sido hombre de gran facundia, y en aquella ocasion lo era más todavía, de suerte que el aburrido auditorio tenía casi agotada la paciencia, y solo por ciertos respetos no daba mayores señales de su disgusto.

—¡Vamos, predicar á frailes! ¡Ni al que asó la manteca se le ocurre cosa igual!

—¿De dónde habrá sacado el P. Prior tanta letra

menuda? ¿Se estará ensayando ahora para algun sermon de empeño?

—Este hombre es muy capaz de estarse hablando seis horas sin escupir siquiera. Y luego en el refectorio nos servirán todas las cosas apelmazadas ó frias, ó pasadas de punto, ó... Esto es deplorable.

Tales pensamientos y otros de la misma estofa dominaban en el seráfico auditorio. Conociéndolo el orador, hubiera hecho alto y puesto punto final á su elocuencia; mas no tuvo tanta oportunidad, y siguió adelante. Por fin, entró de lleno en el asunto: descritas la posicion escogida y condiciones higiénicas del convento, la vida ordenada y sana alimentacion de los religiosos, no pudo menos de manifestar su extrañeza ante el excesivo número de ingresos en la enfermería, y especialmente porque todos ó casi todos los padecimientos fuesen de la misma índole y carácter inflamatorio, no pocas veces de terminacion funesta. Que siendo para él, añadió, caso de conciencia el atajar mal tamaño, lo habia consultado con personas de reconocido saber y consejo; de cuya consulta resultaba causante de aquellas dolencias inflamatorias y congestiones apopléticas el vino puro y añejo y potencioso que sin tasa alguna los monjes bebian. Que, por tanto, era indispensable reducirlo en cuanto á la cantidad, y aguarlo en cuanto á la calidad, no dudando de que así lo harian todos los padres como varones prudentes y virtuosos que eran.

Al llegar aquí no hubo ya dormilones, indiferentes ni medio dormidos; antes cada cuál abria los ojos como una liebre, fijándolos en el orador con cierta expresion de

asombro y de lástima propia de quien contempla á un hombre que repentinamente acaba de perder el juicio. ¡Mermar el vino! ¡Aguarlo! ¿Habria nadie escuchado atrocidad semejante? Violentos murmullos interrumpieron el discurso, que no pudo reanudarse: los frailes dejaron sus asientos y se arremolinaron por grupos, voceando y gesticulando sin hacer más caso del Superior que de la carabina de Ambrosio; los de un corrillo pasaban á otro, como consultándose mutuamente; la confusion y el tumulto crecian por instantes; el Superior, turbado ante aquella especie de motin, no sabía qué hacerse; hasta que, por último, dominando toda la gresca y baraunda, se oyeron las voces de «¡Silencio! ¡Callad! ¡Que hable el P. Procopio! ¡Silencio!»

Era el tal P. Procopio un desaforado jayan, cetrino y barbudo, más adecuado para llevar una casa sobre la espalda ó tirar de una carreta, que para gozar en contemplaciones místicas y éxtasis divinos. Su entendimiento era el de un toro de ocho años y su fuerza tambien, sobre todo cuando se ponia ó lo ponian colérico; por cuya razon era muy respetado y temido, y ninguno queria contradecirle aunque dijese una barbaridad, y solia decirlas de monumental calibre. Este P. Procopio asumió el parecer de la comunidad, y restablecido el silencio clamó con voz tonante.

—Padre Prior, puro y sin tasa, y cáiga el que cáiga.

II.

Indudablemente fué el P. Procopio eco fidelísimo de la opinion general. Mientras el Prior con su larga y pulida perorata solo consiguió fastidiar al auditorio, él con cuatro palabras resolvió la cuestion, y á poco más se vé paseado triunfalmente en hombros por todo el convento. Excusado parece añadir que siguió la cosa como antes; el vino añejo se repartia con profusion para sumirse por los cien abismos de aquellas insaciables gargantas; las inflamaciones y apoplegías continuaban, y jamás se desocupaba la enfermería. Precisamente una de las primeras víctimas de su intemperancia fué el mismísimo P. Procopio, que á las pocas semanas del famoso capítulo mencionado reventó como una bomba. ¡Tal solera tendria el evangélico varon en su estómago! Quien no conozca á los frailes, quizá imagine que este trágico ejemplo pudo introducir en ellos alguna enmienda; sin embargo, en honor de la verdad debo decir que no la hubo. Cuando una columna de ataque se propone tomar un fuerte por asalto, avanza con paso ligero despreciando la metralla que barre hileras de hombres; si unos caen hechos pedazos, otros y otros llegan y pásan sobre los cadáveres y la sangre, y saltan fosos, y escalan empalizadas y reductos hasta clavar su bandera en lo más alto de la fortaleza enemiga. Pues los frailes son una milicia tambien, y no menos tenaz que la del ejér-

cito. Obligado á escoger entre ambas, me quedaria sin las dos, aunque la primera me parece más temible; y cuando así lo digo, estudiado lo tengo. Pero vayan las digresiones á un lado, y siga adelante la historia.

El débil P. Prior de Nuestra Señora del Valle, que no se atrevió á cortar con mano firme el inveterado abuso de que fué campeon el P. Procopio, resignó su cargo á cáusa de sus muchos años, y se retiró á pasar tranquilo en otro convento los que le quedasen de vida. Claro está que álguien habia de sustituirle para que la comunidad no quedase convertida en un cuerpo acéfalo y disparatado. Pero este álguien, este nuevo Prior no era un anciano irresoluto y fatigado por la edad, ni menos un blandengue, ni tampoco un devoto contemplativo y extático, siempre con la imaginacion en las esferas celestiales. Al contrario, era hombre jóven todavía, pues apenas andaba en los cuarenta; poco erudito y muy despejado, de imperiosa y breve palabra, y sobradamente capaz de sujetar y meter en cintura á un convento de frailes y tambien á una horda de piratas. Decíase de él por lo bajo que en su borrascosa mocedad habia sido contrabandista, y que yendo y viniendo de Ronda á Gibraltar y de Gibraltar á Ronda con su potro corredor y su trabuco naranjero, habia llenado aquella ancha zona de su alto nombre y sus épicas hazañas. Decíase ademas que no conocia los PP. de la Iglesia, dogmáticos ni apologistas; que estaba ayuno de Biblia Sacra y expositores, y que solo sabía un poco de moral y el suficiente latin para leer el oficio de la misa y las horas canónicas. No le calumniaban en esto último: el nuevo

Prior no era docto letrado ni mucho menos; pero en cuanto á lo de contrabandista, no estaba del todo averiguado que lo hubiera sido, aunque dándolo como cierto y seguro, tampoco sería maravilla; que en las vueltas y mudanzas del mundo ladrones han llegado á santos, y hombres virtuosos acabaron en ladrones. Hasta el fin de la comedia no se sabe el desenlace.

Vino, pues, el Prior nuevo precedido de esta fama: anduviéronse los frailes con gran pulso para no deslizarse en la menor cosa, y el convento por lo tranquilo parecia una balsa de aceite. Una balsa de aceite en la superficie, que por el fondo rugia la borrasca. Sin hacerlo punto discutible ni decir palabra á fraile alguno, habia dispuesto el nuevo Prior que se sirviera en la mesa del refectorio el vino aguado, y en tal extremo como para refrescar el estómago en vez de acalorarlo. El despensero guardaba cuidadosamente las llaves de la bodega, y por nada del mundo hubiera faltado á la consigna. Verdad es que la salud de la comunidad habia mejorado y eran pocas las camas ocupadas en la enfermería; pero en tan grande ventaja no paraban mientes los frailes, sino que andaban resentidos y furiosos contra el nuevo jefe. ¡Aguarles el vino! ¡Meterse á reformador sin consultar con nadie! Y encima de esto y por contera y remate, no tener palabra ni ojos sino para el mando y para lanzar miradas que dejaban al más osado hecho una estátua de piedra! Vamos, esto era fenomenal é intolerable.

Para tomar el pulso al tonsurado ex-contrabandista y probarle la paciencia, eligieron y diputaron los frailes al

más atrevido, quien de propósito cometió una falta leve, y reprendido por ella contestó al P. Prior una tontería. Pero se arrepintió bien pronto de su ligereza, cuando sintió sobre sí una mirada fulminante y oyó una voz severa diciéndole.

— Hermano, durante un mes tendrá su celda por encierro y ayunará á pan y agua. Desde hoy comienzan la reclusion y el ayuno. Váyase en paz.

Y como el castigado hiciese ademan de responder presentando alguna excusa, añadió el P. Prior.

—Sean cuarenta los dias de reclusion y ayuno.

Y hora tras hora se cumplió íntegra la sentencia; y como un hermano llevase á hurtadillas al castigado algo más sustancioso que pan y agua, el P. Prior, que era un Argos, lo supo y le recetó otro mes de igual penitencia. Y esta se cumplió tambien, y con más rigor todavía.

Vieron, pues, los frailes que era digno el Prior de su fama y que sentaba la mano de firme por la cosa más leve. Tenía un modo de mandar, que imponia la obediencia; y si como superior era inflexible, como hombre debia ser un leon. Aunque hubiese resucitado el difunto Padre Procopio trayendo consigo una docena de PP. de su misma calaña, todos ellos ante la mirada fulmínea del Prior habrian bajado las suyas como doctrinos. Bien supo lo que hizo el P. Provincial cuando le encargó el gobierno de Nuestra Señora del Valle.

La cuestion vinífera continuaba en el mismo lamentable estado. Aquellas anchas y profundas tazas del refectorio, marcadas piadosamente con las iniciales de la

sacra familia J. M. J., ya no encerraban generoso vino, consolador de penas y fatigas, sino una especie de aguachirle semejante al de los barreños que en las tabernas sirven para fregar los vasos. Escondidamente, pues no podia ser de otro modo, murmuraban de ello los frailes atribuyéndolo á tacañería más bien que á higiene, y trataban de elegir unos cuantos que en comision representativa y á nombre de todos, manifestase el descontento de la comunidad al mismo P. Prior, suplicándole volviesen las cosas al antiguo ser y estado. Mas aunque aplaudian la idea de la manifestacion, no encontrando otra mejor para el fin propuesto, ninguno queria echar el cascabel al gato; esto es, ninguno queria llevar la palabra ante el P. Prior, cuyas malas pulgas tenian presentes. Por último, acordáronse de un virtuoso anciano, muy querido de todos por su carácter angelical, y respetado de sus mismos superiores por ser el más antiguo y el más docto de los monjes, crónica viva y archivo ambulante de la historia, usos y tradiciones de la casa. Llamábase este bondadoso varon el P. Cándido; mas no lo era en tal punto que desconociese lo árduo y enojoso del encargo que le daban. Por lo cuál, exigió al aceptarlo, que habian de acompañarle á la celda prioral los seis indivíduos de la comision: él llevaria la palabra, y los otros, si era necesario, apoyarian cuanto dijese. Convenido así, fijaron la entrevista para aquella misma tarde á la hora en que el P. Prior volviese de su acostumbrado paseo. No anduvieron desacertados en elegir tal oportunidad: ciertamente nunca el ánimo del hombre se halla tan propicio á conceder cualquiera favor, como des-

pues de haber comido bien y paseado por un campo delicioso, gozando y admirando á la puesta del sol las hermosas y melancólicas perspectivas de la naturaleza.

Aquel dia, como los demás, salió el P. Prior á dar su vespertino paseo. Iba solo y pensativo, lo cuál no extrañó á ninguno de los que le vieron salir, por la sencilla razon de que siempre iba lo mismo. Engolfado en sus cavilaciones, andaba ligero unas veces y otras se detenia de pronto, haciendo rayas y figuras en la tierra ó círculos en el aire, como mágico antiguo, con un palitroque ó báculo que en la mano llevaba. Así distraido se alejó algo más de lo acostumbrado, y al levantar los ojos vió cerca de sí un muchachuelo tendido sobre la hierba, cuidando de un escaso rebaño de cabras, y muy entretenido en tallar con la navajilla algunas labores en un palo. Por desechar fatigosos pensamientos, ó porque la cara viva y picaresca del muchacho le agradase, el P. Prior quiso darle conversacion y se entabló el diálogo de esta manera.

—Hola, muchacho, ¿guardas cabras?

—No, señor, que son bueyes.

—¡Cómo bueyes! Si son cabras, y las estoy viendo.

—Pues lo que su merced vé ¿para qué lo pregunta?

Mordióse los labios el fraile, y al cabo de un momento dijo al pastorcillo.

—Pareces muy despierto, y tal vez pudiera yo hacer algo por tí. ¿Cómo te llamas?

—¡Otra! ¿Pues no pregunta cómo me llamo?.... De ninguna manera. Los que me llaman son los que me necesitan.

—Tienes razon, niño, tienes razon. Y ese angosto sendero que penetra en el bosque ¿adónde vá?

—A ninguna parte, Padre, que se está muy quietecito. Los que andan por él son los que van y vienen. Ya tiene su merced bastante edad para saberlo.

—Oye, ¿qué debe hacerse con los pilluelos desvergonzados?

—Meterlos á frailes.

Aquí el Prior no fué dueño de contenerse, y con paso ligero se encaminó al muchacho, resuelto á plantarlo de un puntapié en la copa de un pino. Solo que el pastorcillo era mucho más ágil, y cuando el fraile llegó adonde él estaba, ya en pocos brincos habia puesto por medio cuarenta pasos y habia desliado la honda de la cintura, y sin saber jota de la historia sagrada, preparábase á repetir el lance de David contra el gigantazo de Goliat. Sobradamente lo conoció el religioso, y conoció tambien que no podria echar la uña á semejante diablejo, que impávido y ojo alerta le esperaba con la piedra calzada en la honda; por lo que descompuesto y colérico, gritóle en son de despedida.

—Adios, hijo de un ladron.

—Vaya su merced con Dios, Padre, respondió el angelito.

Excusado me parece ponderar el efecto que en un hombre de carácter enérgico y además acostumbrado al mando harian las insolencias de aquel rapazuelo montaraz y deslenguado. Alguna cosa hubiera dado por echarle encima los diez mandamientos; en cuyo caso, aunque luego se hubiese arrepentido, por el pronto lo estruja co-

mo una breva. Afortunadamente para entrambos cuidó muy bien el muchacho de no ponerse á tiro, y silbando á su ganado, desapareció por el bosque.

—¡En mi vida me ha sucedido otra! murmuraba el Padre Prior, volviéndose á su convento. Ese tuno debe tener metida en su cuerpecillo toda entera una legion de diablos. Yo se los iria sacando con una vara de acebuche si lo pillara entre cuatro paredes, por muy agarrados que estuvieran. ¡Atreverse conmigo, con un religioso! Pero..... lo cierto es que á su edad hubiera yo apedreado al Preste Juan de las Indias. El mundo siempre es igual, porque..... voto á.....

Y lo soltó redondo con todas sus letras. Gracias á que por allí no habia ningun par de orejas que pudiese oirlo, y así se excusó el escándalo. Entretenido con su monólogo acababa de tropezar en firme contra una piedra, y como llevaba el pié desnudo en flexible sandalia, se lastimó no poco los dedos y áun creyó ver estrellas por el aire, sin que hubiese anochecido todavía. Los soliloquios distraen y tienen estas contras. Cojeando y con la vista en el suelo y cara de vinagre llegó al monasterio, atravesó el espacioso patio y subió la ancha escalera. No contestó á los hermanos que al pasar le saludaban, y se encerró en su celda de golpe y porrazo. Abrió un libro devoto y lo volvió á cerrar sin haber leido cuatro renglones: empezó una carta, y apenas hubo puesto delante de sí el papel y mojado la pluma en el ancho canjilon de loza que le servia de tintero, desistió de su idea y comenzó á recorrer la celda agitado y nervioso, como tigre enjaulado. Mala cara tenía entonces: más bien que superior de

una órden monástica, parecia un facineroso. Y no era que le hubiese puesto así la desfachatez y osadía del pilluelo, ni algun otro especial motivo; sino que estaba de malísimo humor, porque lo estaba: sabe Dios el depósito de bílis que tendria en el cuerpo.

Entre tanto, la comision representativa que habia concertado hablarle aquella tarde sobre el asunto del vino, iba subiendo lentamente la magnífica escalera, deteniéndose á cada cuatro ó cinco peldaños para conferenciar sobre el modo de abordar la cuestion á fin de que tuviese mejor éxito, y se oian cosas por el estilo:

—Conviene pasarle la mano por el lomo, adularle y á cada tres palabras llamarle Reverencia. Más alcanza un sombrero saludando, que seis espadas amenazando. ¿Hé dicho bien?

—Sí, sin duda; pero no tan calvo que se le vean los sesos. Entre correr y parar, hay un término medio, que es andar. Si todo se vuelve lametones y cortesías, no nos hará caso y quizá, quizá nos mande noramala. Es menester alguna firmeza, que vea cierto carácter, ¿eh? Vamos, ¿cómo vá usted á entrarle, P. Cándido?

—Descuide, hermano, que yo le diré lo que me parezca justo y adecuado á la ocasion. Pero nuevamente advierto á ustedes que hemos de entrar todos en la celda prioral, como representantes de la comunidad que ahora somos, y que habeis de aprobar y apoyar lo que yo diga; pues de otro modo pareceria la queja cosa particular mia, cuando no lo es, y sí de la corporacion entera.

—Pues eso ¿qué duda tiene, P. Cándido? Nosotros entraremos acompañándole, y á todo lo que diga, dire-

mos *amén*, y áun le apoyaremos con las reflexiones que se nos ocurran.

—Entonces no hay más que hablar: en marcha y manos á la obra.

Acabaron de subir la escalera, cruzaron una extensa galería y se detuvieron cuchicheando ante la puerta del Padre Prior. Éste oyó el murmullo y desde adentro preguntó con voz tonante:

—¿Quién anda ahí? ¿Qué se ofrece?

Al solo eco de aquella voz terrible intimidáronse los frailes, y dos de ellos con ligero paso emprendieron la retirada. Frunció las cejas el P. Cándido, y aunque le disgustó aquella torpe fuga, llamó con los nudillos á la puerta diciendo en tono dulce y reposado:

—Alabado y bendito sea.....

—Por siempre, contestaron de adentro, y la puerta se abrió toda con ímpetu. Entonces vió el Prior al Padre Cándido y á otros cuatro religiosos que detras de él como que procuraban ocultarse. Y añadió.

—¿Qué hay ahora, P. Cándido? ¿No le tengo dicho que haga y deshaga en la biblioteca lo que estime conveniente? ¿O es que se ha propuesto freirme la sangre á puras consultas? ¿Y qué nueva pejiguera traen esos acompañantes que parecen estátuas?

Aunque parecian estátuas, no lo eran; pues se escabulleron como el humo otros dos, y solo quedó una pareja detras del P. Cándido, que respondió:

—Padre Prior, no vengo por asuntos de la biblioteca.

—¿No? Pues entonces ¿qué se le ofrece? Huéleme á

impertinencia, y le advierto que..... Pero, vamos, ¿se puede saber lo que hay?

—Si su Reverencia no me deja hablar, no lo sabrá nunca, respondió el P. Cándido con firmeza. Vengo en comision con estos hermanos á nombre de la comunidad, para decir á su Reverencia que ese vinillo que ahora se nos pone.....

—¡Dos mil demonios carguen con usted, P. Cándido! El vinillo, el vinillo..... clamaba el Prior, acompañando sus palabras con un puñetazo sobre la mesa, que retumbó como un trueno y ahuyentó á los dos últimos frailes que habian permanecido á la puerta. Y avanzando como energúmeno hácia el quejoso, preguntaba con voz ronca y descompuesta. — Vamos, ¡el vino! ¿Qué tiene el vino?

Volvió la cara en esto el P. Cándido y se halló solo con el tremendo Prior. Sus compañeros le habian abandonado, como suele decirse, en las astas del toro. Aquí le faltó su entereza y solo pudo responder tartamudeando.

—El vino, P. Prior..... verdaderamente..... no tiene nada..... ¿qué ha de tener?..... Nada..... Mas..... digamos que..... conviene distinguir..... El vino será bueno, es muy bueno..... pero..... mis compañeros..... los frailes..... son unos canallas.

Madrid: Agosto de 1878.

UN VIAJE AL CIELO.

UN VIAJE AL CIELO.

Que yo sepa, no hay todavía ferro-carril ni línea de vapores en cuya administracion se vendan billetes para ir á visitar las regiones celestes; solo algun choque de trenes ó algun naufragio suele enviar á ellas de improviso centenares de pasajeros. Mas estos son percances imprevistos con que nadie contaba. Tal vez llegue dia en que semejantes viajes ultra-mundanos sean cosa comun y corriente, con horas y minutos prefijados para la salida y llegada, con vehículos de várias clases y precios, y quizá, quizá con fondas bien provistas y otras comodidades en las estaciones y puntos de parada.

Mientras llegan tan venturosos tiempos, solo es posible conocer las mansiones ultra-terrestres á los bienaventurados que vuelan á la gloria, á los inocentes que van al limbo, y á los réprobos que se hunden para siempre en los infiernos. Todos estos señores suelen ser harto olvidadizos y poco dispuestos á darse una vueltecita por aquí para contarnos sus aventuras y describirnos á lo vivo con pelos y señales las regiones donde habitan.

De suerte, que exceptuadas las enseñanzas de la fé y las especulaciones de la filosofía, el *post mortem* es oscuro como boca de lobo. Además, ni todos tienen fé robusta, ni es dado á todos filosofar y discurrir con acierto en materia tan abstrusa y difícil. Es de notar que si la ciencia anda con piés de plomo, la imaginacion tiene alas, y alas tan rápidas y pujantes, que el tiempo y la distancia no son partes para rendirlas ni áun fatigarlas. Por esta razon, desde Orfeo, de quien dicen bajó al mismo infierno para rescatar á su mujer, aunque yo creo fuese más bien huyendo de ella, hasta la época presente, no ha pasado siglo alguno sin que los poetas, gente imaginativa y soñadora, no hayan echado alguna expedicioncita á los reinos invisibles para contarnos lindamente lo que vieron, ó se figuraron que vieron. Pero como el sol brilla para todos, hubo un feliz mortal que, sin ser poeta y sin haberse muerto antes, hizo un viaje al cielo con sus barbas y camison, y aquí entra mi historia, que no tiene desperdicio.

El tal viajero llamóse don Homobono, y era una especie de Sancho Panza relleno de aforismos y sentencias encaminados todos y todas á ganar dinero y darse una vida cómoda y descansada. Claro se vé por tales tendencias que era lo que por ahí llaman filósofo-práctico. Tenía la utilidad por brújula y norma de sus acciones : no cometia crímenes para no ir á presidio, pagaba puntualmente sus déudas y obligaciones para tener crédito, no se entregaba á los vicios porque cuestan muy caros y se pierde la salud, no ofendia ni áun molestaba á nadie para que no le ofendiesen ni molestasen á él, y repartia

sus ochavitos á los pobres para lograr fama de caritativo y por si tenía un alma, de lo que sospecho no estaba muy seguro, ir agenciando un rinconcito en el hermoso reino de los cielos. Prestaba cantidades al 9 por 100: verdad es que otros cofrades suyos llevaban el 20, el 25 y áun el 30, desollando al prójimo, ó á los prójimos; pero él, don Homobono, sabía perfectamente que al par de las ganancias aumenta el riesgo del capital ganancioso, y esto le contenia dentro de los límites de cierta moderacion relativa. En cambio, antes de soltar los cuartos exigia un batallon de fiadores con responsabilidad y casa abierta y buenas fincas hipotecadas; y si no exigia el Palacio Real ó el Museo Nacional de pinturas, no era ciertamente por falta de voluntad ni sobra de confianza. Finalmente, don Homobono era un sujeto honrado con honradez basada en egoismo, que hubiera podido ser alcalde de barrio y áun concejal de Ayuntamiento y diputado á Córtes, que daba á todo el mundo los buenos dias y algunas veces buenos consejos, confesaba dos veces al año y oia misa los domingos y fiestas de precepto. Si á esto se agrega que era pequeño, gordo, ventrudo, de cara vulgar y rayano con el medio siglo, el retrato queda concluido y nada tengo que añadir. ¡Ah! se me olvidaba: cuando jóven estudió algunos años en seminario, y aunque ahorcó los hábitos luego y se casó, quedóle siempre el tufo sagrado y el sello indeleble del oficio.

Pues este mismo don Homobono, este insigne varon impecable y regulado, fué quien visitó el empíreo cielo y volvió á la tierra en carne mortal, cuya aventura le oí

narrar en el café italiano tomando sorbete con barquillos. Y sucedió de esta manera.

Sumido en hondas meditaciones de filosofía práctica y mercantil para atraer más y más moneda á sus bien provistas arcas, iba mi héroe á la caida de la tarde andando, andando maquinalmente con la cabeza baja y las manos cruzadas atrás, como esas figurillas de yeso que representan á Napoleon I. No ha podido averiguar cuánto tiempo anduvo así, ni si caminaba al este, poniente, setentrion ó mediodía; solo recuerda que cuando levantó los ojos se halló en un campo feísimo, sin árboles ni vegetacion alguna, todo lleno de inmundas charcas donde se solazaban revolcándose y gruñendo muchos gordos animalitos de los que con perdon se nombran y sin perdon se comen desde la punta del hocico hasta el rabo. Este bello país estaba cruzado de zanjas y barrancos, era de un color pardo y ceniciento, y al contemplarlo el hombre más alegre y satisfecho de la vida experimentaba tentaciones vehementes de liarse una soga al pescuezo y colgarse de un árbol, pero por fortuna no los habia en aquel yermo y estéril paraje.

—¡Qué diablos! exclamó con sorpresa y disgusto don Homobono. ¿Dónde estoy? ¿Dónde me he metido? Pues no hace mucho que salí de Madrid. ¡Vaya unos alrededores pintorescos que tiene la córte! ¡Vengan á inspirarse aquí los pintores de paisajes! Mas procuremos volver á casa, no sea que tengamos...

Aquí le interrumpieron en su monólogo ayes dolorosos y tristes lamentos. Miró á uno y otro lado sin distinguir quién los daba, hasta que fijándose más, vió sa-

lir á flor de tierra una cabeza calva como un melon entre dos brazos que se agitaban pidiendo socorro. Era un viejecito que habia resbalado y caido en una zanja, de donde no podia salir por su escasa agilidad y pocas fuerzas. Compadecióse don Homobono del atribulado viejecito, y asiendo y tirando de un báculo que este le alargaba, pudo con grande fatiga ayudarle á salir del hondon y ponerle en terreno firme. No se limitó á esto la generosidad de mi héroe, sino que calculando por el andrajoso vestido la pobreza del anciano, desenvainó una pieza de á dos cuartos, y sin pedirle tres ochavos vueltos como en casos tales acostumbraba á la puerta de las iglesias, se la dió íntegra con desusado rumbo. El pobre la tomó, se santiguó con ella y dijo muy tranquilamente:

—Dios y yo te recompensaremos.

Don Homobono oyó con extrañeza esta salida, y no sabiendo qué decir, miraba de hito en hito al pobre, quien añadió:

—*Nimium ne crede colori*, esto es, no te fies demasiado en las apariencias; ó donde menos se piensa, allí salta la liebre; ó debajo de mala capa, suele haber un buen bebedor; ó en términos generales, unos parecen lo que no son, y otros son lo que no parecen. ¿Me entiendes bien, hijo mio?

—Ni palabra.

—Ya lo entenderás: ponte á mi lado y marchemos.

A los seis pasos don Homobono miró de reojo al pobre y se llevó un susto regular: el pobre habia crecido lo menos una cuarta. Además le fulguraban los ojos co-

mo dos diamantes. Don Homobono, medio deslumbrado y temeroso, bajó los suyos: poco más allá se atrevió á levantarlos otra vez para mirar á su extraño compañero. Este habia crecido sobre vara y media: asemejábase á uno de esos gigantones disparatados que sacan por las calles de Toledo en la procesion del Córpus.

— ¡Ave María Purísima! exclamó mi héroe todo tembloroso como si tuviera cuartana. ¡Jesucristo me ampare y mi señor San Pedro!

— Presente: ese soy yo, y por eso dije que te recompensaria. No tengas miedo. Te agradezco tu ayuda para sacarme de la zanja creyéndome un desvalido, y los dos cuartos que me diste. Semejante despilfarro en un hombre como tú eres, indica tu muerte próxima; pero supongo que te pillará en buena hora, y tendré el gusto de abrirte la puerta de los cielos.

— ¡Ay, señor San Pedro de mi alma! Siempre tuve deseo grandísimo de ver el cielo; mas tambien quiero vivir, que soy padre de familia, y áun no hé cumplido los cincuenta, y tengo pendientes algunos negocios, y quiero arrepentirme de mis culpas, y...

— El caso es, murmuró San Pedro hablando consigo mismo, que ningun trabajo me cuesta... Dime, hombre, ¿por qué prestas al 9 por 100? Si fuera al 6, menos mal; pero todo lo que pase de ahí me parece cosa de usura.

— Santo mio, perdon; eso sería en otro tiempo, cuando ustedes los apóstoles andaban por el mundo y dormian al raso, y con un coscorron de pan y un tarugo de queso estaban listos y satisfechos: ahora las cosas van de otra manera y todo cuesta un ojo de la cara. ¡El 9

por 100! ¿Y cómo ha conocido que era el 9? Pues yo me figuraba que, visto desde el cielo, el 9 pareceria un 6, y nadie me pediria cuenta, y luego que...

—Hombre, ¿sabes que la disculpa me hace gracia? Pero, vamos á otro punto. Yo te ofrecí recompensarte y quiero cumplir mi promesa llevándote de un vuelo al Paraiso para que lo veas á tu gusto, y poniéndote luego sano y salvo á las puertas de Madrid, ó en tu misma casa, que para mí es igual. ¿Te acomoda?

No bien hubo dado el *sí* don Homobono, cuando se sintió arrebatado por los aires con tal ímpetu que parecia un cohete. A poco tuvo que encogerse y ladear la cabeza para no romperse los sesos contra la luna, despues vió las siete cabrillas, y la osa mayor, y la estrella polar, y tres ó cuatro docenas de cometas con más barbas que el Judío errante, los cuales cometas le pasaron zumbando por delante de la cara con un ruido atroz, y del gran susto cerró los ojos y quedó como desmayado. Cuando volvió en su acuerdo, todavía iba subiendo, subiendo con velocidad increible: habia pasado ya las nebulosas y sintió gran rumor de alas, y vió llegar un numeroso enjambre de angelotes gordos y mofletudos, que bajaban de golpe á la tierra para encargar á los redactores de los periódicos ultramontanos que propagasen y encareciesen las romerías y peregrinaciones, las remesas de dinero á la córte pontificia y el ódio santo contra los pícaros liberales. Pasaron los angelotes y á poco dijo San Pedro:

—Hemos llegado.

Respiró don Homobono y quiso deleitar su vista con el maravilloso espectáculo de los esplendores celestiales;

pero aunque miraba á derecha é izquierda, delante y detrás de sí, lo cierto es que no veia gota, como si estuviese encerrado en el fondo oscuro de una carbonera. Entre tanto, su ilustre cicerone, que no le habia soltado un punto, le iba diciendo cariñosamente mientras le llevaba de un lugar á otro:

—Este pórtico inmenso á cuyo arco altísimo tachonado de esmeraldas y rubíes nó alcanzaria el vuelo de las águilas, pues se moririan de viejas antes de llegar á él, es el ingreso y vestíbulo de la gloriosa mansion del Paraiso. Desde aquí se descubren sin fin ni límites los prados inmortales donde apacientan las ovejas del Pastor eterno, libres de lobos y carniceros tigres; esto es, libres ya de pecados y de toda suerte de concupiscencias del espíritu y la carne. Esos palacios vaporosos y espléndidos, al parecer tejidos con nubes de oro y ámbares, morada son de vírgenes honestas y prudentes que mantuvieron su lámpara encendida y sin mácula alguna el tabernáculo de su fé y su amor: aquellas arboledas tan verdes y pomposas cubren y cercan el mil veces venturoso valle donde los austeros cenobitas y los mártires, curados por angélicas manos de sus llagas y heridas, gozan en largos raudales las delicias de la bienaventuranza. Fíjate y observa cómo se mecen, á la manera que las olas del mar, las copas nunca marchitas de esos bosques: ¿no sientes fuertes aromas, no oyes vibrar el aire todo lleno de armonías? Es que esos troncos y esas ramas se estremecen y cobran voz y son arpas infatigables para cantar las maravillas del Eterno. Pues si tuvieras por tuyas las alas de la luz y la série larga de los siglos,

irias más allá y más allá en tu inacabable carrera, admirando siempre y por siempre nuevas regiones celestiales, nuevos prodigios, alegrías nuevas sin término ni medida como su Autor infinito. Y entonces, lleno de asombro y entusiasmo...

— Pero, señor San Pedro de mi alma, ¿cómo hé de asombrarme ni entusiasmarme, si desde que entré aquí me hé quedado en tinieblas y no veo esos pórticos, palacios y bosques de que me habla, ni siquiera los dedos de mi mano; ni huelo semejantes perfumerías, ni oigo violines ni canciones, ni más voz que la suya, que, en verdad y sin ofensa sea dicho, me suena á campana cascada? Esto de traerlo á uno volando por los aires prometiéndole enseñarle tantas cosas y despues dejarle ciego para que no pueda verlas, no me parece hazaña propia de santos, ni áun de personas decentes. ¿Dónde estan esas doncellas tan bonitas y esos ermitaños y esos mártires? Aquí el único mártir soy yo, ¡desgraciado de mí! Maldita sea la hora...

— Tienes razon, hombre, tienes razon; pero..... no eches maldiciones en este sitio... respeta la casa. Es que yo, como voy para viejo, casi casi hé perdido los papeles y la memoria. No recordé que tus ojos, y todos tus sentidos terrestres y mortales son demasiado débiles para soportar los resplandores, aromas y armonías de esta mansion celeste. Mas hay pronto remedio; cerca de aquí tengo una alcuza con bálsamo tan maravilloso, que ni el de Fierabrás le iguala. Espérame, hijo mio, que en seguida vuelvo.

Y volvió al punto, y con la mayor solicitud ungió á

don Homobono, quien de un solo golpe lo vió, y oyó y olió todo con lucidez y sutileza maravillosas, quedándose tan pasmado, que abrió una boca como un caiman y cada ojo como un peso duro. Mas luego, no pudiendo resistir tamaña emocion, tendió los brazos, giró con media vuelta á la izquierda y cayó sin conocimiento. Volvió San Pedro á echar mano de la alcuza y á dar la segunda uncion á su protegido. Este se levantó como si tal cosa; ¿qué digo? se encontró como no habia estado nunca, satisfecho, lleno de vigor y dispuesto á las más difíciles y sublimes empresas. La primera que se le ocurrió fué robar la alcuza del milagroso bálsamo; pero San Pedro le vió venir y la quitó del peligro.

Entre ambos, mientras iban admirando mil y mil estupendas maravillas, se trabó un curioso diálogo que en gracia de la brevedad omito, pues sería cosa larga de contar: don Homobono encontraba á cada paso motivos de asombro y hacía más preguntas que un locutorio de monjas, y San Pedro á todo respondia con inagotable paciencia y gran copia de datos, como portero y habitador de la casa durante tantos siglos. No habia rincon que no conociese, ni bienaventurado de quien no tuviera la historia en la punta de la uña, y eso que solia lamentarse de la flojedad de su memoria. Aprovechándose de tamaños conocimientos biográficos, quiso don Homobono saber la suerte de su padre, que habia sido escribano, y preguntó á su guia si entraba allí mucha gente de curia.

—Ni mucha, ni poca, le contestó el Santo. En otro tiempo solia de vez en cuando abrir la puerta para algunos, y por esta razon andan aquí hechos unos pasean-

tes vários abogados, escribanos y procuradores, á quienes hemos tenido que enseñar los dientes y meter en un puño para que nos dejen en paz y no armen sus acostumbrados enredos y laberintos. ¿Querrás creer que uno de estos señores tuvo la ocurrencia de pedir al Padre Eterno los títulos de posesion del Paraiso? Por la infinita misericordia no bajó de un puntapié volando á los infiernos, ó cuando menos al purgatorio á satisfacer el delito de su irreverencia y osadía, tostándose la piel siquiera durante catorce millones de siglos y algunos minutos. Los curiales son incorregibles; áun aquí hablan de pleitos, demandas, ejecutorias, notificaciones, autos, compulsorios y demás zarandajas; y si pudieran, habian de introducir el papel sellado. Lo bueno es que ninguno quiere acompañarse con ellos, y así forman pandilla aparte y andan juntos como bandada de grullas por los sitios más retirados; esta es la razon de que no los hayamos visto.

—Se conoce que mi señor San Pedro no es muy amigo de los curiales. ¿Hay otra clase de gente en igual caso, esto es, que no pueda entrar aquí?

—Te diré: respecto de los filósofos nos andamos con muchísimo ojo, y son contados los que entran. Aun más escasos y contados son los jesuitas; pues si entrasen muchos, estarian maquinando sin cesar para hacerse los amos y no gozariamos punto de reposo. Pero conviene abreviar nuestra visita, porque hemos ido en ella muy despacio. ¿Cuánto tiempo imaginas que hemos gastado en recorrer, aunque de pasada, estos lugares?

—No lo sé, porque no saqué de casa el reloj por te-

mor de los rateros, y con tanta novedad como hé visto me sería difícil calcular con alguna exactitud. Pero supongo corridas cinco ó seis horas desde que tuve el honor de conocerle.

—Pues segun este, que es muy seguro, dijo el Santo mostrándole un reloj como una fiambrera, desde tu entrada en este sitio han pasado tres mil trescientos treinta y tres años con tres meses.

—¡Dios mio de mi corazon y de mi alma! Entonces, cuando vuelva á la tierra ya no existirá Madrid ni las cuatro fincas que en ella tengo, ni mi mujer, ni los biznietos de mis hijos, y tanto habrá adelantado la gente, que yo seré un bárbaro entre los demás hombres, ó quizá hayan estos retrocedido al estado salvaje y antropófago y hagan conmigo un guisote. ¡Ay, Santo mio! ¿Qué será de mí?

—Hombre, ten calma y no hables desatinos. Aquí el tiempo se cuenta de otro modo. ¿Qué entiendes tú de relojería celestial? Tranquilízate: al volver á la tierra lo hallarás todo como lo dejaste; tu mujer con el mismo geniazo de harpía, tus hijos tan mal educados como antes, y tus fincas en el mismo sitio en que estaban. Para concluir nuestra expedicion te enseñaré una cosa que ha de gustarte. ¿Quieres conocer el secreto de la vida y la muerte?

—¿Pues no hé de querer, Santo mio?

—Entonces, agárrate á mi sayo, y silencio.

Así lo hizo don Homobono: su complaciente guia le llevó por los aires con tal velocidad que en un punto cruzaron distancias asombrosas, hasta hallarse en el centro

de un edificio descomunal jamás visto ni áun imaginado por hombre alguno. Estaban en un grande patio, si este nombre puede aplicarse á una vasta llanura cercada de altísimos murallones que se perdian de vista; en términos que, á pesar de la amplitud del sitio, parecia que estuviesen en el fondo de una noria seca. El tal patio era redondo como una plaza de toros y triste como un desierto; el vecindario de una ciudad populosa hubiera podido acampar en él con holgura, y no habia nadie; es decir, los ojos más claros no percibian ningun ser viviente, aunque sin duda alguna se adivinaba que allí existia una poblacion invisible y flotante, pues el aire estaba lleno de rumor de alas, llantos débiles, suaves sonrisas y palabras dulces y confusas, como pronunciadas á distancia, ó en una lengua armoniosa y desconocida. Solo el murmullo del agua y de los árboles, oido de noche y á lo lejos, puede dar alguna idea de aquellos rumores misteriosos, que se apagaban ó crecian cual si fuesen y viniesen por los aires legiones de espíritus inquietos sonriéndose y hablando, suspirando y lamentándose.

No las tenía todas consigo don Homobono; pero por más que á todos lados miraba, solo distinguia los gigantescos muros circulares, cubiertos de inscripciones y pinturas extrañas, capaces de burlar la penetracion y consumir la paciencia de cuantos egiptólogos y orientalistas pretendieran descifrarlas.

—¿Qué dicen esos garabatos? preguntó don Homobono.

—En esta parte los nombres de cuantos han vivido en la tierra; en esta otra los nombres de los que no han nacido todavía.

—¡Bonito cuaderno de apuntaciones! Pero, en fin, cada país tiene sus estilos. ¿Y esas puertas que parecen de bronce y son tan grandes que si estuviesen abiertas cabria por cualquiera de ellas un navío de tres puentes con sus mástiles de pié y sus velas desplegadas?

—Esas cien puertas dan entrada á otras tantas galerías, de cuya extension ni áun tienes remota idea. Por la que vas á ver ahora, puedes juzgar de las restantes.

Y tocando apenas San Pedro en una de las colosales puertas, abriéronse á la par sus dos hojas de bronce, y el curioso mortal quedó extático y deslumbrado. El espectáculo no era para menos; veíase una ancha y alta galería, tan honda y capaz como si el génio de la arquitectura hubiese pensado hacer una catedral donde congregadas naciones enteras pudiesen rendir al mismo Dios el mismo culto y en inmenso coro tributarle á la vez sus bendiciones y alabanzas. Aquello era cosa magnífica; las elevadas bóvedas parecian inconmensurables y sin fin como la bóveda espléndida de los cielos: un bosque interminable de columnas se extendia por todas sus partes; no habia cuadros, ni altares, ni estátuas, ni órganos, ni adorno ninguno de cuantos solemos ver en nuestras iglesias; verdad que allí todo esto hubiera sido raquítico y pobre. Solo se divisaban por donde quiera, como las constelaciones del firmamento, millones y millones de lámparas encendidas brillando en el aire cual si estuviesen colgadas de hilos invisibles. De estas lámparas se hallaban unas á extraordinaria elevacion, otras á menos altura, y otras casi tocaban el suelo; habíalas de luz intensa y penetrante, y tambien de fulgor tan mús-

tio y apagado que por momentos amenazaban extinguirse. Con efecto, algunas se extinguian del todo; mas en diversas partes encendíanse otras como por natural virtud, sin intervencion visible de agente extraño.

Don Homobono dijo á su guia.

Verdaderamente, señor San Pedro, que esta catedral, ó lo que sea, es disparatadamente grande y sin apreturas ni empujones cabrian aquí todos los devotos de la tierra. Se conoce que en estos lugares anda barato el material y la mano de obra, pues no me habeis enseñado cosa alguna cuyo grandor no admire y espante. Aquí los palacios son como ciudades; cada hoja de árbol es como la vela de una fragata y hasta los angelitos pueden medirse por kilómetros. Si por la orilla se saca el paño y por el hilo el ovillo entero, bástame lo conocido para calcular lo demás aunque confusamente, pues se me pierde la imaginacion y sin haber probado el vino empiezo á sentir mareos, viéndome tan pequeño y ruin entre tantas enormidades y magnificencias. Una sola cosa no me gusta, y es ver en este sublime templo todos esos millones de millones de lamparillas; que, á decir verdad, parecen los vasillos de colores que allá abajo se usan en las iluminaciones públicas al aire libre. ¿No sería más bonito y más decente colgar un incendio en mitad de estas bóvedas y con un solo foco de luz alumbrarlo todo como el sol alumbra la tierra?

—No estaria eso mal pensado, respondió San Pedro, si fuese alumbrar este sitio el objeto de esas lamparitas; pero sirven para cosa muy diversa, como verás ahora, ya que es llegado el instante de revelártelo. Sabe, pues,

que cada una de ellas es figura representativa y simbólica de la persona terrestre á quien corresponde, habiendo tantas en número como seres racionales hay en la tierra. Mientras la luz vive, la persona vive tambien; cuando falta de aceite se apaga, la persona muere; las que empiezan á arder, figuran los que nacen á la existencia. Por el aceite que tiene cada lámpara se conoce con exactitud el tiempo que durará; mira este grupo que tenemos cerca: ¿no ves algunas llenas hasta los bordes y otras casi agotadas? Pues ahí tienes el ejemplo. Todo este ámbito hasta aquella gradería que á la derecha se levanta corresponde á Europa; la parte comprendida entre esas columnas á España; en medio próximamente está la de Madrid. Vén: acerquémosnos todavía un poco más: no tiembles, cristiano: ¿ves esta lamparita moribunda y mústia? Es la tuya, y la que está al lado tan resplandeciente es la de tu mujer. Pero... ¿qué te pasa?

Don Homobono temblaba como un azogado y se habia puesto muy pálido. Su lámpara apenas tenía un resto de aceite y comenzaba á estremecerse y amortiguarse. Iba á lanzar tal vez la última llamarada. Solo de pensarlo se le demudó y descompuso el rostro en términos, que movido de lástima salió á todo escape San Pedro para traer la alcuza del milagroso bálsamo. Pero no bien habia vuelto la espalda, cuando una idea felicísima ocurrió á don Homobono; la de pasar el aceite del vaso de su mujer al suyo, y apenas lo pensó quiso ponerlo en práctica. ¡Fatalidad! La tal lámpara estaba fija como clavada, y las fuerzas del mayor gigante no bastarian para levantarla á pulso, ni áun para inclinar sus bordes. Su-

doroso y jadeante renunció á la empresa. ¡Cuánto hubiera dado entonces por tener una cuchara! Con ella fácilmente habria trasvasado el aceite, prolongando su vida á expensas de la de su consorte. Mas ¿dónde buscar una cuchara en aquel sitio y en tan apurados instantes? Imposible. A falta, pues, de tan útil instrumento, comenzó á mojar en una lámpara el dedo, y pasándolo por los bordes de la otra, escurria en ella algunas gotitas del óleo vital, y vuelta á mojar el dedo y á escurrir una, dos y hasta catorce ó quince veces... Pero de pronto le arrimaron una descomunal bofetada que lo dejó medio traspuesto, y al volver en sí no vió ninguna catedral, ni pilares, ni las simbólicas lámparas con que soñaba; sino la lamparilla de noche que alumbraba su alcoba, y su propia cama donde estaba tendido, y junto á él su mujer incorporada sobre un codo y diciéndole con gran furia.

—Pase que te metas en la nariz el dedo, aunque es una porquería; pero que vengas á refregármelo por la boca... eso no se lo consiento ni á mi padre que volviera del otro mundo.

. . . . . .

. . . . . .

— Pero, don Homobono, dije á mi compañero de café, con que ese campo estéril, ese viejecito que despues resultó San Pedro, la subida al empíreo, los ángeles y bienaventurados, las cosas que usted vió, incluyendo la alcuza de Fierabrás y el departamento de las lamparillas, y tanta máquina prodigiosa como me ha ido contando teniéndome con un palmo de boca abierta, ¿fué todo imaginacion y quimera y fantasmas del sueño?

—Todo, amigo mio; lo único verdadero fué el bofeton que me pegó mi mujer, y que al recordarlo me duele todavía. ¿ Qué gloria ni qué angelitos, ni qué ocho cuartos? ¿Quién vá á creer esos trampantojos ? El que se haya caido de la luna. Cuando el hombre estira la pata, lo entierran y en paz : muerto el perro, se acabó la rabia.

Dicha esta bella sentencia, cogió el sombrero, me hizo un saludo y se marchó tan campante y ufano. Yo pensé:

—¡Con que muerto el perro, se acabó la rabia! Y este hipocriton oye misas y confiesa y dá ochavitos de limosna y habla de Dios y la moral y truena contra las ideas modernas!... El molde no se ha perdido. ¡Cuántos don Homobonos andan por esas calles !

Madrid: Setiembre de 1878.

SOÑAR DESPIERTO.

SOÑAR DESPIERTO.

Quizá, quizá no exista en toda la redondez del globo terráqueo un hombre solo que no haya tenido muchos de esos instantes en que, segun la expresion vulgar, se nos vá el santo al cielo; es decir, que nos quedamos desorientados y confusos vagando por nebulosas comarcas de mundos desconocidos, sin recordar en tanto dónde estamos de pié, qué personas nos rodean, cuál es nuestra situacion y ni siquiera cómo nos llamamos. Tales distracciones suelen ser más frecuentes y profundas en los poetas, filósofos y demás hombres de imaginacion rápida y entendimiento investigador y discursivo; principalmente cuando una idea tenaz llama y atrae á sí el calor y la sávia del espíritu, absorbiendo sus fuerzas y desviándolo de las ordinarias esferas de la vida.

Mas no quiero asegurar con esto que sean vates y filósofos, ni áun discretos y despejados todos los distraidos; algunos de ellos son tontos de solemnidad, y si no estan con su pensamiento aquí, tampoco estan en ninguna otra parte, cosa muy útil para conservar el pelo

hasta la muerte. Estos pobrecitos son naturalezas negativas, medallas borrosas en que no se descubre el año ni la figura, y ni en sus distracciones mismas presentan nada digno de referirse.

Por no adulterar esta verídica historia, empiezo confesando que el héroe ó protagonista de ella no era un génio, ni tampoco un simple, sino un buen señor algo tocado de la cabeza, chiflado ó guillado, que de los tres modos suele apellidarse ese estado particular en que el hombre ni es cuerdo, ni llega con mucho al término y remate de la locura. Su excelente corazon y honradísimos deseos le llevaban nada menos que á calentarse los cascos incesantemente buscando la traza y manera de labrar la felicidad de España. Me parece que no puede haber mejor propósito. Para comenzar á realizarlo preciso era encontrar la cuadratura del círculo, quiero decir, un buen Gobierno, y plantear una buena administracion, y un buen sistema legal, y trocar en buenas las malas costumbres públicas, y hacer que fueran humanos y generosos los ricos, y que los pobres no los envidiasen ni aborreciesen... aunque meditándolo con calma, juzgó cosa mejor suprimir los pobres; no á la manera de aquel emperador romano que los embarcaba en un casco viejo y apartándolos de la costa los curaba de sus necesidades en el fondo del mar, sino haciéndolos mejorar de suerte hasta el punto de que cada cuál estuviese contento con la suya.

Para conseguir tan humanitarios fines ideó trazas, formuló planes, fantaseó proyectos sin término ni límite, y áun llegó á escribir algunos y á consultarlos con

sus amigos, y excitado por vários de estos, que debian ser unos guasones de gran calibre, á presentarlos al Gobierno, porque eran en su opinion útiles y practicables en sumo grado. Como soy amante de la discreta brevedad, y para muestra basta un boton, suprimiré los más de ellos, indicando solo de pasada algunos puntos que manifiestan los pocos de su juicio. En primer lugar, como todos los grandes hombres, se creia predestinado por el Altísimo para llevar á cabo empresas extraordinarias, maravillosas y estupendas. Su mismo nombre era ya claro signo y prólogo natural de sus futuras, colosales obras. Llamábase don Félix Plusquamperfecto, y necesario era tener más cerrados los ojos que bolsillo de avariento para desconocer la significacion y filosofía de tales nombres. ¿Qué significa Félix? Pues quiere decir feliz, dichoso, bienaventurado. ¿Y lo de Plusquamperfecto? Más que perfecto; esto es, una redundancia, un pleonasmo de perfeccion, algo tan acabado y sublime que solo puede concebirse con la baba caida de puro júbilo. Pues él, don Félix Plusquamperfecto, habia nacido, primero, para ser feliz, que la bien ordenada caridad por uno mismo empieza; y luego, para hacer felices á todos los españoles desde el áspero y encumbrado Pirineo hasta el estrecho de Gibraltar y posesiones ultramarinas. Para lo cuál, segun manifesté, había imaginado cien ingeniosísimos proyectos y los había escrito en excelente papel de canto dorado, y hasta se hallaba con el Presidente del Consejo de Ministros á media correspondencia: y digo á media correspondencia, porque el señor Plusquamperfecto escribia y tornaba á escribir, pe-

ro el tal señor Presidente hacíase el sueco y no le contestaba nunca.

Esto no desesperaba á don Félix; al contrario, se figuraba que el Ministro Presidente habria nombrado várias comisiones de doctores doctísimos y hacendistas y eminencias de todo género para examinar sus grandiosos planes, y de ahí la tardanza en responderle aceptándolos; pues en cuanto á rechazarlos por inadmisibles, era pensamiento que jamás inquietó la tranquilidad de mi héroe. Solo recelaba que no le comprendieran bien y no diesen á sus proyectos la debida importancia; por lo cuál solia dedicar los ratos desocupados, que no eran pocos, á redactar memorias y observaciones explicativas allanando dificultades y aclarando puntos oscuros con apostillas, escolios, comentarios, notas y ejemplos.

Su mujer, viéndole tan afanado y caviloso, temblaba con la sospecha de que concluyese en loco rematado, y solia intentar separarle de aquellas perennes meditaciones, procurando halagarle con suculenta mesa y exquisitos vinos, de lo que, en honor de la verdad, era don Félix harto devoto en sus buenos tiempos. Mas ahora engullía selectos manjares como quien enjalda paja, sin cuidarse de ello, y lo mismo tragaba perdices y Jerez, que ropavieja y tinto de campeche. Tambien le proponia concurrir á los teatros, tertulias y paseos públicos; pero mi don Félix, penetrando la idea, solia responder con suma gravedad:

—Hija mia, no puedes figurarte el daño que me haces dándome á entender que perteneces al vulgo de tu sexo; pues has de saber que siempre vosotras las seño-

ras mujeres, en vez de alentarnos para emprender, seguir y acabar magnas empresas, solo habeis tenido inclinacion y arte para desanimarnos y empequeñecernos. Así Dálila descabelló á Sanson, no precisamente como hacen los espadas con los toros, sino cortándole el cabello y quitándole las fuerzas; y Betsabela hizo caer á David en pecado, y otras hembras lograron que Salomon prevaricase; y si el prudente Ulíses no se tapara con cera y algodones los oidos, hubiera sido víctima de las sirenas allá en tiempo de los moros, ó poco antes, que en esto de las fechas tengo una fatal memoria. Por tanto, hija mia, te suplico y ruego que no sigas los pasos de esas picaronas, ni me descabelles y perviertas, ni hagas cosa alguna encaminada á separarme de mis altos propósitos y empresas, de donde pende la felicidad de España y tal vez la del género humano.

¿Qué habia de contestar la cuitada esposa á semejante arenga? Se encogió de hombros y sintió profunda lástima de su marido, viéndole seguir tal rumbo; pero tuvo la prudencia de no replicarle palabra. El Sr. Plusquamperfecto, pronunciado su discursito, quedó tan meditabundo y absorto, que sacando un pañuelo para limpiarse las narices, cogió y tiró de las de su mujer, y en seguida guardó el lienzo como si tal cosa. Aunque esto parezca raro, no lo extrañó ella; pues ya en ocasiones distintas habia empezado á rascarla, pensando rascarse él, con otros disparates curiosísimos de que á su tiempo daré cuenta.

Entre los candongos que estimulaban la chifladura de mi héroe, algunos eran de su propia familia y le da-

ban cordelillo para tenerle contento y poderle sacar, como lo hacian, varios piquillos disfrazados bajo el nombre de préstamos, que no le devolvieron nunca. Uno de ellos era su propio cuñado, el cuál le celebraba por las nubes sus invenciones y proyectos, aunque se veia negro para contener la risa al escucharlos. Cierto dia se hallaban tomando café ambos junto á un veladorcito: guardaban tan mudo silencio como si fuesen frailes cartujos; pero el tuno del cuñado, con ánimo de refocilarse un poquito á expensas de su pariente, tocó la cuerda sensible diciéndole:

—¿Qué tienes? ¿Acaso estás enfermo? Aunque te veo buen semblante y color sano, te lo pregunto porque me parece que no te ocupas ya en mejorar la suerte de esta desgraciada nacion, y sentiria mucho verte renunciar á tus proyectos.

—¡Cómo renunciar! ¡Si nunca se me han ocurrido mejores, ni los hé meditado más, ni hé tenido mayor empeño en llevarlos á cabo! ¿Qué dirias tú de la empresa de convertir en un lago el Mediterráneo, suprimiendo el estrecho de Gibraltar y uniendo España con África? ¿Qué dirias si yo consiguiese abolir todas las contribuciones que agobian hoy con su peso la propiedad y la industria, reemplazándolas con un desembolso insignificante y nada oneroso? ¿Y si yo, yo mismo, don Félix Plusquamperfecto, hallase el medio de que fueran bellas todas las hembras, hermosos todos los varones y no hubiese enfermedades?

—Hombre, en cuanto á lo último, si yo fuera médico te citaria judicialmente para reclamarte ante los tri-

bunales indemnizacion de daños y perjuicios; porque esto de tener una carrera decente á costa de mucho tiempo, estudio y dinero, y quedarse luego á la luna de Valencia, debe ser lo más cargante del mundo. Respecto de lo demás, me parece buenísimo, inmejorable y sublime, aunque un poquillo difícil de realizar.

—¡Difícil! ¿A qué llamas difícil? Suponte que en nuestra Península y provincias de Ultramar, entre presidios, cárceles, conventos y cuarteles hay doscientas mil personas útiles: doscientas mil: agarras trescientos mil vagos y empleados supérfluos, que no faltarán, y tienes ya quinientos mil, ó sea medio millon de gente, cuatro más ó cuatro menos: enfilas toda esta tropa y la vas colocando á lo largo de la playa desde Algeciras al cabo de Trafalgar, como se vé en ese mapa (y le señaló un gran espejo); en seguida llega el aviso telegráfico, disparan los cañones puestos de trecho en trecho para dar la señal del trabajo, y todos á una, comienza aquel inmenso hormiguero de operarios á desecar el estrecho de Gibraltar chupándolo con lavativas y haciéndolo desaparecer en un periquete. ¿Sabes tú lo que son quinientas mil lavativas chupa que chupa? Pues es una cosa atroz, y hasta ahora nadie se atrevió á pintarla ni esculpirla en tablas ni lienzos, mármoles ni bronces. Suprimido y enjugado el Estrecho, queda un gran valle, y como debe ser terreno blando y arenisco, lo siembras de patatas, no para comerlas, que ya entonces habré proporcionado á cada español una hogaza y un pavo diario, sino para tirárselas á los malos cómicos y á los pésimos poetas y á los camaleones políticos que deshonran á la

par nuestro teatro, y nuestra poesía y nuestro Congreso. Unida España con África, podemos por esta parte dilatar nuestro dominio, civilizar comarcas agrestes, obtener beneficios y riquezas sin límite ni medida, extender la religion cristiana y realizar de esta suerte los propósitos de Isabel I, de su esposo Fernando y del cardenal Cisneros, que santa gloria hayan.

—Por siempre jamás, amén. Te aseguro, á fé de cuñado, que nunca oí proyecto de tal calibre, y que si el talento fuera un cuerno, habias de ensartar la luna con el tuyo. A propósito, ¿tienes ahí cinco duros?... Muchas gracias. Pues como te iba diciendo, sentiria yo muchísimo que un plan tan perfectamente combinado se frustrara y perdiese solo por no haber tenido en cuenta alguna pequeñez, segun el antiguo adagio de «por un clavo se pierde la herradura, por la herradura el caballo, y por el caballo el caballero.» Supuestas las quinientas mil lavativas funcionando, y ya desecado y enjuto el estrecho de Gibraltar, ¿adónde volcarás toda el agua chupada sin que inundes provincias enteras y quizá, quizá toda la Península? Porque entonces sería España víctima de una catástrofe, y tu invencion más dañosa que siete cóleras morbos y catorce guerras.

—Me alegro de que me hagas esa observacion, pues ella fué el único inconveniente de alguna gravedad que se me ocurrió para mi empresa. Mas como hé querido atar todos los cabos y precaverlo todo, reflexioné en ello, resultando que esa enorme cantidad de agua, en vez de producir una horrible catástrofe, producirá un beneficio inmenso, porque la verteré en el gran desierto de Saha-

ra, convirtiéndolo en un lago navegable desde el trópico de Cáncer hasta las fuentes del Níger, y bajando por este rio desembocamos en el gran golfo de Guinea, casi bajo la línea ecuatorial; y con tanta propiedad me lo figuro, que ya me tienes sudando por el mucho calor que dicen que allí hace.

Y sacando el pañuelo para limpiarse el sudor que no tenía, limpió la taza donde habia tomado el café. Luego prosiguió:

—Lo de abolir las contribuciones, sustituyéndolas con un impuesto equitativo, moderado y poco oneroso, cosa es mucho más difícil que la anterior; no porque en sí lo sea, sino porque los Gobiernos, llámense haches ó erres, son unos chupones insaciables, y...

—Pues, hombre, envíalos al estrecho de Gibraltar y te sale de balde la operacion de que hablabas.

—No me interrumpas. Digo, pues, y sostengo que teóricamente es cosa muy posible y hacedera, como en casa te lo demostraré con números correspondientes á las circunscripciones, provincias, capitales, pueblos y aldeas en que divido el país; pero en la práctica los intereses creados, las preocupaciones añejas, y, sobre todo, la codicia y afan de mangonear de los que estan arriba, son obstáculos mayores que las murallas de la China, y por ahora no puedo luchar contra ellos.

En cuanto á lo de mejorar la raza humana y precaver casi todas las enfermedades que la cercan y afligen, quiero hacerte una pregunta. ¿Has visto alguna vez que el dueño de una hermosa yegua ó de una perra de buena casta las enmaride y cubra con algun caballo de la pla-

za de toros, ó con algun perro sarnoso y miserable? Nunca jamás; por el contrario, se les busca pareja proporcionada en vigor, juventud y gallardía. Pues el cuidado que á los animales se prodiga, no se tiene con las personas, y todos los dias estoy viendo con indignacion, jorobados, cojos, enfermos, raquíticos, viejos y tontos unidos á mujeres listas, bellas y saludables; y veo tambien mancebos vigorosos casados con sus abuelas, y así la fé conyugal anda rota y escarnecida, y la moralidad y el honor por el lodo, y enflaquecidas y menguadas las actuales generaciones. ¿Qué hijos há de procrear un anciano? Unos pequeños viejecitos que se mueren antes de tener barbas, ó arrastran una existencia enfermiza y triste, dando ser á una prole tan menguada como ellos. Fundado en tales consideraciones el espartano Licurgo, dictó leyes severas sobre matrimonios, disponiendo que solo pudiesen contraerlo personas robustas, sanas, y fijando para la mujer la edad de veinte años y la de treinta para el hombre. ¿Acaso no sabemos todos que segun el árbol así es el fruto? Pues ¿por qué se desatienden y olvidan los principios eternos de la naturaleza? Y cuenta que el mal tiene ya hondas y antiguas raíces; pero hé de poder poco, ó por vida mia las arrancaré de cuajo. Nadie logrará casarse como no tenga la edad, estatura y robustez necesarias, y al que otra cosa procure y solicite lo zamparé en un manicomio hasta curarlo de sus tendencias matrimoniales. Con tal procedimiento, y con estrangular interinamente á todo niño que nazca defectuoso y enclenque, ya verás mejorarse de dia en dia la raza humana, aminorándose las enfermedades hasta no

quedar sino la inevitable, y postrimera; y pues de algo hemos de morir, convendria que fuera de risa, para lo cuál voy á explicarte otro proyecto, que...

Pero el cuñadito, que ya habia tomado café y copa y además cinco duros, estaba harto de proyectos y no quiso seguir escuchando otros; así, figuró urgentes ocupaciones; y no pudiendo ya tomar otra cosa, tomó la puerta, murmurando entre dientes:

—¡Uf! Capaz era este hombre de no soltarme en tres dias. No sé cómo mi hermana puede aguantarlo. Si no fuera tan bonachon... Pero cavilando en sus disparatados planes, anda siempre absorto y traspuesto, comete mil patochadas que le desacreditan y ridiculizan, y á lo mejor, ó á lo peor, hará una barbaridad sin ejemplo.

***

El cuñado tenía razon, mucha razon. Las distracciones y majaderías del Sr. Plusquamperfecto eran cada vez más frecuentes y notables, por lo que mencionaré algunas, y de este modo quedará bosquejado el tipo con mayor exactitud y relieve del que yo pudiera darle, aunque apurase en él perfiles y colores.

Como en la naturaleza todo es progresivo, su primera distraccion apenas merece el trabajo de nombrarse, por lo comun y vulgarísima en cuantos administran ajenos caudales. Manejaba mi héroe los de cierto despilfarrado título, habilísimo para tirar el dinero y de todo punto inútil para ganarlo ó conservarlo, gastador incorregible,

con más necesidades que un convento de monjas, y siempre, sin reparar en pelillos, dispuesto á satisfacerlas. Entiéndase que no hablo de las monjas, sino de las necesidades. Á mí me gusta la claridad en el agua, en la luz y en los escritos, y por eso hago esta advertencia. Naturalmente, como el metal acuñado no suele encontrarse en la calle, de alguna mina habia de salir; y esta mina era el caudal del aristócrata, á quien su administrador y gerente, el Sr. Plusquamperfecto, sobre remitirle el producto de las rentas, adelantaba cantidades en ocasiones perentorias; mas al ajustar luego las cuentas de sus alcances, solia equivocarse añadiendo un cero que las multiplicaba por diez, y esto no con malicia, sino de puro distraido, resultando al cabo de una serie de préstamos y distracciones, dueño el administrador de casi todos los bienes de su administrado. Hasta aquí la cosa no es nada extraña, y se me dirá que el mundo está lleno de administradores, mayordomos y albaceas Plusquamperfectos. Ciertamente lo reconozco y concedo; mas si aquí terminasen las distracciones de mi héroe, no sería yo quien bosquejara su retrato. Esta distraccion preliminar le sirvió para ponerse á flote, ó con el riñon cubierto, segun se dice del que tiene asegurados de por vida buen vestido, buena casa y buen pesebre; item más, otras menudencias y perfiles que las amarillas proporcionan á ciertos venturosos mortales.

Y admírense aquí la discrecion y sana lógica del señor Plusquamperfecto, quien lo primero de todo buscó y logró su bienestar propio; y luego, ya descansado y tranquilo, dióse á imaginar medios de hacer felices á los de-

más, y entonces fué cuando verdaderamente perdió los estribos, como lo atestiguan las distracciones que siguen.

* * *

Tenía mi héroe un amigo opulento y generoso, en cuya casa y mesa comia todos los jueves. El anfitrion, su familia y los demás convidados gozaban extraordinariamente oyéndole desarrollar sus maravillosos proyectos; y él, ante tan benévolo auditorio, se explayaba á sus anchas, reformando la sociedad española y áun el género humano desde sus más profundos cimientos. Industria, costumbres, legislacion, política, religion, filosofía, todo entraba en su dominio, y disertaba sobre todo con pasmosa originalidad. No habia expuesto un plan ó sistema, cuando ya se le ocurria otro, y otro y otro luego; de manera que se peleaban atropellándose por salir de su boca, tal como sucede al agua si es abundante y ha de brotar por estrecho canuto. Y era notable cosa que no por hablar tanto dejaba de engullir como el primero; antes le sobraba espacio para beber y aún para gesticular de tal modo, que más de una vez estuvo á pique de vaciar un ojo con el tenedor á quien tenía junto, ó de cortarle con el cuchillo el pescuezo como si fuera un rábano. Así es que le temian, y procuraba cada cuál no ponerse á su alcance.

Con la regularidad de una péndola de reloj se repitieron estas comidas semanales durante algunos años; pero en el contínuo pasar de los dias llegó uno desgraciado y

nefasto en que don Antonio, tal se llamaba el amigo de mi héroe, dió, ó más propiamente hablando, recibió una descomunal caida en la escalera de su misma casa; y aunque mientras la iba rodando se encomendó interiormente á San Cayetano bendito, no le perdonó el santo ni un peldaño siquiera. Quedó, pues, tan quebrantado y molido del batacazo, aunque no se rompió hueso alguno, que, agravándose á cada momento, pasó muy mal aquel dia, viernes por más señas; tuvo un derrame interior el sábado; entregó su alma el domingo, que es dia propio para el descanso; permaneció de cuerpo presente el lunes y se enterró en martes, lo cuál se llama aprovechar el tiempo. No faltó el Sr. Plusquamperfecto á la conduccion del cadáver y despues á la visita de duelo en la casa mortuoria; y en honor de la verdad, nada dicen las crónicas que de esta materia tratan, sobre si en tan solemnes actos cometió alguna majadería, por lo que me inclino á creer que estuvo circunspecto de palabra y obra y con el meláncolico semblante propio del caso.

Pero hé aquí que, llegado el próximo jueves, ó sea dos dias despues del entierro de don Antonio, se encamina mi héroe á la casa de la viuda, sube cantando los escalones, empuña el cordon de la campanilla y arma un repiqueteo de mil diablos. La viuda y los hijos del difunto se incomodan y sorprenden con aquel estrépito; mas ¡cuál no sería su indignacion y asombro cuando, apenas abrió el criado la puerta, vieron entrar desaforadamente, como tenía de costumbre, al mismo señor Plusquamperfecto, diciendo con grandes voces!

—Antonio, Toñito, hijo mio, ya estoy aquí. ¿Tienes

todavía de aquel vino de Málaga? ¿En dónde estás metido, hombre? Voy á explicarte una idea nueva que te vas á quedar patitieso.

Pero al fijarse en los rostros y enlutados vestidos de aquella familia, cayó de golpe en la realidad, lo recordó todo y quedó tan atribulado y confuso, que solo se le ocurrió dirigir esta excusa á la viuda:

—Señora, usted me perdone; mas con el bautismo... quiero decir, con la muerte de su esposo me encuentro tan... desencuadernado, que parezco un loco. ¡Pobre Antoñito de mi alma!

Y rompió á llorar como una Magdalena. ¿Qué habian de responderle? Nada: mezclaron sus lágrimas á las de aquel ente original, que pocos minutos despues bajaba las escaleras con tales tropezones, como si de propósito quisiera imitar á su malogrado amigo. Milagrosamente llegó sano y salvo á la portería.

Ya en la calle, iba como disparado, todavía con llanto en las mejillas y tan alterado y descompuesto, que los transeuntes se paraban á mirarle, teniéndole por demente. Así recorrió media ciudad, hasta que, para contera y remate de la jornada, se acordó de que debia echar en el correo una carta, por lo cuál la sacó del bolsillo; mas creyéndola poner en el buzon, se empeñó en metérsela por la boca á un forastero que estaba absorto mirando las figuras de un cartel de toros. Entre los franceses todo se disculpa con un *pardon*, *monsieur*, y entre nosotros con un *dispense:* pero la equivocacion era tan grotesca y absurda, que el forastero la achacó á malicia y costó gran trabajo apaciguar su cólera y que no le rompiese

algo á quien equivocaba su boca de tal modo con las abiertas fáuces de un leon de piedra.

* * *

Mi señor don Félix Plusquamperfecto era muy aficionado á la caza. Esto en hombre tan ensimismado y distraido parece imposible, pues la caza exige suma atencion y todos los sentidos despabilados y despiertos. Sin embargo, es la pura verdad; nada le gustaba tanto como salir al campo con la escopeta. Yo me lo explico por la gran ley de los contrastes: el moreno atezado delira por las rubias; el encogido y chicuelo, por las altas y corpulentas; los ingleses, por el vestido de majo andaluz; y apenas hay tartamudo, premioso ni balbuciente, sin vivas ánsias de reventar á su auditorio soltándole un discurso, que más valia le soltase un toro jarameño.

La aficion venatoria de mi héroe le habia proporcionado, á cáusa de sus frecuentes distracciones, varios lances desagradables y no pequeños disgustos. Más de una vez estuvo á pique de asesinar á un compañero, imaginándose tirar contra alguna res montesina; y cuando nadie quiso ya salir al campo con él, acribillaba á perdigonadas sus perros, tomándolos por liebres; mataba sus mismos reclamos, y caso hubo de querer disparar con la culata hácia fuera y la boca del cañon contra el hombro. Gracias á que entonces el gatillo estaba lejos y no lo alcanzaba, pues de otro modo se hubiera hecho pedazos. Con frecuencia, y esto era lo mejor, volvíase sin dispa-

rar un tiro, ya por no acordarse de que llevaba escopeta, ya por haber dejado en casa la pólvora y los plomos, pensando llevarlos en el morral; pero más bien creo yo que los escondia su previsora mujer para evitar alguna catástrofe.

Sucedió, pues, que un dia mi señor don Plusquamperfecto colgóse los avíos de caza, agarró la escopeta, echó por delante el único perro que le quedaba, y ufano y diligente, se lanzó al campo con ánimo de dejarlo desierto. Pero ensimismado y absorto en sus grandiosos planes, ni siquiera disparó un solo tiro, aunque, segun la velocidad de su marcha, parecia que estaba loco ó que llevaba los demonios en el cuerpo. Cuantos le veian pasar tan presuroso tomábanle por un propio que iba ganando horas, ó por un criminal huyendo de la justicia. Así anduvo ó corrió por sendas y vericuetos no sé cuántas leguas, hasta que el mismo trajin le hizo notar que estaba rendido de fatiga y empapado en sudor; que la escopeta le pesaba como si llevara un pino sobre el hombro, y finalmente, que tenía una sed furiosa y más hambre que un maestro de escuela. El mismo perro le contemplaba con asombrados ojos; y si hubiera podido hablar como otros animales, de seguro le habria dicho muy buenas cosas. Mas limitábase el pobre á sacar por entre las abiertas fáuces la encendida lengua, mirando acá y allá por si en alguna parte encontraba agua.

Miró tambien el cazador en torno suyo, notando con alegría un humilde ventorrillo que cerca estaba. Entró en él, y mientras bebia el perro, preguntó á la ventera:

—¿Qué hay de comer en esta casa? Porque vengo muerto de hambre y de fatiga.

—Pues hay de todo lo que su merced traiga; quiero decir, que tengo huevos, pan, vino, manteca...

Y despues de breve páusa, añadió aquella mujer levantando la voz:

—¿Angelito mio, te han hecho daño las sopitas?

—Señora, yo no soy angelito de nadie, y en lugar de empacho, lo que tengo es hambre canina. Por consiguiente...

—¡Vaya un señor! Pues no se figuró... Es mi niño, que está llorando en la cuna. Voy por él y de seguida vuelvo.

Y con efecto, volvió de seguida trayendo sobre el brazo izquierdo un chiquillo gordo y negruzco, de unos siete ú ocho meses. El pelon callaba ahora como un muerto, pues sin duda lo que le hacía gritar y quejarse era el verse solo en la cuna. En la mano libre traia la ventera una cestilla con botella y vaso de hojalata, pan, manteca blanca y un cuchillo. Fué poniéndolo todo sobre una mesa coja, y luego, con encantadora franqueza, dijo á su huésped:

—Hoy me encuentro sola y no tengo quien me ayude. Mientras le avío los huevos, hágame el favor de entretenerme al niño.

Y se lo colocó sobre las rodillas, marchándose á su tarea culinaria. Miró don Plusquamperfecto al chiquito y lo halló bastante feo; lo cuál no le impidió alargar la mano á la botella y sorber casi de un trago el vinagrillo que contenia. Luego, para entretener la hambre, qui-

so emprenderla con el pan; mas habíase anticipado el perro, atrapándolo sin que nadie lo advirtiese.

—¡Bah! murmuró entre dientes mi héroe: me lo habré comido y ya no me acuerdo.

Y quedóse inmóvil y meditabundo. Luego, maquinalmente, empuñó el cuchillo y con la hoja comenzó á coger manteca y untarla en la cabeza pelona del pobre niño. Vuelta á coger manteca y vuelta á las unciones. Cuando le pareció terminada la maniobra, asestó el cuchillo contra el pescuezo de la criatura, y quizá la hubiera degollado á no llegar entonces la madre, quien dejó caer el plato, lanzando un grito horrible.

—¡Asesino!

Don Plusquamperfecto se quedó helado y más pálido que un difunto. La madre dió un brinco de leona y le arrancó el pequeñuelo, voló á la puerta, salió al campo, y con voz resonante como un pito de ferro-carril, empezó á clamar auxilio.

Un hombre que se hallaba cavando no lejos, acudió á la carrera blandiendo el azadon contra mi héroe, quien tuvo que apuntarle con la de dos cañones para tenerle á raya y evitar que le rompiese el cráneo. Trabajosamente, y ayudado de su perro que mostraba los blancos dientes al campesino, logró poner tierra de por medio y tomar soleta.

Cuando se vió libre y salvo de aquel lance, que pudo ser trágico, exclamó con verdadera indignacion:

—¡Malditas sean mis distracciones, amén! ¡Cuidado que el cortar la cabeza al chiquillo como si fuese una rebanada, hubiera sido una barbaridad sin ejemplo!

¿Y la ventera? Por largos años refirió á cuantos quisieron oirla, que cierto dia llegó á su casa un cazador, de rostro patibulario y espantoso, que quiso comerse crudo á su hijo, para lo cuál ya le habia untado la cabeza con manteca, sin duda con la idea de suavizarlo y tragárselo mejor, como lo hubiera hecho, á no ser por ella y por el auxilio de Tomás el hortelano que acudió á defenderla con el azadon, etc., etc. Que aquel forastero cazador, bandido ó lo que fuese, tenía trazas de haber devorado ya muchos niños; por lo cuál debia ser algun judío estropajo, *antropófago* queria decir, segun le manifestó el cura de la aldea próxima al saber la ocurrencia. Finalmente, la figura de aquel tremendo huésped fué por toda la vida la pesadilla de la ventera.

*
* *

Algunas noches, aunque pocas, iba el señor de Plusquamperfecto con su mujer á distraerse un rato en cierta reunion casera de las que ya solo vá quedando la memoria. El piano, el canto, la declamacion, un poquito de baile, y sobre todo los juegos de prendas con las sentencias de soy, tengo y quiero, tres veces sí y tres veces nó, formar el ramillete, hacer de esquina y otras no menos ingeniosas y nuevas, entretenian á los concurrentes sin ofensa de Dios, del prójimo, ni del bolsillo, que es cuanto cabe ponderarse. Á las once ú once y media un reloj de cuco daba la señal de dispersion, y cada tertuliano se retiraba á su domicilio. Han hecho muy bien

nuestros escritores de costumbres describiendo minuciosa y fielmente estas reuniones de confianza, pues al paso que van, pronto no quedará ninguna de ellas, como no sea en algun apartado rincon de la Península. Los cafés, casinos, teatros y otros lugares de concurrencia y recreo apartan á los hombres de estas reuniones patriarcales donde se inflamaban tantos corazones, y de donde tantos galanteos y noviajos fueron á terminar cristianamente en presencia del señor cura.

No era la menos afortunada en estos conyugales desenlaces la tertulia frecuentada por mi señor Plusquamperfecto; antes al contrario, gloriábase la señora de ella por haber protegido y dado calor á más de cuatro amorosas inclinaciones hasta llevarlas al expresado término; y siendo esto verdad, todavía las jóvenes casaderas no le habian erigido ninguna estátua; ejemplo insigne de ingratitud que debiera consignar la historia.

Mas dice un viejo refran, que en casa del herrero cuchillo de palo: y solo teniéndolo en cuenta puede explicarse cómo aquella señora, tan hábil y experimentada casamentera, no habia podido aún casar á su hija, la cuál en ninguna manera se inclinaba al cláustro, ni menos aspiraba al venerable título de solterona. Imaginará alguno por el gancho de la madre y la doncellez (piadosamente pensando) de la hija, que esta sería quizá algun fenómeno espantable, ó tirando por lo corto, de una fealdad bastante subida. Pues no, señor, que era una morena capaz de entusiasmar á un santo, con unos ojos como dos candiles, muy esbelta y airosa, y nada simple, sino perspicaz y lista y agraciada.

Y en tal grado lo era, que á pesar de sus contínuas distracciones, hubo de notarlo mi señor Plusquamperfecto: y como todo bien es por su naturaleza misma deseable y apetecible, dió en desear y apetecer la muchacha: y no siendo él un Tenorio desalmado ni tampoco un sátrapa oriental, no se le ocurrió arrebatarla de casa de sus padres, ni comprarla á peso de oro con espléndidos regalos, aunque en honor de la verdad, tuvo otra ocurrencia más admirable todavía.

Y fué que cierta mañana se aliñó y vistió de tiros largos, empleando en su compostura y atavío un par de horas; cosa inusitada en él, que rarísima vez se miraba al espejo. Mas sea la falta de costumbre en estas maniobras de tocador, ó que su pensamiento estuviese en otra parte, lo cierto es que se vistió peor que nunca, pues su traje de etiqueta remataba por abajo en unas gruesas botas de campo, y por arriba en un sombrerazo de tan disparatado vuelo como los que suelen poner en los cortijos sobre una estaca para espantar gorriones.

Así emperejilado y compuesto se plantó en la calle á punto de medio dia, y sin vacilar en su intrépida resolucion ni hacer caso de cuantos le miraban con extrañeza y risa, cruzó plazas y calles hasta dar en la de su amigo don Sinforoso, que era precisamente el jefe de la citada tertulia y padre de la muchacha. Atravesó rápidamente la portería, subió y llamó al segundo piso, y hallóse cara á cara con el mismo don Sinforoso.

—Amigo mio, le dijo apenas hubo tomado asiento, vamos á tratar de un asunto muy grave.

—¡Muy grave... muy grave! Hombre, explíquese us-

ted. ¿Le há sucedido algo? ¿Há bajado la cotizacion de la Bolsa?

—¡Qué Bolsa, ni qué talegos! ¿Piensa usted que para contarle esas tonterías hé venido aquí? En primer lugar, y para llevar las cosas por su órden, há de saber usted que le aprecio muchísimo.

—Y yo á usted otro tanto, mi señor Plusquamperfecto.

—Porque es usted un hombre honradísimo, ilustrado, leal, amigo de sus amigos...

—Cáspita, exclamó interiormente el elogiado: ¿si vendrá á pedirme dinero? No, pues si me dá un avance...

—Y por que tiene usted una hija, que es un enjambre de virtudes y una barbaridad de hermosura.

—Hombre, no tanto, no tanto. La muchacha es agraciada: ya sabe usted que no hay veinte años feos: tiene una regular educacion... pero nada más.

—Agraciada... regular educacion... Vaya, señor don Sinforoso, que eso pása ya los límites de la modestia. No digo yo que los padres deban ser trompetas y anuncios de las excelencias y primores de sus hijas; pero tampoco deben ocultar sus perfecciones como hacen los avaros con los talegos que guardan en donde no les dé el aire ni la luz del dia. Y repito y sostengo que la niña es un almacen y archivo de todas las virtudes y un mónstruo de hermosura.

—Bien: será todo lo que usted quiera; mas supongo que no habrá usted venido solamente para elogiarla.

—Y supone usted lo cierto, pues hé venido á solici-

tar su mano, ó como si dijéramos, á pedirla en matrimonio. Conque, acabemos: ¿qué responde usted, sí, ó nó?

—Despacio, amigo mio: ¿cómo hé de responderle, si ni siquiera sé que la niña tenga novio, ni me há dicho usted el nombre del pretendiente?

—¡El pretendiente! El pretendiente soy yo, y aunque algo entrado en años, me siento capaz...

—¡Usted, señor de Plusquamperfecto! Pero, hombre de Dios, ¿no hace veinte años que es usted casado?

—¡Caramba! Pues no habia caido en ese inconveniente. Es verdad, sí: tiene usted razon. ¡Qué demonio de memoria tan estrafalaria! No le diga usted nada á mi mujer; aunque es buena, quizá no le gustaria... Dispénseme la embajada y... vamos, que usted se alivie.

En seguida pilló la puerta, dejando á su interlocutor estupefacto. ¿Era una broma de mal género, ó una distraccion incalificable y absurda? Aunque don Sinforoso conocia bastante las extravagancias de su amigo, nunca le creyó capaz de esta salida de pavana. Reflexionándolo bien, llegó á persuadirse de que no era broma, sino incurable y profunda chifladura, y entonces sintió verdadera lástima del señor Plusquamperfecto. ¿Qué más hubiera hecho un loco rematado? El buen don Sinforoso contó el lance á su hija; pero nada quiso decir á la esposa del pretendiente, por evitarla tamaña pesadumbre.

*
* *

Constante en su benévolo propósito de labrar la felicidad de España y aun del género humano, cada dia mi

señor Plusquamperfecto imaginaba trazas nuevas y nuevos planes; con la particularidad de ser los últimos los más disparatados y absurdos. Ya pensaba convertir la nacion en un ejército de conventos, donde, segun su sexo, todos los españoles y españolas fuesen frailes ó monjitas, creyendo de esta suerte asegurar la pitanza para todos; ya combinaba las bases, dogmas y estatutos de una nueva religion; ya, en fin, consagraba la sustancia de su meollo á buscar una fórmula ó receta de tan prodigiosa eficacia que alargase la vida humana siquiera trescientos ó seiscientos años; y en medio de tan laboriosas cavilaciones no dejaba de escribir memorias, cartas, y todo género de apuntes y mamotretos, con cuya lectura y explicacion daba la jaqueca á cuantos tenian la desgracia de ponerse á su alcance.

Claro se deduce que, metido y absorto en tamaño laberinto, de cada vez era más extraño al mundo exterior, y por consiguiente, mayores y más estupendas sus distracciones y atrocidades. Lo de encargar un traje al zapatero, ó entrar en alguna farmacia á comprarse un par de botas, ó equivocar su casa con la del vecino y colarse hasta la última alcoba, si no le atajaban el paso, con otros primores de este jaez, era ya el pan de cada dia, y la chifladura de mi héroe iba creciendo, creciendo de una manera formidable hasta hacer pensar á su familia si podria volver al comun sentido llevándole con engaño á una casa de dementes y sometiéndole á la benigna influencia de un tratamiento adecuado que desterrase de su cerebro tan vanas imaginaciones. Pero su mujer, con la mejor intencion del mundo, se opuso á tal extre-

mo, diciendo que su esposo, aunque maniático, era inofensivo y bueno; pero si llegaba á verse encerrado en una casa de locos, se irritaria y pondria furioso, empeorando en vez de mejorar el estado de su cabeza.

Prevaleció este dictámen y siguió el señor de Plusquamperfecto en plena libertad, yendo y viniendo por donde le parecia, eslabonando á más y mejor la interminable série de sus extravagancias, hasta cometer la última, con que dá fin y remate esta verídica historia.

Y fué que, preocupado como siempre, llegó á su casa una noche algo más tarde que de costumbre. Rebosábale el júbilo por todos sus poros, y creyendo abrazar á su mujer, abrazó á la criada que le abrió la puerta; distraccion, en verdad, un tanto disculpable, siendo la fámula jóven y de agraciado rostro, y no llevando en sí aquel abrazo la menor intencion pecaminosa. Conste así en obsequio á la moralidad de mi héroe, pues ni áun en broma conviene levantar caramillos á nadie. Provenia su júbilo de haber asistido aquella noche á una sesion ó conferencia espiritista, donde oyó cosas admirables y estupendas. Como no hay regocijo sin alguna mezcla de pesar, indignábase de haber llegado á los cincuenta bien corridos, sin tener más noticia del espiritismo que de los callos de su bisabuela, suponiendo que dicha señora los tuviese. Y allanándonos el espiritismo la comunicacion con el mundo invisible y pudiendo él, don Félix Plusquamperfecto, evocar las almas de los difuntos, y hablar con ellas y enterarse de los misterios de ultra-tumba, claro es que sabria y veria muchísimas cosas hasta entonces ocultas á sus ojos, y que tamaña ciencia le ser-

viria extraordinariamente para llevar á cabo sus proyectos de regeneracion y bienandanza, no limitados ya á la Península ibérica, sino extendidos á todo el orbe terráqueo y aun al universo mundo con sus millones de soles y planetas, pues se hallaban habitados y áun padecerian algunas veces sus desventuras y calamidades. Para lo cuál la primera diligencia era hacerse *medium*, y para conseguir la *mediumnidad*, comprar y estudiar las obras del insigne Allan Kardec, gran hierofante, farol, quinqué y antorcha de todos los espiritistas pasados, presentes y futuros.

Embebido en tan gratos pensamientos, creíase muy próximo á tocar la meta de sus grandes planes y humanitarias aspiraciones, cuando en realidad solo tocaba el violon y á dos manos con alma y vida. ¡Pobre señor!

Antes de acostarse tenía la costumbre en el verano de tomar un huevo pasado por agua y fumar un cigarro al fresco sentado en su balcon: y en seguida tiraba la colilla y se metia entre palomas, quiero decir, entre sábanas. Pero aseguraba que nadie sabia cocer un huevo como él, sin endurecerlo ni dejarlo tampoco demasiado claro y fluido, por lo cuál no confiaba á nadie tan delicada operacion, haciéndola él mismo reloj en mano para contar los segundos. Mas aquella noche zampó el reloj en el chocolatero de agua hirviente y quedóse mirando con suma atencion al huevo, hasta que haciéndose cargo del trueque soltó francamente la risa; y no teniendo ganas de tomar alimento, se fué al balcon á tomar el fresco chupándose un buen habano.

Hermosa estaba la noche. No habia luna, pero brilla-

ban las estrellas en el alto cielo como puñados de diamantes: el aire apenas movia sus alas ténue y delicioso, y vibraban lejos, muy lejos, las armonías de una serenata, solo interrumpidas por el taconeo de algun obstinado trasnochador, ó por el grito del sereno pregonando las horas. Hallábase mi héroe en ese momento feliz en que no nos damos cuenta de si estamos despiertos ó dormidos; en que los mil y mil hilos de oro de la fantasía flotan en torno nuestro, cercándonos como de maravillosas redes y vagas nubes; en que las cosas más prosáicas adquieren un tinte singular y poético, y las grandes masas de sombras entrecortadas por pálidas luces nos recuerdan mundos extraños y misteriosos que alguna vez quizá hemos visto y de los que todavía conservamos como los recuerdos de un lejano sueño.

Ignoro si mi héroe pensaba estas cosas ú otras parecidas: lo cierto es, que puesto al balcon en una sillita baja, entre dos macetas de flores y vestido muy á la ligera, chupaba con fruicion un aromático veguero, dejando vagar la mirada por la bóveda celeste, de la que no se hallaba muy lejano, pues vivia en tercer piso y con entresuelo. ¡Cuánto más le hubiera valido el vivir en un cuarto bajo! Porque dada la última chupadita y cuando ya se quemaba los dedos, pensó tirar la punta del cigarro á la calle y meterse entre sábanas; pero equivocando los frenos, metió con mucho primor el cigarro en la cama, y en seguida tomó vuelo y se tiró á la calle; con lo cuál quedó hecho una torta sobre los adoquines y puso glorioso fin y digno remate á sus extravagancias y distracciones.

Moralidad. — Que en el juego del mundo, el que pestañea, pierde.

Nota. — La raza de los Plusquamperfectos no há concluido; pero los de ahora se quedan en la primera parte: buscan su comodidad y bienestar por cualquier medio, y dejan á otros el cuidado de la felicidad del prójimo.

FIN DE LOS CUENTOS.

CARTA AL LECTOR.

Me dirigirás mentalmente, lector amigo, á la sola vista de este librejo, dos observaciones:

1.ª Que habiendo publicado antes mis *Poesías*, luego otras *Nuevas Poesías*, y finalmente, la *Retórica*, á nadie para ellas encargué Prólogo, sino lo hice yo mismo, bueno ó malo, sin que esto impidiese que tales obras se vendieran y estimáran; y ahora al imprimir los *Cuentos*, cambio de parecer y busco para prologuista, como quien no dice nada, á mi amigo don Juan Valera; esto es, á uno de los hombres de más entendimiento, cultura y discrecion de cuantos comen pan á manteles.

2.ª Que no hay el debido acuerdo entre el título de esta obra y su contenido; pues bautizándola con el nombre de *Una Docena de Cuentos*, resultan diez y seis, y no ajusta bien un número con otro.

Todo esto es verdad, lector amigo, y tan clara y patente que no hay medio de negarla, suponiendo que yo lo intentase; pero donde no cabe negativa, puede caber explicativa, como lo verás por los renglones siguientes.

Y digo de lo primero, que al publicar un libro de cuen-

tos no era cosa de salir yo mismo, como á son de tamboril, llamando gente y voceando: «Sepan ustedes, señores, que este género literario, tan estimado y floreciente en todos los pueblos de Europa, yace aquí en lamentable abandono; y, por consiguiente, al cultivarlo y excitar á otros para que lo cultiven, hago un servicio á nuestra literatura, etc., etc.» Estas cosas deben salir de ajeno caletre, y tanto más peso y eficacia tendrán, cuanto mayor sea la competencia y crédito del que las diga; y de ahí que haya acudido yo á tan insigne literato como lo es el Sr. Valera. Hay más: aunque este libro fuese detestable (no lo permita Dios), nada sufriria tampoco dicho señor en la justa y alta reputacion de que goza; pues bastarian sobradamente para explicar sus elogios, de una parte su natural benevolencia, y de otra la verdadera amistad con que me favorece y distingue.

Y tambien me ocurre esta consideracion. Yo estoy harto, y no seré el único, de oir á muchos escritores quitarse el pellejo sin la menor caridad, y frecuentemente hasta sin justicia. ¿Pues cuánto mejor no es ayudarse y favorecerse, como la razon y la doctrina cristiana aconsejan, y no andar destrozándose á manera de gatos y perros con arañazos y mordiscos?

En cuanto á la observacion segunda, cierto y verdad es que ofrezco en la portada *Una Docena de Cuentos*, y luego doy diez y seis; pero téngase presente que no es regla ineludible y fija que toda docena haya de tener doce unidades. Ya la docena del fraile tiene trece; ¿por qué razon no ha de tener diez y seis la del escritor, máxime cuando no trata de cobrar, sino de dar?

Hay además la circunstancia de que yo soy andaluz y sevillano; y así, aunque mi natural inclinacion no me llevase á ello, hé de manifestarme espléndido y rumboso por la tradicion y buen nombre de la tierra; y no tiene esplendidez ni rumbo quien se limita á dar con exactitud lo que debe, sino el que vá más allá de lo forzoso y convenido. Si en esta coleccion solo hubiera puesto doce cuentos, nadie me habria pedido más; pero yo quise añadir cuatro por vía de colmo á la medida, ó de corrido al peso.

De esta abundancia puede resultar una cosa excelente. Cuando los barberos quieren tener buenas navajas, compran sobre barato un puñado de ellas, despues desechan y tiran tres ó cuatro y aprovechan las restantes, que afeitan solas, y ni verduguillo de lima, ni sevillana de golpe y filo y medio, ni bisturí de estuche inglés, ni alfanje damasquino pueden comparárseles. Pues segun este ejemplo, hagan algo parecido mis lectores con los cuentos de la presente coleccion: aparten y desechen los más flojillos, y siempre les quedará una docena que merezca leerse. Y si es tal mi desgracia y falta de habilidad que todos son malos, querrá decir que no sirvo para el caso y me salió el tiro por la culata. Entonces pierdo yo más que nadie, y debo recibir consuelos en vez de dar satisfacciones y disculpas.

Finalmente, lo de no concordar el título con la obra titulada, cosa es tan repetida y corriente que no debe maravillar, ni áun extrañar á nadie, cuando todas las noches en los teatros vemos comedias que son cataplasmas; cuando á la prosa rimada se le llama poesía lírica;

oradores á los charlatanes sin valor ni vergüenza, y partidos políticos á las partidas de caballeros de industria que viven y medran á expensas de la comun barbarie. Esto sí que es cosa fea y trae más cola que todos los bajaes de Oriente.

Por lo demás, cuando el vino está echado en las copas, no hay otro camino que beberlo ó dejarlo. Si te aferras, lector amigo, á *Una Docena de Cuentos*, lée doce y deja los restantes, como convidado que no puede apurar cuantos platos le sirven; pero si le tomas gusto al manjar, tén por seguro que no será este el último que te guise tu afectísimo

NARCISO CAMPILLO.

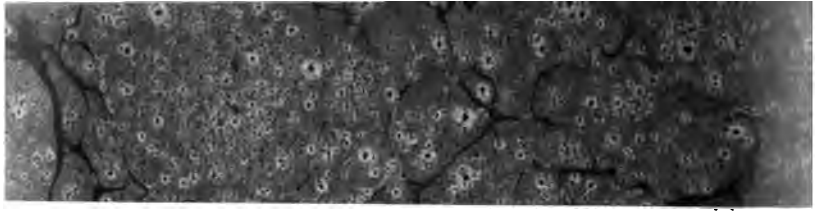
Madrid: Noviembre: 1878.

FIN DEL TOMO.

ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo de D. Juan Valera.	v
El Puente.	1
Por Amor de Dios y por Amor del Dinero.	25
La Constancia.	35
Los Dos Médicos.	55
La Plegária.	63
Una Excursion Veraniega.	75
El Bergantin Caritá.	87
La Hucha del Ciego.	109
La Última noche de Diciembre de 1491..	127
El Rigor de las Desdichas.	143
El Hombre Ingerto..	189
Un Tipo Singular.	209
El Centinela.	247
Vino y Frailes.	259
Un Viaje al Cielo.	281
Soñar Despierto.	301
Carta al lector.	333

FIN DEL ÍNDICE.

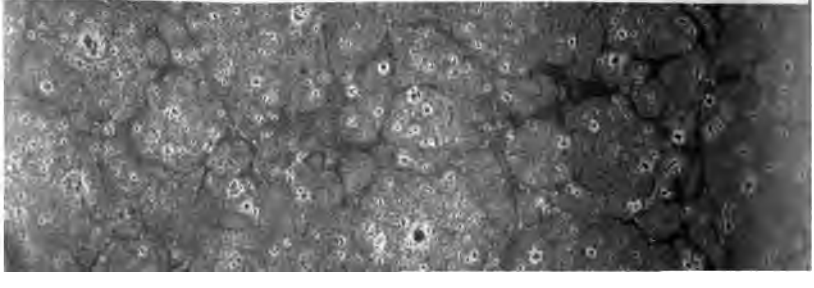


UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
BERKELEY

Return to desk from which borrowed.
This book is DUE on the last date stamped below.

22 Nov '49 JUN 10 1955
West Virginia Univ.
INTER-LIBRARY LOAN
DEC 10 54B

LD 21-100m-9,'48(B399s16)476



YC 55745

349545

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY